

UN LEGADO DE ESPERANZA

Inmaculada Vargas

A Ernesto Wilson Plata, Jose Antonio Romero Almodóvar, y a todos los Misiosneros de la Esperanza que ya habitan la casa del Padre...

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar agradecer a mi marido, Antonio Gozález, que me ha acompañado a lo largo de este viaje apasionante que ha sido la concepción y creación de este trabajo. Gracias por sus palabras siempre precisas, por su aliento y sus silencios, por regalarme horas y horas que dedicarle a escribir, sin otra ocupación que la de centrarme por completo en la tarea.

A mis hijas, que han sido pacientes y comprensivas, siempre dispuestas a ocuparse de la retaguardia.

A Francisco González, que me ha guiado, corregido e iluminado con una delicadeza y sentido práctico exquisitos.

A Javier Gómez, que corrigió todo el trabajo con maestría y profesionalidad.

Y a todos los hermanos que me regalaron horas de su tiempo, ofreciendo con cariño su testimonio, recuerdos, impresiones... Entre todos hemos conseguido llevar este proyecto a buen puerto. Que Dios os bendiga y os guarde siempre.

Inmaculada Vargas Pérez

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y /o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

Depósito Legal: MA1616-2013

1ª Edición

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por PINEDA (Sevilla)

PREÁMBULO

Son numerosos los que opinan que no se puede escribir casi nada suficientemente objetivo y profundo sobre una persona apenas siete años después de su fallecimiento. Queramos o no, nos delata el amor o algún tipo de interés oculto o manifiesto. Estaremos mediatizados por la opinión personal forjada a través de los encuentros y desencuentros y en tal caso, seremos parciales y un poquito ciegos; nos pueden influir las opiniones de los hermanos, nos pueden callar aquellas sombras que no alcanzamos a iluminar. No tenemos, en definitiva, perspectiva para ver los hechos y el devenir de una vida cuando casi todavía estamos despidiéndonos de esa persona que fue tan fundamental y decisiva en nuestro propio camino.

Pero aún así, siendo consciente de todos esos posibles sesgos, ¿cómo no hacer este primer intento cuando tantos jóvenes no han conocido a quien fue su gran valedor? ¿Cómo no hablaros de quien hizo de su vida una entrega total a vosotros jóvenes, a quienes tanto amó? ¿Cómo no guardar este legítimo escrúpulo al intentar escribir sobre Ernesto Wilson apenas unos años después de su partida, y presentaros a este otro joven eterno que empeñó su vida, su carrera, sus dones, sus luces y sus sombras en vosotros, en quienes creyó y por quienes apostó hasta su último día, el 26 de junio de 2005?

No es fácil escribir sobre él. Eso lo saben todos los que le conocieron, porque no voy a hablaros sobre un hombre corriente, ni tampoco extraordinario en el sentido de que poseyera dones sobrenaturales o especialmente sobresalientes. Bueno, algunos sí que tenía. Por lo pronto hablamos de un artista con buena mano para la imaginería y la pintura, aunque no hizo de ello su profesión ni fue su objetivo en la vida, sino un medio, un lenguaje íntimo y personal que le conectaba directamente con el misterio de Dios.

Y no es que dedicara su tiempo libre a estas actividades. No. Ernesto era un artista en todo el sentido de la palabra. Un artista cuando se entregaba a las bellas artes y cuando ejercía como sacerdote en su parroquia. Artista siempre, porque hablamos de una cualidad de su persona, no de una profesión o una capacidad. Veía una imagen en su mente y era capaz de reproducirla en la madera, en el jabón, en un lienzo o en una tabla. Y esas imágenes, aún hoy, transmiten una riqueza de sentimientos y emociones que se podrían comparar con los cristales de un caleidoscopio.

Como artista fue muy productivo, con numerosas obras tanto en pintura como en escultura. Y también tenía esa personalidad que se les atribuye a los amantes de las bellas artes, un tanto excéntrica, voluble, con etapas de producción y creación muy fecundas e intensas, de actividad desbordante. Y así se entregaba por completo a la misión encomendada por la Diócesis, a su sueño de darse por completo a los jóvenes y niños, y el de construir un espacio dentro de la Iglesia en la que hombres y mujeres, laicos y clérigos, célibes y casados, todos revestidos de la misma dignidad, vivieran en el mundo de forma heroica pero posible, para llevar la Buena Noticia a la infancia y la juventud.

Pero como no podía ser de otro modo, estos años de fecundidad y, podríamos llamarlos, de fundación, también estuvieron salpicados de oscuridad. A menudo las musas se niegan a revelarse, las dudas acechan como moscas zumbonas de día y de noche y los escrúpulos y miedos amenazan como una jauría de perros devorando el sueño. Y es en esta dualidad de luz y penumbra en la que se gesta la Obra de Misioneros de la Esperanza, que se inicia en la quinta década del siglo XX, hacia 1957, y que tarda cincuenta años en definirse, si es que esa palabra es correcta. Porque rara vez una empresa de esta envergadura, una obra de la Iglesia, queda definida y acotada en unos primeros estatutos o en proyecto de vida. MIES, como el propio Ernesto Wilson, tiene sus etapas, su evolución, sus influencias, su inspiración.

Pero no adelantemos acontecimientos. Cada cosa a su tiempo. Ninguna de estas reflexiones pasaba por la cabeza de los protagonistas ese día 26 de junio en que Diego Ernesto Wilson Plata partió a la

casa del Padre. Lo hizo como habían sido sus últimos meses, silencioso, entre bastidores. Él fue el protagonista de esa última y trascendente escena, pero también lo fue MIES, y todas las personas que amaron y compartieron su visión y su misión con Ernesto.

Lo cierto es que fue una muerte anunciada, esperada. Ernesto estaba muy enfermo desde hacia mucho tiempo, quizá desde siempre, aunque esta vez no había lugar a dudas. Estaba en la recta final, con problemas circulatorios, renales, coronarios, dificultades para la marcha, retención de líquido y como colofón un cáncer de próstata que se extendía imparable...una serie de patologías graves que asociadas fueron letales. Todos sabíamos que caminaba sus últimos pasos, pero no por eso estábamos preparados para ello.

EL ÚLTIMO DÍA

El 26 de junio de 2005 amaneció soleado en la ciudad de Málaga, un perfecto día de principios de verano para tumbarse en la arena ardiente de la playa y dejarse broncear por el brillante sol del sur. En las noticias matinales de la radio habían hablado de veinte ocho grados de temperatura. El agua del mar de Alborán estaba un poquito fría para dejarse seducir por las olas, pero aceptable si se quería refrescar del calor de media mañana.

En la primera página del diario local las noticias nacionales destacaban un atentado de ETA con explosivos y daños materiales para golpear las aspiraciones olímpicas de Madrid y la jura del tercer mandato como lendakari de Ibarretxe. Nada especialmente relevante para la mayoría de los españoles, nada que pudiera hacer presagiar que aquel día se convertiría en un acontecimiento vital y trascendente para los Misioneros de la Esperanza, una asociación de fieles católicos, que habían optado por una vida de radicalidad evangélica, apostolado con niños y jóvenes y propagación de la devoción a María en el marco diocesano.

La música procedente de la radio de la cocina sonaba estridente por encima de los comentarios familiares durante el desayuno. Se oyó el teléfono varias veces hasta que alguien se levantó a atender la llamada. Era Maleny, la inseparable compañera del cura desde hacía años; su cuidadora más entregada, amiga, confidente, hermana de fraternidad e hija espiritual. Sin duda estaba preocupada. Ernesto había pasado la noche con una extraña respiración. Por la mañana lo habían duchado con la ayuda de Mariela y su hermana Marilda que pasaron la noche en la Fraternidad acompañando a Maleny y a Ernesto. Él ya no tenía fuerzas para estar de pie y tuvieron que sacar toda su maña y fortaleza de mujeres entrenadas en el cuidado de otras personas para trasladarlo hasta la cama.

A las nueve y media de la mañana llegó Pepe Montes, que por entonces era el Responsable Mayor Laico de MIES¹, alertado por los temores de Maleny. Enseguida tomaron conciencia de que los síntomas que hasta ese momento se habían hecho cotidianos, aquella mañana parecían más alarmantes. No podía tragar el zumo que le ofrecieron, ni las pastillas que le había prescrito el especialista. Hablaba con especial dificultad, sangraba por la orina.

Hacía tiempo que a Ernesto le había llegado la hora de callar, de silenciar la mente y el respeto humano, entregándose dócilmente a la voluntad del Padre. Quizá todo empezó con una retirada más o menos decidida de la primera línea del gobierno de MIES. La enfermedad ganaba terreno y faltaban las fuerzas y la capacidad de concentración. Entonces, no sin esfuerzo y sufrimiento, dejó las riendas de la Obra en manos de los Responsables elegidos democráticamente por todos los misioneros, en el convencimiento de que el Espíritu Santo seguiría iluminando y asistiendo a la Asociación, como lo había hecho siempre. Significaba, pues, el reconocimiento de que el hijo, es decir, MIES, se había hecho adulto y podía seguir avanzando y creciendo sin los consejos y el aliento directo del padre, aunque todo quedaba en los escritos y los documentos que se habían ido gestando desde los primeros años.

Fue una retirada paulatina, silenciosa, “en zapatillas”, como él quería que vivieran todos sus hijos e hijas espirituales, aunque tuvo sus momentos de tentación, sus conatos de regresar al tajo y hacerse oír por encima de la confusión, la consternación o el desapego de algunos misioneros. Había tanto por hacer, tanto por decir, tanto que amarrar... y tan poco tiempo.

En los últimos años había tocado hacerse como niño. En realidad esta había sido su lucha de toda la vida, pero la enfermedad impuso un ritmo sin posibilidad de regreso que le obligó a firmar un cheque en blanco y abandonarse, no sólo a los designios de Dios sobre él en un plano teórico, sino a la vulnerabilidad y la indefensión real asumida en su cuerpo y en su mente. La enfermedad ganaba terreno día a día, y como consecuencia de ella, él iba perdiendo facultades en

¹ La Asociación de Misioneros de la Esperanza cuenta, por Estatutos, con una cabeza de gobierno bicéfala, formada por el Responsable Mayor Sacerdote y el Responsable Mayor Laico, ambos elegidos democráticamente por la totalidad de los misioneros.

proporción directa. Cada día necesitaba más ayuda para desarrollar cualquier actividad básica. Al principio necesitó secretario que le escribiera o le leyera, a un hermano que lo acompañara por las calles de Málaga en sus paseos diarios; luego ya precisó que le ayudaran con el aseo personal, la medicación, los desplazamientos... hasta que se hizo dependiente para casi todas las tareas cotidianas y para el desempeño de los cuidados y necesidades básicas de cualquier ser humano.

Ese fue su camino hacia la infancia. Un duro trayecto que conllevó asumir que no sólo entregaba su responsabilidad como fundador de la Obra de Misioneros de la Esperanza, su autoridad como director espiritual de más de un centenar de mujeres y hombres que le amaban y respetaban, su autoridad, en definitiva, sino que asumía que fueran otros los que se hicieran cargo de su persona, aún en los aspectos más íntimos y pudorosos, enterrando para siempre la tentación del orgullo, su independencia e incluso, en muchos aspectos, su libre albedrío. En los últimos meses Ernesto fue más de todos que nunca, pero tuvo que rendir su voluntad, aceptarse y asumirse como niño indefenso, y desde esa perspectiva admitir y agradecer los cuidados y atenciones de sus queridos misioneros.

Muchos fueron los hermanos que se ocuparon de atenderlo con mayor o menor intensidad, según el momento y las capacidades de cada uno.

En 1995 el entonces responsable mayor laico de MIES, Pepe Navarro, pidió a Eduardo Navarro, misionero desde hacía más de treinta años, que se hiciera cargo de acompañar a Ernesto y atendiera a sus necesidades. Ese acompañamiento duraría diez años, hasta su muerte, y fue cobrando significado e intensidad a medida que el sacerdote iba perdiendo facultades debido a su edad y al desarrollo imparable de la enfermedad.

Eduardo cuenta que al principio, cuando empezó a acompañarlo, él se quedaba en el despacho del cura² orando frente a un pequeño Sagrario, mientras que éste escribía charlas para los retiros o los grupos. De vez en cuando iba a comprar sobres, a hacer foto-

² “El cura”, era el apelativo familiar con el que se le conocía en el entorno de MIES.

copias o cualquier cosa que le encargara, pues en aquellos años aún Ernesto desarrollaba una vida muy activa en el plano pastoral. Pero poco a poco, de forma casi imperceptible, fue asumiendo tareas más personales, en la misma medida que crecía la confianza entre ellos. Un día le ayudó a cortarse las uñas de los pies, porque ya no podían inclinarse tanto, otro a ducharse, y así progresivamente, hasta convertirse en sus pies y sus manos.

Cada mañana salían a pasear o a hacer algún recado en la calle, hasta que esos paseos dejaron de ser de naturaleza práctica para cobrar un significado más profundo. Recorrían juntos las calles del casco histórico de Málaga, parando en las iglesias que jalonaban el itinerario elegido. Eduardo cuenta: *“No eran paseos, eran peregrinaciones. Le costaba mucho andar. A menudo llevaba una estampa en las manos, una fotografía de una imagen que le inspiraba o le ayudaba a orar...”*.

Buscaba el rostro de Cristo en cada rostro humano, en cada fotografía o escultura. *“En una ocasión – refiere Eduardo evocando aquellas salidas- se encontraba muy inquieto, como buscando algo, aunque yo no sabía qué era. Fuimos a la tienda de las hermanas Nazarenas en Calle Marqués de Valdecañas. Estuvimos mucho rato allí, quizá horas. Él miraba con atención las estampas, las imágenes, fotografías, libros... Fijaba sus ojos curiosos sobre cada objeto buscando con avidez. Cogía uno, lo desechaba, volvía a tomarlo y observarlo con atención, pero no quedaba satisfecho. Le sacaron una silla porque ya no podía estar de pie. Buscaba una imagen concreta pero no la encontró. Cuando ya había agotado el inventario completo de la tienda nos volvimos al Centro Mies, que por entonces estaba en calle Carretería 97. Al llegar al cruce con calle Ollerías me dice: “nada, que no lo encuentro”. “¿Qué estás buscando, padre?”- Le pregunté yo con verdadera curiosidad. “Un rostro de Cristo que me inspire, que no haya pintado yo, que no conozca” – contestó con vehemencia. “Entonces recordé que esa misma mañana yo había visto un rostro de Cristo sobre una tela noble en una tienda de antigüedades y artículos religiosos y se lo comenté sin mucha convicción, pero él se entusiasmó con la idea e inmediatamente tuvimos que ir. Casi no podía tirar de las piernas. Finalmente, con mucho esfuerzo, llegamos a la tienda y cuando contempló aquel rostro se quedó completamente arrobado. Pasados los primeros minutos de embelesamiento*

preguntamos el precio y, por supuesto, no llevábamos dinero suficiente para comprarlo, a pesar de que el anticuario nos hizo un precio muy razonable en el que prácticamente no se ganaba nada. El hombre se ofreció a guardarlo hasta que fuéramos a por él, pero Ernesto se negó. Le dijo que si venía alguien a comprarlo que se lo vendiera sin remordimientos. Cuando volvimos a casa Ernesto estaba totalmente agotado, exhausto. Lo tuve que bañar y cambiar por completo. Después, como todos los días, nos pusimos delante del Sagrario para meditar sobre las experiencias de esa salida, sacar un hecho de vida, y escribir las conclusiones. Yo solía escribirlas porque Ernesto ya casi no podía...”

Así era su cotidianeidad de los últimos años, hasta que también se acabaron sus paseos y aventuras de la mano de Eduardo, a quien Ernesto llamaba Eduardito, pues lo conocía desde niño y lo amaba como hijo.

En 2004 se vendió el inmueble de calle Carretería³ para adquirir uno nuevo, más adecuado a las necesidades de la Asociación, y con menos gastos de mantenimiento. Mientras se construía la nueva sede en Calzada de la Trinidad, la Diócesis de Málaga cedió un antiguo edificio de su propiedad que en ese momento tenía sin uso, situado en Rampa de la Aurora, el cual un día fue el Convento de la Aurora. En la planta superior se habilitó un amplio apartamento para la Fraternidad⁴ de MIES. En ese momento el número de hermanos era muy pequeño pero no por eso menos fecundo. La integraba Maleny Nieto, Mariela y Ernesto.

Maleny le profesó siempre una amor incondicional, entregándose en cuerpo y alma al cuidado del fundador. Ella fue testigo directo de ese proceso de anonadamiento y pequeñez experimentado y asumido con plena conciencia por el sacerdote. Desde que Ernesto precisó de cuidados continuados y el horario de Eduardo resultó insuficiente, Maleny asumió voluntariamente la tarea de cuidadora principal. Ella lo acompañaba a los médicos y especialistas. Salían a pasear, a disfrutar de sanos entretenimientos, a comprar lo que fuera necesario, a celebrar...

³ Sede General de MIES.

⁴ Comunidad de vida que desde los primeros tiempos vivió en la sede general, de la que Ernesto siempre formó parte, aunque los hermanos fueran variando a lo largo de los años.

Maleny, del mismo modo que Eduardo, poco a poco, sin imposición ni prisas, fue haciéndose una persona esencial en la vida del cura, siempre pendiente de sus necesidades, de los medicamentos o la alimentación, de procurarle momentos de ocio y recreo. En eso era experta, y Ernesto, cada día más desinhibido y receptivo a la ternura, supo disfrutar de cada oportunidad que la vida le brindaba de gozar con los hermanos y celebrar juntos las pequeñas y grandes alegrías de todos.

Se hizo asimismo necesario organizar un turno de hermanos que le atendiera, sobre todo, en las horas nocturnas, porque el sacerdote quería que fuera un hombre quien le ayudara con el aseo o le acompañara al baño. Pero también en esto fue cediendo de forma natural y progresiva. Digamos que fue tomando conciencia de su debilidad cada vez más manifiesta, y la necesidad que tenía de la ayuda de los demás. Asumió esa nueva pobreza, la de no tener libre albedrío, y comprendió que no siempre era posible contar con un hermano varón que pudiera atenderlo. Y así, un buen día, sin grandes aspavientos, cedió, permitiendo que Maleny fuera su enfermera y su cuidadora sin restricciones.

Esa asunción de su vulnerabilidad es, en realidad, la esencia del Caminito de Therese de Lisieux que él predicó sin descanso.

Cuando somos jóvenes y estamos en la plenitud de nuestra facultades físicas y mentales, el Caminito supone, a menudo, un esfuerzo contrario a la naturaleza. Uno sabe que puede hacer cosas por sí mismo, aunque precise continuamente de la ayuda de Dios. Pero en ese momento de la vida en que ya el cuerpo no responde, cuando uno no puede hacer lo que quisiera si no es porque otros ayudan, entonces llega el momento de descubrirse ante Dios como niño, pero no derrotado por la fuerza de la realidad, no por imposición de la enfermedad o la vejez, sino en la conformidad y la aceptación de que eso es lo que toca vivir. Del mismo modo que el niño no se plantea si tiene mayor o menor capacidad, si podría o no sobrevivir solo; sencillamente ahí está su padre o su madre para proveer.

Juan Navarro, que formó parte del círculo de los íntimos en los últimos años, según él mismo dice, por su condición de médico,

afirma que: “*Se fue con un devenir natural. Conforme avanzó su ancianidad fue soltando protagonismo y se le fue relevando con naturalidad. No hubo conflictos severos*”. Así también, unos años antes, en 1998, el entonces Obispo de Málaga, D. Antonio Dorado comentaba: “*Entiendo que este hombre va a hacer bien esta tarea de saber irse*”, porque “*el arte – dice Juan Navarro – no es sólo saber hacer bien algo, sino saber retirarse cuando toca*”.

Parece claro, pues, que ese domingo de junio de 2005 no fue el culmen de un proceso, sino un *continuum*, porque hacía mucho tiempo que él había firmado ese cheque en blanco a Dios, y a pesar de los muchos miedos y temores que siempre le acompañaron, se dejó abrazar por el Padre, sin aspavientos, sin ruidos ni quejas, sin preguntas...abriendo los brazos en cruz para ser acunado tiernamente.

Tres días antes había pedido a Paco González⁵ que le administrara el Sacramento de la Unción de Enfermos. Él mismo lo recogió en su diario con estas palabras: “*Sobre las veintiuna horas del miércoles 22 de junio le di el Sacramento de la Unción de Enfermos al Padre Diego Ernesto. Estaban presentes Maleny Nieto, Mariela Olmedo y Salva Luna*”.

La noche del 25 durmió mal, sumido en un sopor y un esfuerzo respiratorios inusuales. Se repetían episodios de apnea seguidos de otros que parecían que estuviera hiperventilando. Era otro aviso, otro síntoma que anunciaba la proximidad del desenlace de su vida.

Maleny, en mitad de la noche, siempre alerta a sus necesidades, tuvo que pedir a Mariela, una joven paraguaya que por entonces vivía en la fraternidad, que la ayudara a asearlo. Por la mañana, en la ducha, ya no podía quedarse de pie, y aún tuvieron que avisar a una tercera persona, Marilda, la hermana de Mariela, que esa noche se había quedado en la casa con ellas, para que las ayudara a llevarlo hasta la cama.

Cada nuevo síntoma se convertía en una luz roja parpadeante, de tal manera que Maleny, consciente de que ella sola no podía hacer

⁵ Francisco González Gómez, en ese momento Vicario Episcopal de la Ciudad de Málaga, Hijo espiritual de Ernesto desde el comienzo de la Obra, y durante muchos años responsable General Sacerdote de MIES.

frente a esta situación, hacia las nueve y media de la mañana telefonó a Pepe Montes, el responsable mayor laico en ese momento, para pedirle apoyo y compartir sus preocupaciones.

A pesar de todo ello, sentado en su sillón frente al televisor, Ernesto siguió con atención la misa dominical, que ese día se retransmitía desde el Santuario de Covadonga, en Asturias. Maleny refiere que al finalizar la homilía comentó con claridad *“Todavía no se entiende bien el amor de Dios”*.

La familia llegó a visitarlo hacia medio día, y su hermana Fina enseguida insistió en trasladarlo a un hospital. Maleny se repartía a duras penas entre el Sagrario de la habitación y la atención al enfermo, que conforme avanzaban las horas, iba entrando en esa agitación tan usual de los pacientes que se enfrentan a la muerte. Decidieron, entonces, avisar a Antonio González⁶, que por su condición de enfermero y de amigo cercano a Maleny y al padre, era uno de los confidentes en los asuntos clínicos de los últimos años. Él, al oír la descripción de los síntomas, le indicó que avisaran a los servicios de emergencia.

Fue, quizás, en ese momento concreto, en el que el tiempo empezó a avanzar más despacio, como a cámara lenta, o es así como lo recuerdan los presentes, que fueron aumentando en número a medida que se daba el aviso de la gravedad de la situación.

Sin duda, hay un tiempo real, objetivo, que mide inexorablemente el devenir de los acontecimientos, y hay otro, ese mismo, que se percibe de forma subjetiva, y que es fruto de los sentimientos, los anhelos, los miedos...¿Fue todo muy rápido? Sí, objetivamente sí. Pero desde el punto de vista de la magnitud de la situación que tocaba asimilar fue muy cadencioso, muy pausado, como si en cada minuto que marcara el reloj pudieran caber cientos de recuerdos, de imágenes compartidas, como si cada movimiento de las agujas permitiera que se elevaran un número infinito de oraciones, de incertidumbres.

Cuando llegaron los sanitarios de emergencias ya estaba allí Antonio, valorando con Maleny la situación. Ella, un poco ajena al

cuadro clínico, él, con más experiencia en esos procesos, tomando conciencia de que se acercaba la última hora.

Ernesto seguía sentado en la sala, agitado, nervioso, muy confuso. La disnea ganaba terreno. Para los sanitarios no hubo duda tras un rápido chequeo: estaba deslizándose ya por la última pendiente. Y ateniéndose a los códigos médicos al uso en estos tiempos, sabían que era muy importante que la familia y los acompañantes tomaran plena conciencia de esta realidad, así que lo explicaron con un lenguaje claro, sin ambigüedades. A Ernesto le quedaba muy poco tiempo, quizá unas horas. Había entrado en la agonía de la muerte.

Para Maleny aquella noticia fue como un mazazo brutal que la golpeó directamente en el pecho dejándola confusa y bloqueada. No acababa de encajar todas las piezas del puzzle. Quizá no fue sólo ella la que experimentó esa conmoción mental. En realidad, Ernesto siempre había sido un hombre de salud frágil, y en muchas ocasiones se había temido por su vida. Algunos conocidos decían bromeando que *“Ernesto llevaba muriéndose toda la vida”*, pero ahora era real. Ya no tenía que ver con una crisis cardíaca momentánea o un fallo orgánico concreto. Era todo su organismo el que claudicaba en una cadena imparable de fracasos de todos sus órganos. Era, ciertamente, una muerte esperada y anunciada pero no por ello fácil de asimilar, no sólo por la pérdida que iba a significar, sino por el hecho en sí del desenlace.

Se tomaron muchas decisiones de inmediato. Lo primero, llevarlo a su cama, ponerlo cómodo y administrarle una medicación sedante que atenuara los efectos de los estertores *premortem*. Lo siguiente, avisar a todos los responsables de comunidades tanto en Málaga como en las diferentes provincias españolas de la inminencia de la muerte del fundador. Después, organizar un espacio para acoger a todos los que fueran llegando.

Ni yo misma entiendo por qué lo recuerdo todo con tanta lentitud. Me encerré en la cocina con el teléfono inalámbrico en la mano y fui llamando uno por uno, por orden alfabético, a cada responsable de Comunidad. Recuerdo que en muchos casos saltaba el contestador y mientras esperaba a que sonara el pitido que da paso a la grabación del mensaje, pensaba mentalmente qué iba a decir. Y lo cierto

⁶ Enfermero de profesión, Misionero de la Esperanza desde su juventud e hijo espiritual de Diego Ernesto.

es que no creía que estuviera siendo testigo del último día. No estaba mentalizada, después de todo. Y entre números y números trataba de poner mi mente en orden y acompañar mi corazón que amenazaba con desbordarse a cada momento.

Me veía allí, paseando de un extremo al otro de esa estancia, con el aparato en la mano, tratando de explicar la gravedad del padre, mientras cavilaba sobre la trascendencia de ese momento.

Podíamos haber fantaseado sobre él una y mil veces, podíamos haber hecho todo tipo de previsiones, pero ahora era real.

Juan Navarro cuenta que los últimos cuatro años había estado entrenando maniobras de reanimación por si en algún momento en que él estuviera presente el padre sufría una parada cardiorespiratoria. Ordenaba en su mente qué tendría que hacer cada uno de los presentes, quién tendría que marcar el 061⁷, sobre todo en los actos en que se concentraban muchas personas debido al alto grado de emotividad que se producía en los mismos y el sobreesfuerzo que tenía que desarrollar. Pero, a pesar de todas esas elucubraciones, ese día todos los misioneros que iban conociendo la noticia, sintieron esa consternación que anuncia una inminente orfandad.

Cuando Juan Navarro entra en la habitación y lo examina mientras Maleny busca en su mirada otra opinión profesional que confirme lo que ya le han dicho los demás, él le dice con serenidad y tristeza: “Maleny ya está; esto está ya”.

Ernesto Wilson Plata yacía en su cama, unos metros más allá, sedado y acompañado de algunos de sus íntimos, disponiéndose para encontrarse, por fin, con el rostro de Cristo. Ya no sería una imagen tallada en madera sobre una tela noble, ni una pintura al óleo, ni una imagen de película. No sería una impronta sobre una sábana, o la cara desfigurada o triste de un hermano sufriente. Esto sólo fueron aproximaciones. Ahora se encontraría con Jesús cara a cara.

En la habitación se iban turnando los presentes sin ningún orden establecido. Sencillamente unos salían para que otros pudieran

entrar sin que se agolparan muchas personas en esa pequeña alcoba. Prácticamente sólo se oía a Maleny que en voz alta y de forma atropellada le hablaba sin cesar cerca del oído. “Ernesto, ya vas a encontrarte con el rostro que tanto has buscado. Ya lo vas a ver, Ernesto, y a tu querida Macarena...”

Hablé varias veces con Paco González, sacerdote e hijo espiritual de Ernesto desde su infancia. Ese día estaba en Ronda, en una excursión con la Asociación de paraguayos, de la que también participaron Mariela y su hermana Marilda, las dos mujeres que ayudaron a cuidar del padre durante la noche y a primera hora de la mañana.

Ellos regresaban sobre la cuatro y media o las cinco. Hacía las tres de la tarde, en una de las veces que me llamó, supe que ya no tendría oportunidad de verlo con vida. Creo que él también lo entendió así. “De este modo quiso el Señor que me identificara con los inmigrantes que no pueden estar presentes cuando fallecen sus seres mas queridos” - comentó días después.

Entraron los responsables generales, Pepe Montes, laico, y Pepe Ruiz Córdoba, sacerdote, y se unieron a Juan Navarro, Norberto Nieto, que iba a hacer el turno de noche si hubiera sido preciso, Eduardo, su cuidador y amigo, y otros muchos misioneros, que con sumo respeto y delicadeza, se acercaban a la habitación, retirándose en silencio en pocos minutos.

Su hermana Fina, a un lado de la cama, le tomaba una mano, y Maleny la otra. Y así, con suavidad, dejó de respirar hacia las tres y media, provocando una oleada inmediata de llanto y visible dolor entre los presentes.

Fue su transición hacia el encuentro con el Padre, otro signo de ese “pasar por la vida en zapatillas”. No hubo convulsión, ni un gesto significativo, ni sonido, ni movimiento. El corazón dejó de latir y él dejó de respirar. Se relajaron de inmediato los músculos faciales y adquirió un semblante pacífico. Por fin había descansado de tanta fatiga.

Como siempre que se produce una crisis de esta categoría, alguien toma el mando, ordenando la situación, obligando a todos a

⁷ Número telefónico de emergencias sanitarias en Andalucía.

no quedarse paralizados por la confusión y el impacto del golpe. Había que cambiarle la ropa, vestirlo de sacerdote, ponerlo presentable para que pudieran verle los que se acercaran a su habitación. Eso fue muy rápido, entre rezos, sollozos de las mujeres presentes y rápidas despedidas. Eligieron una casulla verde, del color de la esperanza, su santo y seña en vida. Le unieron las manos sobre el pecho y tomaron algunas fotos del momento. Nadie era ajeno a la trascendencia de esa hora para la Obra de Misioneros de la Esperanza.

Después hubo que tomar otras decisiones de índole organizativa: llamar a la funeraria, elegir el féretro, la sala de velatorio, avisar al obispo, a otras muchas personas que sin ser familiares o Mies, querían pasar a despedirlo, encargar esquelas en el periódico local...

Misioneros de la Esperanza y conocidos empezaron a llegar por decenas. El trasiego de dolientes eran constante. Muchos de ellos subían a la habitación, rezaban, se despedían, se consolaban; otros esperaban en la capilla de la planta baja, tratando de asimilar la noticia, orando en silencio, esperando noticias de qué se haría al momento siguiente.

Era domingo y todos los misioneros de la esperanza estaban convocados a los pies de la Patrona de Málaga en el Santuario de la Victoria. En realidad, es en el mes de mayo cuando la Asociación peregrina a este templo con motivo del mes de la Virgen pero ese año de 2005, el último domingo de mayo, el asignado a Mies, había coincidido con la fiesta del *Corpus Christi*, por lo que se aplazó a este día. ¿Coincidencia? ¿Diosidencia? ¿Un último regalo de la amadísima Madre?

Ernesto le había dicho el día anterior a Maleny que quería participar de esa Eucaristía, y cumplió su deseo, aunque de un modo inesperado. Aquella celebración se convirtió en una despedida multitudinaria y desbordante de emoción para todos los que acudieron a compartir con él esta última misa de cuerpo presente.

Fue una eucaristía familiar, donde cientos de rostros conocidos y queridos por él, clavaban sus ojos, muchos de ellos rojos e irritados por las lágrimas, en su féretro, colocado en el suelo, delante del altar, exactamente a los pies de la Virgen de la Victoria quien desde su Camarín elevado sobre el Sagrario, justo en medio de la nave central,

lo acompañaba con esa mirada limpia y casi risueña de la imagen renacentista que cinco siglos antes regalara Fernando de Aragón a la ciudad conquistada.

Fue Nuestra Sra. de la Victoria, que un día simbolizó el final de la ciudad, gobernada por el Reino Nazarí de Granada, y el principio de un nuevo orden liderado por los Reyes Católicos, la que, desde su camarín, abarrotado de flores y ofrendas de todos los peregrinos, miraba con amor y expectación, a todos esos misioneros que decían adiós a su fundador, a un hombre trascendente en sus vidas, y se adentraban, aún de modo inconsciente e inseguro, a una nueva etapa en la Asociación, desde la que seguir sirviendo a la Iglesia, ya sin Ernesto, el autor y el alma de la fundación.

Resultaba difícil mantener la emotividad a raya por la carga de sentimientos que se acumularon aquella tarde en el templo. Mientras José Ruiz Córdoba desgranaba esa homilía improvisada, pues seguramente la que había preparado para esa festividad no era apropiada al momento, los hermanos guardaban silencio absoluto, tratando de retener en el recuerdo cada minuto, cada palabra, cada gesto, conscientes ya de que vivían un momento histórico para la Obra.

Hubo cantos, muy participados, devoción, fervor, recogimiento, dolor contenido, agradecimiento, y sobre todas las cosas, esperanza, como no podía ser de otro modo. Esperanza basada en el convencimiento de que "*Si Dios está con nosotros, ¿quién o qué contra nosotros?*" (Rm 8, 31). Si Mies era una obra del Señor, Él velaría por ella, antes con Ernesto y a través de él y los hermanos, y ahora sin él de un modo físico. Porque lo cierto es que su presencia se percibía notablemente aquella tarde. Estaba allí su cuerpo, encerrado en un féretro caoba, sencillo, como él lo hubiera querido, pero también estaba su espíritu, su impronta, su presencia y su amor en el corazón de todos los suyos.

Terminó la Eucaristía y entre una docena de personas, hombres y mujeres de la Asociación, tomaron su cuerpo en hombros y lo llevaron desde el altar hasta la entrada del Santuario donde esperaba el coche fúnebre. Muchos de ellos acariciaban con ternura la madera, otros se acercaban para tocar el féretro, algunos lloraban abiertamente, otros asentían con dolor contenido y afecto el paso de la improvisada procesión.

La del velatorio fue una noche larga. Cientos de personas pasaron por la sala para despedirse, acompañar a los dolientes, compartir sentimientos, comentar las noticias y vicisitudes de la Asociación, o para rezar. Llegaron las coronas de flores con emotivas esquelas desde numerosos sitios y procedencias. Muchos hermanos de otras provincias, conocedores de la triste noticia, intentaban hacer arreglos de última hora para poder asistir al funeral, a pesar de la dificultad que implicaba el que se fuera a celebrar en lunes, día laborable.

Las exequias quedaron fijadas para el lunes, 27 de junio a las 18:45 horas en el Cementerio de S. Gabriel de Málaga. Y si emocionante fue la misa en el Santuario de la Victoria la víspera, conmovedora fue la eucaristía corpore in sepulto de esa tarde, presidida por el Sr. Obispo de Málaga D. Antonio Dorado Soto.

La Capilla central del cementerio estaba abarrotada de fieles, ya no sólo familiares y misioneros, sino personas de toda la diócesis, sacerdotes compañeros, hombres y mujeres que en algún momento de su vida se cruzaron con este cura peculiar y quisieron agradecerle y despedirlo. Las cuatro hileras de bancos se llenaron antes de la celebración y a partir de ahí se ocuparon pasillos y recovecos, laterales y escaleras. Todos se apretaban conscientes de que nadie quería quedarse fuera. Aquel templo parecía que crecía a medida que se precisaba de más espacio, como si fuera elástico, y en medio de él, nuevamente delante del altar de las ofrendas, se colocó el féretro, ahora sobre una especie de andamio metálico con ruedas, cubierto todo él con las coronas y los ramos que pudieron apilar sobre la superficie de la caja fúnebre.

Un coro de jóvenes entonó los cantos con voz emocionada y firme, y los congregados le siguieron, reconociendo las letras y melodías de inmediato, mientras una procesión de sacerdotes revestidos con albas blancas ocupaban en orden los dos primeros bancos colocados en cuatro filas formando un ángulo recto alrededor del altar.

El recogimiento, la emoción contenida de muchos de los presentes, el aroma de cientos de flores, la música de las guitarras, las voces entonando acompasadamente el canto de entrada, el cuerpo del padre delante de la mesa de las ofrendas... casi impedía a muchos misioneros inspirar profundamente sin sentir un hueco en el pecho, una impre-

sión profunda, un dolor sordo e inexplicable que anunciaba el vacío que produce la orfandad recién adquirida y el sentimiento de responsabilidad hacia los que quedan, hacia un proyecto de vida que ya cumplía casi cincuenta años desde que, a los pies de la Madre Esperanza Macarena, el hombre que ahora nos decía adiós, aceptara la misión de dedicar su vida y sus talentos a anunciar la buena noticia a los niños y los jóvenes, desde la entrega total de su vida, y que en los años siguientes cristalizaría en la Asociación de Misioneros de la Esperanza.

Correspondió a su compañero de los años de Seminario, Francisco Parrilla, relatar la semblanza de Ernesto. Sus primeras palabras brotaron cálidas y cercanas, mientras elevaba la mirada por encima del ambón para mirar a los congregados, que guardaban un silencio atento y expectante.

“A vosotros, miembros de la Asociación Pública de Fieles, Misioneros de la Esperanza...”⁸ – empezó exhortando muy consciente del momento de confusión y dolor de los misioneros, no sólo los allí presentes, sino de todos los hermanos que en ese preciso instante se unían en un solo corazón. Confusión por la variedad de sentimientos contradictorios: el de la pena por la pérdida y la nostalgia de lo que se había vivido y compartido; el de la esperanza y la ilusión por la tarea pendiente; el de despedir al padre querido y el de saber que ya formaba parte de los que se fueron, todos ellos ya gozando de Dios para siempre... Y por encima de todo, contextualizando la escena, una gran serenidad.

“A vosotros, hermanos y sobrinos de Ernesto por quien celebramos la Eucaristía y cuya muerte nos convoca desde la fe y la amistad, el testimonio de todos los presentes que compartimos sentimientos de dolor y esperanza, de acción de gracias y de petición. De memoria por lo vivido y de oración insistente a Dios, nuestro Padre por el presbítero D. Diego Ernesto Wilson Plata.

Especialmente vive con hondura estos momentos el presbiterio de la Diócesis de Málaga al que ha pertenecido D. Diego Ernesto Wilson Plata desde el día 13 de mayo de 1956, festividad de la Virgen de Fátima”

⁸ Parrilla Valenzuela, Miguel Leonardo. Diácono . Francisco Parrilla Gómez, sacerdote Ejemplar. Págs. 236 y ss.

⁹ Denominación familiar y abreviada para los misioneros de la esperanza.

Con esta introducción quedaban nombradas y aglutinadas una gran parte de las personas a quienes Ernesto amó en vida y quienes fueron de su entorno más inmediato. La familia, que le acompañó, le sostuvo y le quiso siempre, y de cuyo seno él siempre se sintió parte activa, compartiendo sus alegrías, sus penas, sus preocupaciones y problemas; en todo momento cercanos y accesibles, cómplices y respetuosos de su vida y sus opciones. Los Misioneros de la Esperanza, representados en esa celebración con un número que podría rondar los trescientos; los sacerdotes diocesanos, a quienes el cura siempre se sintió muy unido en la misión y el ministerio; el Señor Obispo, a quien Ernesto siempre vio como superior legítimo, un servidor de la Iglesia a quien obedecer, amar y respetar. Esa fue una de sus batallas más peleadas hasta el final, si se permite la expresión, el amor a la Iglesia, la fidelidad y la obediencia, en el marco de la realidad diocesana. Nunca pensó ni contempló otro contexto desde el que vivir la vocación, si no era incardinados en la Diócesis, al servicio de la Iglesia local, en cada provincia, ya fuera en España o en cualquier otro país.

Pero también ese día acudieron a despedirlo otras muchas personas que en algún momento de su vida, durante una larga o breve etapa, se encontraron con Dios a través del padre o sintieron afecto o simpatía por él o por MIES.

Habían sido muchas las personas que se habían acercado a Dios a través de Ernesto, directa o indirectamente. Miles de jóvenes pasaron en uno u otro momento por lo que en su día se llamó la “Congre”¹⁰, por las Secciones Obreras y de Estudiantes¹¹, por los centros FIMES¹², por sus numerosos Ejercicios Espirituales, las famosas charlas cuaresmales de los primeros años de sacerdote, en la que se congregaban cientos de jóvenes, por los innumerables viajes a las distintas provincias españolas para predicar y acompañar a

¹⁰ Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa y María Inmaculada, grupo juvenil animado y fundado por Ernesto e incardinado en la Parroquia de la Amargura desde finales de la década de los cincuenta hasta finales de la de los sesenta. Fue el campo de cultivo en el que brotó Mies.

¹¹ Grupos de jóvenes que se aglutinaban en estas Comisiones para profundizar en la fe y la misión creados en los años previos al cambio político en España, desde la dictadura del General Franco a la democracia que germinó a partir de 1977.

¹² Asociación filial de Mies, que llegó a tener identidad y estatutos propios y que terminó fusionándose con la Obra Mies que la había creado en 1993.

chicos y chicas que se reunían para oír a ese hombre tan peculiar y apasionado, por las visitas realizadas a distintas ciudades de América Latina, en las que se le sigue recordando con cariño y reverencia, por su labor como capellán del Hospital Civil en los primeros años de ministerio, o en la Hermandad del Santísimo Cristo de la Esperanza en su Gran Amor y María Santísima de la Salud, de la cual fue cofundador y director espiritual hasta su muerte.

Miles de personas que se cruzaron en la vida del cura, muchos de ellos tocados por Dios a través de las palabras o las vivencias en el seno de los distintos grupos, que esa tarde, por el efecto del boca a boca, por las esquelas en la prensa local, por los correos electrónicos que circularon enloquecidos a través de la red, o por cualquier otro medio, supieron de la muerte de Ernesto y, no llegando a estar presente en su funeral, elevaron una plegaria o rememoraron un cálido recuerdo de él.

“No nos ha dado tiempo de comunicarle – continúa Francisco Parrilla con una nota de pena que se dibuja en su sereno rostro– que deseamos concelebrar el 13 de mayo próximo todos los compañeros que quedamos, al mismo tiempo que íbamos a pedir a Dios por los once ya fallecidos, desde ayer 12, que también cuenta ya. Cuando miramos hacia atrás, de verdad que pasa una nube que cubre la luz. Es rápida, porque la mueve el viento impetuoso del Espíritu, pero se siente a manera de eclipse...”

El vicario general siguió haciendo un recorrido rápido y ameno por la vida del Ernesto, desde sus años de seminario compartido, pasando por los de coadjutor en la Parroquia de Sta. María de la Amargura, donde empezó todo, hasta la fundación de MIES, con detalles y anécdotas, manteniendo la atención y la expectación de los presentes con una maestría envidiable. Conducía a la audiencia de la nostalgia por lo que no pudo ser, a la sonrisa ante “las cosas de Ernesto”, y permitió que los misioneros congregados esa tórrida tarde de junio, vieran su Asociación a través de la mirada de un espectador próximo, pero no directamente involucrado, conocedor de la trayectoria de la Obra, en algunos aspectos, con mayor detalle que muchos de los mies. Fue una grata sorpresa en aquellas horas de emociones encontradas.

Y terminó como iniciamos este capítulo, con los últimos años, los de la retirada. Parrilla, bajando un poco el tono de su voz, y elevando nuevamente la vista hacia los congregados, relató con serenidad, matizando cálidamente: *“En su momento Ernesto se retira de la responsabilidad de la Obra y se dedica a permanecer a la escucha, animar, orientar y celebrar el sacramento de la Reconciliación. [...] Sosiego, profundidad, repetición de lo esencial, respeto al camino particular de las personas e intentar que no se pierda el núcleo básico del movimiento, al pasar por tantas manos que cada uno imprime peculiaridad personal porque no puede ser de otra manera...”*

Concluida la Eucaristía, llegó el momento de la despedida y bendición. Mientras el obispo rociaba el ataúd con agua bendita y se pronunciaban las últimas oraciones, el coro de jóvenes entonó un canto conocido por casi todos los presentes, una sencilla estrofa que se repetía una y otra vez, con una cadencia continua. *“Lo que no se da, se pierde, se pierde lo que no se da; si lo guardas para ti, se pierde porque no se da. Lo que no se da, se pierde, se pierde lo que no se da; si lo entregas para todos, seguro siempre lo tendrás”*.

Se repetía una y otra vez, lentamente, como si se rezara el rosario entre todos, con la emoción contenida en las voces. Se repetía como si de un mantra se tratara, un homenaje, un reconocimiento a toda una vida de entrega. Todos en pie, repitiendo las dos estrofas, sin que nadie se moviera de su sitio.

Quizá el personal del cementerio comprendió que se necesitaban unos minutos extras para mostrar el respeto debido a un hombre tan importante para la vida de tantas personas, adultos y jóvenes. Quizá se retrasaron por problemas puramente logísticos. Sea como sea, los fieles seguían allí, sin moverse ni un centímetro, entonando como una letanía esa letra que en sí es una enorme paradoja y no por ello menos cierta. Se pierde lo que no se da; si lo entregas para todos seguro siempre lo tendrás. Y entonces entraron los operarios y como un reguero de pólvora toda la asamblea prorrumpió en un aplauso que se dilató hasta que las palmas de las manos parecía que se insensibilizaban. Subía y bajaba como una ola que recorriera toda la estancia.

¿Cuánto tiempo duró aquella despedida? Difícil de expresar, porque fue un tiempo absolutamente subjetivo para cada uno. ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Una vida? ¿Una eternidad? ¿Qué puede importar eso! Fue un momento de gracia, de sentir a los hermanos, de tomar conciencia de que iniciábamos una nueva etapa que exigiría mucho de cada uno, y lejos de sentirlo como una carga, se percibía como una oportunidad, un sueño. Ernesto pasaba el testigo, no a un grupo reducido de elegidos, ni al Equipo Director de ese momento, pasaba el testigo a todos. Él lo dio todo en vida, lo entregó todo, y quedaba a nuestro cuidado. La clave parecía estar en la sencilla letra de nuestra canción: volverlo a dar, seguir entregándose, sin desfallecer, levantándose después de cada caída, tal y como un día lo inspiró Dios a través de la Virgen Macarena.

Y ya en la intimidad de la sala de recepción de los féretros, lejos de la mirada de todos, se produjo una última despedida. Paco Gonzalez lo percibió como un último detalle de amor de la Madre. Él que no había podido estar presente en la habitación del padre en los últimos momentos, ni tomarle la mano como lo hizo Maleny y su hermana, pudo ahora besar su frente, porque alguien abrió el féretro por última vez, dejándole contemplar el rostro de Ernesto, y mientras elevaba una rápida despedida entre dientes, depositó un ligero beso en su frente. *“Hasta que nos volvamos a encontrar”*.

Esa noche incineraron sus restos mortales, que en la actualidad reposan en la Capilla de la Casa Madre de MIES en la Calzada de la Trinidad de Málaga. En el cristal que recubre la lápida puede leerse: *“Al despertar me saciaré de tu semblante”* (Sam 17,5). Diego Ernesto Wilson Plata. Presbítero Diocesano, Fundador de Mies. 1º Junio 1929- 26 Junio 2005.

Entre las muchas coronas depositadas sobre el féretro y alrededor de él el día de su funeral había una de rosas blancas con una banda sobre la que podía leerse: *“Pasaré mi cielo en la tierra”*. Se la regaló Maleny, haciendo mención a las palabras de Teresa de Lisieux, *“Pasaré mi cielo haciendo el bien en la tierra”*. Muchos son los que a día de hoy han recibido una de aquellas rosas transformadas en gracia y ayuda. Y las rosas se van multiplicando hasta formar una suave

lluvia que empapa los corazones de quienes se acercan a su vida y su obra, mientras millones de jóvenes y niños esperan sin saberlo que los mires lleguen hasta ellos, los amen y los acompañen iluminando sus vidas de esperanza, esa que solo puede emanar del encuentro profundo con Dios.

II

UN NIÑO HERIDO POR LA GUERRA

Se desencadena el horror

Hablar en España sobre la guerra civil que nos asoló entre los años 1936 a 1939 es todavía un ejercicio complicado, porque a pesar del tiempo transcurrido sigue levantando ampollas, sigue tocando la fibra sensible de cada uno. Fueron unos años que marcaron profunda e inexorablemente no solo a los que les tocó padecerla en primera persona, sino también a las generaciones siguientes. A unos porque crecieron en los años del hambre, la carestía y la brutal represión de la postguerra; a otros, porque tuvieron que sufrir la falta de libertades cuando tenían ansias de democracia; a todos, porque en aquellos años oscuros, perdieron a seres queridos a manos de vecinos, de conocidos o de otros conciudadanos.

Para alguien que no es de este país, le puede resultar difícil hacerse una idea de lo que fue aquella contienda que enfrentó a dos Españas, irreconciliables, antagónicas, radicalizadas. No tienen la experiencia de oír desde pequeños a sus mayores contando las atrocidades que tuvieron que ver y padecer nuestros abuelos, muchos de ellos entonces niños o adolescentes. La guerra siempre es una catástrofe de magnitud astronómica, pero si es una guerra entre ciudadanos de un mismo país, entre vecinos, hermanos, amigos... entonces las proporciones de esa aniquilación son descomunales, porque no se acaba con un tratado de paz, o con la recuperación económica o la regeneración ideológica. Las consecuencias emocionales, el dolor, la rabia, la impotencia, el resentimiento que causa todo ese sufrimiento queda como encapsulado en cada familia, y se transmite a los hijos y a los hijos de los hijos. No sé cuándo se acaba. En España todavía

estamos en ello, por eso cada tumba colectiva que se abre en la cuneta de una carretera, cada fosa común que se investiga en un cementerio, cada resto óseo que se analiza en busca del ADN que lo conecte a sus familiares, sigue levantando polémica y despertando sentimientos contradictorios entre nosotros.

Es importante partir de esta premisa para adentrarnos en este capítulo. Importante para entender una parte de la psicología de Ernesto, que siendo un niño de siete años, se vio envuelto en esta guerra fratricida y quedó profundamente marcado por ella. Importante también para entender, en algunos aspectos, el contexto histórico y el propio devenir de la Obra de Misioneros de la Esperanza, y a los misioneros españoles, pues todos, aún los más jóvenes, tienen un cierto posicionamiento, aunque solo sea emocional, en torno a este conflicto bélico, a los años del franquismo, la democracia posterior y el neocapitalismo actual.

Mies nace en un contexto, hija de unas personas que viven una realidad política, económica y social que los determina en muchos aspectos, por eso es fundamental hacer referencia a ello, para que el lector, tanto si es español como de cualquier otra parte del mundo, pueda situarse y comprender cómo y por qué fueron las cosas de una determinada manera y no de otra.

Obviamente yo también estoy sujeta a mi herencia ideológica, a ese dolor que heredé de mis mayores como consecuencia de la guerra. Para amortiguar el impacto de esa mochila que cargo, como cualquier otro español, he intentado acercarme a una bibliografía muy diversa, es decir, a miradas muy distintas, a relatos de los mismos hechos contados por personas de diferentes ideologías, de modo que, en la medida que sea posible, ningún lector se vea gravemente lesionado en su propia conceptualización de lo que pasó y del por qué pasó.

Bien, pues como digo, Ernesto era un tierno niño de siete años aquel 18 de julio de 1936. Vivía por entonces en Málaga, aunque había nacido en Sevilla el 10 de junio de 1929. Sus padres, Andrés Wilson Carballo, nacido en Huelva a finales del XIX y su madre, Mercedes Plata Olmedo, de Morón de la Frontera, en la provincia de Sevilla,

nacida en 1900, se casaron en la capital hispalense, en 1925. Cuatro años después venía al mundo Diego Ernesto, el 10 de junio.

En 1933 Andrés Wilson aceptó un trabajo en la ciudad de Málaga y pese a que a su esposa Mercedes no le agradaba la idea de alejarse de su familia, ellos se trasladan a la Costa del Sol y se instalan en Calle Panaderos nº 24, un piso en el casco histórico de la ciudad. Más tarde se mudarían a Plaza Montañón, cuando él ya tenía seis años, y allí vivirá la guerra civil. Parece ser, según relata el propio Ernesto al grupo Spes¹³, que su padre era un hombre que buscaba la independencia en el aspecto laboral e incluso familiar, de modo que abandonó su trabajo en el campo de los componentes eléctricos en Sevilla y aceptó otro más tentador, relacionado con la reparación de automóviles en Málaga. Andrés Wilson era un hombre seducido por todos los descubrimientos y avances que se estaban realizando en esa época en torno a la automoción.

Ernesto recuerda que, unos meses después de llegar a Málaga, en el mes de abril, le llevaron a las playas del Palo para tomar un baño. Era pronto, sin duda, porque en esas fechas aún el agua está muy fría en esta costa. *“Y cuando vi el agua del mar, con el miedo que me daba bañarme, y todavía me da, – cuenta a un grupo de misioneros en enero de 1991- dije que no, y como soy un cabezón insistí en que no. Pues hay una foto que tengo guardada en la que están retratados mi hermano y mi hermana en bañador, pero yo no, porque no consentí”*.

La situación política en España era realmente compleja. En 1931 se había proclamado la segunda República en el país, después de una etapa de dictadura militar presidida por Primo de Rivera. España sufría graves problemas de toda índole: económica, social, educativa, sanitaria... y se pretendían realizar profundas reformas para modernizarla conforme al entorno europeo. En ese sentido la constitución de 1931 fue pieza clave en todo ese proceso. Desde el principio se optó por un estado laico, aconfesional, en una España con una tradición católica asentada por siglos, en la que la Iglesia mayoritariamente empatizaba con los valores conservadores propios de las clases más privilegiadas.

¹³ Grupo de Misioneros de la Esperanza que estudian concienzudamente el carisma de la Obra a fin de ser fieles transmisores del mismo.

La clase trabajadora, identificada con el movimiento sindical y las opciones de izquierdas más o menos radicalizadas, se va posicionando gradualmente en contra de la Iglesia y de todo lo que suponga una confesionalidad que se les ha impuesto desde el estado en los sistemas de gobierno precedentes.

Tras la aprobación de la Constitución el 9 de diciembre de 1931, el Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora se niega a firmar la *Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas*, aprobada por las Cortes el 17 de mayo por considerarla persecutoria, ya que limitaba el ejercicio del culto católico y lo sometía al control de las autoridades civiles.

Los días 11 y 12 de mayo ardieron iglesias y conventos de toda España, alcanzando en Málaga proporciones colosales. En esta ciudad arde el treinta y cinco por ciento de todos los edificios incendiados en la Península. Se quemaron templos, imágenes de valor incalculable desde el punto de vista artístico, se profanaron ornamentos, cementerios, sepulturas, hostias consagradas...

Alcalá Zamora dimite en septiembre, sucediéndole Manuel Azaña. A partir de este momento, la laicización del estado toma tintes, a menudo, dramáticos para los católicos practicantes, con medidas que se suceden con una rapidez que les deja prácticamente sin reacción, y que empiezan siendo más o menos inocuas, como la retirada en las escuelas nacionales de todo símbolo religioso, para convertirse en órdenes de mayor calado, como la expulsión de la Compañía de Jesús, en enero del 32, la declaración de propiedades nacionales a todos los bienes eclesiásticos, lo que incluía hospitales, cementerios, centros de beneficencia, y la prohibición a las Congregaciones religiosas de ejercer la tarea de la enseñanza.

Cuenta Sánchez Trujillo en su libro *Málaga, tierra de mártires* que el alcalde de Málaga dicta un oficio en el verano de 1932 ordenando que se quite en el plazo de ocho días la imagen del Sagrado Corazón de la fachada de la Iglesia del Seminario¹⁴ porque se veía desde la ciudad y era una provocación.

En otros aspectos, sin duda, la constitución supuso un avance importante hacia la consecución de los derechos humanos, la democratización del país, y el ordenamiento jurídico, pero las ideas políticas de los españoles estaban tan polarizadas, las desigualdades sociales eran tan profundas, las reformas que se tenían que acometer tan drásticas, que la carrera hacia el desastre se desató a tal velocidad que nadie fue capaz de detenerla. Los acontecimientos se imponían día a día sobre cualquier intento de control.

*“Este primer bienio iba a soportar una violencia inusitada, con dos insurrecciones anarquistas, un pronunciamiento derechista fallido, numerosos y sangrientos incidentes de orden público, atentados, etc”.*¹⁵

En este ambiente de desconcierto e ilusión por el cambio que empezaba a inaugurarse llegan los Wilson Plata a Málaga. Cuenta Ernesto que su padre era de orientación izquierdista, no sabemos si muy radicalizado o de corte moderado, aunque por su evolución posterior, podemos deducir que se trataba de un hombre progresista, ilusionado por las perspectivas que se adivinaban tras las nuevas leyes que se iban proclamando en pro de un país más acorde a los parámetros europeos de la época, como el caso de Francia, Gran Bretaña, Países Bajos y otros, frente a Alemania, en cuya nación ese mismo año triunfó en las elecciones el partido nazi, liderado por Adolf Hitler, que tanta importancia adquiriría en los años de la guerra civil española al apoyar a los sublevados, es decir, a lo que se denominó el bando nacional.

A los cinco años Ernesto entra en la Escuela Graduada, comparte juegos con sus hermanos Carlos, dos años mayor que él, y Josefina, dos años menor. La política estaría, sin duda, fuera de su ámbito de interés, pero sí podía ser consciente de las preocupaciones y temores de sus mayores que comentarían, en más de una ocasión, el aumento de la inseguridad y la violencia en las calles, los atentados de personas relevantes, las medidas contra la Iglesia y sus fieles y otra serie de cuestiones que le llegarían, quizá, distorsionadas o amortiguadas por su mundo infantil, su imaginación desbordante, y su sentido estético y plástico, tan personal y desarrollado.

¹⁴ Pedro Sánchez Trujillo. Málaga, tierra de Mártires. Málaga. 2010. Pág 238

¹⁵ Id, pág. 239.

El deterioro del orden público y social se iba agravando a marchas forzadas. El resultado de las elecciones de 1936 son el desencadenante, la mecha que enciende la puesta en marcha del engranaje que acciona de forma inexorable la guerra.

¿Por qué se llegó a tal extremo? ¿Por qué una contienda tan sangrienta y terrible? ¿Cómo llegan a enfrentarse hermanos contra hermanos, vecinos contra vecinos, ciudadanos contra ciudadanos? Obviamente las razones son múltiples y muy complejas. Pero hay algunas más relevantes que otras, sobre todo, desde el punto de vista del pueblo. Por un lado, como ya he comentado, las posturas estaban muy polarizadas. En una parte se aglutinaba un colectivo muy heterogéneo y, a menudo, enfrentado, que defiende la República. Entre ellos están los que defienden un orden democrático, la modernización, la laicización, la defensa de los nacionalismos y las autonomías; así mismo, en esta facción se destacan los defensores de la clase obrera y campesina, del proletariado, que se organizan en sindicatos y comités, entre los que empezó a gestarse una auténtica revolución marxista al estilo soviético; y por último, se distinguían también los anarquistas, que avanzaron en la revolución desde una postura más asamblearia e igualitaria que la de socialistas y comunistas. Y frente a todos los anteriores estaban los que querían un orden tradicional, aunque fuera impuesto por la fuerza, en el que se garantizara el capital, la propiedad privada, el culto católico, y los privilegios de las clases dirigentes.

Estos últimos, sin lugar a dudas, se veían atacados y amenazados a diario, sin que la justicia viniera en su defensa, bien por actuar de forma lenta y a destiempo, bien por no defender sus intereses y derechos.

El general Mola, el 25 de mayo de 1936, dos meses antes del inicio de la guerra, escribe una instrucción reservada en relación a lo que va a ser el levantamiento contra la República que ya está decidido por los militares que planean la sublevación: *“La acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades y sindicatos no afectos al*

*movimiento*¹⁶, *aplicándoseles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía y huelgas*¹⁷.

Efectivamente en España se estaba gestando una revolución marxista que coexistía en el mismo escenario con un intento de República democrática, en la que otros muchos ciudadanos veían amenazados sus intereses y negados derechos que hasta hacía apenas tres años eran incuestionables.

Federica Montseny publica en la Revista Blanca del mes de julio del 36: *“La revolución es una fuerza destructora y ciega, grandiosa y bárbara, en la que actúan, formidablemente, fuerzas incontroladas e incontrolables. Que una vez bajado el primer eslabón, el primer peldaño, el pueblo se precipita como un enorme torrente por la brecha abierta [...] En el fragor del combate, en la furia ciega de la tormenta, ¡Cuántas cosas también naufragan!”*¹⁸

Y en medio de esa fuerza destructora, ciega y descontrolada, Ernesto, confundido y asustado, es testigo de numerosos abusos y violencia extrema, que le marcarán para siempre y que de un modo indirecto y misterioso formará también parte de lo que él después llamaría *la Prehistoria de MIES*, tejida con virtuosa trama por todos aquellos hechos, vivencias, encuentros y desencuentros, todas aquellas influencias teóricas o prácticas que fueron conformando más tarde el carisma y la espiritualidad de la Asociación Misionera.

El 18 de julio de 1936 la familia Wilson Plata, como todos los españoles, se despiertan con la noticia que radiaban sin cesar de que el ejército de Marruecos se había sublevado la víspera contra el Frente Popular, la coalición de izquierdas que había ganado las elecciones en el mes de febrero. Inmediatamente Málaga se moviliza y la autoridad civil y militar, después de varias escaramuzas y movimientos dudosos, se proclama fiel a la República. Se produjo un despliegue militar sin precedentes que asustó mucho a la población. Cerraron los comercios del centro de la ciudad y la gente se retiró de las calles

¹⁶ Aquí hace referencia a todas las personas que no simpatizaban con las ideas conservadoras o con el ejército sublevado contra la República.

¹⁷ Antonio Nadal. Prólogo a la segunda edición de *La Guerra Civil en Málaga*. Ed. Arguval. 2005.

¹⁸ Sanchez Trujillo, P. Málaga, tierra de Mártires. Málaga. Pág. 301

para buscar refugio y noticias en las viviendas. Hasta esa noche no se aclaró si Málaga se unía al levantamiento o seguía leal al gobierno, pues algunos militares simpatizaban con el alzamiento.

En la mañana del 19, muchos ciudadanos se lanzaron a la destrucción de mobiliario urbano, edificios, negocios propiedad de personas adineradas, de tendencia conservadora o de empresarios en general. Incendiaron el Círculo Mercantil, propagándose las llamas a locales contiguos, destruyeron el Café Comercial, entraron en los establecimientos Tallefer, propiedad de una familia muy relevante y conocida en la ciudad, arrojaron mobiliario y documentos a la calle e incendiaron la documentación del Registro de la Propiedad. Fue, en definitiva, un caos que se propagó como un incendio por toda la capital y generó temor y miedo entre las familias, porque nadie sabía lo que podía pasar ni qué reacción se podía producir por parte de las autoridades, los sindicatos o los partidos.

Dos días después, según publicó la prensa local, numerosos grupos se congregaron frente al Seminario. Allí había unos treinta y tres sacerdotes, celebrando ejercicios espirituales. Todos fueron arrestados. Con cuerdas, lograron derribar la imagen del Sagrado Corazón que presidía la Capilla, y que unos años antes ya el alcalde de la ciudad quiso retirar, y la sustituyeron por una bandera republicana que ondeó desde ese día sobre el edificio.¹⁹

Para que nos podamos hacer una idea de lo que significó la política anticatólica de esos años es interesante citar un Memorandum que elaboró Manuel Irujo, ministro del gobierno republicano y católico, que presentó en el Consejo de Ministros de enero de 1937, entonces ubicado en Valencia, cuando todavía Málaga era una ciudad leal al gobierno.

Irujo hizo un balance de la situación de la Iglesia, a excepción de la asca, a partir de julio del 36: “*Todos los altares, imágenes y objetos de culto, salvo contadas excepciones han sido destruidos*”. Luego supimos que muchas de ellas habían sido escondidas por muchos fieles en las casas, desvanes o improvisados escondites a fin de evitar esa destrucción, como ocurrió con la de la Virgen Esperanza Macarena,

que años después inspiraría a Ernesto para la fundación de su Obra.

*“Todas las Iglesias se han cerrado al culto – sigue leyendo el ministro- el cual ha quedado total y absolutamente suspendido. [...] En las iglesias han sido instalados depósitos de todas clases, mercados, garajes, cuadras, cuarteles, refugios y otros muchos modos de ocupación diversos. [...] Todos los conventos han sido desalojados y suspendida la vida religiosa de los mismos. Sus edificios, objetos de culto, y bienes de todas las clases, fueron incendiados, saqueados, ocupados o destruidos. [...] Se ha llegado a la prohibición absoluta de retención privada de imágenes y objetos de culto. La policía que practica registros domiciliarios destruye con escarnio y violencia las imágenes, estampas, libros religiosos y cuanto con el culto se relaciona o lo recuerde...”*²⁰

Ernesto refiere años después que la guerra le hizo mucho daño al niño que era, le afectó a su psiquismo. “*Todo me asustaba más de lo normal, todo lo veía como con gafas de aumento por tanto horror como se vivió en aquellos años*”.

Recordaba con verdadero espanto la profanación de los templos que él vivió en primera persona. Rememoraba, a menudo, con lujo de detalles, una escena que vio en la puerta de la iglesia de S. Felipe, a unos cincuenta metros de su casa: “*Una miliciano vestida con los ornamentos sacerdotales rociaba con agua bendita a los congregados, entre burlas y gestos obscenos. La gente se reía y le seguía la broma. Era una escena grotesca*”. Aún en 1991, cuando lo cuenta a su auditorio de Spes, se le dibuja una mueca de repulsión y sus chispeantes ojos se entristecen. “*Recuerdo maravillosamente a una viejecita – cuenta con tristeza y un deje de melancolía -. La recuerdo bien, porque fue una de esas cosas que tanto daño me hicieron. Ella tendría unos ochenta años cuando arrancó una propaganda de la República que estaba medio despegada de la pared. La mujer dijo que era para la caldera, para hacer fuego en su cocina – relató bajando la voz mientras entornaba los ojos para visualizar el recuerdo – y era verdad. Pero la cogieron allí mismo, en la Plaza Montaña y la quemaron viva... Eso nunca se me ha podido olvidar a mí*”.

²⁰ Publicado en pág. 315-316 de Málaga, tierra de mártires como texto extraído de LIZARRA DE, A. Los vascos y la República española, contribución a la historia de la Guerra Civil. Ed. Vaaca Ekin. Buenos Aires, 1944, pp201 y ss.

¹⁹ A. Nadal. Guerra Civil en Málaga. Ed. Arguval. 2005

La catedral de Málaga también sufrió saqueos y desperfectos, aunque muchas obras pudieron salvarse porque en los comienzos de la contienda se tapió el coro hasta lo alto, quedando allí almacenadas numerosas obras de arte, ornamentos, objetos de culto y libros. El resto del edificio quedó convertido en una inmensa casa de vecinos que acogió a los numerosos refugiados que iban llegando de otras ciudades y pueblos de la provincia. Cuenta Sánchez Trujillo que *“allí se cocinaba con maderas de los retablos. [...] Caían a pedazos las altas vidrieras y crepitaban al fuego las bellas maderas policromadas”*²¹.

Tras el comienzo de la guerra, las zonas de dominio del gobierno de la República se organizaron en Comités, dirigidos por los partidos obreros y los sindicatos. Cada actividad u orden civil en la ciudad de Málaga, quedaba así presidida y gestionada por un Comité, en el intento no siempre exitoso de poner freno a las patrullas descontroladas que ejercían funciones de policía y orden público, porque muy a menudo un grupo identificado con una determinada ideología o aglutinado tras una bandera o insignia, se tomaba la justicia por su mano, o la ejercía de forma arbitraria y despótica. Había desconfianza entre las propias milicias, abundaban los rumores mas descabellados y alarmistas que se puedan imaginar, y en general, triunfaba la desinformación y la sensación de caos.

En el mes de agosto el número de muertos a manos de grupos incontrolados adquieren tintes dramáticos, como también lo alcanzan los ajusticiados por orden del Comité de Salud Pública, quienes consintieron u orquestaron la matanza de numerosos detenidos en base a sus ideas políticas, a su fe católica o a denuncias de vecinos o familiares en las que se les relacionaba con actividades o colaboraciones subversivas. Los malagueños le llamaban “el paseíllo”. Los sacaban de noche en camiones atestados de hombres, en su mayoría, asustados y sumisos, y frente a las tapias del cementerio o en lugares prefijados de antemano, un poco apartados de las viviendas familiares, los fusilaban sin juicio ni condena.

Estas actividades nocturnas se comentaban en voz baja, en corrillos de gente conocida, entre gestos de miedo y palabras entrecortadas.

²¹ SANCHEZ TRUJILLO, P. Málaga, tierra de mártires. Málaga. 2010. Pág. 339.

José Gil Pineda, de cuarenta años, el coadjutor de la parroquia de S. Felipe, a donde los Plata acudían con asiduidad, muchas veces buscando refugio a los bombardeos de las tropas nacionales, fue fusilado delante de la tapia del cementerio de S. Rafael en ese largo verano, el día treinta de agosto. Fueron miles las vidas cercenadas en aquellos meses a manos de los Comités, los grupos de milicianos y los verdugos contratados a tal fin por la autoridad competente. Y siguieron siendo miles los que más tarde, a manos de la nueva autoridad y gobierno, tras la caída de la República, vieron su final delante de la misma pared, desconchada y llena de agujeros de balas, disparadas por distintas armas y distintas personas, pero con el mismo objetivo, acabar con aquellos que pensaban diferente.

Cuarenta y nueve bombardeos tuvieron que sufrir los malagueños en aquellos meses republicanos. Ernesto los recuerda con pavor. *“Mientras bombardeaban nosotros nos escondíamos en el hueco de la escalera, porque no teníamos otro sitio. Allí estábamos todos, comunistas, ateos, católicos, todos refugiados y muertos de miedo, y mi madre los ponía a todos a rezar el rosario. Pues en uno de aquellos bombardeos escuchamos un griterío, una madre llorando...se llamaba Doña Emi. Tuvo muchísimos hijos pero sólo le vivían ocho. Todavía viven algunos y son amigos nuestros –aclaró Ernesto a su audiencia en enero de 1991.- Total, que escuchamos un griterío y es que al muchacho, a uno de sus hijos, lo habían sacado de la buhardilla y lo mataron delante de nuestra casa a punta de puñalada. Después lo pusieron en la plaza Montaña y los milicianos hacían sus necesidades encima. Mi padre, viendo todo eso cambió. Al principio de la guerra era republicano, simpatizante de los comunistas, pero todo aquello le hizo cambiar...”*

Ante este panorama, el bando nacional, el de los sublevados, se va nutriendo de la gente de derechas y muchos otros indecisos que se aglutinan con la esperanza de que se acaben semejantes desmanes, se recupere el orden público y se respete la propiedad individual, la libertad religiosa y la unidad de España.

Ernesto recuerda con profundo dolor y cierta melancolía un episodio que se quedó grabado a fuego en su memoria infantil y que relató a Juan Carlos Martínez²² en 1996. *“Tendría yo unos siete años e*

²² Parece ser que una mañana le contó esta historia de forma espontánea sin que el contexto

iba de la mano de mi madre caminando por la calle. Una bomba había abierto un inmenso socavón en lo que hoy conocemos como calle Larios. En aquel entonces se llamaba calle Catorce de Abril²³. Nos acercamos con miedo y curiosidad, y nos quedamos allí, mirando con horror el enorme agujero y toda aquella destrucción. Yo tenía tanto miedo que me hice mis necesidades encima allí mismo, sin que lo pudiera evitar. Mi madre, que tenía una delicadeza especial para estas cosas, se dio cuenta inmediatamente y me tapó el pantalón con un abrigo, sin reproches ni comentarios, y nos fuimos enseguida de allí”

El sacerdote ya mayor mira con ternura a través de las entrete-
las del tiempo a ese niño que fue, asustado, vulnerable, que reacciona
con pánico ante el horror desatado por la guerra, atendido con dili-
gencia y resolución por Doña Mercedes, una mujer atenta y mater-
nal. Nunca podría olvidar aquella mañana de 1936.

En agosto llegó cabalgando veloz el tercer jinete del apocalipsis,
el del hambre. Al iniciarse la guerra la zona republicana ocupaba un
sesenta y seis por ciento del territorio nacional e incluía los núcleos
urbanos más poblados como Madrid, Barcelona, Valencia o Bilbao,
donde se concentraba la industria, pero los campos de trigo y las zo-
nas ganaderas, la despensa de la nación quedó, fundamentalmente,
en manos de los sublevados, por lo que el desabastecimiento no tardó
en llegar a las ciudades.

Las amas de casa tenían que ejercitar toda su imaginación y
astucia para alimentar a la prole. En Málaga, los alimentos queda-
ron reducidos a la producción de las zonas limítrofes, por lo que la
cesta de la compra, si es que se tenía dinero para comprar, se redujo
a higos, pasas, harina que se mezclaba con cereales gruesos, con el
que se elaboraba el pan negro y las aceitunas. Escribe Nadal en su
libro de Guerra Civil en Málaga que *“para suplir la falta de pan, se
fabricaron unas tortas negras hechas de cebada, maíz o harina de des-
perdicio. El pan blanco fue tan apreciado que los nacionales al entrar
en Málaga, por Huelin, portaban dichos panes clavados en palos como
signo de fuerza y para demostrar las ventajas del nacionalismo.[...]”*

lo produjera ni mediara causa aparente. Sencillamente Ernesto quiso que conociera ese epi-
sodio de su vida.

²³ Es la fecha en que se proclama la segunda República.

*En gran cantidad de casas, la alimentación se reducía a rabanillos,
higos secos y pasas.”*

El hambre hizo mella sin duda, entre la población infantil y
trajo consigo desnutrición, enfermedades de corte infeccioso, raqui-
tismo, disentería y, en general, una disminución de las defensas natu-
rales del organismo que desembocaron, en muchos casos, en muerte
prematura.

Y aún había otros horrores de corte psicológico o sublimi-
nares, que iban minando la seguridad y la inocencia de los niños,
aterrorizaban a sus madres y eran burla y escarnio para muchos ma-
yores. Me refiero a las retransmisiones radiofónicas que cada noche,
a las diez en punto, desde Sevilla, capital gobernada por el ejército
nacional, ofrecía el general Queipo de Llano, y que según todas las
opiniones, se constituyó en la quinta columna más eficaz. Su lengua-
je era grosero e impertinente, su prepotencia desmedida, y el terror
que lograba infundir en los oyentes aún se sigue refiriendo entre
las personas mayores de la ciudad. Aunque estos partes de guerra
pudieran ser esperanzadores y alentadores para los que se sentían
vejados, presos o represaliados por las milicias populares o por los
distintos Comités que malgobernaban la capital, lo cierto es que no
dejaban indiferente a nadie, por la crueldad de sus amenazas y la
grosería en su trato; sobre todo, si tenemos en cuenta que semana
tras semana, su ejército iba avanzando de forma lenta pero inexora-
ble hacia Málaga.

Sea como sea, si uno quería tener noticias sobre el avance del
ejército nacional, la mejor forma de contrastar información era co-
nectar el dial de radio Sevilla a las diez de cada noche. Por poner
un ejemplo que pueda ayudarnos a comprender el efecto psicológico
que sobre una población puede tener un discurso radiofónico, citaré
las palabras del General del 23 de julio del 36: *“Nuestros valientes
legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombres.
De paso también a las mujeres de los rojos, que ahora, por fin, han
conocido a hombres de verdad y no castrados milicianos. Dar patadas
y berrear no las salvará...”*²⁴

²⁴ NADAL, A. Guerra Civil en Málaga. Ed. Arguval. Málaga. 2005 Pág. 60

Estos mensajes medio velados, medio explícitos, hicieron correr el rumor entre la población malagueña de que las tropas nacionales, conducidas por Queipo, entraban en los pueblos y ciudades violando a todas las mujeres que encontraran, ya fueran adultas o adolescentes. Incluso llegaron a contar en corrillos improvisados formados por mujeres y jóvenes desnutridas y aterrorizadas por el curso de los acontecimientos, que las tropas de Marruecos cortaban los pechos a las mujeres, arrancaban a sus hijos de sus brazos y mataban sin piedad a todo aquel del que se sospechara que había colaborado con el gobierno de la República. Los bulos proliferaban tanto como la confusión y los desmanes. Y a tanto llegó la desinformación y el horror, que el siete de febrero de 1937, estando el ejército nacional a las puertas de la capital, miles de malagueños, familias enteras con niños y bebés a cuestas, ancianos y jóvenes, se lanzaron con lo que podían transportar hacia la carretera de Almería, huyendo del ejército de Queipo, en lo que se ha conocido como la “desbandá”.

Fue un episodio trágico que ha quedado en el subconsciente del pueblo malagueño. Casi todas las familias pueden contar que un abuelo, un tío abuelo, o toda la familia, se internó en aquellos días por esa conocida carretera que se convirtió en una trampa mortal. Unos huían de la ciudad porque tenían crímenes a sus espaldas que no querían pagar; otros, porque sus ideas revolucionarias o republicanas los animaban a buscar un lugar donde todavía ese sueño estuviera vivo; muchos porque la propaganda izquierdista los había convencido de que era su única oportunidad de sobrevivir, y la mayoría, familias enteras, porque el miedo a las represalias que se anunciaban a diario por la radio, les aterrorizaba más que cualquiera de aquellos cañones que escupían sus cargas mortíferas sobre los refugiados a lo largo de esa carretera, dejando la vía sembrada de cadáveres, de niños que entre el humo y el atronador ruido llamaban a sus madres, de padres que buscaban entre los cráteres de los obuses a sus retoños, o a sus hermanos, o a sus esposas...

Todo este horror, sea que lo viviera en persona o lo conociera por el boca a boca, le tocó vivirlo en primera persona a Ernesto, como a tantos miles de ciudadanos. Él tenía siete años y jamás pudo borrar esa sensación de espanto, inseguridad y catástrofe de su me-

moria. Quizá con los años logró hablar de ello con cierto humor, relativizando los aspectos cotidianos de aquellos días, pero reflexionó sobre ello en profundidad. Comprendió hasta donde el hombre puede ser devastador para el hombre, hasta qué punto las pasiones humanas y los intereses mezquinos se pueden confabular y adornar para respaldar una postura que incluso se llega a defender con las armas. Él llegó al convencimiento de que no hay causas justas para la guerra, para tanto horror y tanta destrucción. No hay causa justa para la aniquilación de los hermanos y este convencimiento se vio reforzado al reflexionar sobre la tremenda represión de la postguerra, el desquite, y la imposición de un orden nuevo, que con ser orden, no estuvo tampoco exento de excesos, arbitrariedad e imposiciones.

Estalla la paz

Para los Wilson Plata, la llegada de las tropas de Franco, fue después de todo un alivio. Por fin podían volver a comunicarse con la familia que vivía en Sevilla, que según refiere Ernesto, temían por la vida de ellos, pues habían oído por la radio sobre los numerosos bombardeos y las miles de víctimas que se había cobrado la guerra en la zona.

Cuenta Diego Ernesto que cuando, por fin, su abuela y su madre pudieron comunicarse, no sabemos si por carta o telefónicamente *“mi abuela, la madre de mi madre dijo: ‘Vente enseguida para acá. Llevamos tanto tiempo sin verte...’, pero era la divina providencia la que me llevó para allá...”*

Efectivamente, como en Málaga había estado prohibido el culto católico en los últimos ocho meses, las iglesias habían quedado destrozadas y numerosos sacerdotes y religiosos habían sido asesinados, la señora Mercedes decidió que su hijo se preparara e hiciera la primera comunión en Sevilla, junto a los suyos.

Todo esto lo cuenta Ernesto con lujo de detalles a su audiencia de Spes, pues fue un hecho muy significativo en su vida espiritual y ciertamente relevante para la futura fundación.

“¿Dónde se ve la Providencia? Pues veréis, el ir a Sevilla para mí primero supuso que conocí a la Macarena, que nada más la conocía de oídas. Me llevó mi madre uno o dos días antes de la comunión, porque la Macarena estaba en la Universidad de Sevilla, ya que el templo de S. Gil, donde está ahora, lo habían quemado en la guerra. Pero a ella la habían escondido en una casa, por eso no la quemaron. Ella estaba en C/ Lepanto nº1, y después se la llevaron a C/ Orfila, a otra casa.

Mi madre me llevó a la Universidad y ocurrió que cuando llegamos estaba la puerta cerrada y a mí me dio tantísima pena que llorando me hincé de rodillas en la puerta para rezarle a la Virgen.”

Bien, este hecho que relata Ernesto con nostalgia y una nota velada de tristeza, nos da idea de que se trataba de un niño con una fe fuerte, con costumbre de oración, aunque fuera esa sencilla oración de súplica tan propia de la infancia. Quería ver a la Madre y ante la frustración de encontrarse la puerta cerrada suplica con determinación y lágrimas para conseguir su objetivo.

“Cuando estaba allí, hincado de rodillas, - comenta con una sonrisa picarona- llegaron unos señores acompañando a un obispo latinoamericano que había venido a ver a la Macarena y querían abrir la puerta para que él celebrara misa allí. Pude entrar y participar de la misa aunque no había recibido la primera comunión todavía. Y entonces, como yo era un niño de siete años...- ¡las cosas que se dicen a los niños!- me dijo: “Yo le voy a pedir a la Virgen que seas un día misionero y te vayas con la Macarena a América”.

Fueron palabras proféticas, sin duda. No sabemos quién fue ese obispo, ni por qué le habló así, aunque debió llamarle la atención su devoción y su fe infantil. No sabemos si realmente rezó por esa intención, ni si fue Ernesto el que conmovido por semejante declaración quedó tocado y cuando años más tarde vio la oportunidad de hacerlo realidad no se detuvo ante las dificultades, pero sea como sea, aquella tarde de mayo de 1937, de un modo misterioso, se clavó el primer cimientito de la Obra de Misioneros de la Esperanza.

En ese mismo viaje se produce el encuentro con quien luego sería la patrona de la fundación, Sta. Teresa del Niño Jesús. Él lo cuenta

con mucha gracia, recordando con cariño a su tía Lola : *“Después por haber ido a Sevilla conocí a Teresita porque mi tía Lola, que era señorita de compañía o institutriz – entonces se llamaba institutriz- de una familia argentina muy rica, les había acompañado a Francia donde recientemente se había canonizado a Sta. Teresita. [...]*

Fue mi tía Lola a Lisieux y vino llena de estampas de la santa. Traía el libro de su vida, todo. Ella se había convertido en una admiradora de la santa francesa. Y eso fue lo que a mí me hizo captar la idea de Sta. Teresita. Y tan chiquitito como era ya empecé yo a tomarle devoción. Después eso me siguió, porque mi tía trajo de Lisieux una estampa así de grande, pintada por Celina. [...] Y así, mirando a Sta. Teresita, iba sintiendo cariño hacia ella desde pequeño, e iba creciendo el espíritu de la infancia espiritual.

Entonces ya veis, por tener que haber ido a hacer la primera comunión a Sevilla, pues conocí a la Macarena, a la Virgen, bajo la advocación de la Esperanza; recibí como una premonición de que iba a dedicarme a las misiones en América y llevarles a la Macarena, y conocí a Sta. Teresita y el camino de la infancia espiritual, que está relacionado con la esperanza, porque yo desde el principio lo relacioné”²⁵.

Ernesto se preparó para la primera comunión en un convento de carmelitas, detrás de la Macarena, en la calle Pozo nº4. Era entonces un colegio de niñas, pero a él y a otro compañero los admitieron para la breve catequesis que recibieron en tres o cuatro días previos a la celebración. En ese colegio descubre también una imagen de S. José, en la que profundiza posteriormente y llega a inspirarle en torno a la vida de perfección de los casados.

Con su memoria prodigiosa, recuerda al detalle esos días y cuenta que, la víspera de su comunión, le dieron una hostia sin consagrar para ensayar la ceremonia, pero él, desconociendo todavía todo el misterio de la consagración, creyó que comulgaba por primera vez. *“Esto hay que explicárselo muy bien a los niños – recomienda con interés - si no, no se enteran. Pues por no explicármelo bien... Yo llego un día y nos dice: “¡Todos para la capilla!” y nos ponen de rodillas y la*

²⁵ Transcrito fielmente de la charla al grupo Spes el 23 de enero de 1991, con mínimas correcciones y adaptaciones a texto escrito.

monja sale y dice: “Este es el cordero de Dios...” Yo digo: “Ya está, voy a hacer la comunión”. Comulgé yo muy devoto. No llevaba nada, un trozo de pizca, pero me creía yo que era la primera comunión. Entonces a los ojos de Dios yo hice la primera comunión. Estaba convencido, y llegué a mi casa corriendo y le dije a mi madre. “Mamá, ya he hecho la primera comunión”... No me enseñaron bien. No me explicaron la consagración”- aclara con cierto desconcierto.

“En ese mismo colegio, en 1956, fue donde yo me reuní con el primer grupo que se creó en Sevilla para que fueran Mies, de los que no queda ninguno. Uno de ellos era un primo hermano mío. Y después he ido yo allí muchas veces con la Probación²⁶ y con misioneros para ver la capilla aquella. Está igual que estaba, sólo que le han abierto una pequeña nave”. - Recuerda en esa charla sobre el carisma Mies.

“Entonces, eso se puede decir que es el principio de toda la pre-historia de MIES. Ahí es dónde ya el Señor va haciendo de las suyas y empieza todo...”

La guerra continuó aún dos años más, en los que el ejército regular y las milicias republicanas fueron perdiendo terreno kilómetro a kilómetro hostigadas y vencidas por parte del ejército de Franco que contó con el apoyo material y humano de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, hasta que el 1º de abril de 1939 citando textualmente el último parte de guerra *“cautivo y desarmado el ejército rojo han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos. La guerra ha terminado. Burgos, primero de abril de 1939”*. Muchos españoles lo recuerdan palabra por palabra porque fue un texto que hubo que aprender de memoria en los colegios públicos hasta 1970.

Es importante recordar todas estas cosas porque forman parte de nuestra memoria colectiva y nos han conformado de un modo muy determinante, al menos, a cuatro generaciones.

Ernesto quedó marcado, no sólo por esos tres años de guerra fratricida, sino por los que vinieron después, por el modo en que se impuso la fe católica en medio de lo que se dio a llamar el nacional

²⁶ Era la sección de jóvenes o adultos que se preparaban para vincularse a MIES, es decir, lo que correspondería a un noviciado.

catolicismo, por la carestía de alimentos y de productos de primera necesidad, por la pobreza que le siguió a la contienda, por la tristeza de tanta pérdida, que no empezó a diluirse hasta el desarrollismo de los años sesenta.

Su infancia estuvo contextualizada, pues, en la austeridad y las carencias, en medio de una sociedad que se descomponía a pedazos y que fue reconstruida a base de sufrimiento, voluntad, mano dura y muchos sacrificios. Y en medio de ese estado casi permanente de naufragio social, de tragedia nacional, un niño levanta la mirada al crucificado, atrapado también por su propia tragedia, la de la incompreensión y la intolerancia, y encuentra elementos comunes, descubre un hilo conductor que da sentido a la realidad que le toca vivir. Y ve en las lágrimas de la Virgen de la Macarena las de la madre que contempla a sus hijos desgarrados por la violencia, y ve en la sangre derramada de Cristo crucificado la de tantos inocentes que se apilan en las fosas comunes de los cementerios, en las cunetas de las carreteras o en las tumbas anónimas e improvisadas de los campos de España. Y decide, en ese día de su primera comunión, con su compañero, cuyo nombre era Gabriel, hacer algo por la salvación de los niños de la guerra. Fue, entonces, un deseo infantil, poco elaborado, casi un impulso del corazón.

Muchos años después, con motivo de la Guerra del Golfo Pérsico, comenta emocionado a su audiencia: *“Nunca puede haber justificación para la guerra, nunca, nunca... Los males que trae la guerra son tan supergrandes que nunca hay una justificación. Suponiendo que salga vencedor Estados Unidos, ¿Qué Kuwait le van a dejar a la gente si está totalmente destrozado? Algunos creen que la no violencia llegó a MIES al final. Sí, es verdad. Esa palabra no está en mí hasta que no leí a Gandhi, pero la oposición a la guerra y a la violencia está en mí desde niño. La idea de que los misioneros de la esperanza tenemos que estar totalmente opuestos a la guerra está en mí desde los comienzos, desde que hice la primera comunión. Esa es la primera señal del carisma Mies.”*²⁷

²⁷ Transcrito fielmente de la charla al grupo Spes del día 13 de febrero de 1991, con pequeños ajustes para texto escrito.

III

UN ESTUDIANTE EJEMPLAR

No sería comerciante

El 15 de septiembre de 1937, ya de regreso a Málaga con su madre y sus hermanos, ingresa en la Escuela Preparatoria del Instituto de Calle Gaona.

Como ya se ha comentado, la guerra seguía librándose a lo largo de casi toda la zona este de la península y, por lo tanto, sigue siendo el tema de conversación en todas las casas. Son tiempos difíciles, no sólo por la carestía de alimentos, que llega a ser catastrófica, sino también por el precio que imponen los vencedores para hacer valer este nuevo orden, más próximo al fascismo que a otra visión conservadora, revestido y enmarcado en la ideología de Falange, pero una Falange que se aleja de la idea primitiva de Jose Antonio, su fundador, y se va personalizando en la del general Franco.

“El miedo a la denuncia resultó en muchos casos obsesivo. Podían hacerse anónimas y no requerían ningún fundamento ni someterse al peso de la prueba. Bastaba con acusar a cualquiera de masón o de rojo para verle expulsado del trabajo o marginado en las relaciones sociales”.²⁸

La nueva España se asienta en tres columnas: Ejército, Iglesia y Falange.

De acuerdo a este estado de cosas, se renovó todo el funcionariado de las instituciones públicas, lo que trajo consigo un número elevado de vacantes entre las filas de los “maestros de es-

²⁸ Eslava Galán, J. Los años del miedo (1939-1952). Barcelona. Ed Planeta. 201. Pág. 15.

cuela”, que hubo que suplir como se pudo, a menudo, contratando a personas no demasiado preparadas desde el punto de vista académico, y sí, en muchos casos, muy politizadas y afectas al nuevo régimen.

En 1938 Ernesto empieza a acudir por las tardes a la Escuela de Bellas Artes y Oficios porque el niño tiene talento. Lo ha heredado de su tío materno. Lo matricularon en dibujo artístico y, sin duda, debió de ser uno de los alumnos más aplicados y talentosos de la clase.

En aquellos años comenzó a desarrollar una devoción muy profunda y particular por la Virgen de Zamarrilla.

*“Hago una alusión a la Virgen de Zamarrilla para que comprendamos lo que es el dolor, según ve el dolor en el mundo la Obra de Misioneros de la Esperanza. Todos tenéis que saber que el Señor se ha servido de imágenes para dar el carisma a la Obra de misioneros de la Esperanza, aunque uno sea o no imaginero. [...] El Señor se ha servido de eso para el Carisma Mies. Yo desde muy pequeñito conocí a la Virgen de la Zamarrilla porque la llevaron a la parroquia de S. Felipe, y le cobré tal cariño que no podía vivir sin ella. Me quedaba dormido con la estampa de ella debajo de la almohada, acariciándola con mi mano, siendo un niño de siete, ocho o nueve años. La Macarena es más creadora del Carisma, si queremos decirlo así, pero por donde vino la vivencia más íntima, el despertar y la profundización fue a través de la imagen de la virgen de la Zamarrilla. Y cuando salí de cura – las casualidades- me mandaron de coadjutor a la Amargura. Estuve once años justos. Pero las casualidades no existen”*²⁹

Comprendemos por sus palabras, como ese niño herido en el alma y en su psique, ve en el rostro de esa virgen dolorosa el dolor que él mismo advierte en su microcosmos, y siente también el amor, la transparencia y la pureza que necesita para equilibrar ese mundo infantil que se derrumbaba a su alrededor.

²⁹ Charla Spes el Domingo de Ramos de 1991. Aclaración: Santa María de la Amargura es la Parroquia de la que depende la Ermita de Zamarrilla, situada en C/ Mármoles, muy cerca del templo madre. Cuando a Ernesto lo destinan allí como coadjutor aún está en construcción la Iglesia, por lo que los fieles se congregan en la Ermita, donde se encontraba la imagen de la virgen citada.

No puede comprender todo lo que acontece en su tiempo. Le han enseñado que unos son los malos y otros los buenos, pero es demasiado inteligente para reducir la realidad a dos colores contrapuestos. Esto le genera un sentimiento de desencanto que se cristalizará en sus años de seminario y en el que profundizaremos en las próximas páginas.

En la primavera del 39, como ya se ha dicho, termina la guerra civil. El desfile de la Victoria se celebró el día 19 de mayo. El diario Ya en su edición de ese día lo describió como “el acontecimiento más importante de la historia de España”, ¡así de exacerbados estaban los ánimos en aquellos meses!

Relata Juan Eslava Galán que al día siguiente del desfile, Francisco Franco fue “consagrado” como caudillo de España en las Salesas de Madrid. Se bajó del coche que lo trasladaba y cruzó la plaza, caminando despacio sobre una alfombra roja, bajo palmas expresamente traídas desde la ciudad de Alicante, la gran exportadora de palmeras de la península. Diecinueve obispos le dieron la bienvenida, recibéndolo en la entrada del templo y lo ingresaron bajo palio, entre nubes de incienso, como se hacía con los monarcas antiguos.

Lo cierto es que la escena tiene demasiados elementos comunes con otras muy conocidas para nosotros, relacionadas con el domingo de Ramos y con el Corpus Christi. Y no es que los católicos hubieran perdido la cabeza y la perspectiva en ese triunfo sin precedentes, sino que pesaban sobre ellos miles de muertos por motivos de fe, pesaban años de represión, de abusos, de sentirse perseguidos, burlados, humillados, pesaban muchas vejaciones y pérdidas, y todo ello acababa por fin. Para muchos llegó el tiempo de la revancha, aunque sea un sentimiento poco evangélico, el de la justicia, aunque hubiera que dejar de lado el perdón, y el de recuperar el tiempo y el espacio perdido. Y todo ello venía de la mano de Franco, quien supo aprovechar la oportunidad para ganarse a los que hasta hacía unos meses fueron víctimas indiscutibles del gobierno de la República y todo el frente revolucionario.

Es importante situarse en el momento histórico, en los sentimientos de aquellos hombres y mujeres, sacerdotes y religiosas, que por fin veían cumplidas sus plegarias, salían de sus escondites y celebraban en público.

Luego estaban los que sin ser especialmente religiosos, veían en toda aquella parafernalia la reminiscencia de tiempos antiguos, cuando España dirigía un imperio, conquistaba territorios y exportaba idioma, fe y cultura. Fue aquello la borrachera de la victoria, que vino a inaugurar un tiempo nuevo, el de los años del miedo, para muchos, y el de la restauración del orden, la fe y la justicia para otros, cada uno, con sus incoherencias y su pasado, cada uno cabalgando a su ritmo y según sus posibilidades, hacia un destino común, el de crear una España para todos. Pero aún tendrían que pasar algunas décadas para dejar atrás los traumas más profundos y cicatrizar las heridas más sangrantes.

Ernesto, en medio de este ambiente de exaltación nacionalcatólica recibe el sacramento de la Confirmación en la Iglesia de S. Felipe Neri, a la edad de once años. Posteriormente entra en Acción Católica.

La Acción católica era una Asociación pública de fieles que, aunque nació a finales del siglo XIX, había sido relanzada en España de la mano de D. Ángel Herrera Oria, presidente de su junta central en los años difíciles de la República. Agrupaba, pues, a laicos de todos los estamentos y realidades socioculturales: jóvenes, adultos, estudiantes, obreros, mujeres y hombres, todos bajo un mismo lema de piedad, estudio y acción. La juventud de acción católica se reunía en las parroquias y cada una elaboraba su programa anual sobre fe, liturgia, moral y doctrina social, e integraba la liturgia parroquial, ejercicios espirituales, el conocimiento del evangelio, el estudio de las encíclicas, la asistencia a los necesitados y la promoción de actos públicos de afirmación y propaganda, así como la organización y participación en peregrinaciones. Era una asociación eminentemente diocesana, bajo la obediencia directa de cada obispo.

Como es de suponer, dentro de la sección de Juventud (JAC) había una masculina y una femenina, ya que en esta época, como

consecuencia de la estricta moral imperante, los muchachos y las muchachas estaban completamente segregados, tanto en la educación escolar como en la formación no reglada, y en este caso, en la vivencia de la fe.

Tras la guerra civil, la AC buscó más presencia en todas las parroquias, en todas las ceremonias, ya fueran civiles o religiosas, ya que todos los actos públicos de la época tenían un matiz religioso. Se había producido el efecto péndulo. De la sociedad secularizada y aconfesional que predomina en los años de la República, con todo lo que ya hemos conocido de leyes anticatólicas, persecución y derribo de miles de creyentes y religiosos, se pasa a una sociedad completamente confesional, en la que la Iglesia está presente de forma protagonista en la vida civil, en las instituciones, el ejército y la justicia.

¿Por qué detenernos en este punto? Es importante por la cantidad de pistas o similitudes que iremos descubriendo entre la Acción Católica y lo que más tarde será los principios de la Obra de Misioneros de la Esperanza y también por las significativas diferencias.

La AC estaba dominada por una fuerte subordinación a la jerarquía de la Iglesia, de hecho, se la definía como “participación en el apostolado jerárquico”, y esa misión apostólica se polarizaba en actividades religiosas y asistenciales, es decir, el militante de AC visitaba los barrios pobres, realizaba actividades de caridad, entendidas como beneficencia, y en el transcurso de las mismas, aprovechaba para hacer apostolado, para hablar de Dios. No había una formación profunda ni un discernimiento maduro, sino que se primaba la acción de masas en el marco de la mentalidad triunfadora reinante. Y como ya se ha mencionado, era una Asociación Pública de fieles de carácter diocesano, sujeta a la obediencia de cada obispo, como más tarde ocurrirá con Mies.

En esos años, fiestas como el Corpus Christi o determinadas procesiones locales, eran un auténtico baño de masas, una oportunidad para identificarse con la fe, y con esta forma específica de ser católicos. ¿Quiere decir esto que los jóvenes o los adultos no eran fieles sinceros? No, en absoluto. Lo que ocurre es que, a menudo, en

esta dinámica de exaltación de la religión, se vive muy intensamente lo religioso desde los sentimientos, se identifica, no sólo con el evangelio o la trascendencia en sentido general o particular, sino también con la cultura que lo genera, con una determinada ideología, una moral, una doctrina que envuelve todo ese fenómeno. Y esto, indudablemente, tiene su lado positivo, pero también propicia falta de profundidad y, en consecuencia, de compromiso, que permite que muchos creyentes sean muy devotos en momentos puntuales, se rijan por las normas que impone la sociedad y la presión de grupo, pero sin que sea fruto de una experiencia de fe profunda. A menudo no hay opciones personales, sino que uno puede dejarse llevar por el contexto, bien porque gusta, bien porque no “quiere señalarse”, bien porque persigue unos objetivos de promoción personal que se alejan de lo que evangélicamente es deseable.

Esta es la realidad que le toca vivir a Ernesto en sus años de juventud. Y él, como persona apasionada, se integra en ese mundo. Parece ser que, al principio, participa de esa masa católica que sin ser especialmente comprometida, tampoco desentona del nacionalcatolicismo reinante. Es cierto que en su infancia había tenido experiencias religiosas importantes, aunque fuera desde el punto de vista de su mundo infantil, y esto, de algún modo, marca una diferencia sutil pero determinante.

En estos años de la adolescencia, con los cambios que se habían producido en el contexto nacional y en su desarrollo particular, posiblemente deslumbrado por el mundo que empieza a descubrir, se relaja un poco en su vida espiritual, pero no abandona la fe. Baja la intensidad, la mundaniza un poco, la integra en su vida como si fuera un huésped bien avenido en la casa, sin hacerla vida de su vida.

Mientras, llegan los primeros enamoramientos, las pretendientes, los primeros escauceos amorosos, al tiempo que se matricula en la Escuela de Comercio para complacer a su padre, que quiere que estudie y se haga un hueco en la sociedad de su tiempo. Parece ser que Andrés Wilson hubiera deseado que Ernesto estudiara Peritaje industrial o de electricidad, pero nada más lejos de los deseos e

inclinaciones de su hijo, a quien, en realidad, tampoco le gustaba el comercio ni la economía, pero es poca la diversidad de estudios superiores en la ciudad de Málaga.

Estudia, pues, la carrera de Comercio Mercantil, y como era de esperar, los resultados académicos no son los deseables. Ernesto todavía no sabe lo que quiere, aunque tiene claro que no está hecho para dedicarse a la fría contabilidad o las cartas de pago. En sus venas siente como fluye la sangre, como palpita con fuerza; sabe que hay un mundo inmenso por descubrir, es sensible al dolor ajeno; necesita crear; precisa captar la belleza y plasmarla en un lienzo o una hoja de papel; es capaz de moldear con sus dedos una figura, trabajar una madera y descubrir un rostro humano oculto dentro de ella. Necesita expandirse, necesita salir de ese mundo que su padre ha proyectado para él y que responde a las necesidades del progenitor, al deseo de seguridad y promoción personal y laboral para su hijo, pero que nada tiene que ver con toda esa vida que bulle en el cerebro de Ernesto, en cada una de sus células.

Rafael Rodríguez, misionero de la esperanza desde los comienzos, refiere que *“Ernesto se dio cuenta que en la JAC³⁰ había muchos jóvenes, como él mismo, que necesitaban pastor, que hubieran dado más de sí mismos si un sacerdote les hubiera dedicado atención y les hubiera exigido personalmente. Era consciente de que se les trataba como grupo, como “masa católica”, pero no se les daba respuestas individualmente, no había un cuidado personal, una formación profunda, una exigencia de radicalidad”*.

Esta reflexión nos indica que había un cuestionamiento, una interpelación en el joven muchacho. Quizá era sólo una pequeña inquietud, que no hubiera llegado a nada si Jesús no le sale al encuentro; quizá ya se había sembrado la semilla de la vocación, aun sin que Ernesto fuera consciente. Eso no lo sabemos, pero sea como sea, este jovencito de dieciocho años llega a los Ejercicios Espirituales de Acción Católica, según él refiere, para complacer a su novia que era una chica muy religiosa, y allí se produce una conversión fuerte, un encuentro trascendente.

³⁰ Juventudes de Acción Católica.

No es que hubiera llegado a esos ejercicios sin fe o con dudas. No. Sería más adecuado decir que llegó en blanco, sin planteamientos de discernimiento, con la mente distraída y los sentidos adormecidos. Ya le habían hablado del Seminario en sus reuniones de la JAC, lo había comentado con compañeros, incluso tenía amigos que habían decidido hacerse seminaristas. No era, pues, una idea completamente ajena o disonante. En realidad, era normal que se hiciera la pregunta, que fantaseara con la idea de ser sacerdote, ya que en el contexto parroquial en el que él se desenvolvía, la presencia de sacerdotes era constante, como también lo era en el contexto nacional, es decir, en la vida cotidiana de cada español.

Actualmente este tipo de opciones son bastante menos frecuentes, y uno llega a ellas, normalmente, tras un recorrido profundo de fe en el seno de la Iglesia. En la sociedad española actual la opción por el celibato, inherente a este ministerio, es una elección diametralmente opuesta a los valores imperantes. No se entiende; desde luego, no se valora, y digamos que incluso existe un cierto escepticismo y duda sobre las motivaciones que conducen a ello. Podríamos decir que no está de moda. Para muchas personas no religiosas, agnósticas o ateas, es una elección, cuanto menos, sospechosa.

Pero ya vemos que la realidad de los años cuarenta es muy diferente. Entonces los sacerdotes se distinguían estéticamente por su sotana negra, su sombrero redondo de ala ancha y su cráneo tonsurado, y todo ello, lejos de ser un uso reprochable, era una señal de dignidad y reconocimiento. Había un gran respeto por el clero. Tenían autoridad moral, y un estatus social reconocido por todos. En este sentido podía ser una opción deseable, que uno no descartaba a priori si sentía una cierta inclinación hacia “las cosas de Dios”.

Hay otro factor determinante en el florecimiento de las vocaciones sacerdotales durante esta época, y es que en una sociedad donde la religiosidad está presente en todos los aspectos de la vida, las personas tienen más oportunidades de conocer las verdades de fe, y de acceder a experiencias de encuentro personal con Dios. Si comparamos las épocas, por aclarar esta idea, en la actualidad muchos niños y jóvenes se desenvuelven en ambientes en los que los valores

religiosos no están presentes, o incluso, son rechazados, lo que no va a propiciar que se interpielen acerca de su vocación religiosa o su relación con Dios. Muchos de ellos nunca se lo plantearán si no es porque se encuentren con alguna persona o alguna situación que los lleven a ello. En los años cuarenta, cincuenta y sesenta, sin embargo, esas personas y esas situaciones estaban presentes en la vida de todos, y por lo tanto, había muchísimas más posibilidades de que un joven realizara un discernimiento profundo acerca de su vocación en la Iglesia a partir de su vivencia del encuentro personal con Cristo.

También pesaba la tradición de las familias católicas comprometidas que veían como un honor y una cierta obligación agradecida el dar algún hijo varón a la Iglesia para servirla desde el ministerio sacerdotal. Y tampoco hay que descartar otras motivaciones más o menos conscientes, en una sociedad muy privada de lo esencial, piénsese en alimentos, productos de primera necesidad, posibilidad de estudiar, capacidad para superar las situaciones de extrema pobreza, etc, en la que muchos jóvenes podían verse seducidos por la idea de “salvarse” de esa falta de oportunidades y probar suerte entre las filas del clero. Estos aunque no nadaban en la abundancia, comían todos los días y experimentaban el reconocimiento y el respeto de la toda la sociedad.

Todo esto lo descubrió Ernesto en sus años de Seminario, y en cierto sentido, hasta que lo asumió, supuso una triste decepción.

Bien, pues como decimos, no era extraño que un joven católico, participante de una Asociación fuertemente clerical, se planteara ser sacerdote. Hasta aquí nada extraordinario, como parece ser -según refiere el propio Ernesto a algunos misioneros años después- que tampoco lo fue aquella conversión, si la comparamos con la experiencia de Pablo en el camino de Damasco, o con la de Francisco de Asís aquella noche en Spoleto. No fue una experiencia tumbativa, porque, como ya se ha comentado, nuestro joven Ernesto ya había sentido alguna interpelación, aunque fuera una vocecilla lejana descartada de inmediato. Él recuerda las Misiones Populares que se llevaron a cabo en la ciudad en años anteriores y cómo aquellas predicaciones le cuestionaban y, a menudo, llegaban a incomodarlo.

Y aquel joven algo atolondrado de dieciocho años, sensible, creativo, alegre, dañado en lo profundo, enamorado no sólo de alguna muchacha, sino de tantas cosas, a menudo obsesivo, voluntarioso, tremendamente tenaz, osado, excéntrico...aquel muchacho de mirada chispeante, cargado de escrúpulos, apasionado y de alma profunda pudo proclamar como el profeta Jeremías: *“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me pudiste. La Palabra de Dios se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: no me acordaré de Él. Pero sentía la Palabra dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos...”*³¹

Ya no hay vuelta atrás. El Señor le había seducido para siempre, y aunque vendrían tiempos oscuros y difíciles, aunque llegaría la duda y la monotonía, jamás sucumbiría al desamor ni volvería la mirada ante el rostro de Cristo.

Esa fue siempre su mayor obsesión, descubrir ese rostro, esa mirada insondable que le sedujo y que se le escapaba. La buscaba en cada persona, en cada encuentro, en cada imagen, en cada sueño...pero siempre supo que encontraría aproximaciones, rasgos más o menos definidos aunque borrosos, envueltos en el misterio. Y en esa búsqueda incansable y tenaz, pintó bellas tablas y lienzos, talló figuras expresivas, que casi siempre reproducían el rostro de personas conocidas, y regaló a todos los misioneros la imagen del Cristo Joven, ese hombre de ojos claros y mirada increíblemente limpia y profunda, que parece que te sigue, te sitúes donde te sitúes. Es una figura también imprecisa, con pinceladas largas, terminada quizá con prisas, porque lo único importante de ella es la profundidad desde donde te contempla, como si todo el rostro fuera sólo una excusa, un contexto, de esa mirada.

Fue un artista productivo, activo hasta que sus dolencias le impidieron seguir ejercitando las manos, pero de toda su producción, la imagen que queda para todos, la más popular, es la de este Cristo, que retocó en alguna ocasión para ponerle túnica, pues es una figura de medio cuerpo cuyo torso, originariamente, estaba desnudo, y que, posteriormente, regaló a un matrimonio misionero de la esperanza de Málaga, a José María Pulido y su esposa Marisol Vázquez.

³¹ Jr 20, 7-9

Ernesto dice sí.

En septiembre de 1947 entra en el Seminario de Málaga y allí estudia durante nueve años. Cuatro cursos de Teología con unas notas excelentes. En dogmática lo califican con “meritisimus cum laudem”, al igual que el primer curso de Teología moral y de Sagrada Escritura. Los tres restantes lo califican con meritisimus. Además de esas asignaturas, estudia también Cantus Ecclesia, Historia de la Iglesia, Lengua bíblica, Introducción al misterio de Cristo, Cristología, etc.³²

Era un alumno ejemplar, y lo era porque así se lo propuso. Ernesto escribe recordando a un buen amigo seminarista lo siguiente: *“Yo amo tantísimo al Seminario porque el Seminario me dio lo más grande, lo que yo más deseaba: ¡¡el sacerdocio!!”*.

No fueron, sin embargo, años fáciles. Le tocó lidiar con la escasez de la época, y con ese estilo educativo que se había impuesto. Tuvo sus momentos tristes, y algunas pruebas con las que no había contado, pero todas ellas las fue afrontando con madurez, sin dejar de mirar a la meta, intentado siempre hacer de lo malo algo realmente interesante.

Escribe Ernesto en 2003, recordando aquella etapa: *“Los seminaristas estábamos divididos por Comunidades de unos cuarenta miembros cada una. Y cada Comunidad se reunía en uno de los salones que están en la Galería de la Obediencia.*

Cada Comunidad tenía un superior, que era un cura, y de ayudante un seminarista mayor, a quienes llamábamos Prefectos [...] Había poquísima comida y la teníamos racionada. Cada familia tenía una Cartilla de Racionamiento, y cuando traían a Málaga alguna comida de más lo avisaban en los dos periódicos locales, el “Diario Sur” y “La Tarde”, y teníamos que ir a las tiendas. Por cada cupón daban una pieza de pan o un Kilo de arroz o una torta. También hay que conocer que la Teología, la Filosofía, la Moral no era de nuestros tiempos, después del Vaticano II...”

³² B.O.E. Obispado de Málaga. 1953. Pág. 341.

Ernesto ama el Seminario, pero eso no implica que no sufra, sobre todo, los primeros años, cuando tiene que ir encajando situaciones que no le agradan a la vez que emprende un proceso de discernimiento cada vez más maduro y elaborado.

Lo primero que recuerda de aquellos años es el hambre, o la carencia de alimentos apetecibles y nutritivos. Escribe de su puño y letra en 2003: *“Los seminaristas comíamos todos lo mismo, un bollito de pan negro para todo el día que solíamos tomar en el desayuno con una especie de infusión de cebada tostada caliente. El almuerzo consistía en un plato de garbanzos durísimos en agua templada sazonados con pimentón. La merienda, siempre a las cinco, era solamente una lonchita de carne de membrillo cuadrada, de unos diez centímetros, delgada como un papel, y en la cena, nos solían dar un plato de atún o de huevos duros”*. Y aquí surge el primer choque con la realidad de su tiempo, que él refiere con pena y cierta desilusión, cuando se da cuenta que los formadores y los superiores tienen un menú de acuerdo a su estatus, variado, apetecible, nutritivo y, en días señalados, abundante.

Asimismo, ve otras actitudes que le incomodan. Es una época en que se abusa del castigo físico como medida punitiva en la educación de los niños y jóvenes, y en la que, por todas las circunstancias antes descritas, es norma corriente tener en cuenta las influencias y “la procedencia” de los muchachos. Todo ello sin olvidar que entraban un número de alumnos muy superior al que luego perseveraba, ya que las motivaciones eran muy diversas, como se ha mencionado anteriormente, y por lo tanto, no todos iban buscando el mismo objetivo, el de llegar a ser buenos sacerdotes al servicio de la Iglesia y de la sociedad.

En medio de estas contradicciones Ernesto se encuentra con el sueño pastoral de D. Manuel González, el fundador del Seminario de Málaga tal y como hoy se conoce, y se entusiasma desde el primer momento por su mensaje, haciendo suyo este sueño de convertirse en “evangelio vivo con pies de cura”.

Este hombre, obispo de la ciudad entre los años 1915 a 1935, construyó el nuevo Seminario, no sólo en lo que a los edificios se refiere, sino en cuanto al itinerario formativo y espiritual de los as-

pirantes al orden sacerdotal. Y fue una persona clave en la vida de Diego Ernesto quien fascinado por la clarividencia y la hondura espiritual del obispo, se empapa como una esponja de todo su pensamiento y su visión de lo que tiene que ser un sacerdote diocesano, hasta el punto que incorpora el núcleo de su espiritualidad a lo que más tarde sería la Obra de Misioneros de la Esperanza. Ernesto asume con total convencimiento y devoción el camino espiritual de D. Manuel, lo hace vida de su vida, hasta tal punto que será esencial para comprender las raíces profundas de la vocación Mies.

Se hace, pues, necesario, hacer espacio a este hombre, hoy Beato Manuel González García, para que se pueda hacer una idea de hasta qué punto Ernesto bebe de su espiritualidad y su visión, se enamora de ella y la asume en su persona y su vida con todas las consecuencias.

Claves de la propuesta de D. Manuel González.

Cuando D. Manuel llegó a Málaga, en 1915 como obispo auxiliar de la ciudad, se encontró que una gran parte del clero estaba desmotivado, era insuficiente, con escasa formación, y se encontraba muy aislado, sobre todo en el caso de los sacerdotes de pueblo, que rara vez recibían atención y cuidados por parte del Obispo ya que las comunicaciones eran muy deficientes y la pobreza en la ciudad acuciante. Pero D. Manuel no se desanima. No conoce el desaliento. Inmediatamente se pone manos a la obra, primero orando en profundidad e inmediatamente después, realizando un estudio pormenorizado de la situación de la provincia para ofrecer un proyecto de intervención y transformación adecuado y posible, que ilusione y motive a todo el clero y a la propia feligresía. Esto implica, ante todo, pan para los hambrientos y para ello hace sus gestiones y remueve conciencias entre las familias adineradas de la capital. Implica también reformas en el saneamiento de calles y barrios y otras muchas acciones sociales que impulsa con decisión, pero siempre con un talante conciliador y “sin que sepa la mano derecha lo que hace la izquierda”.

En cuanto al clero, se da cuenta de la necesidad de ir a la base, es decir, de reformar desde los cimientos la conformación del sacerdote diocesano tanto en el plano de la formación como en el de la

vocación y la espiritualidad. ¿Y cuál es el perfil que propone?

1. **La Santidad**, porque para él la santidad es la vocación de todos los bautizados. Este planteamiento hoy nos es muy conocido, pero en los años veinte es toda una novedad, casi una revolución. Propone, pues, vivir en radicalidad el Evangelio. Esto no es sólo para los religiosos, sino que la santidad es una aspiración para todos los sacerdotes.

Ernesto, años mas tarde, partiendo de esta premisa, se da cuenta que todos los bautizados, religiosos, clérigos o laicos, estamos llamados a esa misma santidad, y así lo plasma en el punto X de “*Ser Misioneros de la Esperanza en XX puntos*” en el que se puede leer: “*El décimo punto es la ilusión ardiente y mantenida por la santidad y suma perfección.*” La originalidad, si es que podemos hacer uso de este término, es la matización que hace en relación a la alegría y la esperanza, como distintivo de los Mies. “*La alegría en la lucha por la santidad es un distintivo de MIES*”.

2. **Piedad Litúrgica**. Con los años se había abandonado la oración litúrgica, y D. Manuel se da cuenta que ello había ido en detrimento de la vida interior y la identidad con la Iglesia Universal que eleva una oración unánime en el marco de la Palabra revelada por Dios. Impone entonces un ritmo de oración litúrgica regular. Los seminaristas rezan una abreviación de la Liturgia de las Horas por la mañana, al mediodía y antes de retirarse a dormir, y los festivos se rezaba también Tercia y Vísperas.
3. **Amor a María**. D. Manuel ama entrañablemente a la Madre y Ernesto, irremediablemente se identifica con su formador. La vida del seminario está llena de momentos dedicados a María: se reza el rosario, se elevan sencillas oraciones, se cantan canciones, se alienta la devoción Mariana desde la religiosidad popular, y se celebra del modo más solemne posible la festividad de la Inmaculada, a la que le precede una novena profundamente participada. Aún hoy se continúa con esta tradición, y la festividad del ocho de diciembre se

celebra durante todo el día, con representaciones de teatro, almuerzo compartido con seminaristas y familiares, misa mayor, cuidando hasta el detalle la liturgia correspondiente.

Así, nuestro joven seminarista se entusiasma con este aspecto de su itinerario espiritual, que ya él empezó a vivirlo en su infancia, aunque es ahora cuando descubre su sentido profundo.

Por eso, dos décadas después, cuando elabore los Veinte Puntos de Mies, lo destacará y explicará como lo recibió en sus años de estudiante.³³

4. **Amor a la diócesis y al presbiterio**. La diócesis como hogar, como familia, como contexto de la vida.

Ernesto escribirá en el punto número XX en relación a los sacerdotes Mies: “*...Si es sacerdote, igualmente será, interna y externamente, plenamente diocesano; obediente y abierto a los Superiores diocesanos.*”

Y este amor a la Diócesis y al obispo se hace extensible a todos, sea cual sea el carisma de cada uno. No hay, pues, cabida a la idea de trabajar apostólicamente al margen del Pastor de cada lugar, porque se trata de una obra eminentemente incardinada en la Diócesis.

5. **Obediencia**. D. Manuel hizo construir la Galería de la Obediencia que los seminaristas recorrían, al menos, seis veces al día, para ayudar a que interiorizaran la necesidad de ser obedientes. En el suelo de su largo corredor, abierto al monte a través de unos amplios arcos de ladrillo visto, se puede leer sobre las baldosas de pequeñas piedras redondeadas, blancas y negras, lo que se opone a la obediencia: “No”, “Sí, pero...”, “Yo”, “Cras”³⁴ y “Cuco”³⁵.

³³ Punto II: Enamorado de María. “Un enamorado de María, profundizando en todo lo que la Iglesia nos enseña sobre ella. Formado en Mariología y sencillo como el pueblo, que es mariano por instinto.”

³⁴ En latín. Significa Mañana.

³⁵ Es el pájaro que pone los huevos en nido ajeno; es el que se la ingenia para parecer que obedece pero hace lo que quiere.

¿Cuántas veces nuestro joven seminarista leería esas claves y meditaría sobre su profundo significado? No lo sabemos, pero sí dejó constancia de que lo había aprendido y a lo largo de su vida va a dar testimonio de ello.

La obediencia se encuentra recogida en el punto V actualmente. Es el más extenso de todos, porque Ernesto entiende que quien no doblega su voluntad, quien no se ofrece humildemente para allá donde sea necesario, sin imponer criterios ni gustos personales, no se haya en la apertura de espíritu necesaria para que Jesús sea el verdadero Señor de su vida, para que el Espíritu actúe y colme de dones a la persona. El que es obediente renuncia a sí mismo y permite que cada circunstancia, cada misión encomendada, cada situación, sea Gracia en su vida. Se despoja de su capacidad de elegir voluntariamente, y en esa renuncia se hace más libre, no atado a un envío concreto, un deseo, una pasión o un criterio. Es un aspecto esencial en la vida Mies: *“El Mies perfecto es, ante todo, un cristiano heroico en la obediencia. Es lo primero y, sin esta virtud, no hay un Mies, ni la Obra, como tal, subsiste”*.

6. **Pobreza.** Realmente cuando se inaugura el Seminario y en los años siguientes, los seminaristas son, en su mayoría, jóvenes pobres o de recursos muy limitados. Esta situación se agrava en la postguerra, como ya se ha comentado, pero aún así, lo que se propone es una pobreza asumida personalmente, no impuesta, un amor a la pobreza para imitar a Jesús que fue pobre.

Para profundizar en este punto Ernesto recurre a S. Francisco de Asís, enamorado de la Dama Pobreza, a quien él nombrará mentor de MIES, pues es un aspecto fundamental de la vocación y lo recoge en el punto XIV: *“El Mies es pobre voluntariamente y por amor a los “cristos” vivos que son los pobres y marginados” [...] Sufre la pobreza en su carne. No puede aparecer ni como burgués ni como acomodado...”*

7. **Profundamente Eucarísticos.** Es una de las claves de la espiritualidad del Beato D. Manuel, y tiene consecuencias diversas pero interrelacionadas entre sí. Por un lado, desta-

ca el amor apasionado a Jesús en el Sagrario, a Jesús Eucaristía. Por eso lo llamaron “el obispo del Sagrario Abandonado”. Don Manuel recorrió numerosos templos y ermitas muy abandonadas, en las que el Sagrario estaba casi siempre solo y descuidado. Para el obispo semejante situación era un escándalo que le producía un profundo dolor. Por eso, conforme a su naturaleza resolutive y sensible, se decide a fundar *Las Marías de los Sagrarios Abandonados*, para las mujeres, y *Los discípulos de S. Juan para los hombres*, *La Juventud Eucarística Reparadora* (1939), y la rama infantil, *Los juanitos del Sagrario*.

Aquí podríamos pararnos durante largas horas porque uno no puede hacer otra cosa que contemplar al propio Diego Ernesto, enamorado hasta la obsesión de Jesús en el Sagrario, transmitiendo con pasión a niños y jóvenes ese amor que lo consumía y que mantuvo hasta el último día de su vida, cuando se encontró ya cara a cara con su Señor. Ernesto siempre tenía un Sagrario en su habitación, o portaba el viático con la hostia consagrada. No sólo aprendió lo que D. Manuel quería transmitir en este punto, sino que lo asumió con verdadero ardor y lo transmitió a cuantos se acercaban a él. Decía – y esto lo había aprendido literalmente en el Seminario- que el Sagrario es la mejor Cátedra.

D. Manuel escribió: *“Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasan: Ahí está Jesús. Ahí está, ¡No dejadlo abandonado!”*, y los restos de Ernesto, sus cenizas, reposan, como las de D. Manuel, junto al Sagrario, el lugar que él más amó, su camino y su destino.

Otra de las implicaciones de ser profundamente eucarístico es, obviamente, el amor a la Eucaristía, y en esto también Ernesto fue inflexible. Predicó siempre que un sacerdote ha de celebrar todos los días, si le es posible, y él lo hacía posible aún en circunstancias difíciles.

Y, por último, otra consecuencia de este amor es convertirse en Sacerdote- Hostia, tal y como en el Seminario lo aprendió. *“¿Qué*

*es un sacerdote hostia? Un sacerdote que cada día ofrece en honor del Padre Dios a Jesús inmolado y se ofrece con Él y que da cuanto tiene y se da cuanto es a las almas, sin esperar nada de ello...*³⁶

8. **Sentido de misión a donde Dios quiera.** Apertura a Latinoamérica, tierra que se siente cercana, y en cierto sentido, predilecta de la Diócesis.

Estudiaron en el Seminario de Málaga algunos seminaristas uruguayos, enviados por el obispo de Salto, en 1925. Un par de años más tarde, llegaron seminaristas mexicanos. Dos décadas después, se mantuvo correspondencia con un obispo nicaragüense que pedía misioneros a la Diócesis y, así, nunca faltó la presencia y la preocupación por América Latina en el corazón primero de D. Manuel Gonzalez, y después de sus sucesores.

También D. Ángel Herrera Oria siente en su corazón la llamada de América y en la apertura del curso de 1952 se dirige a los seminaristas con las siguientes palabras: *“Tened a América en el corazón. El Santo Padre tiene su vista puesta en España para la gran labor de apostolado que allí se precisa. Pido no sólo oraciones, sino vocaciones para América... ¡Quién sabe si tenemos allí un gran campo de apostolado para Málaga! Nuestra Diócesis tien que ser fiel, y va a serlo a este pensamiento del Papa”*.³⁷

En 1953 salen para Venezuela los sacerdotes que van como avanzadilla, para estudiar las necesidades y preparar el terreno a los siguientes. En 1954, nuevamente en la apertura del curso, el obispo está enfermo en cama, pero escribe unas cuartillas para que sean leídas a los seminaristas. En ellas refleja su empeño en la misión de Venezuela con palabras ardientes y directas: *“Pronto saldrán para Venezuela los dos primeros sacerdotes malacitanos que van a trabajar por*

Cristo bajo las órdenes de otro obispo, allende los mares... Mi deseo ferviente es que todos los años salgan otros dos”.³⁸

A D. Ángel le sucede D. Emilio Benavent, quien es consagrado como obispo el 13 de febrero de 1955. Ese año, en unas conferencias dirigidas, entre otros, a los seminaristas, el sacerdote ponente habla sobre los dos misioneros en tierras venezolanas y refiere que esperan ser reforzados todos los años con otro equipo sacerdotal.

Los sacerdotes misioneros malagueños se hacen cargo del seminario menor de Cumaná y siguen enviándose jóvenes recién ordenados. Este tema es una constante entre los estudiantes de teología aspirantes al ministerio del orden. Y aún cobra mayor importancia cuando en febrero de 1956, tres meses antes de la ordenación de Diego Ernesto y toda su promoción, los obispos del oriente venezolano escriben una carta en la que piden ayuda urgente y generosa para las naciones latinoamericanas.

Refiere Lorenzo Orellana en su libro *1954-2004. Cincuenta años de cooperación entre la Diócesis de Málaga y Venezuela* que: *“El problema es lacerante. Los obispos suplican. Nos dicen que para una extensión de terreno casi tan grande como España sólo cuentan con ochenta sacerdotes.”*

¿Cómo no iba a calar semejante ruego en el corazón de un joven apasionado y osado como Diego Ernesto? Como era de esperar el clamor de Venezuela resuena en su corazón y decide inmediatamente ponerse a disposición del Sr. Obispo para que lo envíe.

Hay un último factor que se ha de reseñar para entender el ambiente y la espiritualidad que impregna esos años de Seminario y es la memoria, siempre presente de los seminaristas, formadores y del rector del seminario, asesinados veinte años antes, en el verano del 36. Todos ellos son mártires, porque murieron por su fe, en muchos casos de forma extraordinariamente heroica, víctimas de las torturas mas aberrantes. El testimonio de vida que ofrecieron al abordar la

³⁶ F. Parrilla. Evangelios vivos con pies de cura. Seminario Diocesano. Pág. 61, en referencia textual a Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario, en O.C., I, pp 565-566.

³⁷ Orellana Hutado, L. 1954-2004, cincuenta años de cooperación entre la Diócesis de Málaga y Venezuela. Málaga-2004. Pág. 20.

³⁸ Id, pág. 22.

hora de la muerte de forma tan ejemplar y valiente, se vive entre los seminaristas como un estímulo para su ministerio. Es una época en que lo heroico se entiende fuera de la cotidianidad; está relacionado con vidas y personas extraordinarias. El listón está tan alto que todos han de elevar la mirada para contemplarlo y en ese ejercicio de levantar la vista hacia lo alto, descubren a Jesús crucificado, elevado sobre las criaturas, y comprenden que sólo pueden avanzar si no apartan la vista de Cristo.

El seminarista Diego Ernesto Wilson.

Ernesto, que ve las dificultades y fallos de algunos seminaristas y formadores, en el marco de la época que le toca vivir, seducido ya por el Mensaje y la invitación abierta de D. Manuel González, que llama a los seminaristas a convertirse en sacerdotes-hostias, o lo que es lo mismo, a entregar la vida entera, ofrecerla, regalarla, hace de esa invitación un lema, y consecuente con su corazón apasionado e impulsivo, toma una resolución inapelable, junto a su amigo y compañero Pepe Martínez, *“la de trabajar desde dentro de la Iglesia por hacer todo lo que pudiéramos de bien, de justicia, de UNIÓN, de PAZ. Pero sin dárnosla de iluminados ni de fundadores ni de reformadores (...)Y así, sin petulancia, pero con valiente decisión, seguimos los dos, buscando sin sectarismo otros seminaristas que quisieran unirse a nosotros voluntariamente, sin querer ni pretender, dárnosla de ejemplares, pasando casi en silencio, andando en zapatillas, que no hacen ningún ruido”*.³⁹

Francisco Parrilla, en la semblanza que regala a todos el día del funeral, haciendo referencia a esos años de seminario, destaca: *“Era el seminarista que despuntaba por su originalidad. Era obediente y disciplinado, al mismo tiempo despistado y especial, con respuestas que hacían reír, pero que al pensarlas eran profundas. Ya entonces era frecuente el comentario: ¡Las cosas de Ernesto!. Aún le vemos cada sábado ante la pizarra litúrgica, la que estaba donde hoy hay colocado un cuadro del Beato Manuel González. Con tizas de varios colores dejaba constancia de algún dibujo y frase bíblica de la Liturgia de la Palabra del domingo o de la solemnidad próxima. Cuando volvíamos del comedor, mientras caminábamos por la Galería de la Obediencia nos preguntábamos, ¿qué habrá dibujado Ernesto? Era curiosidad positiva*

³⁹ Escrito de su puño y letra en referencia a la vida de su amigo Pepe Martínez.

porque, además de buen dibujante sabía expresar muy bien el mensaje central del Evangelio, y de manera muy expectante cuando se acercaban las grandes solemnidades de Navidad y de Semana Santa. Y la que dejaba durante todas las vacaciones de verano. Tanto respeto y valoración merecían que nunca ninguna persona intentó lastimar lo que en la pizarra había quedado plasmado y que hacía referencia al evangelio...”

Lo cierto es que Ernesto se entrega por completo a esta tarea, en la que no sólo pone al servicio de los compañeros su técnica y su creatividad, sino también, su deseo profundo de entregarse, de “gastarse” por los demás, hasta tal punto que recordando esos años, en 2003, cuenta que lo que más recuerda de sus años de Seminario son los recreos que pasaba dibujando en aquella pizarra de detrás de la capilla con las tizas de colores o pintando los telones del teatro, tirado en el suelo, a veces, muy cansado.

Aquella fue su escuela de humildad y de desprendimiento, porque sus obras, aunque valoradas por todos, tenían una corta vida, casi siempre de una semana, a excepción de las que dejaba para las vacaciones, que quedaban en la pizarra por una quincena o un par de meses a lo sumo. Y no por ello las descuidaba. Eran horas de laborioso trabajo, de dedicación y atención, cuidando con mimo cada detalle, a veces, bajo la mirada atenta del Vicerrector, D. Francisco Carrillo, quien se colocaba detrás del seminarista, observando con deleite y sorpresa el proceso de creación, como si un insondable misterio se descubriera ante sus ojos. Y Ernesto aún se esforzaba más, aunque el cansancio amenazara con vencerle y sintiera rígidos los dedos, aunque las tizas se partieran por el sobreesfuerzo o cayeran de sus manos torpemente. Sacerdotes-hostias. Regalar la vida, entregarla por completo. Hacer todo lo que se pueda de bien.

En el Seminario de Málaga se vivía una fuerte espiritualidad basada en el ascetismo y la exigencia. Las jornadas eran intensas, el trabajo duro y las mortificaciones y penitencias una constante para templar el alma y purificar las intenciones. Se realizaban actividades al aire libre; sobre todo, largos paseos por la ciudad.

Concepción García, una de las primeras Misioneras de la Esperanza, recuerda que *“los seminaristas paseaban en procesión, ordena-*

dos de dos en dos, con sus sotanas negras y su paso rápido. Yo vivía en calle Martínez Maldonado y ellos pasaban por mi puerta. Era un largo paseo... Recuerdo que ahí fue la primera vez que yo vi a Diego Ernesto..."

Otra actividad que se llevaba a cabo desde el Seminario eran de carácter pastoral, al estilo de las Misiones Populares que por aquel entonces tenían mucha aceptación entre los fieles y el clero. Eran campañas intensas de predicación y actos litúrgicos pensados para todo el pueblo, es decir, que se enmarcan en las celebraciones y actos de masa de las que ya se ha hablado.

Ernesto recuerda en abril de 1993: *"Hubo en Málaga unas misiones en el año 1950. Acababa de entrar en el Seminario. Estaba yo en la iglesia de la Victoria y mi madre aprovechó para ir a verme. Entonces ella era joven. Tenía unos cincuenta años y andaba bien. Y cuando ella me vio cómo estaba yo con los niños me dijo: "Ernesto, yo creo que tú no sirves para cura porque esto es un desastre, una cosa totalmente catastrófica"*.

Parece ser que las primeras experiencias apostólicas del joven seminarista fueron muy frustrantes. Los niños no le prestaban atención y él no sabía como atraerlos sin perder autoridad. Pero Ernesto no se desalienta. Es un muchacho inteligente y tenaz. Valora la situación, sopesa sus propios recursos y capacidades, mide sus posibilidades y le saca el mejor partido a sus cualidades. No es un gran deportista, no tiene encanto personal ni gracia para atraer a los más pequeños, pero hay algo que sabe hacer bien y eso es comunicar, transmitir una idea. No es que fuera un gran retórico ni que hubiera estudiado técnicas de comunicación, sino que tenía la capacidad de transmitir sus sentimientos, sus emociones, y conseguía conectar con los oyentes. Tenía una habilidad especial para modular la voz, y cargar de impresiones sus mensajes, a la vez que empatizaba con los oyentes, se adelantaba a su curiosidad. Sabía manejar el suspense. Y todo ello, lo fue perfeccionando con tal éxito que en los años sucesivos se encontró con audiencias de cientos de jóvenes absortos en su discurso.

"Sólo tuve un respiro – cuenta al grupo de FICE⁴⁰ – cuando di una charla en la Parroquia de S. Pablo a los niños de catequesis. Les conté

⁴⁰ Estudiantes del Carisma Mies en profundidad.

una historia y se quedaron embobados. Entonces D. José⁴¹ me dijo que debía dedicarme a los niños porque tenía mano para ellos. Fue el único aliento que recibí porque hasta ese día todo habían sido fracasos y desalientos".

Hay otra frustración que experimenta en sus últimos años de estudiante, que cala hondo en su ánimo. A pesar del gran deseo que siente de ir como misionero a Venezuela, el ofrecimiento no prospera. Parece ser que su salud es precaria y el obispo tiene otros planes para él. Aún recién ordenado sigue albergando esperanzas, pero éstas se diluyen pronto. Él no será un misionero al uso. El Señor le ha reservado otro camino.

Años mas tarde, profundizando en la figura de Teresa del Niño Jesús, Patrona de las misiones sin haber salido nunca de su convento carmelita de Lisieux, cala el sentido de la vida desde lo corriente y lo cotidiano y hará suya la famosa frase de "Haced extraordinario lo ordinario". Comprende, pues, que lo heroico no es sinónimo exclusivamente de lo extraordinario, que la santidad no es acumular méritos, no es conquistar a Dios a fuerza de puños, sino extender las manos, vaciarse de sí para dejarse llenar por Dios. Es desear ser santo, y orar siempre, luchar siempre, aunque uno desfallezca en el empeño. Y confiar en todo momento, porque es Dios quien sostiene, quien nutre y nos lleva en volandas, si es preciso.

La Ordenación Sacerdotal.

Recibe las órdenes en la siguiente sucesión: el catorce de marzo de 1953 la Tonsura, el trece de marzo del año siguiente la de Ostiario y Lector, el cinco de marzo de 1955 el orden de Exorcista y Acolitado y tres meses después el Subdiaconado. Y por fin llega 1956, una fecha decisiva en su vida en la que tienen lugar dos hechos trascendentes para los Misioneros de la Esperanza. El primero lo vamos a conocer en este capítulo, y es, ni más ni menos, que su ordenación como presbítero, y el segundo, lo profundizaremos en el siguiente, y tiene que ver con una oración que se desarrolla a los pies de la Virgen Macarena en Sevilla el doce de octubre de ese mismo año.

⁴¹ D. José Gutiérrez Jaén, párroco entonces de S. Pablo.

Pero no adelantemos acontecimientos, sino que mejor los recorremos tal y como Ernesto los vivió y los fue asimilando e interiorizando.

Tras ser nombrado Diácono en febrero, el 13 de mayo recibe el presbiterado en la Catedral.

Aquel curso la Ordenación Sacerdotal se adelantó porque era el ochenta cumpleaños del papa Pío XII y la Diócesis de Málaga le quiso obsequiar con el regalo que él más preciaba, la ordenación de veinte nuevos sacerdotes para la Iglesia de Cristo⁴².

Eso significaba que tras la celebración de la primera misa el curso aún continuaba porque quedaban exámenes y asignaturas que cerrar. Así que, ya siendo sacerdotes, siguieron unos meses como estudiantes, tal y como recuerda F. Parrilla el día de su funeral: *“Veinte Ordenandos en la Catedral, a las ocho de la mañana. Felices y contemplativos de las oraciones y respuestas concisas. [...] Celebra la primera Eucaristía con solemnidad, “la primera Misa” que se decía, en la Capilla del Seminario. A continuación está establecido un examen, concretamente de homilética⁴³. Sin desayunar se examina. Después irá al comedor, ya sin compañeros, y a la vuelta todo el día lo pasa en la Capilla”*

Podemos decir que aquí concluye una etapa vital en su vida, preparatoria pero notablemente fecunda. En estos años se sientan las bases de su formación y su estilo personal como cura diocesano. El joven de dieciocho años impetuoso, creativo, que despertaba las risas de sus compañeros por sus respuestas singulares y su falta de actitud para los deportes, el buen amigo de sus amigos, el muchacho que quiere “hacer todo lo que pudiera de bien”, se ha convertido en un hombre templado, prudente, comprometido, tolerante. Conoce sus

⁴² En la Crónica Diocesana se anuncian las órdenes sagradas del siguiente modo: “El día 13 de mayo, y como homenaje a Su Santidad cuyo octogésimo aniversario se celebra en dicha fecha, el Seminario de Málaga le obsequió con uno de los regalos más gratos a su corazón paternal: veinte nuevos sacerdotes. Ofició la Sagrada ceremonia el Excmo. y Rvdmo. Señor obispo auxiliar Dr. D. Emilio Benavent Escuin de cuyas manos recibieron la ordenación sacerdotal los diáconos siguientes: 1. D. Rafael Albornoz Gómez, 2. D. José Burgos Quintana [...] 19. D. Ernesto Wilson Plata, 20. Martín Zulet Azurmendi.

⁴³ Modelo para aprender el difícil arte de la predicación a través del estudio de sermones ejemplares.

capacidades y sus limitaciones. Las primeras las explotará hasta la extenuación, las segundas las irá asumiendo con humildad y resignación. Imbuido del espíritu y la mentalidad de la época, se desenvuelve en una moral estricta, que ve indicio de pecado en casi todos los deseos que impliquen gozo, que impone escrupulosa disciplina para el control de las pasiones y celebra la mortificación corporal, la censura y la educación diferenciada por sexos para la educación básica y secundaria y para las celebraciones litúrgicas.

En un entorno tan condicionado para las relaciones humanas y la expansión intelectual, Ernesto, que es escrupuloso y pasional de naturaleza, desarrolla un comportamiento muy medido. Se exige mucho a sí mismo a la vez que se entrega sin medida. Ha dejado atrás su predisposición a ser centro de burlas y bromas, a menudo de forma voluntaria para buscar la humillación, y quiere ser tomado en serio, porque siente una gran responsabilidad hacia su ministerio. Quiere imponer respeto para ser consecuente con su misión, y eso se traduce en una actitud, a veces, severa y cortante, que llega a despertar antipatías entre sus iguales.

“En aquellos años Ernesto no era agradable de trato” – Comentan personas que le trataron en esa época.

Alguien le debió decir a nuestro recién estrenado cura que tenía unos bonitos ojos, o una mirada profunda, y desde entonces los oculta tras unas gafas de sol oscuras. No quiere halagos, no se permite ninguna licencia. Busca la cruz, aún en las cosas más pequeñas, y a través de ella, la imitación de Jesucristo que es su modelo y el señor de su vida.

Maria Del Carmen Luque recuerda, con motivo del veinticinco aniversario de la ordenación de Diego Ernesto⁴⁴, los medios que en esa época eran de uso ordinario para “ser de Cristo”, tal y como el cura se lo transmitía y él mismo lo vivía: *“Esos planes de vida, esos ratos y ratos de sagrario, de rodillas, con los brazos en cruz, tantos rosarios, via-crucis en el Calvario⁴⁵, mortificaciones corporales; recuerdo*

⁴⁴ Boletín Mies de mayo de 1981, pág. 13.

⁴⁵ Monte en las inmediaciones de Málaga en el que se suele hacer el Camino del Via-Crucis, con cruces que señalan cada estación.

los chinos que me ponía en los zapatos, las medias rotas, la espalda sin apoyar en el banco y ese vivir sólo para Dios...”

Ese era el estilo de nuestro recién ordenado sacerdote, completamente inculturado en su medio y en su época. Quiere dar su vida por Cristo y vivir intensamente unido a Él, de una forma heroica, y todas estas prácticas son medios para alcanzar ese objetivo.

A sus veintisiete años, después de nueve años de Seminario, habiendo sido ordenado sacerdote para la Iglesia, se da cuenta que no ha llegado a la meta que anhelaba, sino que empieza un largo camino que todavía apenas vislumbra. Sabe que quiere ser santo, que quiere entregarse por completo. Sabe que los jóvenes y los niños necesitan sacerdotes que les acompañen y les muestren el camino hacia Cristo, como él mismo lo necesitó en sus años de Acción Católica y sabe también que Dios le ha de mostrar hacia dónde encaminar sus pasos. Hay, pues, dentro de su alma una actitud expectante, un interrogante, quizá inconsciente, que le predispone a una receptividad especial para la Gracia. Hay en su interior una respuesta de “Hágase”, aún antes de que sepa que es lo que se le pide. Se le vienen ideas, fantasea con posibilidades, pero nada concreto.

Termina los exámenes, deja atrás las aulas y viaja a Sevilla, su amada Sevilla, porque tiene una necesidad imperiosa de visitar a la Madre, la Virgen Esperanza Macarena.

Esta devoción desbordante es un poco difícil de comprender si no es acercándose a la religiosidad de la época y muy concretamente a la de los vecinos de S. Gil enamorados de esta imagen de la Virgen, que procesionan en la *Madrugá*⁴⁶ sevillana, en la que miles de ciudadanos y visitantes se congregan para verla pasar.

Ernesto, artista, imaginero, sevillano, sensible, emotivo, mariano... reúne todos los requisitos para convertirse en el más devoto de los macarenos. Y es allí, a los pies de la Esperanza, entre humo de cirios y estética barroca, donde Dios le sale al Encuentro por segunda vez; en esta ocasión a través de su Madre.

⁴⁶ Así se llama la noche-madrugada del jueves Santo en Sevilla.

IV

A LOS PIES DE LA VIRGEN MACARENA

Se fragua un sueño.

El 12 de octubre de 1956 por fin se hace realidad un sueño largamente acariciado, el de celebrar solemnemente la Eucaristía en la Basílica de la Virgen Esperanza Macarena de Sevilla. Le acompaña el párroco de Omnium Sanctorum, D. Antonio Tineo. La lectura del Evangelio es Lucas 7, 11-17, que dice así:

“En aquel tiempo iba Jesús de camino a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores. Y, acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y él dijo: Joven, a ti te digo: Levántate. El muerto se incorporó y se puso a hablar, y él se lo dio a su madre. El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. Y lo que se decía de Él, se propagó por toda Judea y por toda la región circunvecina.”

El texto le ha conmovido. Ha invertido muchas horas en meditarlo. Sabe que muchos jóvenes están como muertos, porque desconocen dónde reside la vida con mayúsculas y gastan su tiempo en perseguir quimeras y sueños que no dan sentido a su existencia. Están vacíos, desesperanzados, desperdiciando sus mejores años. Ernesto los conoció en sus años de JAC. Aquellos muchachos, como él mismo, necesitaban, sin ser plenamente conscientes, alguien que les mostrara el camino hacia una vida plena, que les ayudara a recon-

ocerse como hijos de Dios y a reconciliarse con toda la Creación. Precisaban de alguien que les dijera “levántate” *y que creyera realmente en sus posibilidades.*

El texto le atrapa por completo. ¡Hace tanto tiempo que siente una poderosa inquietud en torno a esto! No sabemos si él mismo eligió esa evangelio o era el del día, pero sea como sea le ha conmovido. Una idea, una llamada, quizás, se va abriendo camino desde hace tiempo en la maraña de sus pensamientos. Es como una vocecilla lejana que va subiendo de volumen paulatinamente.

Al término de la misa decide quedarse un rato a orar a los pies de la Virgen Macarena.

Es un día cargado de emociones. Casi no puede creer que haya celebrado la Eucaristía a los pies de esa talla tan venerada que le conecta directamente con la Madre. Ella está allí, mirándole con ternura y él se arrodilla humildemente ante Ella. Su sensibilidad le sumerge en un mundo hasta entonces sólo intuitivo, como si sus cinco sentidos no fueran suficientes para captar la realidad que le rodea. Hay mucha emoción contenida en su pecho, muchas preguntas que precisan respuestas y esa especie de desasosiego que le viene inquietando quien sabe desde cuándo. Es posible que ya sepa cuál es la petición de la Madre, porque él mismo ha experimentado la necesidad que tiene la Iglesia de pastores que se dediquen en cuerpo y alma a los niños y a los jóvenes, pero no termina de entender qué puede hacer él, un pobre cura recién ordenado si no es asumir con humildad el envío que le haga el obispo. Hay una petición en el aire, que él siente como un clamor en su corazón. En su cabeza se va abriendo camino una idea. Necesita recogerse, hacer silencio para poder aclarar su mente y sus sentimientos.

Se acomoda, pues, sobre las rodillas en un intento de abstraerse por completo de toda distracción. Contempla la imagen de la Virgen Esperanza Macarena, y se da cuenta que es capaz de adivinar, quizá entre penumbras, el rostro amado de la Madre. Ernesto está conmovido en su interior. Le parece que siente con la Madre, acompasa los latidos, no ya de su corazón, sino de su alma, a los de la Madre. Es

como si la viera por primera vez, aunque muchas han sido las visitas a su templo, y muchas las horas de oración allí compartidas.

Él conoce muy bien esa talla, hasta el detalle. En las “Charlas del XXV” aniversario la describe con pasión de enamorado: *“tanto la expresión de su rostro, que ríe y llora al mismo tiempo, como la actitud de sus manos, la extrañeza de su gesto, las tres lágrimas de su mejilla izquierda y las dos de la derecha; la misma forma de vestirla y engalanarla, significan lo que es María, la del cielo, para nosotros los cristianos y para los Mies de forma especial.*

Todo esto, estudiándola detalladamente, como tantas veces he hecho yo, se refleja en ella: la Esperanza, alegre esperanza, consuelo de los que lloran; dolor, inmenso dolor por su Hijo Crucificado, pero dolor glorioso, pues de él brota la salvación: acogida a los pobres: por eso la visitan y la quieren tanto los más pobres de ayer y de hoy, en el barrio más pobre...

Aparece vestida unas veces de hebrea, sencilla, humilde, como la Madre del Obrero Divino, la esposa del obrero S. José y de todos los pobres y obreros del mundo. Pero otras veces, las más, aparece como Reina...”

¿Qué ocurrió aquel día 12 de octubre? ¿Tiene algún sentido esa fecha tan significativa en la que recordamos que españoles y latinoamericanos somos hermanos, descendientes de una mezcla genética, cultural y religiosa que nos hace descubrir elementos de identidad comunes en todos los órdenes de nuestra vida? El Padre Francisco González, misionero de la esperanza desde los comienzos, dice que no existen las coincidencias sino la *diosidencias*, y sin duda, ese fue un día en el que nuestro joven Ernesto, emocionado por el contexto y conmovido por la panorámica que podía contemplar desde el balcón de su propio corazón, despliega las alas de su alma y se permite un vuelo en picado hacia las entrañas de la Madre.

Han sido nueve años de seminario, con momentos duros, con vivencias fuertes, con pruebas que han requerido, a veces, de mucha ayuda de la Gracia, y por fin, es sacerdote, por fin ha llegado el momento

de poner en práctica todo aquello que echaba de menos en sus años de Juventud de Acción Católica. ¿Pero cómo? ¿Cuál es el siguiente paso?

Ernesto postrado a los pies de esa talla tan querida, se deja envolver por el manto de la Virgen, no ya de la imagen de madera hermosísima que tiene delante, sino por la Madre de Jesús, por la mujer que siendo aún una joven adolescente dice a Dios: “Hágase” y como ella, se abandona en los infinitos y amorosos designios del Padre.

El joven sacerdote, siguiendo su costumbre de escribir mientras ora, toma una pequeña agenda que lleva en el bolsillo del pantalón y contempla en silencio la primera página. Mira a la Macarena, siente una emoción cada vez más profunda y vuelve a mirar esa hoja en blanco. ¿Cómo se puede expresar con palabras lo que su alma en vuelo rasante sobre el rostro amado de la María va sintiendo? El corazón se acelera. No es una impresión, es algo realmente físico. Parece como si necesitara bombear mayor cantidad de sangre para oxigenar cada célula de su cuerpo. Escribe despacio, interiorizando cada palabra: *“Diego Ernesto Wilson Plata. Sevilla 12 de octubre de 1956. Madre de la Esperanza, en esta primera Misa ante ti, me consagro por completo a ti. Habla, Madre, que tu siervo escucha”*⁴⁷...

Ernesto siente que la Madre lo mira con complicidad, que entiende su turbación y quiere darle respuestas a sus interrogantes. Lo conoce. Sabe que es impetuoso, que se entregará hasta la muerte a aquello que le pida.

La tensión en su alma aumenta el voltaje y las incógnitas de los últimos años van despejándose en su mente de forma extraña, como si cada momento, cada prueba, cada decepción o ilusión cobraran sentido. De repente, las piezas del puzzle de su vida encajan perfectamente. Bajo el manto verde de la Virgen todo está en su sitio. Y él siente que María le habla al corazón. Es como un torrente, un mensaje que él recoge en sus páginas atropelladamente, sin que apenas pueda reparar en el sentido del texto o en la corrección de expresiones. Lo escribe como lo siente, y lo recibe como se hace consciente

⁴⁷ Agenda de Diego Ernesto escrita a los pies de la Virgen de la Macarena el 12/10/1956. Actualmente sólo se conservan fotocopias.

una persona de la realidad que le rodea, instantáneamente, en forma de concepto y no de palabra. La comunicación es más rápida que su capacidad de captarla y traducirla en un mensaje coherente, pero él escribe sin cesar, con sus cinco sentidos absortos en la tarea.

En la segunda página que se conserva⁴⁸ escribe el joven sacerdote: *“Niños, niños, niños y jóvenes, jóvenes y jóvenes. No hay razón de ser de esta Obra si no son los niños y los jóvenes, pero ¿Cómo? Como empezó Bosco. Sin formar escuelas. Niños y jóvenes de la calle...”*

El hilo enmarañado de sus pensamientos e intuiciones de los últimos tiempos se va desenredando suavemente, formando una trama coherente conforme se cruza y entrecruza con la Gracia. Y de aquella espesura desordenada y escabrosa, que había sido materia de discernimiento durante muchas horas de oración, siente que se empieza a tejer un sueño, y así, a lo largo de veintiséis pequeñas páginas va recogiendo lo que será a partir de entonces la misión de su vida.

Este proyecto es nuevo pero no surge de la nada. No es una sorpresa para Ernesto, pues está profundamente enraizado en toda la espiritualidad que el joven sacerdote ha vivido e interiorizado en sus últimos años. Aglutina el sueño de D. Manuel González, sus experiencias en la JAC, su trabajo apostólico como seminarista en las Misiones Populares y otras realidades de su entorno.

Ernesto arrodillado ante la Virgen, siente cómo ella ilumina cada rincón de sus pensamientos, ordena y conceptualiza sus intuiciones, y con ternura inefable le habla al corazón. Es un momento de Gracia desbordante, que pudo durar ese rato de postración ante su imagen, o puede que fuera unos días, o unos meses... ¡El tiempo de la Gracia es tan difícil de medir! No sabemos si escribió todo el texto de un tirón o si lo hizo en distintos momentos, pero eso no tiene mucha importancia. Lo verdaderamente trascendente es que nuestro joven pastor ha encontrado la dirección que debe seguir cuando se encontraba en un cruce sin señalizaciones, y que María lo toma de la mano, lo conduce, lo anima, e incluso, le empuja.

⁴⁸ Parece ser que algunas páginas fueron arrancadas por el propio Diego Ernesto antes de que otras personas conocieran su contenido.

Diego Ernesto siente que tiene que fundar una Obra, no se sabe de qué tipo o naturaleza jurídica, dirigida a niños y jóvenes: “Niños y jóvenes pobres, sin rechazar a los ricos, pero lo primero los niños y los jóvenes más pobres⁴⁹...”, “salvando sus cuerpos y sus almas⁵⁰”, “Consagrados con votos”, “crucificados como Jesús, pero alegres, muy alegres⁵¹”, “[...] Intransigente con la fe y fidelidad a la Iglesia. Comprensivos, abiertos, transigentes en todo lo demás⁵²...”

Poco a poco el mensaje de la agenda va siendo mas específico, con indicaciones concretas, que resultan casi sorprendentes, y deja de ir dirigido sólo a Ernesto para referirse a una pluralidad de personas: “Sed vosotros muy pobres pero cada uno según su capacidad. Dad un testimonio de pobreza. Salvad con la pobreza y el amor, mucho amor. No con la eficacia de los medios humanos aunque no lo despreciéis. Sed Santos y haced Santos⁵³”. Resalta la necesidad de obediencia, la propagación del amor a María, en su advocación de la Esperanza e intuye una realidad supranacional⁵⁴, más allá de Andalucía o de España: “Amadme como este pueblo macareno y todos los demás pueblos, según su forma de ser⁵⁵”, hasta el punto de referirse a una Obra que es de Ella y es de una colectividad, un proyecto común, un sueño compartido: “Vuestra Obra, mi Obra, para hacerme amar y para salvar a los niños y los jóvenes⁵⁶...[...] Deseo que todos vosotros con los niños y los jóvenes, todos los años vengáis aquí siempre en esta fecha cuando esta Obra nace, 12 de octubre de 1956. Venid todos, todos en los 12 de octubre de cada año, de todos los rincones del mundo aquí, como obra de consagrados⁵⁷...”

Y marca una espiritualidad muy concreta, la del Camino de la Infancia Espiritual de Teresa de Lisieux, la joven santa que el cura conoció de la mano de su tía cuando hizo su primera comunión

⁴⁹ Pág. 3

⁵⁰ Pág. 5

⁵¹ Pág. 8

⁵² Pág. 9

⁵³ Pág. 11

⁵⁴ Hay que recordar que Ernesto se había ofrecido varias veces para ir a Venezuela como misionero diocesano y aún estaba esperando respuesta del obispo.

⁵⁵ Pág. 14

⁵⁶ Id

⁵⁷ Págs. 16 y 17

veinte años atrás. Hay en estas palabras un énfasis importante, ya que las escribe en mayúsculas, destacando así del resto del texto: “Vivid el CAMINITO, y hacedlo vivir. AMOR, PEQUEÑEZ, CONFIANZA, ABANDONO [...] Formad comunidad⁵⁸”

Llega a concretar tanto que, aún siendo todo el texto extraordinario, llama la atención lo casi caprichoso del mensaje, por reparar en aspectos que no son propios de esa época, aunque posteriormente hayan tenido una incidencia importante en nuestra sociedad y más concretamente en la Iglesia. “Fumar, fumar. Este es el gasto y la esclavitud al parecer más inocente y, sin embargo, más inexplicable para quien quiera amar a los pobres. Sed libres. Lucha contra la droga, mortificado.”

En la página veintiséis la exhortación se hace apremiante. “Empieza, empieza ya. Date prisa. Date prisa. Aquí en Sevilla, después en América o en Málaga o donde te ponga mi Hijo. América será la fuerza de Mies...”

Y a partir de ahí el texto se hace incomprensible, bastante ilegible, sin coherencia gramatical ni semántica. Resulta un galimatías de nombres propios y verbos que apremian a iniciar una acción inmediata. Ernesto escribe a ritmo de su corazón que galopa a velocidad de vértigo. Necesita transcribir lo que siente y lo hace atropelladamente, como le viene. No intenta comprender el significado de lo que escribe sino que vierte sobre las hojas blancas lo que va sintiendo, lo que su corazón va captando.

¿Cuánto tiempo estuvo ese día 12 de octubre allí arrodillado? No lo sabemos. Probablemente fueran horas, aunque él las percibiera como una exhalación. Pero sea como sea, aquella experiencia se fijó en su alma como una impronta que ya nunca se borraría, una determinación firme y concreta a cumplir la misión encomendada, un proyecto que marcaría su vida sacerdotal y personal durante los siguientes cuarenta y nueve años, los que aún faltaban para encontrarse cara a cara con el Padre.

⁵⁸ Pág. 19

Ahora sabía que tenía una misión, un encargo de parte de la Madre, y aunque le hubiera apremiado con vehemencia para que se pusiera manos a la obra, bien sabía que nada dependía de él, que sería Ella quien le allanaría el camino, quien le mostraría la ruta. Su corazón estaba henchido de emoción, sentía toda la fuerza y la osadía que trae consigo el Amor Primero⁵⁹, pero también era consciente que debía armarse de prudencia, ser obediente, poner sus talentos al servicio de la Iglesia de Málaga y como un naufrago en una isla desierta esperar a ver qué traía la marea. De modo que guardó todo aquello en su corazón y en su pequeño cuaderno y se dispuso con sencillez a aguardar su primer destino como cura diocesano.

Empieza la tarea.

Después de unos meses recorriendo pueblos y aldeas para administrar sacramentos y predicar la Palabra, el cuatro de junio de 1957 llega a su primer destino como sacerdote diocesano, la parroquia de Santa María de la Amargura, donde debía desempeñar la tarea de coadjutor junto a D. José Ávila Barbo que era el párroco desde 1953.

En esa época la Parroquia sólo contaba con un pequeño templo al que todos los malagueños conocen como la Ermita de Zamarrilla, situada en calle Mármoles, consagrada a las imágenes del Santísimo Cristo de los Milagros y María Santísima de la Amargura.

Las proporciones de la iglesia eran claramente insuficientes para el número de feligreses que atendía. Es por ello que desde la llegada del párroco a la zona, venía demandándose la construcción de una nueva sede que pudiera acoger a tantas almas. Entre tanto se conseguía una solución a los problemas de espacio, resolvieron celebrar todos los domingos la Eucaristía en el comedor del colegio Jose Luis de Arrese, situado en el barrio de Haza de Cuevas, una urbanización de 500 viviendas, en la que residían familias jóvenes con numerosos hijos pequeños.

En este barrio humilde, de clase trabajadora, es donde se plantará la semilla de lo que más tarde sería la Obra de Misioneros de la Esperanza. Muchos de los primeros consagrados y vinculados a ella

serán vecinos de este núcleo, niños y niñas en ese año de 1957, que se apiñaban como un rebaño en las aulas del Colegio de Zamarrilla, junto a la Ermita, en el de Arrese, en la plaza central de la Barriada que comúnmente llamaban “Viviendas de Cuevas” o en el piso de Calle Alferez Simó Castillo, una escuelita adscrita a la parroquia.

Eran una enorme bandada de pajarillos hambrientos de atenciones, formación, cariño, entretenimiento y dedicación, que alborotaban en la calle con sus juegos infantiles, elaborados con una gran dosis de imaginación y sencillez, ya que escaseaban los juguetes, los materiales deportivos o de tiempo libre. Chiquillos que con una caja de cartón y un palo de madera podían imaginarse atravesando el inmenso Oeste americano en un tren de vapor mientras otro grupo de criaturas hacían el papel de indios al asalto. O niñas que con una cuerda o un elástico podían pasar horas saltando al compás de una rítmica cancioncilla hasta que llegaba la hora de ayudar en casa, en la que, la mayoría de las veces, desempeñaban junto con sus madres, la tarea de la atención doméstica y el cuidado de los hermanos.

El barrio era casi una isla en medio de extensas zonas sin urbanizar. Por el oeste se situaba el Arroyo del Cuarto, una grieta pronunciada en el suelo arcilloso por la que corría el agua casi todo el año, proveniente de las lluvias abundantes del otoño y la primavera. El torrente estaba flanqueado por dos hileras paralelas de chabolas, a las que se unían barracas y casas muy humildes, sin que se pudiera advertir orden ni concierto, a excepción del cauce tortuoso que marcaba el riachuelo, el cual crecía y menguaba según las estaciones y obligaba a las viviendas a situarse siguiendo su curso sinuoso. Los saneamientos eran inexistentes y sus pobladores tenían que recurrir al cubo y al agua del arroyo, a veces, turbia para asearse. Esta situación generaba problemas de falta de higiene personal entre los vecinos que se pudo paliar, para aquellos que así lo desearon, cuando a principios de los años cuarenta del siglo pasado se construyó la Urbanización de Hazas de Cuevas, que albergaba baños públicos. Los situaron detrás de lo que llamaron “las casas de los maestros”, adjudicadas a los docentes del colegio, junto al Arroyo del Cuarto.

Al norte del núcleo de viviendas, se extendía entonces un gran solar sin urbanizar, que se utilizaba como campo de fútbol, y que

⁵⁹ Aquel que deja la huella más profunda en el corazón, citado en Apocalipsis 2, 3-5.

obligaba a los vecinos a caminar un largo trayecto sobre tierra apisonada para llegar a otro enclave de viviendas estatales próximas a un colegio femenino de las Hijas de Jesús conocido por todos como Gamarra.

Al sur dominaba una gran huerta, salpicada de enormes acacias y árboles centenarios que más tarde constituirán lo que actualmente es conocido como Jardines de Picasso, y al este, una monumental escombrera que P. Vicario Méndez, en su artículo Bodas de Oro⁶⁰ describe como “*un muladar. Inmundicias por todas partes, tierra amontonada, montículos diversos, en fin, una verdadera pena...*”.

Lo cierto es que Málaga estaba experimentando un crecimiento importante de población en medio de un fenómeno que era común en toda España y que tenía que ver con la recuperación económica tras los años de la postguerra. Es una ciudad que se está expandiendo a un ritmo más rápido que el de las planificaciones urbanísticas. Se prioriza la vivienda al saneamiento o los equipamientos, y por ello abundan las calles sin acerado, iluminación o señalizaciones, e incluso, muchas de ellas, carecen de asfalto y los vehículos se ven obligados a circular sobre tierra apisonada o adoquines de piedra. España es un país pobre, aunque se empieza a vislumbrar en el horizonte una luz tenue que anuncia una cierta recuperación económica, todavía demasiado incipiente para que sea significativa. Muchos ciudadanos emigraban a países europeos en desarrollo tras el desastre de la II Guerra Mundial y a Latinoamérica, y seguirían haciéndolo en la década siguiente, lo que reportaba a sus familias unos ingresos fijos que sostenían la economía doméstica.

En Málaga, la industria turística empieza a desarrollarse propiciada por la apertura del aeropuerto en 1949 a líneas regulares nacionales e internacionales, y la remodelación que se realiza en 1960. Todos estos signos de recuperación económica traen consigo un gran movimiento de gente desde el campo a la ciudad y un aumento de la población que precisa de vivienda, escuelas, y todo tipo de equipamientos.

⁶⁰ P. Vicario Méndez. Bodas de oro, publicado en la revista que con motivo del 50 aniversario de la parroquia de Sta maría de la Amargura sale a la luz en 2011. Pág. 33.

En medio de esta realidad urbana y social llega Ernesto a la Parroquia de la Amargura, pertrechado con su sotana negra, sus lápices de dibujo y unas ansias enormes de entregarse por completo a la misión encomendada. Él está viviendo su luna de miel y por fin se instala en su nueva vida deseoso de empezar cuanto antes. Aún resuenan en sus oídos las palabras de la madre Esperanza Macarena: “*Empieza, empieza ya. Date prisa. Date prisa. Aquí en Sevilla, después en América o en Málaga o donde te ponga mi hijo*”⁶¹

No sabemos la impresión que pudo causar nuestro protagonista en el párroco. Quizá lo vio joven e impetuoso. Quizá le recordó a sí mismo cuando comenzaba. Sea como sea, D. José es cauteloso y decide encomendarle una tarea que, en principio, puede parecer sencilla, sin mucha responsabilidad: la catequesis de los niños. ¿Se lo sugirió Ernesto? ¿Lo planteó D. José hasta poder valorar las cualidades y capacidades de su joven coadjutor? Tampoco lo sabemos, pero sea como sea, aquel envío era, sin duda, providencial y así lo debió asumir Diego Ernesto. Los niños eran su misión, las pequeñas ovejas, a menudo desorientadas, a las que debía conducir hacia el aprisco.

Él los veía como una chiquillería ruidosa, siempre dispuesta a alborotar, portadora de alegría, pero también de frustraciones y desencanto. Sabía que cada niño y cada niña albergaba en su interior la capacidad de llegar a ser una persona santa, capaz de transformar el mundo en un lugar más habitable, de instaurar poco a poco el Reino de Dios. Cada cual desde su forma de ser y desde su historia, completamente único, amado por Dios con locura de Padre.

El sacerdote veía más sus posibilidades que sus limitaciones, adivinaba sus potencialidades por encima de sus debilidades, y les miraba más allá de sus rostros y contornos. Ernesto tenía la capacidad de mirar a los ojos y traspasar esa difusa franja que anuncia el horizonte de lo que somos, de quiénes somos. Así lo describe Loli Ramírez, Misionera de la Esperanza de los primeros tiempos: “*Tenía una mirada muy profunda y limpia. Parecía que te veía por dentro*”.

⁶¹ Pág. 25 de la Agenda de 1956.

Se daba cuenta también, de que los niños, a veces, eran descuidados por los adultos, por sus padres, siempre ajetreados en sus muchas tareas y obligaciones, pues eran hijos de una época dura, en la que el pan de cada día se conseguía con mucho esfuerzo y muchas horas de trabajo.

Y así, de un día para otro, empieza su actividad apostólica visitando los colegios de la zona e invitando a los niños a la parroquia.

En esos años Sta. María de la Amargura tenía adjudicado un piso situado en Calle Alferez García Valdecasas, en las Viviendas protegidas que ya se han descrito. Era posiblemente la casa destinada al párroco o al coadjutor. Se trataba en este caso de una vivienda de unos sesenta metros cuadrados, con un salón, tres dormitorios pequeños, una cocina y un baño, exactamente igual que las demás, pues todos los pisos tenían una proporción y distribución muy similar. Estaba situada en un bajo al que se accedía a través del portal y un breve tramo de escaleras. Allí Ernesto acondicionó el primer salón para niños, en el que son acogidos a diario, primero para jugar y conocerse, y después para introducirlos en la catequesis y la vida de fe.

Salvador Luna Blanco, misionero de los primeros tiempos, lo recuerda así. *“Nada más entrar estaba el salón de la casa, que era nuestro salón, en el que nos reuníamos para jugar o para escuchar una charla o lo que tocara en cada momento. A la izquierda había una pequeña habitación que estaba cerrada con candado. Era el “cuarto de la leche”, en el que se guardaban alimentos para las familias necesitadas, unas ayudas que mandaban de fuera. A continuación, otra habitación que hacía las veces de Capilla, y seguido la tercera, donde había puesto un billar. Sobre esa mesa él acondicionaba unas mantas y una colchoneta para dormir por las noches. El baño, una habitación con un retrete y un pilón para lavarse, y la cocina, pequeña y antigua, estaban a continuación del salón, al fondo del piso.”*

El número de infantes va creciendo por días, como resultado del boca a boca y porque Ernesto les insiste en que inviten a sus amigos, sus primos o sus vecinos. Son tiempos en los que no existe la televisión, las consolas de videojuegos, o las actividades extraesco-

lares⁶², de modo que, cualquier acción que se promoviera para el esparcimiento y recreo de los niños era sinceramente bienvenida. Inmediatamente nuestro coadjutor, siguiendo la sugerencia del párroco, crea “Los Cruzados Eucarísticos”, en la línea de la Cruzada Eucarística promovida por el Papa Pío XII.

La dinámica en el Salón infantil va cambiando en la medida que surgen nuevas necesidades, y la atención a los menores va evolucionando. Al principio, crea lo que llamaron “El círculo de estudio” y allí se reúnen los niños movidos por la curiosidad y deseosos de pasar un buen rato en las ociosas horas de la tarde. Algunas veces Ernesto pierde la paciencia ante la indisciplina y el alboroto que forman y les echa sin contemplaciones. Otras, consigue ganar su atención y aprovechan el tiempo profundizando en un cuento con moraleja o una historia de la revelación. Es una tarea agotadora en la que los ejercicios de ensayo- error se suceden. El pastor va conociendo a sus ovejas, observa, reflexiona, ora y, poco a poco, progresivamente, va mejorando su método. *“Contaba un cuento que él mismo inventaba y cuando estaba en lo más interesante lo dejaba para el próximo día, y así nos quedábamos expectantes, muchas veces, embobados mientras le escuchábamos...”*- recuerda Salvador Luna.

“Ernesto nos leía biografías de los santos y así iba desgranando las virtudes de cada uno, haciendo hincapié en lo que a los niños nos parecía más atractivo y heroico” – recuerda Francisco González, sacerdote mies que conoció el salón de Alferez García Valdecasas a los nueve años.

Ya en 1958 hay unos doscientos niños a los que se les ha impuesto la medalla y se les ha entregado un Título, un pequeño carné en forma de díptico en el que aparece el nombre y los apellidos del Cruzado, la fecha en la que se emite, los objetivos, las cualidades y la promesa: *“Prometo orar, comulgar, sacrificarme y ser apóstol, en la forma que me enseña la Cruzada Eucarística, para que Jesucristo reine en mi corazón, en mi familia, en todo el mundo”*.

⁶² En España actualmente casi todos los Colegios ofertan actividades de tipo deportivo, refuerzo educativo, para aprendizaje de idiomas, etc. fuera del horario lectivo, generalmente por las tardes.

También las niñas tienen su lugar, aunque por separado. Todos juntos acuden a la Eucaristía de los Domingos en el comedor del Colegio portando banderines e insignias. Uno de ellos, el que se ha ganado ese honor, va vestido de Cruzado, con un traje medieval consistente en una túnica corta hasta las rodillas que cubre los leotardos y el jersey ajustado, cinto de cuero para colgar la espada y un gorro que marca la forma del cráneo. Había sólo una vestimenta que se iban turnando cada domingo. Era un sueño para los pequeños merecer ese honor, una distinción reconocida por toda la tropa y la feligresía en general.

Ernesto vivía para los niños y estaba plenamente disponible a ellos en cualquier momento que lo precisaran. Francisco Gonzalez escribe, con motivo del veinticinco aniversario de Mies: *“Tu dedicación a nosotros fue exhaustiva y tu disponibilidad total. ¡Cuántas horas quemaste en el salón atendiéndonos mientras jugábamos! [...] Te preocupabas de formarnos en todos los aspectos de la vida, desde la Biblia a la música clásica, o desde la ascética al arte [...] Y cómo olvidar tus visitas a los colegios, ¡Deseábamos tanto verte llegar y escuchar atentos a tus explicaciones! Y los cantos, los paseos los domingos por la tarde, las misas de diez de la mañana...”*⁶³

La clave de ese método apostólico que tanta repercusión tuvo, no sólo a nivel parroquial sino, y sobre todo, a nivel personal, se basaba en una pedagogía que podríamos resumir en las siguientes pistas, ofrecidas por el propio sacerdote a los misioneros que años después le piden consejo y orientación:

“Valorar a los niños como personas. Tenedlos en cuenta como si fueran personas mayores.

Queredlos mucho, queredlos como los quieren sus madres; sed muy cariñosos con ellos.

Exigidles en su educación integral. Si a un niño o a un joven se le pide poco no dará nada, pero si se le pide mucho lo dará todo.

No manifesteis tener preferencias sobre ninguno; los niños son extraordinariamente sensibles y captan el mínimo detalle.

⁶³ F. Gonzalez. De amigo a amigo, publicado en Boletón MIES de mayo de 1981. Pág. 7

Haceros niños con los niños, acercaros a ellos, habladle a su estilo, interesandoos por sus gustos, sus aficiones, su entorno.

Sembrad en sus corazones el amor a Dios y a Jesús, la devoción sencilla a María, el bien, la fraternidad...y esto desde muy pequeños, adelantandoos a la acción del mundo y del mal, pues lo que se graba en la cera blanda de sus vidas jamás se borrará.

*Dedicadles tiempo, oración, sacrificios, que ellos formen parte protagonista de vuestras vidas.”*⁶⁴

El joven apóstol idea una estructura básica para la organización de los Cruzados, estableciendo una reunión general semanal, en la que se ofrece amplia formación sobre temas que abarcan todos los intereses de los niños, y los equipos, integrados por pequeños grupos en los que se puede profundizar personalmente sobre los diversos temas. Utiliza también una serie de estrategias sencillas para atraer el interés de los menores, tales como cambiar los nombres de los equipos o actividades para aportar novedad a la marcha del grupo, dar responsabilidades a cada uno en cuanto se vislumbra una cierta asiduidad en la participación, y lo más importante y trascendente de todo, orar por ellos diariamente. Ernesto ora insesantemente por sus niños. Los contempla, a menudo, desde la ventana de la casa de A. García Valdecasas y le habla a Dios de cada uno de ellos, de sus cualidades o sus debilidades, de sus necesidades, e incluso, de las expectativas que alberga sobre alguno, del mismo modo que una madre habla con el padre sobre sus hijos.

El sacerdote sabe que no sólo es preciso hablar a los niños de Dios sino que también es importante hablarle a Dios de esos niños. El Señor los conoce bien, eso es cierto, incluso desde antes de su nacimiento, cuando se gestaban en las entrañas de sus madres. Pero al orar por ellos, al compartir con el Señor sus preocupaciones respecto a ellos, los sentimientos que le despiertan, sobre sus virtudes y defectos, se teje sutilmente una corriente de amor, que alimenta y permite que germine en las entrañas del pastor la misericordia, de tal modo que deja de mirarlos solamente con los ojos corporales para contemplarlos con los del corazón. Dejan de ser los hijos de fulano y

⁶⁴ F. Gonzalez. “De amigo a amigo”, publicado en Boletón MIES de mayo de 1981. Pág. 8

mengano, para sentirlos un poquito suyos, para amarlos – en la medida de lo posible- desde la perspectiva de Dios.

Es un ejercicio que debe experimentar todo apóstol, porque cuando hablamos a Dios de los niños o los jóvenes que nos encomienda, cuando los contemplamos a través de Sus ojos, se activan mecanismos y capacidades que desconocíamos como nuestras y, donde no había creatividad, surgen iniciativas nuevas, donde no había paciencia descubrimos que somos capaces de aguantar lo inaguantable, donde había, incluso, desagrado o falta de empatía, advertimos compasión y comprensión.

Se trata, pues, de mirar a esos niños y niñas a través del tamiz del Señor y eso sólo es posible llevándolos a la oración personal, del mismo modo que los padres oran por sus hijos, para que allí donde ellos no llegan, el Señor actúe o cure.

Nuestro joven coadjutor pasa así horas rezando por aquellos Cruzados que se acercaban a la Parroquia, y reza también por los que no llegan, los niños que juegan o pasan las horas muertas en la calles del barrio, muchos de ellos con carencias de todo tipo. Comprende entonces que el mejor apóstol para un niño es otro niño, e inmediatamente inculca el celo apostólico en sus muchachos. La fórmula era sencilla: cada uno invita a sus amigos, vecinos o primos a conocer el salón, y lo hace sin imponer, pero reiterando la invitación si la primera vez no tiene respuesta.

El itinerario personal es progresivo, podríamos decir que acompasado al ritmo de cada uno. Se empieza con el juego, lo que más atrae a la infancia, y poco a poco, sin quemar etapas, van recibiendo formación religiosa y humana, que culmina, en muchos casos, en una opción de compromiso y profundización en la vida de fe, de acuerdo a esa etapa de la segunda infancia, entre los ocho y los trece o catorce años.

Desde el punto de vista humano podemos decir que la fórmula fue todo un éxito; desde el cristiano un derroche de Gracia que tocó y transformó a una gran parte de los niños y niñas de la Parroquia.

“Recuerdo las reuniones de niños en las que por no caber en el Centro se recogaban de las ventanas y se apiñaban en el pasillo o en las escaleras, intentando oír lo que decía el padre a través de la puerta abierta, sin ver nada...” – Comenta con entusiasmo Ana María Tineo, que en aquellos años vivía en el edificio anexo a la vivienda parroquial, justo una planta por encima.

El fenómeno interroga a los padres, como no podía ser de otro modo, e interroga a la feligresía. D. José, que valora muy positivamente esta iniciativa apostólica decide entonces encargarle también la catequesis de las niñas, pues hasta entonces solo se había ocupado de los varones. *“Mas tarde el párroco lo encargó también de nosotras. Fueron tiempos en los que sobreabundó la Gracia. Teníamos nuestras reuniones niños y niñas por separado. [...] Las niñas nos reuníamos en la sacristía y despachos de la parroquia para tener nuestras reuniones y equipos. Recuerdo con cuánta ilusión preparábamos nuestras reuniones y con cuanto interés nos repartíamos para ir a buscar a los que pensábamos les costaría más el asistir...”*⁶⁵

La tropa – así llamaban a los participantes del grupo de Cruzados Eucarísticos- ocupa la mente y el corazón del recién estrenado sacerdote, aunque no era su única ocupación, pues le encomendaron también desempeñar la tarea de capellán del Hospital Civil, que él aborda con ilusión y creatividad. Desde el comienzo ve en el dolor de los enfermos una oportunidad para convertirlo en Gracia que redunde en la iglesia más necesitada, al estilo de Teresa de Liseaux, quien ofrece sus padecimientos y todos los rigores que le impone su enfermedad pulmonar para los misioneros y las personas por las que nadie reza. Y consumido por ese celo que le lleva en volandas como un joven que acaba de descubrir el amor y es correspondido, atiende a los enfermos y les transmite esta idea. Es una consecuencia del concepto del cuerpo místico de Cristo, del que todos formamos parte como Iglesia, unos en la primera línea, en el apostolado y la atención directa a los hermanos; otros, siendo el pulmón espiritual y trascendente, los hermanos orantes, retirados del mundo pero siempre rezando, contemplando y amando a toda la Creación. Y en este marco, los enfermos tienen su misión, su lugar, su aportación, que

⁶⁵ A.M. Tineo, Otros y otras de la familia, publicado en el Boletín Mies de mayo de 1981. Pág. 11

es también la oración, pero desde el dolor que los consume, o mejor dicho, transformando ese sufrimiento en Gracia.

Ser Capellán de esa histórica institución malagueña le da la oportunidad de conocer de cerca el mundo hospitalario y de empezar a desarrollar una pastoral de la salud que, muchos años después, se completará en la Hermandad del Santísimo Cristo de la Esperanza en su Gran Amor y María Santísima de la Salud, desempeñando el cargo de cofundador y director espiritual hasta su fallecimiento.

La Congregación de San Gabriel de la Dolorosa

El tiempo pasa con una rapidez asombrosa. Muchos de los niños del salón van entrando en la adolescencia y surge así la necesidad de una organización y unos contenidos más acordes a sus características personales y evolutivas. D. José se hace consciente de ello, siempre atento y vigilante a la realidad de su feligresía. Hay que atender a esos jóvenes que miran sorprendidos la vida como si hasta ese momento hubieran estado habitando otro planeta. Los cambios se evidencian a diario. Les cuesta reconocer sus nuevos cuerpos de largos brazos y piernas que se empeñan en moverse torpe y descoordinadamente, ese vello cada día más persistente y poblado, las voces graves y desafinadas, la fuerza física que aflora, a menudo, en forma de agresividad, los impulsos que los traicionan en el momento menos deseado, las fantasías, la atracción...todo un caos que irrumpe inesperadamente en sus mundos infantiles.

Entre ellas también las hay jovencitas, con los mismos miedos y desconciertos que ellos, con la misma energía y pasión. Son ovejas desorientadas por tanta novedad recién descubierta, pero deseosas de vivir intensamente, de encontrar sentido profundo a cada día, a cada instante, si se puede. Jesús empieza a ser para ellos el Maestro con mayúsculas, “el camino, la verdad y la vida”, aunque siguen necesitando un pastor que los guíe en medio de su confusión, un amigo que los escuche y un padre que les de seguridad e impulso.

En 1958 D. José le pide a Ernesto que se haga cargo de esta pastoral juvenil y nuestro sacerdote aprovechando que es tiempo de cuaresma convoca a la juventud del barrio para unas charlas. Acuden

unos cuarenta y cinco. Al terminar las charlas cuaresmales les pregunta si quieren comprometerse más con el Señor. Todos responden que sí y se confiensan uno tras otro. Con ellos inicia la Congregación Mariana de San Gabriel de la Dolorosa y María Inmaculada.

¿Por qué ese nombre concreto? Él lo explica en 1993 al grupo de FICE: *“Dió la causalidad que cuando salí del Seminario fui a Villa San Pedro a hacer unos ejercicios espirituales y las monjas tenían un armario con libros que se podían leer. Yo cogí un libro que era de S. Gabriel de la Dolorosa, que era un muchacho pasionista que había sido siempre muy alegre y tenía novia cuando decidió hacerse fraile. Murió muy pronto y lo canonizaron enseguida. Creo que la novia fue a la canización. Yo le tenía mucha devoción y por eso le di ese nombre a la Congregación. Mi madre me hizo una bandera y a los niños chicos les hice comprometerse con la Cruzada Eucarística. Con los mayores hice una Congregación Mariana”*

Son numerosos los testimonios de jóvenes que se adhieren a la Congregación tras unas charlas cuaresmales, sean éstas de 1958 o las de los años siguientes.

Ángel Aguado, uno de los seis muchachos que Ernesto eligirá unos años después para iniciar una Obra de Consagrados recuerda: *“Me invitó Antonio Romero González en la puerta de Zamarrilla. Me dijo: mira, hay un cura que se sale de lo normal, que habla muy bien y va a dar unas Charlas Cuaresmales o unos Ejercicios Espirituales a comienzos de cuaresma. Fui. Recuerdo que metía miedo a que nos íbamos a morir un día. Te hablaba muy claro y uno elegía si seguir adelante o no. No había presión. Él te mostraba las injusticias y te metía ganas de implicarte para cambiar cosas. Es muy importante comprender cómo eran aquellos tiempos, cómo eran los jóvenes...éramos tierra que se abonaba enseguida. Aquellos ejercicios me cambiaron la vida a mí y a todos los que los hicimos, y luego inauguramos la Congre⁶⁶”*

En la práctica se trata de una organización muy similar a la de los Cruzados, pero adaptada a las necesidades y demandas de esta etapa de la vida. Como todo nuevo proyecto, evoluciona, se perfec-

⁶⁶ Nombre cariñoso y familiar con el que se denominaba a la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa y María Inmaculada.

ciona y, en un ejercicio plagado de ensayos y errores, va dando respuestas a los nuevos retos que plantean los jóvenes en el seno de la Iglesia de ese tiempo.

El esquema organizativo es el mismo: el salón como lugar de encuentro diario entre los muchachos, con actividades recreativas y formativas; los equipos, grupos formados por ocho o nueve participantes para profundizar en los distintos temas catequéticos o de formación humana, y las comisiones, en las que cada joven desarrolla una tarea y asume una serie de responsabilidades.

Por ejemplo, la Comisión de salón se encargaba de acoger a todos los que se acercaban por primera vez al Centro, además de velar porque los juegos estuvieran completos y cuidados, el salón limpio, las revistas y tebeos ordenadas y al día, etc., aunque el compromiso más importante era el de mostrar interés y calidez a todos los chicos nuevos, de tal forma, que ninguno se sintiera fuera de lugar o incómodo. Norberto Nieto, que se incorpora a la Congregación a mediados de los sesenta recuerda las palabras del Padre: *“El cura lo explicaba bien. Al principio no se invita al muchacho a las reuniones. Tiene que haber un proceso, sin atosigar, respetando los tiempos. Si perseveran se les invita a la reunión general, para que se sientan acogidos y queridos. ¿Cuándo se invita? Cuando el joven está maduro. Estaba todo protocolizado, con método, con sentido, en un proceso coherente...”*

El método es también el mismo, el Preventivo de Bosco. El fin, llevar a los chicos a Dios de la mano de María, la Madre, para que, a través de una experiencia de encuentro personal con Cristo, cada uno, de forma libre, se entregue a la tarea de construir el Reino, viviendo el Evangelio y proclamándolo, con el lenguaje y el estilo de esa década tan emblemática que fue la de los sesenta para todo el mundo occidental. Norberto recuerda que *“en ese comienzo, la vida interior era muy fuerte. Todos los días se abría el Centro, se iba diariamente a misa, o en la Parroquia nuestra o en San Pablo a las 13:30, después de las clases de la mañana. Antes de abrir el salón, todos nos veíamos en el Sagrario. El turno de vela del Jueves Santo estaba atestado de muchachos de la Congre, porque lo sentíamos como algo esencial que*

alimentaba ese celo apostólico de todos. El cura inculcaba esto con rotundidad, como la piedra angular de todo.”

En un Reglamento de Régimen Interno de la Congregación podemos leer: *“La misión de los equipos es la siguiente: conseguir militantes que sean tales, y aparezcan como tales en sus ambientes de trabajo, estudio, hogar, diversión, en la congregación parroquial y en la vida intraparroquial. [...] La misión del militante es: influir con su ejemplo, palabra, amistad e intervención en los problemas de los distintos ambientes, para que se vayan ordenando según Cristo y la Iglesia, sin olvidar que tan ambiente es el trabajo como la parroquia”*

Muchas conclusiones podríamos extraer del texto, pero lo realmente trascendente es que esos muchachos influyeron y, en muchos casos, cambiaron su medio, esto es, sus casas, sus familias, sus relaciones en los centros de estudio, en la parroquia...

Había un lema que circulaba entre ellos, una máxima: “¡qué bien se vive en mi casa porque estoy yo!”, y aunque pueda parecer una frase pretensiosa, nada más lejos de la realidad, porque implica un verdadero compromiso de poner lo mejor de uno mismo en ese lugar donde tendemos a relajarnos y a permitirnos ciertas licencias que nunca nos tomaríamos en público. Que yo sea el elemento clave para que mi casa sea un lugar cálido y agradable, donde todos se sientan a gusto, supone que voy a trabajar con ahínco, que voy a mediar en los posibles conflictos, que me voy a esforzar aún cuando me pueda el cansancio, que voy a poner alegría cuando haya tristeza, o ternura y comprensión cuando impere la intolerancia o la aspereza.

Para cualquier persona este reto es cuanto menos difícil de abordar pero para un joven el desafío es de una magnitud superior, porque lo que le pide el cuerpo es aislarse en la habitación, sumergirse en su mundo personal, explorar sus sentimientos, sus descubrimientos, ignorar el discurso repetitivo o exigente de los adultos, rebelarse contra la autoridad o desempeñar un papel pasivo en las responsabilidades domésticas.

Lo cierto es que asumir activamente el papel de ser elemento de transformación positiva en cada casa, en esa edad de la adoles-

cencia, es ir contra la propia naturaleza, para entrar en un camino de disciplina y sacrificio, que contra toda lógica, a primera vista, los muchachos asumen con ilusión. Y es que no hay nada que pueda seducir más a un muchacho que un desafío, y en este caso, uno bien difícil. No hay recompensas a corto plazo, la mayoría de las veces; no se pueden medir los resultados, casi nunca, pero lo cierto es que casi todos lo asumen en un grado u otro, y el mundo que les rodea empieza a sentir sus efectos.

Se practica también la revisión de vida en los equipos, la confesión frecuente, la misa diaria, los retiros bimestrales, se hace apostolado a través de las distintas comisiones, se recibe formación eclesial y humana en las reuniones generales, en las charlas diarias de la tarde... Ernesto aprovecha cualquier momento o circunstancia para transmitir todo tipo de enseñanzas. Un muchacho en los años de la Congregación escribe en mayo de 1981: *“El trabajo, el colegio, la casa, los amigos, el barrio...eran para nosotros el campo concreto de nuestra actividad apostólica. Esta conciencia y agresividad apostólica nos acompañaba a todas partes y durante todas las horas del día. Ávidos de comunicar el “tesoro encontrado”, lo hacíamos con tanto ahínco, convencimiento e ilusión, que aquello supuso una pequeña revolución en las “viviendas protegidas” y en cualquier parte donde nos encontráramos”*.

Aquellos muchachos, al principio, y muchachas, después, asumieron una clara conciencia de misión que daba sentido a sus vidas. Ellos creían firmemente que podían cambiar el mundo y, lo cierto es que influyeron y cambiaron los espacios que habitaban, las relaciones que establecían, y plantaron una semilla que, con los años, dio lugar a una planta viva que sigue creciendo.

Pero, ¿cuál era la clave para esa capacidad de convocatoria? ¿Por qué hubo una respuesta tan espectacular a un planteamiento “tan tradicional “ y, a primera vista, poco novedoso, para los jóvenes de la época? Al fin y al cabo la Iglesia había estado siempre en sus vidas, en la de sus padres y los padres de sus padres. España era, en definitiva, un país católico por tradición y casi siempre, a lo largo de la historia de los últimos cinco siglos, por imperativo legal. ¿Qué hizo que un mensaje tantas veces oído y, a menudo, rutinizado empapara

sus conciencias y se convirtiera en el tesoro recién descubierto que diera sentido a sus vidas?

Pepe Navarro, Misionero de la Esperanza desde los primeros años hasta su fallecimiento en 2010, recuerda aquella época: *“Los jóvenes nos sentíamos atraídos porque nos trataba individualmente, según nuestras necesidades e inquietudes. Nos ganaba por el corazón, por lo que su influencia sobre nosotros era grande; sus consejos, avisos y correcciones se recibían con el mayor agrado. [...] Diego Ernesto se encontraba siempre disponible. Su horario estaba ordenado en servicio del joven y siempre le encontrábamos. [...] La dedicación a la formación religiosa y humana era constante: las horas de silencio en el centro juvenil, la hora de música clásica, la meditación de las siete de la tarde y la lectura espiritual de las nueve y veinte de la noche. El valor pedagógico de estas cuatro acciones fue incalculable, y el bien que nos hacía era inmenso”*⁶⁷.

Y es que Diego Ernesto vivía completamente entregado a los niños y los jóvenes, con una austeridad de vida que cuestionaba a todos ellos. Comía alimentos sencillos que preparaba en un pequeño hornillo que había colocado sobre una silla. Casi todas las noches tocaba sopa de pastillas de caldo con fideos, a veces, aderezada con un huevo, otras sola. Comer no era importante. Se limitaba a alimentarse para seguir adelante con su misión. Dormir lo estrictamente necesario para tener energías y capacidad de concentración en la tarea diaria. Los problemas de cada uno eran sus problemas y cada joven que acudía a él sentía que era único, que se interesaba sinceramente por sus preocupaciones, sus desvelos o sus sueños. Les transmitía con paciencia todo aquello que para él era importante, todo lo que amaba. Por eso, las retransmisiones radiofónicas de música clásica se hicieron cotidianas en el salón y aún hoy las recuerdan con nostalgia y simpatía.

Salvador Luna lo define como un gran narrador: *“Subyugaba a los oyentes. Me acuerdo que en la meditación diaria de las siete nos leía un libro y lo seguíamos embobados. También es verdad que lo admirábamos mucho, pero tenía don para transmitir, contaba muchas*

⁶⁷ J.M. Navarro Mancebo. Para nosotros, publicado en Boletín Mies de mayo de 1981. Págs. 9-10

historias, y sacaba una enseñanza de todas ellas. Era un hombre apasionado con una estructura intelectual de artista. Quiero decir que era creativo, improvisaba sobre la marcha, actuaba...

En lo íntimo era de mucho carácter, a veces incluso duro, aunque, luego, con el tiempo se fue dulcificando. Pero lo que sí mantuvo es la exigencia. Animaba continuamente a que fuéramos generosos e intránsigentes en el cumplimiento del deber. Yo me dirigía con él, y muchos de nosotros. Podían ser doscientos o trescientos muchachos y muchachas. Me acuerdo que era inflexible en el tema de la puntualidad, casi obsesivo. Él solía poner una comparación para explicar esta actitud. Decía: es como si te citas en un sitio y te vas a otro, entonces, ¿si te citas a una hora por qué la cambias?"

Mari Pepa Pendón⁶⁸, novia entonces de Pepe Navarro, también misionera de los primeros tiempos y que llegó a tener un trato muy personal con el padre, dejó testimonio de ello: *"Un día llegamos unos minutos tarde a la reunión Pepe⁶⁹ y yo. Nos metió el padre en la cocinita de nuestro primer centro Mies y me dio tal rapapolvo⁷⁰: que si Pepe era siempre muy puntual antes de ser mi novio, que una novia no puede ayudar a empeorar, etc... Luego vino el correctivo, que fue más duro para Pepe que para mí, pues a los dos nos mandó llegar quince minutos antes a todos los actos o reuniones, pero a él, además, le quitó el cargo de Responsable de Equipo por un tiempo".*

Esta pedagogía, obviamente, tuvo sus defensores y sus detractores, aunque son numerosos los testimonios de misioneros de entonces que refieren que era flexible, es decir, que no a todos les exigía del mismo modo, ni en las mismas cuestiones, sino que, en numerosas ocasiones, cuando hablaba en general, al conjunto de los muchachos, ponía el listón muy alto y les instaba a la perfección en todo, pero en el trato personal, en la dirección espiritual o la charla íntima,

⁶⁸ Maria Josefa Pendón Martín (12/11/1943-19/05/1993) Responsable vocacional de los matrimonios junto a su esposo durante muchos años y persona muy emblemática y querida en la Obra.

⁶⁹ Jose Navarro Mancebo, con quien se casó años después. Fue Responsable mayor de Mies en varias ocasiones y tras la muerte de su esposa fue ordenado sacerdote diocesano de Málaga, ejerciendo su ministerio durante nueve años hasta su fallecimiento el 11 de junio de 2010 a los sesenta y ocho años.

⁷⁰ Sermón, reprimenda, cantaleta...

matizaba esas exigencias de acuerdo a la forma de ser de cada uno, a sus capacidades o el momento concreto que estaban viviendo.

María Victoria Del Pino, que se incorporó a la Congregación desde el principio testimonia: *"Buscaba la perfección, la entrega total a Dios y al Reino. Renunció a su sueldo para vivir de la caridad. Recuerdo que había una hucha en Alferez García Valdecasas y allí echábamos monedas. La comida se la mandaba su madre a diario, y unas veces se la comía y otras, la probaba y compartía el resto con quien no tenía. Eran tiempos todavía de escasez y pobreza. La verdad es que en la alimentación se cuidaba muy poco. Toda su vida fue de obediencia. Soportó muchas cosas por obediencia y la proclamaba siempre, aún en las pequeñas cosas que parecen absurdas. Recuerdo que cuando hablaba en público era exigente al máximo pero luego iba totalmente a lo que cada uno pudiera dar o necesitaba. Yo nunca me he sentido agobiada. Nunca me exigió más de lo que yo podía dar. Él nos enseñaba que debíamos conocer hasta los gustos de nuestros hermanos para llegar al detalle en el trato con ellos, por eso yo sabía que a Mari Pepa le gustaba el pollo o que a Pepe el queso fresco... y es que nos enseñaba a afinar al detalle en la caridad y el amor".*

Ernesto conoce los gustos e intereses de sus muchachos y muchachas, y eso es una actitud que mantiene toda la vida, y quizá, una de las claves de que les resultara tan magnético cuando les hablaba. Partía del evangelio o de cualquier hecho de vida, pero bajaba a su realidad, a la del instituto, la familia, las relaciones, la película del momento o las canciones. Y le daba un valor predominante a la amistad. Les instaba a formar pandilla, a crear grupos de amistad en la que el cuidado de cada uno, hasta los detalles, como se ha comentado, la atención personal, el estímulo y el acompañamiento eran elementos esenciales. A través de estos grupos el pastor llegaba a todas las ovejas. Unas cuidaban de las otras. Y no era solo un cuidado con el objetivo "de que no se perdieran", sino sobre todo, con el objetivo de que crecieran, que llegaran a desarrollarse planamente, que pudieran descubrir la belleza del camino y disfrutar de cada paisaje y cada estación, con la mirada puesta en el horizonte, en el Reino.

El efecto multiplicador no se hace esperar. Por un lado, Ernesto tiene poder de convocatoria. Es muy pasional y emotivo cuando co-

munica. Llega a cuestionar en lo profundo. Por otro, ese entramado de amistades y conocidos a los que van invitando a la Congregación da sus frutos. Cada uno tiene a su cuidado a cinco o seis, y cada uno de esos cinco a seis, a otros tantos. Es una red que crece cada día y va llegando a más y más jóvenes.

Obviamente, no todos se adhieren con la misma convicción o compromiso. Como en todos los grupos, unos llegan, oyen, no se motivan y se van. Otros acuden buscando amistad o tienen otros intereses y después de un tiempo, no sintiéndose satisfechos, buscan por otro lado. Algunos se agobian o se dan cuenta que eso no es para ellos. Pero son muchos los que se entusiasman y quieren comprometerse en esta aventura que se les propone.

Sí, realmente es algo nuevo, porque hasta ese momento los laicos en la Iglesia estaban relegados a un segundo plano. Si uno quiere llevar una vida radical desde el punto de vista evangélico ha de plantearse entrar en alguna orden religiosa o de vida consagrada. Pero esto es distinto. Nadie te dice que tengas que dejar tu vida, tus estudios o tu familia, o que un estado de vida sea más perfecto que otro. Lo que escuchas es el evangelio, y que ese evangelio no es una utopía. No fue escrito para unos pocos elegidos, sino para todos. Se presenta un proyecto al alcance de cada uno, un reto muy fuerte, pero posible, un desafío tan atrayente que cuestiona hasta los cimientos.

Aquellos chicos y chicas descubren admirados que el Evangelio que habían oído desde pequeños, la Iglesia que conocían de toda la vida, la religiosidad que impregnaba toda la sociedad, tenía letra pequeña, significados desconocidos hasta entonces, consecuencias que no habían ni imaginado. Era como si un enorme tesoro colocado en lugar visible, hubiera descansado bajo capas de escombros, polvo y telarañas, y ahora, en la primavera de sus vidas, alguien les hubiera desvelado el misterio. Todo había estado siempre al alcance de sus ojos, pero no podían verlo. El proyecto era, sin duda, emocionante y atractivo, a la medida de lo que la psicología de cualquier joven de entonces y de ahora reconoce como irresistible.

El proyecto, en realidad, es el mismo, desde hace dos mil años. Lo que hace que arraigue en buena tierra, es el modo en cómo se

presenta, y la capacidad del presentador de llegar, con la ayuda insustituible y necesaria de Dios, al corazón y las entrañas de su público. En nuestra historia, es María, la madre de Señor, quien viene a Ernesto, pertrechada de pico y pala, para que el sacerdote despeje todo esos cascotes acumulados durante años sobre el tesoro, e inicia, así, una Obra, un nuevo carisma en la Iglesia, inspirado, sin duda, por el Espíritu Santo, que será nuestra historia, tu historia.

Misioneros de la Esperanza, un nuevo carisma para la Iglesia.

El 25 de enero de 1959 ocurrió un hecho completamente inesperado para el mundo y para la Iglesia católica. Lo han descrito como un día normal en la vida de quien apenas tres meses antes había sido nombrado Papa, y que tomó el nombre de Juan XXIII. Cuenta su secretario Monseñor Capovilla: *“Fue un día como los demás. Se levantó el pontífice como de costumbre a las cuatro; hizo sus devociones, celebró la misa y asistió después a la mía. Se retiró a continuación a la salita de comer para tomar el desayuno, dio una ojeada a los periódicos, y quiso revisar el borrador de los discursos que había preparado. A las diez partimos para la Basílica de S. Pablo Extramuros. La primera parte de la ceremonia duró desde las 10:30 a las 13. Entonces entramos en la sala de los monjes benedictinos, nos retiramos todos y quedó el papa con los cardenales. Leyó el discursito que había preparado [...] y en un cuarto de hora estaba todo terminado. Pocos minutos después se difundía por el mundo la noticia del Concilio Ecuménico.”*

Corrían aires de cambio en todo el mundo cristiano propiciados por la realidad socioeconómica de occidente. Después del desastre de la Segunda Guerra Mundial y la ruina en la que se vieron envueltos casi todos los países de Europa, se había impuesto un nuevo orden internacional, sostenido y “equilibrado” sobre dos ejes antagónicos y declaradamente enemistados. Los capitalistas se aglutinaban en torno a la OTAN, liderados por los Estados Unidos, y los comunistas se unían bajo el *Pacto de Varsovia*, capitaneados por la Unión Soviética, un conjunto de repúblicas que hoy son independientes, pero que en aquellos años formaban parte de un mismo Estado.

Los países capitalistas, a los que también llamaron occidentales, empezaban a despegar económicamente en busca de un estado

de bienestar del que nunca antes habían gozado. Los jóvenes de los sesenta eran los hijos de esos soldados que lucharon en la guerra. Era una juventud que, en términos generales, se alzaba crítica contra sus mayores y buscaban nuevas formas de relacionarse y resolver sus diferencias. Ellos no experimentaban la escasez y la intolerancia que les tocó vivir a sus progenitores en la juventud. Empieza a despegar el consumo, se generaliza el uso y disfrute de electrodomésticos básicos como la televisión o la lavadora y se internacionaliza la cultura. Le han llamado la década de las ideologías, quizá porque esa polarización existente en el mundo, esa Guerra Fría que se bate con toda brutalidad y destrucción en terceros países, impregna la sociedad de tal modo que nadie queda indiferente. El mundo descansa sobre un delicado equilibrio impuesto por las armas atómicas, las de destrucción masiva, que apuntan en todas direcciones. Este estado de alarma permanente genera una cierta psicosis entre aquellos que son más conscientes del peligro invisible que los acecha, porque todos ellos saben que si estallara el conflicto abiertamente no habría vencedores ni vencidos sino que, probablemente, sería el final del mundo, al menos, tal y como se conocía hasta entonces.

Ante semejante panorama los jóvenes no podían permanecer indiferentes. Había que construir una nueva sociedad, basada en sistemas de relaciones nuevos. Ellos son los hijos de la libertad, al menos, fuera de España, ya que en este país todo esto se vive de forma muy atenuada pues aún se trataba de un país aislado, con escasas relaciones internacionales y bajo un gobierno dictatorial.

El mundo está cambiando a una velocidad que empieza a dar vértigo. Los avances científicos y médicos permiten hacer frente a enfermedades que hasta entonces eran mortales. Las vacunas se generalizan y aparecen nuevos métodos anticonceptivos para el control de la natalidad.

La Iglesia ve con recelo, unas veces, o esperanzas, otras, cada una de las novedades que se van generalizando en la sociedad de entonces, pero sus usos y costumbres permanecen invariables. En una sociedad en la que el ciudadano cada vez es más tenido en cuenta y participa activamente en las decisiones, el sacerdote católico celebra

la Eucaristía literalmente de espaldas al pueblo, sobre un altar orientado al este. En muchas ocasiones, incluso hay una verja que separa a la Asamblea del celebrante. Existe, pues, una desconexión real entre el ministro y su feligresía, que se hace patente en los espacios destinados a cada uno, y se que agrava más, si cabe, en el lenguaje en el que se celebra, ya en desuso en todo el mundo: el latín.

Al igual que ocurría entre los jóvenes y sus mayores, quienes parecían no hablar el mismo idioma ni vivir la misma realidad, era frecuente que en una misma misa se produjeran “celebraciones” paralelas ya que mientras el sacerdote celebraba la liturgia oficial, muchos fieles rezaban el rosario u otras devociones populares. El pueblo de Dios no comprendía los símbolos, no podía relacionarlos con su referente, y no entendía el lenguaje, aunque conociera las oraciones de memoria.

La Iglesia y su liturgia estaban edificadas a la medida de sus clérigos y religiosos. No parecía abordar los problemas de su tiempo y dar respuestas válidas y reales ante los nuevos desafíos que confundían y dejaban desorientados a muchos hombres y mujeres que querían vivir comprometidos con el evangelio.

Muchas voces en el seno de la Iglesia clamaban para que se dieran respuestas a las preguntas de los nuevos tiempos, del mismo modo que Jesús las dio a los hombres y mujeres del suyo, y he aquí que un hombre valiente y decidido, asistido y empujado, por el Espíritu Santo, escuchó el clamor de su pueblo y, para sorpresa de quienes creían que sería un papa de transición, que pasaría sin pena ni gloria, convocó un Concilio Ecuménico que inauguró con estas palabras: *“En nuestros tiempos, sin embargo, la esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia, más que de la severidad. Piensa que hay que renovar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos...La Iglesia católica, al elevar por medio de este Concilio la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad por los hijos separados de ella”*⁷¹.

¿Y cómo influye todo este movimiento conciliar en nuestros jóvenes de la Congregación y en su pastor Ernesto? Las repercusio-

⁷¹ Palabras de Juan XXIII en el inicio del Concilio.

nes fueron múltiples y de un calado muy profundo. Diego Ernesto, como hombre de su tiempo y como apóstol de jóvenes ve en este acontecimiento una respuesta directa y concreta a sus oraciones. El Concilio acerca el tesoro doctrinal de la Iglesia al mundo tal y como es en ese momento del siglo XX, lo hace comprensible, atractivo y le abre perspectivas y horizontes que él apenas empezaba a intuir, pero que aún no lograba concretar.

La década de los sesenta estará cargada de acontecimientos y significación para Ernesto y su Congregación en numerosos aspectos, como es el espiritual, sin duda, el doctrinal, el apostólico, y el personal. Serán muchas las vivencias y experiencias que dejarán honda huella en sus protagonistas y en la incipiente historia de los Misioneros de la Esperanza.

El 14 de mayo de 1961 se inaugura el nuevo templo de la parroquia de la Amargura en una Celebración Eucarística presidida por el que entonces era obispo coadjutor, doctor Emilio Benavent Escuín. Por fin la feligresía contaba con un templo amplio, acorde a las necesidades de sus numerosos fieles, con un aforo para más de mil personas.

Hacia 1962 el cura empieza a ver claro que debe trabajar más profundamente con unos pocos muchachos, aquellos a los que ve más receptivos para seguir una llamada a una vida más radical, a esa Obra que espera su momento para ver la luz desde que a los pies de la Macarena escribió aquellas veintiseis páginas en su agenda de tapas verdes. Reza, medita, observa, siembra y espera el momento.

Al principio, como era habitual en la Iglesia, se imagina una congregación religiosa de muchachos consagrados según los tres consejos tradicionales: obediencia, pobreza y castidad, que se dediquen al apostolado con niños y jóvenes entre los que propagarán la devoción a María en su advocación de la Esperanza. Elige a seis. Él lo cuenta con cierto humor al grupo FICE en abril de 1993: *“Lo primero que se me ocurrió recién salido de cura, a los pies de la Macarena, fue hacer una orden religiosa sólo con hombres. Las mujeres no se me ocurrieron, y luego, más tarde, vi lo de la Orden Tercera⁷², es decir, una*

⁷² Referido a aquellas asociaciones cuyos miembros, viviendo en el mundo y participando del espíritu de un instituto religioso, se dedican al apostolado y buscan la perfección cristiana bajo la alta dirección de ese instituto.

Orden de Laicos, pero como frailes, con vida consagrada. Pero cuando me mandaron a la Amargura⁷³ ya fue cambiando la cosa, se fue viendo la mano de Dios. Yo llegué a la Amargura sin querer decir nada a nadie de que me quería dedicar a los niños y los jóvenes, porque era escrupuloso y no quería buscarme a mí mismo. Pero entonces D. José Ávila, el párroco, me dice: “Usted se va a dedicar a los niños”. Y entonces supe que era una cosa de Dios. [...] Al principio de ir a las Escuelas era un fracaso; los niños se reían de mi, no me hacían caso...los fracasos con los niños eran totales. Yo lloraba mucho porque era muy sentimental. Veía a los niños a través de las persianas de mi casa⁷⁴ y pedía mucho a la Virgen por ellos.

Empecé con los niños del Colegio de Zamarrilla. Lo recuerdo, con Jesús Gil, y por medio de él se fue aumentando el grupo. [...] Cuando ya había muchos niños me llamó D. José Ávila y me dijo “Ernesto, así como has tenido ya éxito con los niños, a ver si puedes dedicarte también a los jóvenes”. Era entonces cuaresma y yo les dije a los niños que tenían que hacer apostolado con sus hermanos mayores. [...] Cuando ya todo iba bastante bien, pensé que algunos podían hacer votos y elegí seis, los que me parecía que estaban más preparados. Les reuní y les expliqué lo que yo quería hacer, que si ellos querían consagrarse al Señor, hacer votos. Les pedí que lo pensaran y todos dijeron que sí.[...] y bastante más tarde pensamos en hacer Estatutos, Veinte Puntos, etc.”

Muy pronto ese grupo de seis chicos pasa a ser de diez, doce o quince. En la medida que Ernesto reconoce a jóvenes maduros para entrar en esta propuesta de consagración, los va llamando. Y lo hace de modo discreto, sin que el resto de los muchachos de la Congregación lo sepan. Salvador Luna lo explica así: *“Hacia 1962 ó 63 yo me “había convertido”, es decir, que sentía la llamada del Señor hacia esta propuesta de vida de una forma más o menos madura y consciente. Entonces Ernesto me invitó a una reunión clandestina, algo más intimista, más concreto de lo que vivíamos en la Congre en nuestro día a día. Era algo completamente secreto. Y yo creo que era secreto porque se trataba de un germen, una idea, un comienzo. Ese grupo ya había*

⁷³ Como coadjutor a la Parroquia Sta. María de la Amargura, entonces ubicada en la Ermita de la Zamarrilla en Calle Mármoles.

⁷⁴ La de Calle Alferez García Valdecasas, donde un año mas tarde se abrirá el centro para los Cruzados y para la Congre.

comenzado con seis muchachos que fueron los primeros, pero aún no estaba definido qué íbamos a ser y a hacer, de qué forma o bajo qué organización.”

Los tiempos son, sin duda, de cambio. El Concilio además de recoger el sentir y el trabajo teológico, pastoral y litúrgico de católicos de todo el mundo, elabora sus propias síntesis y profundiza en aspectos nuevos para muchos. Es el Concilio donde más lenguas, razas y culturas están representadas, con una media de asistencia de unos dos mil padres conciliares procedentes de todas las partes del mundo. Empieza con Juan XXIII, pero este papa fallece al año siguiente, por lo que las tres restantes lo preside Pablo VI, su sucesor, hasta la clausura en 1965.

Esto significa que la obra de Misioneros de la Esperanza se está gestando en un tiempo de cambio profundo en la Iglesia, en el que todavía no se han impuesto reformas significativas en ningún campo, ni en el moral, ni en el litúrgico, ni siquiera en el pedagógico, pero ya es una realidad que se vislumbra cada día, con cada mensaje que trasciende del Vaticano.

Rafael Rodríguez Santiago recuerda: *“desde la apertura del Concilio lo seguimos con mucha expectación. Íbamos conociendo los distintos trabajos y documentos a través de Ecclesia⁷⁵. Y ya, a partir de 1965, fue el tema central de la meditación de las siete”*.

Como ya se ha comentado, su idea primera era la de fundar una Obra de consagrados, todos ellos célibes y todos varones, pero la realidad se impone inexorablemente a su visión, y como hombre abierto a la vida y receptivo a las señales del Espíritu, inmediatamente se da cuenta que esos muchachos tienen que vivir en el mundo y que no todos tienen vocación de célibes o de sacerdotes. Pero esto no le desalienta, sino que le hace pensar y evolucionar en su idea inicial. En realidad lo que hace es intentar vislumbrar por dónde tiene que caminar con la materia prima con la que cuenta, el medio en el que se desarrolla toda la obra, las necesidades y los tiempos. Hace, pues, un discernimiento, que va a ser una constante en su vida como fun-

dador, porque lo que surge de ese germen, como lo llamaba Salvador Luna, es algo nuevo, distinto a lo que se conocía hasta ese momento. Ernesto afronta el reto y va dando respuestas conforme se presentan situaciones nuevas.

En la Iglesia universal se descubre la importancia y trascendencia del laicado, como pueblo de Dios, como miembros integrantes de la gran familia católica, todos llamados a la santidad. “Todos los fieles de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad...”⁷⁶ – Proclaman los padres conciliares en la *Lumen Gentium*⁷⁷. Un poco más adelante dicen: “Todos los fieles cristianos, en cualquier condición, y precisamente por medio de todo eso, se podrán santificar de día en día, con tal de recibirlo todo con fe de la mano del Padre celestial, con tal de cooperar con la voluntad divina manifestada a todos...”⁷⁸

Entonces Ernesto se da cuenta que la llamada al matrimonio no está reñida con la vida de perfección; al contrario, el matrimonio es un camino de santidad, como lo es el del célibe o el soltero, pero eso sí, comprometidos todos, según su estado, a una vida heroica, a una radicalidad evangélica de consagrados. El planteamiento es en sí mismo revolucionario, totalmente novedoso, pero Ernesto sabe que es posible.

Han empezado los primeros noviazgos en la Congre y aquellos muchachos no han bajado la guardia ni un centímetro. Al revés, se han estimulado mutuamente en la vivencia de la vocación, se acompañan, se enriquecen.

Las muchachas que empiezan a despuntar son también una fuente de inspiración para el padre. Ellas aportan riqueza al carisma, sensibilidad, tenacidad, responsabilidad. Sería absurdo no contar con semejante tesoro. Dios va poniendo en su camino el caudal humano con el que empezar la Obra.

Esas reuniones secretas que se inician con los seis primeros elegidos, se van a ir enriqueciendo con más y más jóvenes entre los

⁷⁶ Lumen Gentium 40

⁷⁷ Luz de la gente

⁷⁸ Lumen Gentium 41.

⁷⁵ Revista española de la Iglesia Católica.

años 63 al 67, cuando se hace pública la nueva Obra con la elaboración de unos segundos estatutos. Los primeros los redactó Ernesto hacia 1963 y fueron escritos en clave. Éstos los elabora en términos comprensibles para todos y sin más restricciones en su distribución que las que marca la prudencia.

Los primeros Estatutos, los primeros sinsabores.

El grupo clandestino que va creciendo en el seno de la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa recibe el nombre de Spes Juniores, y la diferencia respecto al conjunto general de los jóvenes que forma parte de la Congregación es que éstos son llamados a la consagración por Votos, es decir, a una radicalidad evangélica expresada en esa figura canónica a la que hasta el momento sólo pueden acogerse los religiosos, con fines muy claros: búsqueda de la perfección cristiana, propagación del amor a María y acción apostólica con niños y jóvenes. Es un planteamiento absolutamente novedoso, y como no, un reto nuevamente difícil de ignorar para unos jóvenes que están dispuestos a seguir a Cristo con todas las consecuencias.

Parece ser que Ernesto habla de su idea a un sacerdote jesuita apellidado Betancourt, el cual, se convierte en un entusiasta de la Obra⁷⁹, llegando a hablarle al Papa Juan XIII sobre la misma.

Ernesto escribe los primeros estatutos en los siguientes términos:

“Pronombre primero: Fin del negocio. Primero: Gloria de amor y extensión del amor a la Morena. Segundo fin: Pesca de besugos que no están en centros religiosos y necesitan ser introducidos en ellos”.

O lo que es lo mismo: “Artículo primero. Fines de la obra. Primero: Búsqueda de la perfección cristiana, de la santidad y propagación de la devoción a María. Segundo fin: acción apostólica con niños y jóvenes para la Iglesia”

⁷⁹ No es una influencia del Opus Dei, como se ha podido pensar. Entonces esta obra era poco conocida y muy de élite en Málaga. Se entendía que una organización católica de vida religiosa no era un movimiento ni una orden. Por eso se utiliza esta palabra, que no es ni una cosa ni la otra.

No son difíciles de traducir para cualquier persona que tenga una cierta familiaridad con el lenguaje estatutario, incluso, parecen ingenuos y poco efectivos, si lo que se persigue es que el lector ajeno no entienda nada. Y sigue: “*Los negociantes se ofrecerán a los generales de las capitales para que los coloquen en pesca de besugos y donde sea necesario, pero respetando siempre el espíritu y el cartabón del negocio.*”

Pronombre segundo: Pertenecerán al negocio todos los besugos de quince abriles que tengan recta intención de cumplir los fines del negocio, y lo hayan demostrado en la práctica con un peticionario de diez años o meses y un año de almacén, tras el cual, si ha salido aprobado, harán los frutos...

Pronombre tercero: Los negociantes se comprometerán a seguir, si son machos, tres géneros de vida:

- a) Ahorcados⁸⁰ con damas con frutos de este estado.*
- b) Libres de ayuntamiento⁸¹, dedicados casi exclusivamente al humo y al trabajo.*
- c) Hechiceros⁸² sin oficios parroquiales.*

Si son costillas⁸³, pertenecerán a los dos primeros grupos”.

¿Pero por qué este secretismo en ese grupo incipiente de lo que luego serían los Misioneros de la Esperanza? Bien, las razones son diversas y de naturaleza distinta.

Por un lado, en la Iglesia de Málaga, resonaba aún el eco de un escándalo muy reciente relacionado con un grupo de mujeres jóvenes que pertenecían a un movimiento eclesial de la diócesis. Tenemos que recordar que eran tiempos de moral muy estrecha y de muchas habladurías. No se había generalizado el uso de la televisión, no se leía mucho y cualquier noticia, sobre todo si se podía prestar a la morbosidad, pasaba de boca en boca a la velocidad de la luz, ampliándose y tergiversándose con cada nuevo emisor. Y esto no era sólo un defecto del pueblo llano, sino que también se daba en el seno

⁸⁰ Casados.

⁸¹ Célibes, que se dedican al “humo” que es la oración y al trabajo.

⁸² Sacerdotes.

⁸³ Mujeres.

de la curia y la feligresía en general. Con todo, ese escándalo, tuviera o no una base real, fue una piedra lanzada sobre las aguas mansas de un lago, cuyas ondas crecieron y crecieron, y pusieron bajo sospecha cualquier intento de crear algún tipo de organización con jóvenes promovidos por un sacerdote. Esto era un handicap importante que no se puede perder de vista. Si a ello le añadimos que se trataba de un grupo mixto, pues debemos recordar que cada vez había más chicas que, aún reuniéndose por separado, forman parte de lo mismo, comprenderemos que había que ser, cuanto menos, cautos y discretos. Recordemos también que todavía no se había normalizado la coeducación o la comunidad como espacios en los que compartir la vida o adquirir conocimientos.

Por otro lado, digamos que se camina paralelamente al Concilio, y a menudo, por delante, por lo que conviene imponer la serenidad y no divulgar lo que todavía no está claro hacia dónde va a ir.

Además, y como consecuencia de lo expuesto anteriormente, también es cierto que Ernesto y sus muchachos son vistos con cierto recelo y sospecha por muchos feligreses de la parroquia y algún que otro sacerdote diocesano. Para estos detractores aquello era un fenómeno difícil de asimilar. Esa avalancha de jóvenes que abarrotaban el templo en la misa de nueve, ese poder de convocatoria de Diego Ernesto a quienes le seguían y escuchaban casi a diario, esos padres que se quejaban de que sus hijos estaban todo el día en alguna actividad del grupo, ya fuera apostólica, litúrgica, de formación o recreativa... Todo era muy extraño.

Y a ello se añade que, a nivel pedagógico, la decisión de escribir los primeros estatutos en clave era una muy buena propuesta pero, a la vista de los que no conocían el entramado del proyecto, podía ser interpretado como una empresa sospechosa.

¿Qué tuvo de positivo? Muchos interpretan que el hecho de que la Obra naciente fuera algo secreto o que estuviera envuelta en un cierto misterio y que los estatutos estuvieran redactados en clave resultaba muy atrayente para aquellos jóvenes. Además, este tipo de texto codificado, con ese lenguaje tan ameno e incluso humorístico,

conseguía transformar unos conceptos farragosos y difíciles de asimilar, por otros, de fácil memorización e, incluso, comprensión.

Pero al mismo tiempo, los riesgos que entrañó esta decisión también han de ser sopesados, ya que en manos de personas ajenas a la Obra, se convertía en un instrumento que despertaba todas las alarmas.

Logicamente surgirían preguntas, no tanto a la vista de los textos codificados, que básicamente solo eran conocidos por los primeros consagrados, sino por la trascendencia que iba adquiriendo el grupo cada vez más mayoritario y la dinámica del mismo, tal y como se ha descrito. Cualquier padre, cualquier feligrés observador, tendría que preguntarse: ¿Quién es este cura que arrastra a los jóvenes de esta forma tan inusual y poco o nada vista en la Iglesia hasta ese momento?, ¿cuál es la propuesta?, ¿por qué le siguen tantos jóvenes si él no tiene cualidades humanas que sobresalgan?, ¿a quien sirven los muchachos, a Dios o al P. Ernesto?

Son preguntas legítimas y razonables cuando se inicia un movimiento. Cualquiera de nosotros nos las planteamos y si no lo hiciéramos estaríamos incurriendo en negligencia. Se impone, pues, observar, dialogar, conocer en profundidad, y aún así, pueden persistir las dudas.

Pero lo cierto es que Diego Ernesto no estaba en una posición que pudiera aclarar demasiado, porque ni él mismo sabía por dónde lo zarandeaba el Espíritu. Incluso, había ocasiones en que dudaba si era el Espíritu quien le inspiraba o todo era fruto de su deseo de dar respuestas a los jóvenes, de sus anhelos de los años de Acción Católica, de sus propias necesidades. ¡Es tan difícil que todas las intenciones sean puras y estén desprovistas de otra intencionalidad que la que se ve a primera vista! ¡Es tan fácil y común que mezclemos nuestros deseos o nuestros miedos y fantasmas en los proyectos que emprendemos! ¿Cómo separar lo que es de Dios de lo que es mío? ¿Cómo despojarme de todo lo propio si la obra se construye con mis manos, mi tiempo, mi cabeza y mi corazón? Dudas, dudas que acechan como una jauría de perros cuanto más se avanza en la acción apostólica. Cada vez que se clarifica una idea,

cada vez que se introduce algo nuevo, la duda viene a emborronarlo todo. Cada vez que percibe un éxito, un fruto maduro, un acierto en el camino, una voccecita interna viene a aguar la fiesta y se pregunta: “¿Es esta Tu Obra o es la mía? ¿Es esto lo que Tu quieres o lo que quiero yo?”.

Innovar conlleva mucha fortaleza, también osadía, y una cierta soledad que requiere valentía. Son todas ellas cualidades y virtudes que Ernesto tiene que trabajar desde el encuentro personal con Jesús. ¿Es valiente? Si no lo es tendrá Jesús que hacerse valiente en él. ¿Es capaz de aguantar la soledad del fundador de algo nuevo y desconocido hasta entonces en la Iglesia? Si no tiene esa capacidad de aguante, tendrá que tenerla Jesús en él. ¿Es maduro para soportar lo que se le viene encima o su desbordada sensibilidad y su desmedida autoexigencia le van a traicionar en el momento de la prueba?

Son años de frutos constantes. Hay mucho trabajo por hacer. Hay en su mundo una ambivalencia cada vez más marcada. Por un lado, sabe que su grupo de Spes Juniores no será bien visto por muchos sacerdotes diocesanos, que recelarán, que se situarán en contra, si se da el caso. Incluso es posible que el obispo no lo vea con buenos ojos por todo lo expuesto anteriormente. Por otro, siente que va por buen camino. Y en medio de todo ello están sus miedos personales, sus dudas, su cruz, en definitiva, que viene de la mano de su propia forma de ser. Ernesto tiene un problema serio con su tendencia obsesiva, que en muchos momentos le limita de una forma extraordinaria, y esto, le causa un sufrimiento muy fuerte. Él es de naturaleza enfermiza, siempre proclive a padecer de las amígdalas o cualquier enfermedad de las que proliferan en la ciudad. A menudo tiene fiebre, o se ve obligado a soportar una infección de cualquier tipo. En ese tiempo se vio gravemente afectado por el tifus y tuvo que retirarse a la Residencia de Sacerdotes para recuperarse. Otras veces parece que es el corazón o la tensión arterial, pero ¿cuánto de somatización hay en ello?

Rafael Rodríguez Santiago relata: “Si el padre veía que alguno de nosotros llevaba tiempo sin aparecer o podía estar haciendo algo que le perjudicara, nos mandaba a buscarlo inmediatamente, y había que hacerlo así, sin perder un instante, porque el cura se ponía malo. Era tanta su preocupación que le afectaba hasta físicamente”.

Ese carácter obsesivo se traducían en muchas cuestiones cotidianas como, por ejemplo, la puntualidad. Antonio Quintanilla, Misionero de la Esperanza de Alcazar de S. Juan, que trató con el padre más de veinte años cuenta con cariño y respeto reverencial numerosas anécdotas a este respecto: “Dormía en mi casa y a las cinco se levantaba para hacer oración. Era tremendamente estricto con los horarios. Desayunaba a las nueve y media en punto. Estuvo más de veinte años viniendo [...] Y cuando tocaba regresar teníamos que estar en la estación media hora antes. Eso era de rigor, si no se agobiaba...”

Los viajes por carretera eran un suplicio para él. El conductor no podía hablar durante el camino. Relata Juan Emilio, Mies de Archidona (Málaga), que en numerosas ocasiones le llevó o trajo de su pueblo en coche para que diera charlas o ejercicios, o lo que tocara en ese momento, que él llegó a conocer bien como era todo el protocolo, o el ritual, según queramos llamarlo. Tenía que conducir a una velocidad adecuada y no decirle ni una palabra durante todo el trayecto. Ernesto iba tenso, quizás orando interiormente, pero sin hablar, y ya cuando llegaban al primer semáforo de la entrada de Málaga, por el barrio norte de Ciudad Jardín, se relajaba un poco, y entonces sí que Juan Emilio podía comentarle alguna cosa. Eran muchas las situaciones en las que se bloqueaba y a las que hacía frente con rituales mas o menos conocidos por las personas mas cercanas a él. Algunos achacaban “estas rarezas” a su carácter inglés, o lo describían como “estrambótico” o excéntrico.

Obviamente, esta limitación personal es una cruz tremenda para alguien que lidera un grupo de jóvenes cada día más numeroso y comprometido. Lo es para cualquier persona, aunque solo se dedique a rezar. Supone una lucha interior colosal, un sufrimiento mental constante, porque no es un problema que uno pueda dominar con voluntad y disciplina. Si algo tenía Ernesto era precisamente disciplina, y una autoexigencia sobresaliente. Es una limitación con la que tiene que lidiar día a día, contra la que no tiene efecto la lógica, ni la resolución de cambiar.

Bajo mi punto de vista, esta situación personal, lejos de restarle honorabilidad o confundirlo con debilidad o sensiblería, le confiere

un valor y una determinación ante la que hay que descubrirse, porque esa lucha encarnizada y constante consigo mismo, le debía generar mucho dolor, mucho sufrimiento, pero nunca se paralizó por ello.

Es realmente una constante en la historia de la Salvación que el Señor llame a personas con limitaciones concretas. Moisés se excusa al principio, cuando Dios le interpela, porque es “torpe de lengua”, quizá tartamudo; David era un niño frente a un gigante, María una jovencita pueblerina, ya prometida con un joven cuando el Ángel le anuncia el deseo de Dios; S. Pablo “llevaba clavada una espina” que no sabemos bien qué sería, pero que le hacía sufrir todo el tiempo; S. Francisco de Asís a quien llamaban el “Poverello”⁸⁴, que era feliz reconstruyendo iglesias abandonadas y se alimentaba de lo que recolectaba y mendigaba, es llamado a fundar una Orden extendida hoy por todo el mundo; y habrá miles y miles de historias anónimas de personas que se han entregado por completo a la construcción del Reino con cruces y limitaciones importantes. Un poco más adelante conoceremos al Padre Jose Antonio Romero Almodóvar, que se incorpora a nuestra historia en 1969 y ha sido una persona clave en la conformación de MIES. El padecía bronquitis asmática, hasta el punto que los médicos que le trataban en un hospital de Madrid prácticamente lo desahuciaron. Muchos Misioneros lo vieron alguna vez en plena crisis, afixiándose literalmente, y sin embargo, esa limitación nunca le impidió ser un Apóstol con mayúsculas. Sin duda, la gloria de Dios, se manifiesta con más poder y claridad a través de ellos, y su “sí” a la llamada adquiere tintes heroicos.

Diego Ernesto ponía de su parte todo lo que le era posible, y aún más. La atención individualizada y el cuidado de sus muchachos y muchachas era infatigable. Pedro, de Alcazar recuerda: *“Me fui a Barcelona a trabajar y nunca me faltó una carta suya. Incluso quiso ir a Barcelona a visitarme, pero por circunstancias no pudo ser. Nunca me faltó su presencia. En los noventa, cuando ya no podía viajar, nos llamaba. Se gastaba en teléfono lo que no está en los escritos.”* Y este mismo testimonio lo podrían dar centenares de jóvenes. Escribía todos los días decenas de cartas, y cuando ya no podía seguir escribiendo porque sus manos no le respondían, se valía del teléfono. Llamaba incansablemente a unos y a otros, a todos. La conversación

⁸⁴ Pobrecillo

podía ser completamente intrascendente, pero transmitía su cariño, su cercanía, su atención.

En su despacho, entre el tablero de escritorio y el cristal que lo cubría, tenía cientos de fotos de tamaño carnet de todos los jóvenes que se dirigían con él o a quienes había conocido. Las imágenes eran vitales en su metodología. Tener los rostros presentes, recordarlos, orar por ellos...

Luces y sombras que se superponían y a través de las cuales actuaba Dios. Ernesto era, como todo ser humano, un vaso de barro que transportaba el mayor de los tesoros. No aspiraba a ser digno de nada, pero ponía todo de su parte como respuesta a tanta Gracia deramada por parte de Dios.

Conchita García, Misionera de la Esperanza de los primeros tiempos, le acompañó en numerosos viajes a Sevilla, donde con una cierta asiduidad, aprovechando la cuaresma o la semana santa, llevaba a algún grupo de muchachos y muchachas para instruirlos en el carisma de la Obra, y mostrarle todas las imágenes y lugares que para él eran clave en su discernimiento y descubrimiento de lo que más tarde sería MIES. Ella dibuja un perfil del fundador que concuerda con las descripciones que otros hermanos han aportado, subrayando la idea de su autoexigencia, que de forma directa va a recaer sobre los “congregantes”, como los llama Pepe Navarro. Escribe Conchita: *“era un enamorado de Cristo, amante de María, con grandes deseos de santidad. De vida muy austera, se inclinaba siempre por los menos agradables. Negaba continuamente su voluntad. Buscaba almas amantes, consoladoras y reparadoras para Jesús. Sentía un deseo insaciable de apostolado entre los niños y los jóvenes, y amaba profundamente a los santos, especialmente a Sta. Teresa del Niño Jesús, Sor Angela de la Cruz, S. Juan Bosco, Fray Diego José de Cádiz, Sta. Gema y S. Juan de la Cruz. Siempre cargado de fotos con las imágenes con las cuales se le veía hacer mucha oración. Con frecuencia cambiaba unas estampas por otras, unas veces de Cristo, o de María, o varias a la vez...en su mesa, en sus bolsillos...”*

Su inquietud apostólica – sigue relatando Conchita- prendió fuego por primera vez en el corazón de seis jóvenes a los que se unieron

*después cinco chicas más*⁸⁵. Con ellos empezó a soñar lo que llegaría a ser una Obra apostólica que se extendería por el mundo. Su mayor ilusión entre los primeros fue formar una cadena de corazones alrededor del corazón de Jesús, almas enamoradas de Cristo. [...] Nos dejó un gran espíritu de mortificación y una escuela de sabiduría para valorar y vivir la grandeza de lo pequeño, así como un regusto por la vida interior y la lucha constante para entrar por la puerta estrecha, siempre desde su propio ejemplo.

Ernesto acompaña, pues, a pequeños grupos de muchachos y muchachas a su ciudad natal, y allí reciben unos intensos ejercicios espirituales, que los jóvenes viven con intensidad y devoción. Se trataba de ir por las iglesias, visitando las imágenes y los lugares emblemáticos de su itinerario espiritual, contemplando en oración las distintas escenas, conociendo la vida de los santos a quienes visitaban, empapándose del arte que los rodeaba. Eran viajes profundamente espirituales pero al mismo tiempo didácticos, porque Ernesto se desvivía por transmitirles toda su visión, todo lo que a él le hacía transcender. *“Creaba un ambiente de silencio y llevaba a todos “anhelantes” de entrar en una iglesia para buscar el sagrario – escribe Conchita*⁸⁶*- Nunca jamás demostró cansancio, ni hambre, ni sed, ni nada que no fuera el “¡vamos, que es tarde!... Hay que comprar esto y aquello y hay que sacar mucho tiempo para el Sagrario”. Andaba a prisa, muy aprisa, mirando hacia atrás para ver si íbamos todos cerca de él y juntos entre sí. [...] Se andaba kilómetros y kilómetros pero nadie se quejaba. Su ejemplo daba fuerzas al grupo. [...] Después de un rato grande de oración y acción de gracias, salía de nuevo a prisa para continuar el recorrido. Parece que lo estoy viendo con su larga sotana negra, sus gafas oscuras y dando grandes zancadas porque “había que ir a muchos sitios...”*

Con todo, parece que Ernesto vivía un momento dulce en su apostolado, no exento de esfuerzo y entrega ilimitada, pero exitoso, desde el punto de vista humano. Digamos que vivía el domingo de Ramos, con toda la profundidad de este símil. Humilde sobre la borriquita, amado por “sus niños”, avanzando hacia Jerusalén, haciendo

⁸⁵ Entre esas cinco muchachas estaba la propia Conchita García.

⁸⁶ Concepción García escribe estas notas a petición mía para dejar constancia de su testimonio sobre las vivencias de aquellos primeros años.

realidad “el programa de la agenda” que escribió a los pies de la Virgen de la Macarena. Pero no nos engañemos, porque no era una felicidad perfecta, si es que esto existe. Ya hemos visto que toda esa cosecha estaba regada de cruz, lágrimas en la oración, dudas, miedos e incertidumbres. Bajo la dermis de ese sacerdote que “triunfaba” como apóstol, había un hombre que se sabía completamente barro, pero eso sí, barro en las manos del Alfarero.

Therese envía rosas.

El Caminito que propone Santa Teresa de Lisieux, aquella otra joven que él empezó a conocer en 1937, con motivo de su primera comunión, viene en su ayuda para comprender y aceptar quién es y cómo ha de afrontar el reto que el Señor le propone como líder y fundador de una Obra de vida consagrada para personas de todos los estados de vida.

Ernesto se siente incapaz. No es que le falte energía o empuje. El quiere comerse el mundo. ¡Pero hay tantos gigantes en el camino! En enero de 1991 cuenta a los oyentes de Spes: *“Yo a la única cosa que tenía miedo desde chico era a los gigantes. [...] Sí, casi todos los sueños que yo tenía de miedo y sigo teniendo, siempre son gigantes. Me dan mucho miedo los gigantes”*⁸⁷.

Y, sin duda, el Espíritu le impulsa a fundar una Obra que, a ratos, se convierte en gigantes, como gigantes serán los obstáculos que irán surgiendo, los nubarrones amenazantes que aparecerán en el horizonte, sus propios escrúpulos desatados y creciendo de forma desmedida.

Pero Therese Martín Guerín⁸⁸ que prometió el día de su muerte, a los veinticuatro años, enviar a la tierra “una lluvia de rosas”, cumple su promesa y le muestra a nuestro joven sacerdote la profundidad del *Caminito*. Ernesto comprende que su única posibilidad está en colocarse como un niño en las rodillas del Padre, quien conoce todas sus necesidades y lo ama incondicionalmente haga lo que haga, sea como sea. Lo ama porque es su Padre, y no va a permitir que se precipite

⁸⁷ Charla Spes de fecha 23/01/1991.

⁸⁸ Sta. Teresa del niño Jesús (Alençon 2/01/1883- Lisieux 30/09/1887).

por las escaleras sin tomarlo con fuerza de la mano. El solo quiere que Ernesto adelante la pierna para subir cada escalón, que quiera subirlo, y entonces todo lo demás lo hará Él.

Esa invitación al abandono en el Padre es lo que realmente él está necesitando, porque aunque sabe que la empresa no es suya, su forma de ser, su tendencia a obsesionarse, sus escrúpulos, le nublan la visión. Él necesita descansar en el regazo de Dios, saber que el Padre ya cuenta de antemano con sus errores y equivocaciones, y que lo mira con más ternura, si cabe, precisamente por ellos. Lo único que el Señor le pide es que se reconozca como hijo, en nuestra realidad objetiva, necesitado de Él para estar completo.

Y entonces comprende que esta espiritualidad, este modo de “andar el camino” es exactamente el que se ajusta a cómo puede aproximarse a Dios y vivir el Evangelio. Ernesto no tiene una personalidad magnética que le grangee la simpatía de todo el mundo. Tiene una débil salud física, además de limitaciones en el plano psicológico que ya hemos abordado. No tiene soltura para los juegos malabares o los trucos, como le ocurría a Bosco. No sabe manejarse con las mujeres ni en las distancias cortas ni en las largas. Es tremendamente desordenado y, a menudo, caótico. No es, en definitiva, el prototipo de líder que uno señalaría a primera vista para dirigir una empresa. Pero si tiene cualidades que sobresalen de lo común, como su faceta de artista. Tiene además una capacidad de observación, hasta en los detalles más ínfimos, que unida a su fina inteligencia, le permite ser sorprendentemente deductivo, lo que le posibilita, en numerosas ocasiones, predecir situaciones, no porque sea adivino, que no lo es, sino porque era capaz de atar cabos en los que nadie había reparado anteriormente. Es creativo, permeable a los vientos del Espíritu. Es constante, tenaz, responsable, y lo más importante de todo, es un hombre de Dios. Se fía de Dios. Y comprende que su pasaporte hacia el Reino no pasa por el éxito y el reconocimiento social, sino por el silencio, la vida ordinaria, la humildad y, llegado el momento, la invisibilidad. No es perfecto y Dios no le exige que lo sea. Pero sí le pide sus manos, para que trabajen en su viña; su voz, para poder hacerse oír entre los jóvenes; sus pies, para llegar a todos los rincones a donde le sea posible; su corazón, para amar a través de él a tantos niños y muchachos

como se acercan a su vida. Y Diego Ernesto, generoso por naturaleza, se entrega por completo.

Ya puede poner a raya todos esos escrúpulos que le amargan los mejores momentos. Sólo con que desee ser santo, ya está en camino de serlo. No tiene que verlo, ni tan siquiera pensarlo, sólo desearlo. Ahora sabe también que con sólo desear amar a la persona que menos le agrada, ya está amándola. No se puede sentir todo. No tiene dominio sobre los sentimientos, como no los tiene nadie, pero sí sobre la voluntad. Se trata de orar – y eso es una constante en Ernesto – de luchar y de confiar. Confiar que el Señor no nos deja “tirados en la cuneta”, que viene con nosotros, que nos sostiene.

Ernesto entiende que no es relevante nuestra situación anímica, ni nuestra salud física, ni si estamos en el más hondo abismo o en la cumbre más alta de la mística, porque desde cualquier situación uno puede gritar que Cristo es el Señor de su vida, el único Señor. No es necesario sentirlo. Los sentimientos son muy engañosos y pueden quedar en fuegos artificiales. Solo hay que quererlo. Entonces igual da si esos gigantes se levantan amenazantes, si el miedo hace que le tiemblen las piernas y lo que siente es un deseo irrefrenable de salir corriendo, porque él quiere confiar en que su Padre le salvará de todo ello.

Todo este descubrimiento que él va haciendo a lo largo de su itinerario espiritual va directo a sus Congregantes, y muy especialmente, a los Spes Juniores que, a partir de el 22 de octubre de 1967 pasarán a llamarse *Misioneros de la Esperanza*, por deseo expreso del fundador.

Estalla la tormenta.

Fue una tormenta previsible, que se fraguó lentamente, nubarrón a nubarrón, hasta que todas aquellas nubes negras confluyeron en un mismo espacio y en un mismo tiempo, bajo las condiciones idóneas para que estallara un aguacero torrencial, que con ser ruidoso hasta el estruendo y destructivo, como siempre que las aguas se desbordan, tuvo también su efecto purificador y renovador. Hay quien para explicar este tipo de situaciones acude al refranero espa-

ñol y sentencia “Dios escribe derecho con renglones torcidos” y es que se ve que la forma de escribir de nuestro Señor poco tiene que ver con la nuestra.

Estalló la tormenta y arrasó con todo lo que encontró a su paso. Causó daños, sin duda, pero también limpió, empapó y preparó la tierra para la siembra. El sufrimiento de muchos, los malos entendidos, las incomprensiones, las mentiras y verdades, fueron bañadas literalmente por una lluvia de Gracia, que convirtió en oportunidad la crisis más importante que hasta ese momento había tenido la incipiente Congregación Mariana de S. Gabriel de la Dolorosa y María Inmaculada, y esa Obra de consagrados que ya se había fraguado y había empezado a tomar forma en el seno de la Congre, la de Misioneros de la Esperanza.

Como ya se ha ido comentando, hacía tiempo que existía un cierto malestar entre algunos feligreses de la Parroquia, de su párroco, D. José Ávila, y otros sacerdotes, por el curso que había adquirido el envío apostólico con niños y jóvenes que Ernesto había recibido en su día del mismo D. José. Cada uno tenía sus razones. Había padres que se sentían perjudicados y preocupados por el tiempo que sus hijos dedicaban a las actividades de la Congregación; otros que pensaban que la admiración que esos muchachos sentían por Diego Ernesto iba más allá de lo deseable y temían que hubiera un gran personalismo por parte del sacerdote que les alejara de ellos, o incluso que, se hubieran desviado del objetivo primordial de toda acción apostólica, que es el conocimiento y seguimiento de Cristo, y en este caso, el servicio a la Iglesia, para estar al servicio de su líder y pastor, un cura joven, sin cualidades humanas aparentes en una primera aproximación, y sin garantías ni respaldos por parte de sus superiores.

Surgieron las preguntas, una veces veladas y otras explícitas: ¿a quién siguen “los niños de Ernesto”? ¿A Cristo o a Ernesto? ¿Están al servicio de la Iglesia Diocesana o sólo responden al deseo y voluntad de este cura?

Muchos jóvenes habían empezado a salir del seno de la Parroquia de la Amargura para ir a trabajar apostólicamente a otras parroquias de la capital, pues algunos curas, casi todos amigos personales

del joven sacerdote Diego Ernesto, conociendo el fenómeno de la Congregación y el método apostólico, se habían dirigido a este para pedirle misioneros que fueran a sus parroquias a trabajar con niños y jóvenes.

Noberto Nieto hace memoria de aquellos años y aclara: “*La diáspora empezó en 1966. Ya había un grupo de consagrados, no muy numeroso todavía. El cura designaba quién entraba en él*”.

Estos envíos eran difíciles de comprender para muchos parroquianos, personas muy comprometidas en la pastoral, la liturgia, las obras sociales o de caridad, que sentían un gran cariño y complicidad por esos jóvenes. Algunos de ellos eran padres de esos misioneros.

Es importante que se comprenda el contexto histórico de todos estos acontecimientos. Efectivamente el Concilio Vaticano II había abierto de par en par las puertas al laicado en la Iglesia, pero nadie estaba preparado para asumir, de entrada, esta idea de un laicado comprometido, consagrado por votos, con lo que ello conlleva. ¡Para eso ya estaban las Congregaciones y las órdenes religiosas! Era normal que hubiera confusión y temor porque nadie sabía qué iba a salir de ahí. Sin duda, surgiría la duda de si después de conseguir una Comunidad parroquial tan numerosa, comprometida y unida, vendría la dispersión y la desunión por la decisión del coadjutor, quien parecía tener las llaves del futuro de sus hijos o de los hijos de otros feligreses. Es, incluso, normal que pudieran temer que se tratara de una especie de secta en el seno de la Iglesia, aunque también hay que decir que se abusa mucho de ese término, aplicándolo a todos aquellos grupos que muestran una fuerte cohesión y a los que, o desconocemos, o nos incomodan sus convicciones o sus estilos de vida. Pero sí, admitamos que este temor existía y, en principio, es completamente legítimo.

Salvador Luna recuerda aquellos últimos meses de finales de 1967 y principios de 1968: “*Había mucha oposición. Había gente que pensaba que MIES era una secta. Ernesto hablaba con Benavent*”⁸⁹

D. Emilio Benavent era en esas fechas Obispo de Málaga. En su rico itinerario pastoral había sido coadjutor en la parroquia de

⁸⁹ D. Emilio Benavent Escuin. Valencia 1914-Málaga 2008. Obispo de la Diócesis de Málaga desde 1967 a 1970, aunque ejercía como obispo auxiliar junto al Obispo Angel Herrera Oria desde 1954.

Santiago, capellán de Aviación, profesor de instituto, párroco de la iglesia de S. Patricio, en el barrio de Huelin de Málaga, profesor en el Seminario de Teología, Patrología y Arte sacro, rector de este mismo Seminario Diocesano, donde Ernesto estudió para ser sacerdote, y consiliario de las Juventudes de Acción Católica. En 1954 lo nombraron obispo auxiliar de la Diócesis, que por entonces era presidida por el Cardenal Herrera Oria, a quien sustituyó en 1967.

Parece ser que el señor Benavent tenía información de la Congregación y de MIES desde sus inicios. Sabemos que conocía a Diego Ernesto, quizá porque éste compartió residencia en la parroquia de S. Patricio con D. Emilio o puede que su conocimiento viniera de los años de Acción Católica de donde Benavent fue consiliario. También puede ser que lo tratara en sus años de Seminario. Sea como sea, se conocían, y es posible que el desarrollo de los acontecimientos y el nivel de desentendimiento al que se llegó en la Parroquia les hiciera intimar más.

Algunas personas relevantes llevaron sus quejas y preocupaciones al señor obispo, por lo que, muy probablemente, Ernesto, interpelado por el prelado, le abriera su corazón, sus dudas, sus errores y aciertos, sus dificultades y anhelos. Sin duda, tuvo que defenderse de algunas de las acusaciones que se vertieron en el fragor de la controversia. El caso es que, después de meses de tensiones y algún que otro incidente lamentable, D. Emilio tomó la decisión de enviar a nuestro sacerdote, primero a ayudar en la Iglesia de S. Pablo e inmediatamente después, a la atención en exclusividad de la Obra de Misioneros de la Esperanza, que ubicó su sede en un piso alquilado en la Calle Mármol, bastante cerca de la Ermita de Zamarrilla. Por entonces ya contaba con Estatutos conocidos, los de 1967, que fueron distribuidos y difundidos para aquellos sacerdotes que solicitaron Misioneros de la Esperanza en sus parroquias.

¿Pero cómo vivieron cada una de las partes aquella tormenta que ya sabemos que no se formó en tres días? Díficil conocer la hondura de los sentimientos de todos, el nivel de confusión entre los Congregantes, el sufrimiento de Ernesto, que fue el centro de la diana, la preocupación o la indignación de quienes querían “poner

orden” en lo que percibían como un peligro para los jóvenes y para la propia feligresía...

Díficil determinar cuántas lágrimas se vierten, cuánto dolor se genera entre dimes y diretes, entre quienes, movidos, sin duda, por un deseo de hacer el bien, quieren imponerse a quienes también se mueven por el mismo deseo.

Hubo hechos concretos, incidentes cada vez más frecuentes que ponían de manifiesto este malestar por parte del Párroco y personas relevantes de la Parroquia quienes compartían sus mismas inquietudes, unos de mayor calado que otros. Los jóvenes se quejaban de que a la hora de sus reuniones, a menudo, les pedían que transportaran las macetas de un lado para otro. Bien, aunque suene descabellado tiene su sentido. Parece ser que para las grandes celebraciones el templo se adornaba con enormes y bellas macetas que luego había que subir a una terraza para que recibieran el cuidado que precisaban. Era, sin duda, una tarea necesaria, ¿y quien mejor para trasladar esos enormes y pesados tiestos que muchachos fuertes y serviciales? Quizá el problema para los jóvenes pudieron ser las formas, el momento que se elegía para esta tarea o los mensajes implícitos que percibían, más que el hecho objetivo en sí mismo. Esto generó algunas discusiones y muchísimas quejas. Ernesto trataba de mediar, de apaciguar, al igual que los responsables de los equipos o las comisiones, pero el malestar seguía estando ahí.

Las instrucciones del sacerdote eran muy claras y precisas, de aplicación para todos, incluido él mismo: *“Finalmente tengan todos el mismo pensar, sean compasivos, fraternales, misericordiosos, humildes. No devuelvan mal por mal, ni injuria por injuria, al contrario, bendigan, ya que han sido llamados a heredar la bendición”* (1Pedro 3, 8-9).

D. José, por su parte, advertía a los congregantes en el confesionario, según su criterio, sobre los peligros o los errores que él veía en la Congregación y en su líder, y esto causaba gran confusión entre los muchachos y muchachas. Algunos responsables de equipo trataron el tema con sus equipistas y les aconsejaron que, si no querían someterse a este tipo de críticas, buscaran otros confesores. Como era

de esperar, esto llegó a los oídos del párroco y su entorno y la reacción no se hizo esperar. Hubo correcciones en público, acusaciones y todos los despropósitos que se suelen desatar este tipo de situaciones.

Escribe Pepe Navarro refiriéndose a Ernesto: “Veíamos también en él a un sacerdote que estaba asediado, incomprendido, e incluso calumniado. Sin embargo, nunca le escuchamos una queja, ni una renuncia; incluso se defendió más bien poco, sólo lo justo para que no nos escandalizáramos los Congregantes⁹⁰”.

Son muchos los testimonios que hablan de sufrimiento, de tensión, de dolor en definitiva. ¿Y por qué no defenderse? Quizá porque mientras uno se defiende con sus medios y argumentos no deja que sea el Señor quien le defienda, y ¿qué mejor abogado que Jesús? ¿Se defendió Él?

También hay otra cuestión que horadaba el corazón y la mente de nuestro joven sacerdote y estos eran sus propios errores a lo largo del camino. Sabemos por experiencia que ningún hombre o mujer es perfecto. Hay errores que tienen que ver con la forma de ser de cada uno, con las estrategias, con las omisiones o con el pecado. Cuando una persona se ve en medio de un conflicto y sus acciones o sus intenciones se ponen en tela de juicio, uno mismo, si es honesto, debe analizar el escenario y ver en qué ha podido contribuir a esa situación. Descubrir los propios fallos, al principio, es sumar mayor dolor al que ya se siente por ver la fama zarandeada, por ser objeto de la crítica no siempre constructiva de otras personas, por estar en el punto de mira de sus propios feligreses – como es este el caso- por descubrir que, sin intención, también uno mismo ha generado dolor en otras personas. Ernesto se arrodilla ante Jesús crucificado y llora. No es fácil poner orden en ese torbellino de sentimientos y razones que se mueven a toda velocidad alrededor de su alma maltrecha. Un remolino creciente de imágenes, sensaciones, acusaciones, insinuaciones, ironías, burlas y críticas se mezclan con sus errores personales, con sus miedos, y amenazan con convertirse en un tornado que no va a poder controlar, en sus temidos gigantes, cuyas sombras oscurecen por completo su visión.

⁹⁰ Boletín MIES de mayo de 1988.

El dolor arrastra a la tentación. ¿Por qué me he metido en esto? ¿Y si todo se pierde? ¿Y si me he equivocado y he actuado movido por mi soberbia más que por la Gloria de Dios? ¿Y si todo se malogra y al final se hace más daño que bien? ¿Y si esto no es tuyo, Señor? ¿Y si...?

...Y si permitimos que la tentación anide en el corazón, entonces viene la oscuridad y damos espacio y oportunidad al Maligno. Ernesto sabe que tiene que romper esa cadena autodestructiva y permitir que todo ese sufrimiento que percibe y le afixia, se transforme en purificación, que todas esas críticas que tanto le hacen sufrir, sean el fuego que queme y consuma todas las posibles impurezas de sus acciones o intenciones. Y eso es precisamente lo que hace. Comprende que todo esto es una oportunidad para purificarse de la soberbia que le haya podido dominar, de todas los elogios y alabanzas que ha recibido en esos años de “triunfo apostólico”, porque es el Señor y su Gloria quien tiene que brillar. El lo ha hecho todo.

El Padre Tardif escribe: *“La crítica es el atrio del templo, que nos prepara a entrar limpios en el santuario de Dios vivo, libres de todo apego...Y los apegos más peligrosos son los que llamamos nuestros méritos o nuestra actividad apostólica”*⁹¹.

La gota que vino a colmar el vaso la puso el nuevo coadjutor, el Padre D. José Guzmán, hombre directo que afrontaba los conflictos de frente y sin gran despliegue de habilidades para lo que hoy se llama asertividad⁹². Parece ser que pidió hablar a los jóvenes en una charla que habitualmente tenían los Congregantes a los domingos a las nueve. En ellas el Padre Ernesto exponía un tema, y, ocasionalmente, era sustituido por otra persona que aportaba un contenido necesario, interesante o pertinente para la marcha del grupo. Aquel día, el Padre Guzmán se dirigió a los muchachos y muchachas para exponerles todas sus dudas, reticencias y juicios acerca de la Obra que Diego Ernesto había iniciado, y lo hizo, según muchos testigos, de un modo difícil de digerir para aquellos jóvenes, que se sintieron

⁹¹ Tardif, E. Jesús está vivo. Ed. San pablo. Madrid-1986

⁹² Estrategia o estilo de comunicación maduro, mediante el cual el comunicador no se somete a la voluntad de otras personas, sino que manifiesta sus convicciones y defiende sus derechos.

tratados injustamente, como niños a los que se les da una buena reprimenda; pero los oyentes ya no eran tan jovencitos, algunos incluso estaban casados y un buen número habían superado los veinte. Realmente, el grueso del grupo no terminaba de entender el discurso de D. José Guzman, lo cual, les causó un mayor desconcierto.

Era el año de 1968, el del Mayo Francés⁹³. Los jóvenes de todo el mundo occidental se sentían críticos y decepcionados, en muchos casos, por el mundo que estaban construyendo sus mayores, basado en el consumo y el capitalismo. En España, a pesar de la dictadura, también había empezado a emerger una conciencia crítica que no se llevaba bien con las formas autoritarias y escasamente dialogantes de muchas personas a los que se les consideraba autoridad. La Iglesia española no estaba acostumbrada a dar razones de sus actos ni a recibir ningún tipo de cuestionamiento por parte de la feligresía, y este talante directivo lo habían aprendido y heredado muchos sacerdotes de la época. Aunque no se puede olvidar que también en el seno de la Iglesia católica florecía un clero y un laicado crítico con el sistema y muy comprometido con el mundo obrero y la justicia social.

Con todo, es razonable pensar que algunos de aquellos muchachos y muchachas que asistieron a la reunión de las nueve de aquel domingo, no se quedaran satisfechos con las palabras del sacerdote y posiblemente le interpelaron, pidieron explicaciones o las ofrecieron ellos mismos. No fue aquella sesión formativa positiva para nadie. Reinó la tensión y un malestar muy incómodo para todos.

A partir de este momento se comienza a barajar, con determinación, la posibilidad de ejercer la actividad apostólica en otras parroquias. Había, como se ha dicho, demanda de sacerdotes diocesanos solicitando que algunos Misioneros de la Esperanza fueran a ayudarles en su tarea catequética y de acompañamiento a los niños y los jóvenes.

En 1967 ya se habían enviado Misioneros de la Esperanza a las parroquias de S. Felipe Neri y de S. Pablo. Y a partir de ahí, la misión

⁹³ Ola de Protestas multitudinarias entre la juventud, que comenzó siendo un rechazo a la sociedad de consumo, entonces incipiente, y terminó poniendo en jaque al gobierno francés de De Gaulle.

se desborda por toda la capital: Parroquia de Santiago, Los Mártires, Dos Hermanas, Santo Domingo, San Juan...

Otra realidad que se gesta en el seno de la Congregación desde mediados de los sesenta, y que se consolida a partir de la salida de MIES de la Amargura es lo que llamaron al principio la Vanguardia de Estudiantes y la Vanguardia Obrera, y que enseguida llaman Sección de Estudiantes y Sección Obrera, en la que se aglutinaban los jóvenes según su ocupación o sensibilidad.

La Sección de Estudiantes se ubicó en la Iglesia de S. Juan. Allí se organizaron, en un modelo similar al de la Congregación, jóvenes universitarios y estudiantes en general, que querían vivir comprometidos con el evangelio según la Espiritualidad de los Misioneros de la Esperanza. Los Responsables de estos grupos eran, pues, MIES consagrados o en proceso de consagración.

La Sección Obrera se crea a partir de un encuentro que uno de los jóvenes congregantes, durante su periodo de servicio militar⁹⁴ en Cádiz, tiene con un sacerdote jesuita, el Padre Marín, muy sensibilizado con el mundo del trabajo. Ernesto se interesa bastante por la experiencia de este cura y, sobre todo, por la admiración que despierta entre los jóvenes. En la Iglesia de entonces ya había adquirido una cierta notoriedad la HOAC⁹⁵, la JOC⁹⁶ y las Hermandades del Trabajo, por citar las más conocidas y relevantes. Desde el Concilio Vaticano II, la profundización en los peligros del modelo capitalista era una constante, porque se toma conciencia de que el capitalismo impone unas condiciones de trabajo que deshumanizan a las personas, las convierte en instrumento de producción, en “recursos humanos”, y se hace necesario una pastoral obrera que venga a iluminar y humanizar esa realidad que ocupa gran parte de la vida de las personas.

Diego Ernesto comprende, desde el primer momento que si MIES está llamada al apostolado con jóvenes de un modo integral, no puede quedarse al margen de la realidad del mundo del trabajo, ya

⁹⁴ El Servicio militar en España era obligatorio para todos los jóvenes varones y oscilaba entre 12 y 18 meses.

⁹⁵ Hermandad Obrera de Acción Católica

⁹⁶ Juventudes Obreras católicas

que en esa época, eran muchos los muchachos y muchachas que ya se habían incorporado al mercado laboral y vivían una realidad muy diferente a la de los estudiantes.

Realmente el mundo estaba cambiando a una velocidad de vértigo y los jóvenes se veían sometidos a influencias de todo tipo, despertando del largo letargo de la postguerra española y la represión impuesta por los años duros de la dictadura. Soplaban aires nuevos, había signos de esperanza a donde quiera que uno mirara, los chicos se hacían preguntas, se cuestionaban la autoridad por la autoridad, se soñaba con un modelo social nuevo, con más diálogo, un mundo más justo y más libre, y todo el contexto mundial venía a corroborar que eso era posible.

Desde 1967 todos los Congregantes estudiaban el Concilio Vaticano II en profundidad. Ana María Tineo recuerda: *“Desde 1964 o 1965 empezamos a tener noticias de los trabajos del Concilio a través de la revista Ecclesia. Luego nos tuvimos que comprar Los Documentos completos del Vaticano II, de Sal terrae, y en la charla de las siete los íbamos desgranando. Los subrayábamos y poníamos apuntes al margen...”*

Esto indica que aquellos jóvenes eran muy conscientes de los aires nuevos que habían irrumpido en la Iglesia Católica, del mismo modo que vivían esa década prodigiosa en otros muchos aspectos; en el económico, ya que España empezaba, por fin, a dar signos claros de recuperación y crecimiento; en el social y cultural, donde los modelos de relación habían cambiado, surgían las pandillas⁹⁷, arrasaban los Beatles, se acortaban las faldas de las chicas y se ponían de moda los guateques⁹⁸; y en el político, pues en España empezaba a emerger, todavía en la clandestinidad pero como un secreto a voces, organizaciones y corrientes críticas con el Régimen⁹⁹, que se iban extendiendo como una red invisible por las aulas universitarias y los centros de trabajo. Eran tiempos, sin duda, de esperanza para una

⁹⁷ Grupos de chicos y chicas que se reunían para salir juntos y compartir ocio y tiempo libre fundamentalmente.

⁹⁸ Fiestas en casas particulares en las que se ponía música de moda en tocadiscos, se bailaba y se tomaba algún refresco.

⁹⁹ Se llamaba así al gobierno del General Franco y al sistema político que se impone tras la guerra civil.

mayoría, y muy especialmente para aquellos muchachos y muchachas que no sólo fueron testigos del nacimiento de una Obra Misionera de Laicos consagrados, que ya en sí es todo un reto y una osadía en ese contexto, sino que fueron cofundadores, porque a través de sus necesidades, de sus preguntas e inquietudes, Diego Ernesto fue descubriendo hacia donde debía orientar a los Misioneros de la Esperanza, un proyecto de vida por y para los jóvenes.

Lógicamente, tras la marcha de Diego Ernesto hacia su nuevo destino diocesano, D. José Avila pidió a los muchachos y muchachas que se quedaran en la Parroquia, porque los consideraba feligreses e hijos de la Amargura, pero lo cierto es que solo un grupo reducido permaneció. Las heridas de uno y otro lado estaban abiertas, las actitudes seguían siendo las mismas, y el día a día se hacía difícil para algunos.

Un guiño del cielo.

En 1969 llegó a la Amargura un nuevo sacerdote. Era un hombre que venía de la Mancha, convaleciente de una dolencia bronquial importante. Su obispo lo había enviado a estas tierras porque precisaba de un ambiente húmedo y cálido a la vez. De carácter recio, sereno, metódico y austero. Venía a colaborar y ayudar en lo que hiciera falta. En una descripción que hace un alumno suyo del Seminario Menor de Uclés (Cuenca) destaca: *“El jefe de Estudios también era novato. A D. Vicente Tradacete, que marchó a licenciarse a Comillas, le sustituyó D. Jose Antonio Romero Almodóvar, quien recién ordenado sacerdote se había incorporado al Seminario el año anterior a D. Anselmo. Natural de Belmonte [...], el nuevo Jefe de Estudios poseía un sentido espartano, tanto de la vida como de la religión; austero y cabal en lo cotidiano; escueto, mordaz y frío en el trato y de un ascetismo rayano en la santidad.[...] Jamás le vi reír o sonreír abiertamente”*¹⁰⁰.

Esa descripción, siendo positiva, pues habla de un hombre de Dios, no es la que uno desea especialmente oír del nuevo sacerdote de su Parroquia, al menos, para la mayoría de la gente del Sur de España, más familiarizada con otros caracteres más cálidos, cercanos

¹⁰⁰ Briones Moreno, M. Memorias de un seminarista de los sesenta.... Boletín de la Asociación de Antiguos Alumnos del Seminario de Uclés”. Mayo-2006. N°29. Pág. 18.

y comunicadores. Pero otra vez Dios viene a romper los esquemas de quienes se empeñan en tenerlo todo “etiquetado”, empezando por el propio Jose Antonio Romero, y envía a través de Teresa del Niño Jesús a éste, todavía sin que él mismo lo sepa, en ayuda, ¡y qué ayuda! de lo Misioneros de la Esperanza.

Él mismo relata su experiencia con motivo del XXV aniversario de la Obra: *“Fue a los dieciséis cuando por primera vez cayó en mis manos ‘Historia de un alma’ [...] Ya nunca salió de mi biblioteca. Y la Santa fue mi apoyo en momentos oscuros vocacionales.[...] Cuando llegué a Málaga en el año 69, casi 70, me mandaron a la Parroquia de la Amargura. Aún estaba reciente el revuelo de la salida de MIES (‘La Congre’ decían, o ‘Los chicos de Ernesto’). Me vi atosigado por personas de distintas tendencias: ‘¿De quién eres tú? – Me decía alguno. Yo no sabía de qué iba la cosa. Un día alguien de MIES (yo no lo sabía) me habló en confesión de la Virgen y de Santa Teresita y rápidamente me sentí identificado con lo que él trataba de vivir. Me pareció en aquel momento que habíamos crecido juntos los últimos años. Fue el origen de mi vocación Mies, aunque no me lo había aún planteado.”*

En ese momento, en aquel confesionario, se produjo una revelación importante para la vida de José Antonio Romero. El entonces no sabía que sería una persona clave para la Obra, que su carácter, su método y su dedicación serían el complemento, en muchos casos, de Ernesto Wilson, el sacerdote que había salido entre aquel “revuelo”, como lo define él mismo. No sabía aún que sería Misionero de la Esperanza, y que pondría su aportación en aquella época de fundación, además de ocupar el cargo de Responsable Mayor Sacerdote durante algunos años, y otros de importante responsabilidad, sobre todo relacionados con la formación. Si Ernesto se empeñó desde el principio en formar a sus Congregantes del modo más completo posible, Jose Antonio vendrá a completar la tarea con método, disciplina, orden y coherencia.

Frente a la pasión de Ernesto, José Antonio aporta medida y reflexión; frente al desorden inherente al carácter de artista del fundador, el nuevo sacerdote aportará método y procedimientos; cuando Ernesto empieza a viajar constantemente por sus obligaciones

apostólicas, José Antonio se queda en la retaguardia, como una presencia constante para todos los Misioneros; donde no puede llegar el padre porque el día tiene veinticuatro horas y, a menudo, su salud se resiente, llega este cura manchego, que se convierte en una ayuda insustituible en aquellos primeros años de la expansión, y será clave en el crecimiento y la consolidación de lo que se llamó FIMES, Filial de Mies.

¿Qué podría decir para cerrar este capítulo tan largo y complejo? Sin duda, Ernesto diría que todo es Gracia. Todo fue Gracia de Dios, derramada a borbotones, sin medida, sobre cada uno de los actores de esta historia, no importa el papel que le tocó a cada cual.

Rafael Rodríguez recuerda que muy poco tiempo después coincidió con el Padre Guzmán en la Parroquia donde fue enviado como Misionero de la Esperanza, y aquel sacerdote se mostró siempre cercano, colaborador e incluso animador de la Obra. Él lo cuenta así: *“Sobre el año 71-72 (no recuerdo exactamente), cuando fui enviado como Responsable del Centro de Jóvenes de San Felipe, al regresar de la mili¹⁰¹ lo volví a encontrar en esta Parroquia, al ser nombrado Coadjutor (como se llamaba antes, hoy se denomina Vicario Parroquial) de la misma. Para entonces había variado radicalmente de actitud. Encontré un sacerdote entregado y colaborador con el Centro de Jóvenes y con unas ideas muy centradas, o al menos muy conformes a nuestra espiritualidad y religiosidad. Nos ayudó bastante desde su posición de Presbítero”.*

Ernesto Wilson fundó la Obra que le venía ocupando el corazón y la mente desde aquella experiencia a los pies de la Virgen, el doce de octubre de 1956. Y lo hizo tal y como lo describe S. Alberto Hurtado¹⁰² en sus apuntes sobre el trabajo apostólico: *“Hay que tener enorme obstinación, y no menos adaptabilidad. Hacer una obra grande con medios pequeños, con piedras desiguales, con piedras vivas, redondas, duras, blandas, con los hombres que están cerca de mí, con los genios, que cada día hacen problemas a propósito de todo, los hombres de rutina, que quisieran que todo fuera sobre rieles, los activos, que cada día quieren una obra más, los cansados, que encuentran*

¹⁰¹ Servicio Militar Obligatorio.

¹⁰² Viña del Mar (Chile) 1901- Santiago de Chile-1952. Canonizado en 2005.

que se hace demasiado, los salvajes, a quienes no interesa el trabajo en equipo...”

Y podríamos añadir muchos más tipos, los prudentes, que dan vueltas una y otra vez antes de tomar decisiones; los audaces, que se aventuran donde los prudentes son incapaces; los más contemplativos y los mas activos... todos forman parte de MIES, y fueron, en su momento, cofundadores de lo que hoy se llama Asociación Pública de Fieles, y no Obra, pues se buscó este formato como el que más se adecuaba a lo que Ernesto pensó. Da igual si sólo pertenecieron a la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa y María Inmaculada, o si dieron el paso a la consagración y, por lo tanto, se convirtieron en Spesjuniores o más tarde en Misioneros de la Esperanza, porque entre todos, cada uno con su forma de ser concreta, con sus sueños o su entrega, con sus necesidades y problemas, contribuyó a poner la primera piedra sobre la que se fue levantando y organizando aquel deseo de la Virgen Macarena que Ernesto sintió en su corazón orante. Él fue, sin duda, obstinado y se adaptó a la realidad que le rodeaba. Fue permeable a los tiempos, a los mensajes que llegaban desde el Concilio, a las vivencias de los muchachos y muchachas con los que compartía su vida, al Espíritu Santo, en definitiva. Y aquellas piedras vivas, tan distintas unas de otras, pusieron lo mejor de sí mismos: fueron generosos, esperanzados, serviciales, algunas veces osados, otras prudentes y comedidos. Ellos tomaron responsabilidad en la Obra y la hicieron posible, con el empuje que les dio su juventud, con la fuerza de su fe y con el deseo que Ernesto les supo transmitir de transformar el mundo.

Algunos han partido ya a la casa del Padre, otros dejaron MIES en algún momento de sus vidas, muchos han perseverado ocupando puestos de responsabilidad o desde la invisibilidad. Todos ellos son parte del Patrimonio espiritual de la Asociación, testigos directos de la conformación y definición de este Proyecto, cofundadores en mayor o menor medida. Todos testigos de esperanza.

V

COMO LUZ, COMO SAL...

MIES llega a Madrid

Desde los inicios de la Congregación, el sentido de envío arraiga con fuerza entre los jóvenes. Se sienten misioneros en sus propios hogares, en los centros de estudios a los que acuden, en el trabajo, en la Parroquia. El texto de *“Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura”* (Mc 16,15)) lo llevan grabado como a fuego en el alma, y este sentimiento es mucho más fuerte entre aquellos que se sienten llamados a la consagración, es decir, a ser Misioneros de la Esperanza.

Ser MIES implica, como su mismo nombre indica, llevar la Esperanza allá donde uno vaya, y desarrollar una actividad apostólica activa, es decir, empeñarse por la liberación integral de los niños y jóvenes prioritariamente y de todos los hombres desde la no violencia activa, viviendo los consejos evangélicos y propagando la devoción a María, la madre de Jesús.¹⁰³

Por eso, cuando los primeros Congregantes tuvieron que salir fuera de Málaga, bien por estudios o por trabajo, llevaron consigo la semilla que germinaba en su corazón y la fueron sembrando en sus lugares de destino. No había siempre un envío formal por parte del padre Diego Ernesto o de los responsables de la Congregación, pero

¹⁰³ Los cuatro fines de MIES en los Estatutos de 1979 quedaron definidos del siguiente modo: “a/ Conseguir la perfección cristiana mediante la vivencia de los consejos evangélicos, emitiendo votos privados o promesas. b/ Una especial dedicación a la devoción y apostolado marianos. c/ La acción apostólica con jóvenes y niños tratando de orientarlos hacia un cristianismo comprometido y comunitario. d/ La acción no-violenta a favor de la liberación integral de los hombres”.

sí un cuidado y una atención especial a estos muchachos y muchachas que salían del nido y llevaban consigo un tesoro de vivencias para compartir allá donde les llevara su destino.

Este fue el caso de Manuel Solís Ortiz que conoció la Congregación en 1960, cuando estudiaba en Málaga en la Escuela de Peritos. Él nació y se crio en el pueblo malagueño de Archidona. Para realizar estudios superiores tuvo que salir de su entorno y, en este caso, eligió la ciudad de Málaga, donde podría cursar estudios técnicos. Recuerda que a través de unos amigos llegó al Centro de Alférez García Valdecasas, y muy pronto entró a formar parte del grupo. Cuando finalizó la carrera se trasladó a Madrid, porque allí había más posibilidades de trabajo y, como no podía ser de otro modo, se llevó consigo la incipiente Obra de Misioneros de la Esperanza.

“Al principio me integré en diferentes grupos y movimientos, según fui cambiando de piso o de horario de trabajo. Conocí la Legión de María, donde entonces estaba la que años mas tarde fue mi mujer. Me apoyé mucho en ellos. Yo hacía apostolado con niños y jóvenes. Llegaba a la parroquia, me presentaba al párroco y me ponía a su disposición” – recuerda Manolo con entusiasmo. “El Padre Ernesto me escribía muy asiduamente. Me animaba y exhortaba. Siempre conté con su presencia y la de los compañeros de piso que también eran de Málaga. Hubo un momento en que Ernesto envió a un grupo de apoyo para Madrid, de tal manera que se estableció un equipo fijo, siempre animado y atendido por otros itinerantes que nos visitaban, compartían, se quedaban un tiempo y luego se marchaban. Teníamos un piso sólo de muchachos. Pepe Navarro estuvo unos cuantos años con nosotros porque trabajaba en Lummus Española¹⁰⁴. Rezábamos juntos, íbamos a misa todos los días y por la tarde lo dedicábamos al apostolado con niños y jóvenes”.

Dos misioneras los apoyaban en el domicilio, pues en ese tiempo el reparto de los cuidados domésticos no solía ser equitativo y los hombres, en general, no eran autónomos en las tareas de casa. Aunque hay que reseñar que existía un fuerte espíritu de servicio entre todos ellos.

¹⁰⁴ Empresa multinacional española especializada en la construcción de infraestructuras para el sector del petróleo y el gas.

Pero la realidad política y social del país marca la pauta no sólo en el mundo laboral o educativo, sino también el seno de la Iglesia. Florecía el fenómeno de los curas obreros y la Iglesia tomaba conciencia de la realidad de muchos españoles que aún trabajando todas las horas posibles, no podían llegar a fin de mes. Los salarios eran exiguos, de tal modo que, para que un obrero sacara su casa adelante era necesario que tuviera, al menos, dos trabajos. Abundaba, pues, el pluriempleo y la economía sumergida.

También volvían a florecer las inquietudes nacionalistas en el seno de algunas regiones de España, ya que en ese tiempo no existían las Comunidades Autónomas, sino que el estado era centralista y gobernaba sobre todo el país. Su lema era “España una, grande y libre”. Esto implicaba, entre otras muchas cuestiones, que estuviera mal visto el uso de lenguas que no fueran el castellano, y que parte de la cultura, el folklore y la identidad de cada región, quedara asfixiada por la presión de la lengua y cultura dominante, que coincidía en casi todos los aspectos con la castellana. Este estado de cosas despertaba una fuerte tensión en las regiones que habían tenido gobiernos, leyes e idioma propio. A menudo, se producían altercados, detenciones e incluso abusos por parte de la autoridad en su celo por defender la uniformidad del pueblo español sin reconocer su diversidad e historia particular.

Entre los curas obreros, e incluso, en una parte de la jerarquía de la Iglesia se detectaba una cierta simpatía con las aspiraciones regionalistas de los ciudadanos. Los obreros se congregaban, a menudo, en los salones de los templos, porque entonces estaba prohibido el derecho de reunión, e incluso, negociaban con sus patrones en ese ámbito. La oposición obrera y estudiantil a la dictadura de Franco crecía en escala e intensidad de forma constante. En 1964 la Conferencia Episcopal Española había condenado los sindicatos del Régimen¹⁰⁵ y había defendido las organizaciones obreras libres.

Entidades católicas obreras como la HOAC o la Juventud Obrera Católica (JOC), tras el Concilio Vaticano II iniciaron un fuerte movimiento para que la Iglesia se disociara de la dictadura. Y tuvo

¹⁰⁵ Sindicatos verticales.

su efecto directo en la renovación del Concordato¹⁰⁶ que quedó bloqueado porque Franco se negó a ceder su derecho para nombrar obispos ante la proliferación de prelados contrarios a su gobierno. Empezó a notarse la tensión entre el jefe del Estado, hasta ese momento completamente identificado con la Iglesia española que le había concedido la prerrogativa de nombrar obispos o sugerirlos, y la dirección de esta Iglesia.

A mediados de los cincuenta habían nombrado como presidente de la Conferencia Episcopal española al Cardenal D. Enrique Tarancón, quien fue paulatinamente evolucionando hacia posturas aperturistas, llegándose a enfrentar directamente con el General Franco, cuando en 1974 éste decidió exiliar al entonces obispo de Bilbao, D. Antonio Añoveros. El prelado en cuestión, en una Carta Pastoral dirigida a su Diócesis, defendió el derecho del pueblo vasco y todos los demás pueblos a preservar su identidad, su cultura, sus costumbres, y el de usar su lengua, manifestando que todo ello era imposible bajo el régimen franquista.

Aquello fue la gota que venía a colmar el vaso de la disidencia y la protesta social, porque partía de una entidad con la que hasta hacía poco el entendimiento era casi perfecto. Muchas cosas cambiaron tras el Concilio y la Iglesia española tomó buena nota de ello. Así, cuando el General Franco decidió exiliar a D. Antonio Añoveros, el cardenal Tarancón amenazó con romper el Concordato si se llevaba a cabo, con el conflicto que ello hubiera generado para ambas partes.

Las huelgas se sucedían día tras día entre los obreros y los estudiantes. El gobierno cerraba filas sobre sí mismo y el General avanzaba inexorablemente hacia el fin de su vida.

Manolo Solís lo recuerda con pesar. *“Nos fuimos de la Parroquia de S. Roque por problemas de carácter político. Había muchas discusiones y en ciertos aspectos iba ganando terreno un ambiente secular por lo politizado que estaba todo en aquella época. Nosotros nos cuidábamos mucho unos a otros para no desviarnos, en el sentido de perder de vista el sentido trascendente, es decir, de descuidar la vida espiritual”*.

¹⁰⁶ Acuerdos bilaterales entre la Iglesia Católica y el Gobierno.

En realidad ese peligro estaba presente en muchos grupos por lo intenso de la lucha, el compromiso temporal que absorbía todo el tiempo y todas las energías y las continuas reflexiones filosóficas y políticas que se desarrollaban en los mismos. ¡Cuando parecía que se anunciaba el fin, había tanto por hacer en España después de casi cuarenta años de dictadura!

Pilar Sola formaba parte del grupo de la Legión de María en la zona de Legazpiz. Allí conoció a Manolo Solís. *“Me llamó la atención su formación religiosa – comenta mientras recuerda.- Mi jefe me propuso que me marchara a Bélgica a trabajar como secretaria y yo preparaba mi traslado cuando Manolo me llamó para invitarme a unos Ejercicios Espirituales en S. Roque. En 1972 Ernesto vino a Madrid y dio unas charlas en el piso de calle Abolengo, donde entonces vivían cinco malagueños que vinieron a Madrid a trabajar. Yo ya había oído hablar de MIES a Manolo y fui encantada a conocer al padre. Iba vestido de cura, con unas gafas oscuras. Desde el principio me hizo sentir parte de la Obra, y por supuesto, nunca me fui a Bélgica...”*

En 1973 Manolo y Pilar se casan e instalan su domicilio en la Avenida de Oporto, en el barrio madrileño de Carabanchel. Tras la salida de S. Roque se ofrecen a los padres paules que desarrollan su trabajo pastoral en la Parroquia de S. Vicente de Paúl, cerca del piso de los recién casados. *“Nos ofrecimos a los Paúles y nos acogieron muy bien. Abrimos un Centro FIMES que en poco tiempo se llenó de jóvenes. Había mucha vida...”*

Para ese entonces MIES había enviado a otros misioneros a Madrid que trabajaban en equipo y funcionaban como una pequeña comunidad cristiana. Trabajaban apostólicamente en diferentes parroquias o centros. Ernesto escribe en marzo de 1975: *“...Después de otro domingo en Málaga, marchamos a Madrid. Allí tuvimos durante el día cursillos a chicas de la Mercedarias, para orientarlas sobre MIES. Se ha creado un centro FIMES. Por las noches, conferencias cuaresmales en la Parroquia de S. Vicente de Paúl, creándose otro centro FIMES”*¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Boletín MIES de abril de 1975. Habla Diego Ernesto. Pág. 3

El método apostólico es siempre el mismo y se basa en las etapas de amistad, palabra y sacramentos. En unas ocasiones los MIES se ofrecen a los párrocos para la pastoral con niños y jóvenes, otras son llamados por los propios prebiteros. Al principio se desarrolla una fase que, en el caso de los jóvenes, puede ser de convocatoria, o quizás sea más correcto llamarla de conocimiento, de encuentro con los niños y adolescentes. Para ello se realizan acciones de difusión del proyecto apostólico. Puede ser una invitación abierta en la misa dominical, en el colegio o los centros de estudios, una fiesta, una actividad deportiva o lúdica a través de las cuales se convocan a los muchachos. Otras veces se va directamente a la calle, a jugar en los parques o las canchas, a conocer a los chicos y chicas en su propio medio. No hay un protocolo preestablecido. Depende de cada realidad y de cada momento. Cualquier acción que convoque y sirva de punto de partida para crear un grupo es factible, siempre que no cree confusión ni pueda llamar a equívoco a los convocados. Todo ha de ser claro, sencillo, transparente, independientemente de que los muchachos sean o no cristianos, o se acerquen al grupo buscando relaciones, actividades deportivas o entretenimiento. Lo que se les oferta es amistad sana, atención individualizada y un espacio para el desarrollo personal y social. A partir de ahí, con la intervención necesaria de la Gracia, se podrá llegar al encuentro con la Palabra y después con los Sacramentos, es decir, a la experiencia personal y comunitaria de Encuentro con Cristo, siempre acompañados y cuidados por la Madre, María.

En el caso de S. Vicente de Paúl la respuesta fue entusiasta y una lluvia de Gracia vino a consolidar la tarea. El salón se abrió a diario. Como otros centros Fimes de Málaga, se llenan de juegos y risas y pronto se organizan las Reuniones Generales y los equipos más reducidos. No faltan nunca Misioneros que viajan desde Málaga para animarlos y atenderlos. *“Ernesto y Ángel Campos fueron muchas veces a Madrid. La atención era constante”*. También otros Mies que por trabajo o estudio pasaban temporadas en la capital, se unían al grupo.

M^a Rosa, una muchacha que participa del Centro de S. Vicente escribe a Ernesto para agradecerle su labor. Es un testimonio que aglutina a otros miles, porque el efecto de las charlas de Diego Ernesto

y la participación en los centros Fimes desencadena muchas veces la misma respuesta. La carta está fechada el 12 de febrero de 1976: *“Padre, va a hacer un año que estoy en el Centro, desde que asistí a sus Conferencias Cuaresmales y, por primera vez en mi vida, he encontrado un grupo de personas que se preocupan de mis problemas y de mis inquietudes, he encontrado un ambiente en el que me siento feliz y además tengo la sensación de ser útil a los demás y, sobre todo, gracias al Centro he reanudado mi vida cristiana y me he acercado de nuevo a Dios...”*¹⁰⁸

En 1981 Pilar Sola se vincula a MIES, es decir, entra a formar parte de la Obra como miembro de pleno derecho. La nueva etapa se inicia con un ritual concreto que, normalmente se lleva a cabo en la celebración de la Eucaristía. El gesto es sencillo, aunque significativo y profundo. En esos años, una persona que se vinculaba aspiraba a la vida consagrada mediante promesas, primero, y votos después. Esto cambió años más tarde, como ya se explicará en el siguiente capítulo, pero la fórmula de vinculación sigue siendo muy similar. En la actualidad es la siguiente:

“Ante Dios y la Iglesia representada en esta Asamblea, me vinculo a la Asociación de Misioneros de la Esperanza, comprometiéndome a vivir sus Fines y Espiritualidad, según se recoge en los Estatutos aprobados por el Magisterio de la Iglesia que acepto en toda su integridad, y renovando el compromiso o el grado de pertenencia contraído anteriormente. Pido a la Virgen de la Esperanza, a nuestros Santos Patronos y a mis hermanos Misioneros de la Esperanza que me ayuden a cumplir con fidelidad este compromiso”

Antes de este momento, los misioneros pasaban por una etapa a la que llamaron Probación, que variaba bastante de unos lugares a otros en cuanto al tiempo, a los contenidos generales y al seguimiento de los procesos, pero el fin era el mismo: acompañar en el itinerario de discernimiento a los aspirantes a Misioneros de la Esperanza así como formar en la espiritualidad, fines y método apostólico.

“No tuve programa de Probación – cuenta Pilar Sola.- Me dirigía con el Padre Ernesto y hablábamos personalmente cuando él venía a

¹⁰⁸ Publicado en el Boletín Mies de marzo de 1976, pág. 20.

Madrid. Un día yo le planteé que no sabía si tenía vocación Mies pero que veía la necesidad e importancia de dedicar la vida a los niños y los jóvenes. Entonces él me dijo sin titubear, mirándome directamente: ‘Tienes vocación’. Y ahí quedó todo aclarado”.

En Málaga, sin embargo, el proceso de Probación era más complejo, aunque Ernesto siempre los seguía muy de cerca. Pronto se elaboró todo un programa de formación que incluía los aspectos relacionados con la vocación, como son la espiritualidad de Teresa del Niño Jesús o Carlos de Foucauld, el método preventivo de S. Juan Bosco o los escritos que desarrollan pormenorizadamente las bases de esta llamada concreta dentro de la Iglesia; formación bíblica, teológica, humana, religiosa, etc.

En la década de los ochenta ya se habla de tres cursos que no han de coincidir con años naturales, sino que deben completar los Probandos atendiendo a los ritmos de cada uno. En esos tres cursos se condensa toda la formación y el itinerario de discernimiento personal, siempre acompañados por un formador. Digamos que Probación se constituye en una Escuela organizada y operativa que trata de dar homogeneidad a todos los procesos. Pero en la práctica, a excepción de Málaga y Córdoba, donde se sitúan los núcleos más numerosos de la fundación, es difícil responder a esta propuesta tal y como se ha descrito, aunque no por ello la Probación es menos válida o eficaz, sencillamente se adapta a la realidad de cada grupo.

En 1977 los Solís-Sola se trasladan a otro barrio en el norte de Madrid. Los niños son pequeños, las distancias largas y poco a poco, se impone otro ritmo de trabajo apostólico. Pero el equipo de misioneros está consolidado y el Centro sigue floreciendo. Años más tarde tienen que salir de S. Vicente y el grupo se traslada al domicilio particular de la entonces responsable María Miján. En el salón de su casa, que deja diáfano, se coloca un amplio armario encastrado en la pared para acoger la talla de la Virgen Macarena, y allí se reúnen casi a diario para cantar, rezar, profundizar y vivir en comunidad la Buena Noticia.

Los Solís-Sola tienen que trasladarse a Manzanares, un pueblo al sur de la capital, por motivos de trabajo. Se instalan en Valdepeñas,

a veintiséis kilómetros y allí siguen sembrando, hasta que en 1983 vuelven a cambiar de residencia, en esta ocasión a la Carolina, en la provincia de Jaén, donde florecerá un centro FIMES juvenil.

Ese es el espíritu, ser misionero allá donde la vida te lleve. Sembrar sin descanso, sin querer ver los frutos. A menudo uno no sabe si ha quedado algo de lo que se sembró, si brotó la fruta y se maduró. Esa es la clave del apóstol: sembrar, porque no se puede hacer otra cosa que transmitir lo que se ha recibido. Lo demás queda a cuenta de Dios. Él cuida de los suyos.

Desde el principio hubo un número significativo de misioneros trabajando en Madrid, y fueron muchas las horas dedicadas a sembrar la Amistad, la Palabra y los Sacramentos. Resulta imposible nombrar a todos los muchachos y muchachas que empeñaron su tiempo, su energía y su persona en responder a la llamada que desde MIES se les proponía, no sólo en Madrid, sino en cualquier punto geográfico donde la Obra operaba. No existe un registro pormenorizado de ellos ni tampoco tendría mucho sentido. Eso queda en el corazón de cada uno y en las entrañas del Padre, como recuerda el Profeta Isaías en el capítulo 49: “¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho, o deja de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré. Fíjate: te llevo tatuado en la palma de mis manos...”¹⁰⁹

Signos de los tiempos.

Se ha señalado que tras la salida de la Congregación de la Parroquia Sta. María de la Amargura, esta organización como tal deja de llamarse así. Se diferencian, entonces, tres Secciones, atendiendo, en principio, a la tipología de sus participantes: La Sección de Estudiantes, la Sección Obrera y la Sección Proinfancia, que en muy poco tiempo pasa a llamarse FIMES, es decir, Filial de MIES, incluso coexisten todas durante un breve periodo.

La Obra de Misioneros de la Esperanza no estaba concebida como una organización de mayorías, ya que se trataba de una entidad de vida consagrada con una llamada concreta y definida dentro de la

¹⁰⁹ Is 49, 15-16ª.

Iglesia. En las distintas secciones, sin embargo, sí había un número mayor de personas entre jóvenes y niños que querían vivir su ser Iglesia desde esa propuesta concreta. No todos sintieron la llamada a ser MIES, consagrados con promesas o votos, ni esa fue nunca la pretensión, pero sí es cierto que la Obra se nutría, en su mayor parte, de miembros de esos grupos, comisiones o centros.

En realidad es de sentido común, pues en los salones infantiles y juveniles se daba a conocer la espiritualidad, el método, se compartían vivencias profundas y lo que es más importante, conocían de primera mano el testimonio que los Misioneros de la Esperanza ofrecían con sus vidas. Este último era realmente el aspecto de mayor atracción hacia la Obra, porque eran jóvenes muy comprometidos, alegres siempre, con un espíritu de lucha y superación constantes, cercanos, dispuestos a “perder las horas” en el salón jugando y compartiendo con los niños o con otros jóvenes como ellos. Eran gente alegre, que irradiaban esperanza e ilusión por la vida, y la compartían a través de sus acciones personales y grupales. Así mismo, el estilo de matrimonio que vivían también suponía un interrogante para la época: casas sencillas, abiertas, hijos integrados en la labor apostólica de los padres, participando de las múltiples actividades que se organizaban para la animación y la profundización en el descubrimiento de Cristo. Pronto llegarían los sacerdotes, jóvenes también, cálidos, próximos, que sabían jugar, contar historias, llegar al corazón de los menores. Cada estado de vida ofrecía un modelo atractivo para cualquier seglar que se hiciera planteamientos de vida cristiana.

Y, sobre todo, no podemos perder de vista que eran nuevos modelos, es decir, matrimonios, sacerdotes, célibes o solteros que vivían plenamente en la época que les había tocado desde planteamientos novedosos pero posibles. Es decir, respondiendo a las exigencias y necesidades de su tiempo, y siempre abiertos a los cambios que se sucedían a velocidad de vértigo. ¿Eran héroes o superhombres? Obviamente no. Pero sí fueron pioneros en cuanto a un proyecto de matrimonio concreto, un proyecto de vida sacerdotal, de celibato o de forma de vivir la soltería. Aportaron numerosas novedades, muchas veces como fruto del ensayo-error, pero crearon un estilo, una “impronta” Mies que iluminó el camino de las generaciones siguientes.

Ya no cabe preguntarse si un matrimonio con hijos debe tener su casa abierta a recibir hermanos o jóvenes con los que compartir determinadas experiencias, o si deben o no prestar sus servicios en un campamento o en un Encuentro determinado, o si deben o no hacer ejercicios espirituales internos durante unos días al año. Nadie se cuestiona si se debe realizar apostolado directo acompañado de los hijos o si un sacerdote debe impulsar prioritariamente la pastoral infantil y juvenil en su parroquia, además de animar y atender a los grupos de niños y jóvenes de la Asociación. Todo eso ya se ha hecho y se sigue haciendo. Es ya “forma de ser” de MIES.

A principios de los años setenta algunos sectores de la iglesia malagueña tachaban a MIES de ser una obra demasiado espiritualista y escasamente comprometida con el cambio sociopolítico que se estaba fraguando, aunque ello no era cierto, ya que en el seno de la Obra florecía un núcleo cada día más numeroso que profundizaba y asumía su papel de vanguardia obrera y que se organizaban en la ya mencionada Sección Obrera. Por otro lado, Diego Ernesto, por ejemplo, siempre animó a sus jóvenes a presentarse a delegados de curso en los institutos o centros de estudio. Él quería que se comprometieran con su medio, que trabajaran para mejorar las condiciones de todos, pero sí es cierto que no abogaba por la militancia política, al menos para los misioneros consagrados, para quienes consideraba que era vital que no pertenecieran a ningún partido político, a fin de estar disponibles para todos. Así se recoge en el documento “Liberación integral de las personas. Espiritualidad y praxis”, editado en marzo de 1994 por la Comisión Social de MIES, y refrendado en su totalidad por Diego Ernesto:

“El Mies consagrado por los votos no renuncia a la participación en partidos políticos por creer que éstos sean un mal, sino por estar independiente de cualquier opción concreta y poder trabajar libremente con todos. Este Mies renuncia también a la lucha por el poder, trabajando por el cambio social desde la base, creando conciencia y caminando junto con los demás por el reconocimiento de los derechos ciudadanos”.

“Ernesto era una esponja – comenta Norberto Nieto.- “Toda experiencia buena para el grupo la incorporaba. Paco Ruiz, un joven de la

Congregación va a hacer el Servicio Militar a Cádiz y allí entra en contacto con grupos católicos obreros. Habla al padre Ernesto con entusiasmo de toda esta realidad que se está desarrollando en la Iglesia y el cura quiere incorporarlo a MIES porque es importante para los jóvenes...”

La Sección Obrera, que tuvo su desarrollo y auge durante la década de los setenta, fundamentalmente, estaba integrada por jóvenes que trabajaban en los diferentes sectores de producción, sobre todo, en algunas fábricas que en esa época funcionaban en la ciudad, antes que el sector turístico se impusiera a cualquier otra actividad económica. Su realidad era muy diferente de la de los estudiantes. En sus centros de trabajo experimentaban cada día las tensiones que crecían peligrosamente entre los trabajadores y la patronal, y sobre todo, contra el gobierno que sólo permitía las reivindicaciones en el marco de los sindicatos verticales, es decir, los controlados por ellos.

La Sección Obrera toma entonces conciencia de la necesidad de comprometerse con el hombre más allá de lo espiritual y de la satisfacción de las necesidades básicas para la supervivencia. Ellos quieren construir un mundo más justo, unas relaciones de poder más participativas. Quieren buscar alternativas al Sistema que los gobierna, establecer nuevos modelos de convivencia y relación. El espíritu del mayo francés y la renovación eclesial que trae consigo el Concilio Vaticano II les zarandeja de continuo; las reflexiones colectivas en el seno de sus reuniones assemblearias les cuestionan y la postura aperturista y progresista de un amplio sector de la Iglesia española les hace sentirse protagonistas y corresponsables con las decisiones de la Conferencia Episcopal.

La Sección obrera aporta una riqueza inmensa a la Obra a través de sus vivencias y reflexiones. El Señor llama a una liberación integral de las personas porque quiere la plenitud de cada ser humano, y para alcanzarla es preciso abordar no sólo los aspectos básicos de la gente, ya sean físicos o espirituales, sino también las condiciones del entorno, que han de ser justas y generadoras de posibilidades para cada uno. Generar posibilidades es permitir el desarrollo de las potencialidades individuales y colectivas. No es sólo que un niño tenga cubierta su afectividad, su educación, su alimentación y cuidados,

su necesidad de trascender y conocer a Dios, sino que también, si tiene capacidad para pintar o para tocar un instrumento, ésta pueda desarrollarse, porque ese don le completará más como ser humano, le permitirá poner sus talentos en funcionamiento, al servicio de los demás. Se trata de propiciar, en la medida de lo posible que, cada niño y cada joven pueda desarrollar sus talentos al máximo para la gloria de Dios que así lo pensó e imaginó.

Este planteamiento tiene múltiples direcciones y posibilidades pero, sin duda, les enfrenta directamente con el entorno en el que se desenvuelve cada uno. No es posible pensar en una liberación integral, es decir, de toda la persona, si las condiciones de trabajo son inaceptables, si el salario no llega a fin de mes y es necesario acudir al pluriempleo o a la economía sumergida¹¹⁰. Ni si uno sale a la calle a reivindicar unas condiciones más justas para un colectivo y una horda policial cae sobre los manifestantes y agrede sin ninguna consideración. Se impone, pues, la necesidad de reflexionar sobre la realidad que toca vivir y ver que se puede hacer para denunciar las condiciones y anunciar posibles cambios que vengan a construir unas relaciones más justas y una sociedad mejor.

Son años convulsos en el seno de la Iglesia, en los que el viento del Espíritu irrumpe con una fuerza que cuestiona los corazones. Se producen cambios en todos los órdenes, como ya se ha comentado, y entre esas corrientes renovadoras florece lo que algunos han llamado la *Teología de la secularización*. Esto se traduce en una reflexión sistemática que cuestiona la separación no sólo estética sino de experiencia de vida entre los religiosos, los sacerdotes y los laicos. Parte de la idea de que Jesús no usó una lengua escolástica, ni vistió de forma diferente a los hombres de su pueblo, ni se formó en un ambiente distinto del de los chicos de su época. Es decir, que iría a la *Yeshiva*¹¹¹, si es que fue, aprendería a leer y escribir y las cuatro reglas matemáticas fundamentales y se prepararía para el equivalente a lo que hoy sería su *Bar Mitzvah*¹¹², celebración en la que, por primera

¹¹⁰ Actividad económica que escapa del control del fisco y en la que el trabajador no está protegido en caso de enfermedad, accidente, etc.

¹¹¹ Escuela en la que se estudia la Torah y la Tradición. En los tiempos actuales sería el Talmud.

¹¹² Ceremonia que se introduce en la Edad Media en la que se celebra el paso del niño a la madurez. A partir de ese momento puede leer la Torah y recitar salmos en la Sinagoga. En tiempos de Jesús no existía tal rito, pero los niños eran igualmente preparados para desem-

vez, recitaría los salmos en hebreo. En este sentido, hablamos de un joven que no se diferencia, aparentemente, de los demás compañeros y vecinos con los que comparte la vida.

Basándose, pues, en este presupuesto, se considera que un sacerdote o religioso no debe ser una persona que hable un idioma diferente, refiriéndose al latín, que vista de forma distintiva o que tenga una sensibilidad distante de la del resto de las personas de su época y entorno social. Aplicando este criterio a la vida concreta de los presbíteros, no es de extrañar que florezcan los “curas obreros”, insertos en el mundo laboral, porque se considera que es necesaria su presencia en el trabajo productivo, tan necesario para la supervivencia de la mayoría de las familias. Crece, pues, una línea de pensamiento que defiende la inserción del clero en el mundo secular mediante el trabajo civil, el compromiso político, el celibato optativo, el ocio y las diversiones, la forma de vestir y de vivir, etc.

En el plano puramente estético desaparecen rápidamente las sotanas y los hábitos. Muchos seminaristas se forman fuera de las paredes de los antiguos seminarios, insertándose en fraternidades ubicadas en pisos normalizados de ambientes populares. También algunos religiosos abandonan los conventos y viven en el seno de la comunidad, como cualquier otro seglar, en cuanto al medio se refiere. ¿Qué ocurre con todo esto? Pues como todas las innovaciones tiene su lado positivo y algunas consecuencias preocupantes.

En lo positivo habría que destacar el acercamiento indudable del clero y los presbíteros a su pueblo. Es una aproximación real, codo con codo, fraternal, que propicia la vida comunitaria y la transferencia de experiencias tanto prácticas como espirituales. El clero se despoja de sus vestiduras distintivas y baja a la mina, conduce un taxi entre el abarrotado tráfico de las grandes ciudades o desarrolla trabajos artesanales. Comparten con otros obreros, padres de familia, que viven agobiados por la hipoteca y las astronómicas facturas del suministro eléctrico o de la farmacia. Escuchan los problemas de los matrimonios que se preguntan cómo estar abiertos a la vida responsablemente, de los de los sindicalistas que temen ser detenidos en cu-

alquier redada, de los militantes de partidos clandestinos que entran y salen de las cárceles por delitos de conciencia.

Ese acercamiento era necesario y se produce en este contexto, permitiendo que la Iglesia se “desposicione” de su lugar tradicional de privilegio, se aleje de las posturas del nacionalcatolicismo, lo que contribuirá de forma determinante y positiva en el proceso de transición que España tendrá que desarrollar muy pronto, desde un gobierno totalitario a una democracia europea.

En lo negativo habría que señalar el siempre temido efecto péndulo. Y es que, en muchos casos, no sólo se produce una secularización en determinados aspectos de la vida, sino que se generaliza, se hace existencial, de tal forma que muchos sacerdotes entran en crisis profunda al verse confrontados con el mundo y en poco tiempo optan por la secularización canónica, es decir, solicitan la dispensa de su ministerio. Igual ocurre en los conventos y monacatos.

¿Qué ocurrió entonces? En realidad hay muchas lecturas de este hecho, pero baste con reflexionar sobre los peligros que conlleva “vivir en el mundo” y ser fiel al Evangelio. A menudo el ritmo de vida acelerado, las muchas preocupaciones, el trabajo, la atención a la familia, a los amigos, incluso al apostolado, las ofertas de confort y bienestar que se anuncian por todos sitios, propician que las personas se vayan mundanizando poco a poco. No hay tiempo para la oración ni los sacramentos. No hay oportunidad de trascender, de meditar. El día arrastra a las personas con sus mil responsabilidades y oportunidades de ocio y se llega al ocaso sin fuerzas para otra cosa que no sea programar la alarma del reloj que les despertará inexorablemente antes de haber conciliado más de seis o siete horas de sueño.

Se ha extendido la bonita y reconfortante idea de que todo es oración. Y es cierto, todo puede convertirse en oración, sobre todo si uno eleva el pensamiento a Dios y actúa bajo su mirada. Pero no se puede sostener una vida de compromiso, una consagración, una opción radical evangélica, si no hay una vivencia interior fuerte, si no se buscan ratos de desierto y encuentro profundo con el Señor.

Y este peligro de mundanización y desencanto no sólo afecta a los clérigos y religiosos, sino también a los laicos. Para los primeros se han ido tomando medidas en el intento de combatir los riesgos de “vivir en el mundo pero no ser del mundo”. Para los laicos, sin embargo, el tema resulta más recurrente, lo que les vocaciona a insertarse en grupos y comunidades que los animen, sostengan, alimenten y cuestionen. Es muy difícil mantenerse fiel al Evangelio de una forma activamente comprometida sin contar con un grupo, movimiento o comunidad de referencia.

Como no podía ser de otro modo, la Sección Obrera se vio afectada de lleno por esa corriente secular. Y otro tanto le ocurrió a la Sección de Estudiantes, aunque la mayoría de sus integrantes fueron saliendo de ese núcleo de una forma natural y coherente. En la medida que los jóvenes de las distintas secciones iban vinculándose a MIES, eran enviados a Centros FIMES o parroquiales y se insertaban en otros equipos o grupos. Otros jóvenes, como sucede en todos los grupos cristianos o de otra finalidad, se enfriaron con las propuestas de MIES y tomaron otras direcciones, a menudo más comprometidas con el mundo sindical, u optaron por experiencias de vida en común, desarrollando proyectos comunitarios o de vida alternativa, o sencillamente se centraron en sus proyectos personales o profesionales.

Poco a poco estas dos secciones van evolucionando en este contexto de crisis secularizante y, finalmente, desaparecen, por decisión del Equipo Director de Mies, integrado por los Responsables de la Obra, a finales de los setenta. A partir de entonces ya sólo existe FIMES como la organización apostólica que desarrolla MIES en parroquias y locales destinados a tal efecto, lo que no quiere decir que todos los Misioneros de la Esperanza necesariamente realicen su labor apostólica en FIMES, pero sí la mayoría.

Cuando un Mies salía de Málaga para vivir en otra localidad, muy a menudo fundaba FIMES, es decir, que trabajaba apostólicamente con niños y jóvenes según la espiritualidad y el método preventivo de S. Juan Bosco. Y dentro de la Diócesis malacitana, se multiplicaron los centros infantiles y juveniles filiales de MIES.

FIMES llega a Córdoba.

Los comienzos de FIMES en Córdoba son cuanto menos curiosos, como tantas obras de la Iglesia. Margarita Cadenas lo relata con gran entusiasmo en una carta solicitada para profundizar sobre los orígenes de MIES en la ciudad califal. Cuenta que en 1973 ella estaba inquieta por la predicación de algunos Testigos de Jehová que se estaba llevando a cabo de puerta en puerta, y que según su punto de vista, sólo añadían confusión y error a las personas que no estaban muy formadas en cuestiones de doctrina. Impelida por la preocupación que le generaba esta situación se dirigió al primer sacerdote que se encontró en el confesionario de la Trinidad, D. Bernardo, y le expuso sus temores y quejas. Margarita quería que desde la parroquia se organizara un grupo de jóvenes a los que se les instruyera en la doctrina católica y se les alentara en la vida y en la fe. *“D. Bernardo me dijo que él tenía un amigo en Málaga que estaba haciendo lo que yo le proponía hacer. El nombre de dicho amigo era Diego Ernesto. Me explicó también que su amigo Diego Ernesto le había sugerido hacía cinco años su deseo de formar Centros FIMES en Córdoba, pero que él al ser una persona un tanto tímida, no se sentía con las consiguientes cualidades para contactar con los jóvenes. Ahora, con mi ayuda, había llegado el momento de empezar con esta labor...”*

D. Bernardo le pide que reúna a un grupo de jóvenes dispuestos a ayudar a los demás, y Margarita presa del entusiasmo, busca a su hermana gemela y a su cuñado y en veinte minutos se presenta en la parroquia con ellos. Le escriben una carta a Diego Ernesto, que él contesta a vuelta de correos con las siguientes indicaciones: *“... Sería conveniente hacer unas octavillas¹¹³ para repartirlas por Córdoba invitando a los jóvenes a unas conferencias cuaresmales que yo mismo voy a impartir”.*

La tarea ha comenzado. El celo por experimentar la vida del Espíritu los ha atrapado por completo. Redactan el texto de la invitación, encargan mil copias y cuando salen de clase se dedican a repartirlas por toda la ciudad.

“Cuando vino el Padre Ernesto con Ángel Campos para explicarnos en qué consistía el movimiento FIMES la cantidad de gente que había acudido desbordaba el aforo. Las conferencias se debían impartir

¹¹³ Hoja que sirve como soporte de un panfleto o publicidad.

en el salón de actos de la parroquia de la Trinidad pero, la concurrencia fue tal que no cabían todas las personas en el salón, por lo que al día siguiente le pedimos a la Cruz Roja que nos facilitara su salón, que era más amplio. El último día Ernesto nos pidió que repartiéramos unas cuartillas¹¹⁴ para que las personas interesadas en colaborar anotaran sus nombres, domicilios y números de teléfono. Se anotaron unas 250 personas. El padre Diego Ernesto se marchó muy contento por el éxito de la empresa. Siempre dijo que Córdoba había sido la ciudad que más alegrías le dio en sus comienzos”.

Las charlas, conferencias cuaresmales y ejercicios espirituales impartidos por Diego Ernesto a lo largo de toda su vida, suponen para muchos participantes un punto de inflexión en su camino. El padre tiene la capacidad de tocar la fibra sensible, de cuestionar profundamente, de hacerse vehículo para que la Gracia de Dios actúe en cada persona a través de él. Se ha comentado ya que no tenía una personalidad atrayente, no poseía la gracia y el humor que, a menudo, la gente espera de una persona andaluza, no irradiaba ningún magnetismo extraño, pero, por alguna razón, a nadie dejaba indiferente. Sus palabras interpelaban y su testimonio de vida conmovía y cuestionaba.

Otro testimonio en el que también se reconoce la Gracia y bendiciones recibidas a través de la vivencia de este carisma es el de Rafael Arjona, hoy Mies de Paraguay, aunque oriundo de Málaga (España): *“conocí FIMES a través de unos amigos que ingresaron antes que yo. Ellos me hablaban de lo bueno del grupo y así me animé a ingresar. Participé en varios campamentos. Pero lo que más me atrapó fue el primer retiro en el que escuché a Diego Ernesto en Las Esclavas, del cual no recuerdo la fecha. No sería ni el 50% de lo que soy en la actualidad si no fuera porque Mies, o mejor dicho, Dios, por medio de Mies, apareció en mi vida. Aportó, una linda y sana juventud, un grupo de amigos, una manera de ver la vida, unos valores para poder vivir, una formación religiosa. Descubrí muchas cualidades y potencialidades que desarrollé y que pude poner al servicio de otros. Descubrí mi vocación de vivir la misión fuera de España, en concreto en Paraguay. Me planteé la vocación sacerdotal y estudié cuatro años en el Seminario de*

Málaga; finalmente opté por el matrimonio y conocí a Sadi, mi esposa, que también es Mies de aquí, de Paraguay, con la que tengo dos hijos, y por si esto fuera poco, me permitió descubrir una fe viva y enamorarme de Jesucristo”.

Volviendo a Córdoba, decir que al mes siguiente, los Responsables de dos Centros FIMES de Málaga les escribieron cartas notificándole su deseo de pasar un día de convivencia con el recién creado grupo y la experiencia resultó un éxito. El grupo de misioneros malagueños acudió a la cita pertrechado de ilusión y alegría contagiosa. Recitaron poesías, enseñaron canciones, contaron anécdotas, compartieron la comida, y entre risas y charlas se empezaron a fraguar amistades, lazos fraternales que perduraron.

Ese era el método. No tenía más ciencia. Convocar, compartir y presentar este estilo de vida cristiana tan novedoso y atractivo. Después tocaba cuidar la planta, regarla, mimarla y en esta tarea todos eran expertos porque les movía el amor de Cristo. Se cruzaban cartas, llamadas de teléfono, encuentros... dando cumplimiento al mandato de Jesús: *“Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 13,34)*

En 1975 se produce otra convocatoria del mismo estilo. Ernesto vuelve a dar conferencias cuaresmales con un aforo numeroso y se crea otro Centro FIMES de jóvenes. La semilla va dando sus frutos. Hay Mies de Málaga asignados para la atención personal a cada grupo que se crea.

Ana Conde, misionera cordobesa de los primeros tiempos recuerda con cariño: *“eran tiempos increíbles. La Iglesia estaba muy viva y los jóvenes muy receptivos. Yo participaba de la Legión de María, pero también conocía a los de la Juventud de estudiantes cristianos (JEC), a los obreros católicos (JOC), a las Hermandades del Trabajo (HOAC)...Había mucha gente con ganas de cambiar cosas. Los jóvenes con inquietud política empezaban en la iglesias. Un Mies de Málaga, Juan Carlos Rosales, se vino a vivir a Córdoba y se entregó de lleno a nosotros. A la vez que empieza FIMES se inicia MIES, animados por*

¹¹⁴ Hojas de papel de 21,75 cms x 15,75 cms, la cuarta parte de un pliego.

José Antonio Rosales y Manolo Rodríguez Espejo¹¹⁵. *Lo recuerdo todo con mucha emoción. El centro cubría casi todas las necesidades de un joven: la amistad, la fe, la diversión, los estudios...era un micromundo y nos sentíamos felices y privilegiados*

Diego Ernesto se hace muy presente en los diferentes grupos. Visita Córdoba, al menos, una vez al trimestre, les escribe cartas personales a cada joven que le requiere, envía cintas de cassettes con charlas y formación impartidas por él mismo, prepara cada Retiro y encuentro con sumo cuidado, tal y como se desprende de la carta que escribe a Rafael Pérez el 16 de octubre de 1979:

“Mi querido Rafa:

He recibido tu carta que me ha alegrado mucho. Estoy deseando verte y hablar contigo. No sé si te habrán dicho que voy a Córdoba la semana que viene. Por si no te lo dicen, que son muy despistados, te lo digo yo ahora y atiende bien, y comunícaselo a todos y no te despistes tú.”

Hay en su actitud siempre una cierta vehemencia, un deseo manifiesto de atar bien cada cabo. Planea los viajes con sumo detalle para aprovechar el tiempo al máximo, lo cual debía de resultarle agotador. Cada actividad, cada momento, está programado y medido. El ritmo es casi frenético, sobre todo, si tenemos en cuenta que los desplazamientos eran muy frecuentes, y que los viajes, la carretera concretamente, le generaba una tensión adicional por su propia forma de ser.

El plan de trabajo que plantea a Rafa es el siguiente:

“Si Dios quiere voy a Sevilla el jueves 25 y estoy allí el 26 también. El sábado 27 llegaré a Córdoba a la hora de la comida e iré al Centro antiguo que es el que yo conozco. Irá uno conmigo que no sé quién será. Estaré el domingo por la mañana hasta las 3:30 hs que salga para Málaga. Pensad a ver las charlas y encuentros que voy a tener. He de hablar con todos los Mies y los de Probación, y especialmente, con el P. Felipe Tejederas. Avisale tú que vaya a verme. Quisiera yo hablarle a todos los Mies y de Pro, para darles retiro o lo que sea. A ver cómo

aprovechamos bien ese sábado y domingo. Pídele a Dios por todo esto. Yo estoy bastante estropeado de salud pero con Dios todo lo puedo...”

La despedida es entrañable, la de un padre amante hacia su hijo. *“Te quiero mucho”* – Le escribe Ernesto. Lo cierto es que esta forma de relación no es un estilo de aquella época. Es una constante en la vida de Ernesto y la de otros muchos misioneros, que cuidan la misión, establecen verdaderos lazos de amor, cultivan las sanas transferencias, se esfuerzan por mantener la llama de la amistad y la relación fraternal viva, a base de esfuerzo, sin duda. Escriben continuamente, se preocupan por la vida de los hermanos, están pendientes de sus necesidades, sin buscar otro fin que no sea el amar tal y como Jesús enseña con su testimonio.

Es significativo también la de personas que comentan que siempre tuvieron una carta o una llamada de Ernesto, aún cuando dejaron el grupo o estuvieron confusos o alejados. Margarita Cadenas escribe: *“... He tenido la alegría de que cada mes me llamara por teléfono y habláramos casi media hora, sobre todo el último año de su vida...”*. Las facturas de teléfono eran tan astronómicas como el bien que hacía con cada llamada. No hablaba necesariamente de cosas importantes o trascendentes, no resolvía problemas o daba consejos. Simplemente hacía que cada persona supiera que era especial para él, que le importaba.

Y esa implicación en la vida de sus misioneros le llevaba también a decirles lo que pensaba, aun cuando no fuera lo que el otro quisiera escuchar. Era claro y directo cuando lo requería la ocasión y corregía sin edulcorantes o medias palabras. A veces resultaba duro y cortante, pero todos sabían que sus correcciones eran fruto de la preocupación y el amor que sentía por cada uno. Norberto Nieto lo comenta con admiración. *“Trabajaba mucho la vanidad y la humildad – recuerda.- Corregía en público. Limaba y curtía mucho en este sentido, porque creía que la vanidad es un lastre tremendo, un impedimento para el apóstol. Por eso era muy raro que alabara a alguien en público. Con quien tenía que ser cariñoso y afectuoso lo era en grado sumo...”*

Nicolás Cordero, misionero de los tiempos de la Congregación, escribe con motivo del veinticinco aniversario de MIES: *“... mirán-*

¹¹⁵ Misionero de la Esperanza desde los inicios que vive en fraternidad con Diego Ernesto y otros durante muchos años en la sede de MIES Málaga.

dolo objetivamente pienso que me diste el trato apropiado. Por ejemplo, cuando al principio de tomar contacto en la Parroquia de la Amargura te pasaste un año sin llamarme por mi nombre, a pesar de que lo conocías muy bien, pues yo me encargaba de recordártelo, y de esa forma ibas minando esa vanidad y autosuficiencia que me dominaba...”

María Miján, responsable provincial de Madrid durante años, cuenta también su experiencia en este sentido:

“Siendo mi marido y yo catequistas en S. Viator, un colegio religioso de Madrid cercano a la Parroquia de S. Vicente de Paúl, tuvimos un desencuentro con una monja que no le gustaba nuestra forma de hacer apostolado y fue a quejarse al director. Este intentó mediar, pues se llevaba bien con nosotros, pero viendo que tenía que elegir, nos comunicó que debíamos dejar la catequesis. Yo monté en cólera. No entendía nada. Éramos misioneros de la Esperanza y trabajábamos con los niños. Esa era nuestra vocación. ¿Por qué nos echaban? Estaba triste, confusa e irritada. Inmediatamente se lo contamos todo a Ernesto que me tranquilizó y me dijo que venía muy pronto a Madrid. Yo esperaba su consuelo y su aliento, y en vez de eso, me habló muy serio, como nunca lo había visto conmigo. Me dijo que le había desilusionado, que creía que yo había aprendido todo lo que él me había enseñado. “Veo que no has calado el Espíritu. ¿Eres tú más que Él para que no te ofendan, o te calumnien o te echen de los sitios? Realmente no esperaba esto de ti. Tienes que aprender a sufrir los reveses con alegría, a no echar nunca la culpa al otro, a perdonar, a estar dispuesta a todo por Amor al que te ama con locura. Pero con esta actitud no vas a ninguna parte. Así no vas a dar ningún paso hacia la santidad, que no es otra cosa que ser completamente de Él, y vivir habitada por el Amor”. Yo lloraba como una niña pequeña, pero sus palabras me calaron hasta el fondo”.

FIMES llega a la Mancha.

Una vez que la Obra sale de su núcleo original se extiende con relativa rapidez, y es que allí donde va un Misionero de la Esperanza surge FIMES. Este fue también el caso de Alcázar de S. Juan en la provincia de Ciudad Real, y otros pueblos cercanos como Herencia o Villarobledo. ¿Quién fue el apóstol? Antonio Quintanilla, que siendo estudiante en la Universidad de Córdoba entra a formar parte del

grupo de esa ciudad y se enamora de la vocación. Lleva, pues, el tesoro a su tierra, una vez que concluye sus estudios, y siguiendo el modelo descrito, se ofrece al párroco para trabajar con niños y jóvenes.

Diego Ernesto, siguiendo el mismo patrón de apóstol que ya hemos conocido, lo cuida como a la niña de sus ojos, y ve siempre en él al joven profundo, entregado, generoso y abnegado, que siempre en soledad y que le basta un poco de agua, de Gracia, para echar buenas raíces y dar frutos abundantes.

Antonio recibe también ánimos y cuidados de su grupo de Córdoba, y otra vez se pone en funcionamiento esa red invisible que facilita el que cada uno sea cuidado y sostenido por otros, como en el tiempo de la Congregación. El misionero no se siente solo, aunque esté en su pueblo, sin grupo ni equipo que lo sostenga. Hay otros hermanos que rezan por él, que se preocupan, que le escriben, que le hacen llegar las charlas del padre Ernesto, los retiros, los ejercicios... No existen todavía redes sociales virtuales, sino redes fraternales que se conectan a través de la oración, las cartas, las llamadas de teléfono y los encuentros personales, siempre que es posible. Y funciona.

Escribe Antonio a Ana Conde el 17 de julio de 1976: *“...Tengo esperanza de poder formar en poco tiempo un grupo verdaderamente unido en el amor y que influya sobre todo en la juventud alcazareña. Cuento con la ayuda de Cristo y con la de todos vosotros”.*

Cinco meses después parece que el grupo ya empieza a despegar y así se lo cuenta a Ana en otra cálida carta: *“Sabrás que estoy en Valdepeñas estudiando. Todo me va bien, aunque me acuerdo mucho de todos vosotros. Mañana pasarán a recogerme por aquí el padre Ernesto y Ángel. Van para Madrid pero quieren pasar la tarde conmigo en Alcázar de S. Juan. Nos juntaremos los del grupo y, a última hora, tendremos una misa. Tengo la esperanza de que esta visita del padre nos sirva para mucho y nos haga sentirnos con mucha más fuerza para ayudar a los demás...”* Dos hojas después termina su carta del siguiente modo: *“Da recuerdos por el centro y reza por mi pequeño grupo”.*

Con el tiempo el grupo crece, evoluciona, se expande, cambia...y da abundantes frutos.

En 1987 el párroco de la iglesia Santa María Madre De Dios, de Villarrobledo, solicita al responsable de FIMES de esa zona, todavía Antonio Quintanilla, que lleve el movimiento a su pueblo.

Villarrobledo es una localidad de la provincia de Albacete, en la Comunidad Autónoma de Castilla La Mancha, de unos veinticinco mil habitantes, que tiene un término municipal de los más extensos de España. En una de sus parroquias, un grupo de jóvenes que han terminado la perseverancia post comunión y han formado un coro piden a su catequista que les oferte una propuesta o proyecto que les permita comprometerse más en la Iglesia y consolidar el grupo. Lo cuenta Fernando Tomás, hoy misionero de Madrid y en aquel entonces un joven de quince años de Villarrobledo : “Mi padre era nuestro catequista en la Parroquia de Santa María, madre de Dios. Queríamos comprometernos, formar grupo en el seno de la Iglesia y le pedimos a mi padre que nos pusiera en contacto con algún movimiento o Proyecto en el que pudiéramos insertarnos. Él se puso en contacto con los Cooperadores Parroquiales de Cristo Rey y ellos le hablaron de Antonio Quintanilla que tenía un grupo FIMES en el pueblo de Las Mesas, en la provincia de Cuenca. Antonio nos indica que en nuestro pueblo hay un Fimes que trabaja en la radio y que puede ayudarnos a formar grupo. Vienen de Málaga algunos Misioneros a pasar unos días y compartir con nosotros y a partir de ahí empezamos el grupo. Poco después vino el Padre Ernesto. Nos habían contado que estaba muy enfermo y nosotros teníamos la idea como que se iba a morir de un día para otro. Cuando le vi me sorprendió. Me pareció un santazo, un hombre de Dios”.

Pronto habrá Misioneros que cruzarán el océano hacia Ecuador o hacia el Chad, en el corazón de África, jóvenes que llevarán su experiencia y espiritualidad allí donde la vida les lleva y un joven sacerdote que les anima y es testimonio para toda la Asociación.

En la Mancha se hace vida la espiritualidad teresiana y ya Mies también, de pasar por el mundo en zapatillas, y se transforma de forma consciente o inconsciente en esa suave brisa que viene a refrescar las tórridas tardes del verano en la meseta española, pero no es viento procedente del mar, sino del Espíritu.

FIMES arraiga en Alicante.

Casi todas las historias de fundaciones de MIES en los diferentes lugares de España tienen un denominador común, que no es otro que el empeño de un Mies por ser fiel a su vocación misionera.

A Alicante llega de la mano de Enrique Rubio Picó. Siendo niño fue a vivir a Málaga con su familia. Su padre era músico en el ejército y se instalaron en los pabellones militares, justo en frente del barrio de viviendas de Hazas de Cuevas, donde Ernesto había abierto el centro infantil para los Cruzados Eucarísticos. Inmediatamente Quique, que así le llaman todos cariñosamente, sensible a la Gracia y de carácter dócil, entra a formar parte del grupo y se integra por completo. Diego Ernesto ve en él cualidades extraordinarias para el apostolado, que con los años se van fortaleciendo y madurando. Su mirada limpia, su trato cálido, el ritmo dulce de su discurso, su capacidad de trascender y ahondar en el misterio de Dios y su entusiasmo apostólico le proporcionan al padre la confianza en que puede contar con el muchacho para que a través de él otros conozcan este particular carisma.

Esta confianza se ve confirmada cuando estando ya Enrique en edad universitaria, vuelven a trasladar a su padre, en esta ocasión a Alicante. Es el destino de D. Enrique y lo es también de su hijo, aunque la misión de cada uno sea muy diferente.

El joven misionero se decide a estudiar Magisterio. Quiere ser maestro y trabajar en la alfabetización y educación escolar de los niños. Entre tanto, se dirige a su nueva parroquia, Ntra. Señora de los Ángeles, y se ofrece a su cura párroco, D. Tomás Cartagena, para trabajar con niños y jóvenes.

“Enrique Rubio es el incansable apóstol – refieren sus hermanos.- Sale al encuentro de los niños, los busca, los invita y los acompaña en el proceso personal y de grupo”.

Desde 1974 Ernesto viaja a Alicante para visitar a su hijo espiritual, alentarle y animarlo. Éste, terminado sus estudios para maestro, decide entrar en el Seminario. Poco a poco, el grupo de jóvenes va

madurando y profundizando en la vida cristiana y en la vocación de Misioneros de la Esperanza. Ernesto, en sus periódicas visitas los va conociendo a todos, les habla de Jesús con entusiasmo y junto a Enrique, va fertilizando la tierra para que Dios arraigue en ella con fuerza.

En 1978, cuando empiezan a iniciarse las Comunidades en FIMES, se abre en Alicante un periodo de Convocatoria. Es una llamada, no sólo para los jóvenes que ya están participando en el grupo, sino para todo aquel que desee vivir en comunidad desde esta espiritualidad concreta. La Comunidad se entiende como un proceso de iniciación cristiana para adultos, de maduración en la fe, y como tal, sigue el itinerario que propone la Iglesia para ello, añadiéndole lo particular de este carisma de la Esperanza. Es una experiencia nueva, un camino que propone la Iglesia y MIES asume con entusiasmo, tanto para los Misioneros de la Esperanza consagrados como para los integrantes de los centros FIMES.

El núcleo de Alicante crece y empieza a consolidarse. Un grupo numeroso viaja a Córdoba para el encuentro juvenil anual al que llaman UNIFIMES. El lema de 1978 es “Alegraos en el Espíritu”, y efectivamente, el fuego del Espíritu Santo viene a quemar los corazones de cientos de jóvenes ya bastante acalorados por las tórridas temperaturas de esa ciudad en el mes de agosto. Fue un encuentro que dejó huella, según recuerdan los participantes.

Los dos anteriores se habían celebrado en Málaga. El de 1976, “Unidos en la Esperanza”, convocó a más de mil jóvenes en la Ciudad Deportiva de la capital y el del 77, “María vive” deja también una entrañable experiencia entre sus participantes. Fueron encuentros multitudinarios, en los que cientos de jóvenes celebraban su fe y su alegría de vivir entre cánticos, oraciones, conferencias, teatros y actuaciones. Para los tres eventos se organizó un festival de canciones a fin de elegir la más representativa de cada lema. En 1977 gana por goleada un tema muy al gusto de la época, con ritmo pegadizo y letra sencilla:

*“Como una flor Ella perfuma mi vida;
es como el sol que da calor a mis días.
sonrisa para el mundo triste de hoy,
es Esperanza ante lo perdido.*

*Como una luz que guía mi barca en la noche,
es sombra grata en mi largo camino,
es libertad que rompe la esclavitud,
Ella es verdad y borra la mentira...”*

Han pasado veintiún años desde que Ernesto, a los pies de la Virgen Macarena, sintiera que tenía que dedicar su vida a propagar el amor a la Madre entre los niños y los jóvenes. El camino ha sido largo, aunque ahora él lo perciba como una exhalación; a veces, tortuoso, pero Dios le ha permitido gozar también de la alegría al ver a tantos jóvenes unidos bajo un mismo lema: “María vive”. Él sabe perfectamente que no ha sido gracia a sus méritos, ni siquiera a sus muchos esfuerzos. María siempre ha estado intercediendo por esta Obra. Ella es la inspiración y Dios el artista, Ernesto sólo el instrumento. Lo cierto es que sin el toque de la mano del artista el instrumento hubiera permanecido mudo, pero bajo sus movimientos brotó la música.

*“María vive en nuestro cantar,
María vive en nuestro caminar,
María madre de la juventud,
enséñanos a amar como amas tu.”*

Dos sacerdotes sueñan FIMES Badajoz.

FIMES nace en Badajoz de la mano del P. Robles Febré, sacerdote onubense afincado en esa ciudad, quien por el año de 1972 desempeñaba el cargo de Capellán del Asilo de Ancianos Desamparados.

Este sacerdote funda un grupo juvenil con los muchachos que a diario ve jugar y reunirse en las inmediaciones del Asilo y lo denomina “Cristo joven”. Son tantas las similitudes con los inicios de MIES en la Congregación que sobrecoge leer la historia de este mov-

imiento. Acogía a muchachos de entre trece y dieciséis años. La idea era formar jóvenes que se pusieran a disposición de los párrocos de la ciudad. Tenían como patronos a Jesús adolescente, María Inmaculada, S. José y Sto. Domingo Savio. Su fin principal era preparar a los muchachos para que fueran cristianos auténticos teniendo a Cristo como centro de sus vidas, recibiendo una formación integral y un desarrollo armónico de cuerpo y espíritu.

Dentro del grupo se distinguían tres estados o etapas: los auxiliares, los probandos y los consagrados. Estos últimos leían y asumían su consagración personal en un acto solemne.

Curiosas las similitudes, las coincidencias o las diosidencias, según cada uno lo quiera ver. Parece tan providencial que la sorpresa da paso a la contemplación. El Espíritu Santo en aquellos primeros años de la década de los setenta inspiraba a dos sacerdotes distantes geográficamente tres o cuatro provincias pero con una misma vocación, la idea de trabajar con los jóvenes, formarlos íntegramente, acercarlos a Cristo y desde ahí, estar disponibles para la Iglesia, y todo ello, de la mano de María, Esperanza e Inmaculada, de San José, que representa toda una lectura teológica de la vida oculta y humilde de Nazaret, que llegará a MIES de la mano de Carlos de Foucauld, y de Domingo Savio, discípulo amado de S. Juan Bosco, mentor de los Misioneros de la Esperanza.

Y Dios dispuso que estos dos sacerdotes se conocieran, cuando ya ambos estaban inmersos en el proceso de fundación. Parece ser que nuestro P. Juan María Robles solía pasar las vacaciones estivales en su tierra onubense, pero su hermana, religiosa perteneciente a la Congregación de las Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad es destinada al Colegio que esta Obra tiene en Málaga, por lo que el sacerdote decide cambiar su destino veraniego para pasar unos días con su querida María Antonia. Es ella quien le habla de Ernesto Wilson y de su Obra, lo que despierta el interés del hermano e, inmediatamente, decide contactar con él. De su primera impresión dirá: “Es un hombre sencillo, simple aparentemente, muy piadoso, muy humano y algo raro, pero sobre todo es un hombre de Dios¹¹⁶”.

¹¹⁶ Historia de MIES-FIMES Badajoz.

En una carta dirigida al secretario del Grupo “Cristo Joven”, fechada el 9 de agosto de 1974, se expresa del siguiente modo: “Vengo¹¹⁷ a Málaga a buscar el descanso, el aire, el mar y la alegría de estar con mi hermana y me encuentro de golpe con regalos de Dios que me hacen pensar mucho. Aquí he encontrado almas exquisitas que me están haciendo mucho bien. He conocido a un sacerdote verdaderamente santo, que me ha dejado no sólo sorprendido sino con ganas también de tratar con él a ver si se me “pega” algo. Es el fundador de una Obra exclusivamente dedicada a la juventud, de la que te hablaré cuando vaya. No he conocido hombre más sencillo, más humano ni más de Dios. Se llama Diego Ernesto Wilson Plata. Es de Sevilla, pero lleva muchos años afincado en Málaga. Estuvo al principio de su ordenación como coadjutor en una parroquia de ésta, y fue conocido poco a poco por su gran virtud [...]”.

Comenzó a dedicar su vida exclusivamente a salvar a la juventud de Málaga, más podrida que en otras partes por el ambiente de extranjeros tan pernicioso en toda la costa. No sé cómo iba atrayendo a los jóvenes, que iba cultivando a base de hacerlos chicos de oración y entrega (cuando se dio cuenta vio que tenía a más de cien muchachos a su alrededor). Formó unos directivos estupendos y fundó su Obra. Esta se llama Misioneros de la Esperanza. De esto hace ya trece años. Hoy lleva más de tres mil chicos en Málaga, con cerca de doscientos consagrados a la misma. En ella tienen cabida: solteros, casados, trabajadores, estudiantes, seminaristas, célibes, sacerdotes, etc. Hace pocos días ha estado en Roma, donde su Obra ha recibido confirmación pontificia. Es algo muy original, jóvenes de todas las edades, desde los dieciséis hasta los treinta años. Estaba confesando todo el día, hay veces que se tira hasta doce horas. Está muy enfermo.[...]

En los días que ha tenido que guardar reposo por su enfermedad se ha dedicado a pintar y esculpir. Me he quedado sorprendido de sus obras maravillosas. De escultor ganaría mucho dinero. En su capilla tiene una Macarena igual a la de Sevilla, que es la patrona de la Obra. Y así tiene muchas más imágenes.

¹¹⁷ Se transcribe textualmente casi en su totalidad, tal y como aparece en La historia de MIES-FIMES Badajoz, por lo interesante que resulta conocer las impresiones del P. Robles respecto a Ernesto Wilson.

Si os contara cosas que me ha narrado con la mayor sencillez del mundo, se os pondrían los pelos de punta, cobardones... Por ejemplo, al hablarme del Papa, ya que no sólo bendijo su obra sino que le dijo: "Te mando que la lleves adelante...". Se marchó a Roma, como creo que hace siempre, sin una perra¹¹⁸ en el bolsillo, en el coche que tiene la Obra y se ha gastado más de treinta mil pesetas. ¿De dónde las ha sacado?- Le pregunté. Y con una fe sorprendente me respondió: "Dios me da el dinero cuando me hace falta. Meto las manos en el bolsillo y saco los billetes..."

¿No es esto para dar gracias a Dios? Tengo entre manos un proyecto muy grande, que dará mucha gloria a Dios. Tal vez demasiado ambicioso para mí. Te ruego hagas con Bravo, a quien leerás esta carta por favor, media hora de oración diaria, pidiendo a Dios para que se lleve a feliz término..."

El proyecto que con tanta ilusión menciona el P. Robles es la fusión del grupo "Cristo Joven" con Fimes, tal y como le ha propuesto Diego Ernesto al sacerdote onubense. Ambos habían hablado y conectado profundamente, conviniendo que la similitud entre una Obra y otra era sorprendente. El 26 de octubre de 1974 Ernesto visita al grupo, después de dirigir unos ejercicios espirituales en Orihuela (Alicante). Pocas semanas más tarde celebran una Asamblea donde se acuerda la incorporación a FIMES: *"El 18 de noviembre de 1974 se acordó que a partir de la fecha se transformaría en un centro FIMES, al amparo y auxilio de MIES, casa de Málaga..."*¹¹⁹

En diciembre de ese mismo año el capellán del Asilo de los Ancianos Desamparados se vincula a MIES, contagiando su ilusión y vocación a sus muchachos y a partir de ese momento la expansión es imparable. El viento del Espíritu irrumpe en la juventud de Badajoz y los Centros FIMES van a ir surgiendo y creciendo con una fuerza inusitada.

Desde Málaga envían a José Miguel Frías, que será el segundo Misionero de la Esperanza en la ciudad, pero a él le seguirán otros muchos, quienes a través de FIMES, se enamorarán de la

¹¹⁸ Dinero, plata.

¹¹⁹ Boletín MIES de diciembre de 1974.

vocación y decidirán dar el paso a la consagración por promesas y votos.

¿Cuál fue el desencadenante del éxito de la Obra en Badajoz? Obviamente la Gracia de Dios, acompañada de otros ingredientes que, en esa época, fueron claves para interpelar y despertar el interés de los jóvenes pacenses, según lo describen ellos mismos en la *Historia de MIES-FIMES de Badajoz*:

"Entre las causas que motivaron este éxito se podrían señalar:

El carácter eminentemente abierto del grupo. Cualquiera que llegara era acogido sin más preámbulos.[...] Todos eran bien aceptados.

La alegría que se respiraba: saludos, detalles, cortesía, familiaridad, espontaneidad.

Buena acogida a los que llegaban nuevos. Rápidamente eran integrados.

Buena organización. Cada Comisión funcionaba por sí misma con sentido de responsabilidad. Al final de mes y ante el sagrario se hacía una exposición-valoración del trabajo realizado.

La Comisión de actividades organizaba concursos y juegos que despertaban gran interés.

Era también un escenario idóneo para la relación chico-chica."

En definitiva, se repite el modelo que en Málaga viene funcionando desde 1957 y que se ha ido perfeccionando en esos años, empapado siempre de una lluvia de Gracia para todos los niños y jóvenes involucrados y comprometidos en el proyecto.

Es un modelo de apostolado que abarca tres vertientes, fundamentalmente: la Organización, el encuentro profundo con Cristo, y la atención apostólica con dedicación al detalle a los niños y los jóvenes. Los tres aspectos son esenciales para que funcione.

La organización es clave para el éxito del crecimiento y perseverancia del grupo, pero también lo es la atención personal, cercana,

cálida y sencilla de los Misioneros a cada joven o niño que se acerca a la Obra, y todo ello sostenido y alimentado por la relación diaria y profunda con Cristo y la devoción a su Madre, María Esperanza Macarena. Ese es el modelo que ha interiorizado cada Misionero de la Esperanza, aprendido directamente de Diego Ernesto Wilson, y es el que desarrollan allá donde es enviado cada uno o donde el devenir de sus vidas les lleva. Se repite en todas las provincias donde se inicia FIMES, un movimiento primero y una entidad después que será la cantera fundamental de MIES.

Descubriendo América

Hasta 1982 no se presenta la ocasión de viajar a América. Han pasado cuarenta y cinco años desde que aquel niño que se acercó anhelante a rezar delante de la Virgen Macarena de la mano de su madre, se encontrara con el obispo latinoamericano quien le vaticinó que un día él sería misionero allende el mar, en América. Ernesto ha guardado ese deseo en su corazón, torpedeado por las muchas dificultades que han surgido a lo largo de su camino, pero expectante, esperando el momento preciso. Si Dios lo quiere, saldrá adelante.

Su salud sigue siendo muy frágil, su madre no quiere ni oír hablar del tema, la tarea en España es ingente, los viajes transoceánicos no son tan accesibles como hoy en día, el destino concreto no parece muy definido... ¿Por dónde llegará la oportunidad? ¿De qué circunstancias se valdrá el Señor en esta ocasión para que MIES y FIMES den el salto al querido continente americano? En la mente de Ernesto hay una claridad y es que *“Si Dios está con nosotros, ¿Quién contra nosotros?”* (Rm 8, 31) ¿Acaso su precaria salud que siempre le está jugando malas pasadas? ¿Su psiquismo, a menudo frágil y torturado? ¿Los escasos recursos económicos con los que cuenta? ¿Su falta de espíritu aventurero? ¿La carencia de credenciales o de una Obra consolidada en la Iglesia que lo respalde? ¿Su desconocimiento de la tierra y las costumbres, de la forma de pensar y de actuar de las gentes? ¿Su aversión a los desplazamientos por carretera? No. El sabe que *“todo lo puede en Aquel que le conforta”* y de ello hay numerosos testimonios.

Las reticencias de su madre las supera con una historia rocambolesca que le cuenta acerca de una nueva responsabilidad solicitada

desde el mismo Vaticano; los problemas de salud, como siempre, los va sobrellevando sin que sean impedimento para la actividad apostólica y todos los temores y dudas que le surgen los acalla con oración e ilusión. ¡Ha esperado tanto este momento que no puede pararse en ninguna otra consideración que no sea estar profundamente agradecido por la oportunidad que se le brinda! Algo bueno y positivo ha de surgir en ese viaje para MIES.

Parece que la preocupación de Paco González¹²⁰, quien le acompaña en esta empresa, es más difícil de acallar. Este escribe en su diario de viaje: “Preocupación si su corazón resistirá tantas horas de vuelo. Gracias a Dios no hubo problema y aterriza en Caracas [...] Una Acción de Gracias gozosa le brotaba del corazón y de sus labios”.

Diego Ernesto no sólo no se deja vencer por el cansancio, el calor o los insectos, sino que se crece, como si todos esos inconvenientes le dieran una fuerza misteriosa. *“Todo su ser vibraba ante la emoción del inicio de esta experiencia misionera”*- escribe Paco en su cuaderno de bitácora.

Viajan a Carupano y Yaguaraparo en Venezuela, donde está de párroco un sacerdote murciano que había vivido en el Centro Mies y estudiado algunos cursos de teología en Málaga. Recorren caseríos, ranchitos y escuelas, dan charlas a jóvenes y niños, visitan enfermos, celebran eucaristías en la Parroquia y se entrevistan con el señor obispo de Cumaná a quien le plantean la posibilidad de enviar Misioneros de la Esperanza a su Diócesis. Ernesto lanza la semilla aunque no será en esta tierra donde arraigue.

De la cálida Venezuela emprenden vuelo hacia Ecuador. No era la primera vez que Misioneros de la Esperanza aterrizaban en esta bendita tierra. En 1972 un matrimonio Mies de Málaga, José Yañez y Mercedes Tous, habían estado como misioneros en la zona del Oriente. Tras ofrecerse a la Asociación Misionera Seglar (AMS) a través de la Delegación Diocesana de Misiones de Málaga, son enviados a la Prefectura Carmelita de S. Miguel de Putumayo de Sucumbios. El obispo de esta provincia ecuatoriana les acoge y les encomienda la at-

¹²⁰ Se había ordenado sacerdote el 22 de diciembre de 1979.

ención a un colegio con internado. Allí Mercedes da clases regulares, pues es maestra de primaria, y Pepe se encarga del mantenimiento de las instalaciones educativas. Los fines de semana realizan su labor pastoral en Goepí (frontera de Perú, Colombia y Ecuador) dando catequesis, formación a los catequistas y todo el trabajo pastoral que requiere la parroquia. Ellos fueron, pues, los pioneros, aunque el camino se le abrió a la Obra por otra ruta.

Se puede decir que fueron varios los intentos que se habían llevado a cabo en torno a la idea de desarrollar una acción apostólica organizada en tierras americanas y llevar también la vocación de Misioneros de la Esperanza a un lugar donde tantos niños y jóvenes podían ser bendecidos con este carisma, pero el Señor tenía un plan, quizá tortuoso e incierto para la mentalidad economicista del hombre occidental que busca el camino más directo, el que garantice un menor coste humano y financiero y un mayor beneficio en cuanto a los resultados.

Las empresas de Dios nada tienen que ver con esos parámetros puramente humanos. El tiempo no se mide en horas, ni en días o semanas. El tiempo se mide en oportunidades para la Gracia. Lo que para las medidas humanas es infructuoso y poco operativo, para el Señor es toda una escuela de humildad, templanza, mansedumbre, paciencia, amor...

Desde este punto de vista podemos decir que los comienzos fueron los más adecuados, los que tenían que ser, a pesar de lo extraño que podía resultar para cualquier misionero de la esperanza de la época.

El germen se genera en una Escuela de Animación Misionera que funciona en la Diócesis de Málaga, dirigida por los Misioneros de la Consolata. En ella participan varios Mies, entre ellos Amelia Sanjuan. También hay religiosas. En 1979, a solicitud de las Esclavas del Divino Corazón de Jesús, que acogían laicos, viajan Amelia y Charo Cortés a la ciudad de Manta para dar clases en dos colegios religiosos de la zona. Al poco tiempo Charo inicia un proceso de discernimiento vocacional y decide entrar en la Congregación Religiosa que las acoge, por lo que Amelia regresa a España, con la idea clara de

regresar con un equipo Mies. En contacto con los jesuitas de Manabí, acuerdan que cuatro Misioneras de la Esperanza atiendan la Casa de Espiritualidad de S. Claver en la ciudad de Manta.

En 1982 el Equipo Director envía nuevamente a Amelia, ahora acompañada por Consuelo Rodríguez, Ana Acosta y M^a Castillo García, para hacerse cargo de esta Casa de Espiritualidad, dirigida por la comunidad de PP. Jesuitas.

“Me llamó Salvador Luna, que entonces era el Responsable Mayor Laico de MIES.- Recuerda Ana.- Yo estaba entonces desempleada, cobrando la prestación. Era monitora de Probación en Antequera (Málaga). Me dijo que Marta Sanjuán, la hermana de Amelia, tenía proyectado ir con su hermana a Manta, pero aún no había terminado sus estudios y necesitaban a alguien que ocupara su lugar mientras ella se graduaba. Yo no podía decirle que no. Era mi responsable quien me estaba pidiendo un servicio. En realidad no sabía ni dónde estaba Ecuador; no conocía el equipo, no había convivido con ninguna...pero Salvador lo pedía y ahí me fui yo...”

La casa de S. Claver está ubicada en la playa del Murciélagos. Se trata de un edificio de varias plantas, con habitaciones individuales para los ejercitantes y los jesuitas que precisan un tiempo de descanso. Tienen salones para las reuniones, capilla y un impresionante jardín tropical con monos, guacamayos y otras especies exóticas que completan un miniecosistema bellissimo para la vista y extrañamente armónico para los oídos europeos. Ese pequeño parque pensado para la meditación y la relajación termina en una impresionante balaustrada abierta al inmenso Océano Pacífico.

“Yo me ocupaba de la segunda planta del edificio.- sigue recordando Ana Acosta.- Consuelo preparaba los menús, se ocupaba de las compras y todas dábamos charlas o preparábamos dinámicas de grupo cuando había muchachas que pasaban allí algunos días de convivencia. En realidad aquello no tenía mucho que ver con nuestra vocación MIES en sentido literal. La experiencia fue dura para mí aunque muy bonita. Yo hablaba muy fuerte, gritaba mucho, era muy nerviosa y aquello era un choque para las personas de allá.”

En las largas tardes de Manta, en la quietud y el silencio de S. Claver, cuesta reconocerse en el cumplimiento de la vocación recibida. Había momentos de acción también, pues era necesario ordenar, limpiar, servir... en medio de ese tedio cadencioso característico de las Casas de Espiritualidad en el que sólo se alcanza a oír el tic tac interminable de algún reloj de pared o el canto lejano de los pájaros que anidan en los árboles del jardín. Sin duda las misioneras españolas añoraban las risas de los niños, los correteos, los juegos de salón, las canciones acompañadas de guitarras, el trabajo apostólico incesante... *“El Señor sabe bien lo que hace – comenta Ana.- A mí me llevó a un sitio intermedio porque quizás no estaba preparada para otra cosa. El choque cultural era muy grande. Compartíamos muchas cosas con las personas de allá: idioma, fe, cultura, incluso, pero éramos diferentes por la mentalidad, la forma de vivir, los valores, la forma de hablar o de abordar los problemas... ¡Teníamos tanto que aprender!...”*

FIMES Y MIES arraigan en Manta y de ahí a Quito.

Y aquella casa de Espiritualidad se convierte en escuela de actitudes. Lo primero adaptar el ritmo y templar el alma. Se acabaron las carreras, las prisas, las discusiones acaloradas antes de llegar a acuerdos, la mentalidad “eficacista” que ve pérdida de tiempo en los momentos de relax y silencio, en las dilatadas pláticas sin otro fin que disfrutar de la conversación y la compañía. Lo segundo, empezar por la máxima teresiana de “Ora, lucha y confía”. Hay tiempo sobrado para orar. Lo tercero, se presenta una oportunidad única para “pasar en zapatillas”, sin que nadie advierta conscientemente la presencia de MIES, más allá de los pequeños detalles cotidianos: una cama perfectamente hecha, sin pliegues ni arrugas en la colcha, una servilleta dispuesta simétricamente sobre el mantel, una charla proclamada con entusiasmo y calidez, un paseo silencioso por la orilla del mar contemplado la grandeza de la creación. Y siempre queda tiempo para catequesis en la Capilla de Santa Marianita, para dar clases en la Escuela de fe y Alegría, para empezar con un banco de lentes para personas sin recursos u otras tareas que van surgiendo en el día a día.

“Nos relacionábamos con personas adineradas que venían a hacer Ejercicios Espirituales o de convivencia. Nada que ver con lo que era nuestros estilo apostólico, pero de vez en cuando llegaban muchachas de

colegios y teníamos la oportunidad de interactuar con ellas, hablarles, pasear por la playa, preparar para ellas dinámicas al estilo de nuestros centros FIMES... ¡Era un respiro!” – recuerda Ana con cariño.

Cuando María Del Castillo tiene que regresar a España la sustituye Conchi Ponce, una joven de veintidós años que estaba por entonces en Probación. *“Descubrí mi vocación misionera de forma natural, a través de mi relación con personas muy significativas en mi vida. Primero fue mi responsable en el grupo del MAC¹²¹ que era Mies. Yo quería ser como ella.*

En ese tiempo íbamos mucho a la Casa de Espiritualidad del Olivar, en Torremolinos. Allí conocí a una monja que se llamaba Carmen y acababa de llegar de Nigeria. Esa mujer me cuestionó en lo profundo. Al regresar nos carteamos un tiempo y, poco a poco, sutilmente, fue creciendo en mí la inquietud por la Misión entonces llamada Ad Gentes”¹²².

Es en este tiempo cuando empieza el primer Centro FIMES en Santa Marianita. San Claver es el punto de partida, el centro neurálgico que aglutina a las misioneras que, poco a poco, van encontrando espacio y tiempo para desarrollar una actividad apostólica activa y cada vez más comprometida.

“Para 1988 ya habíamos desarrollado un discernimiento serio en relación a nuestra vocación y la conveniencia de seguir en S. Claver. Nos sentíamos agradecidas por ese tiempo y la oportunidad que significó para MIES, pero era el momento de incardinarnos en distintos barrios y realidades de la zona. Dejamos, pues, la casa de espiritualidad y alquilamos un piso cerca de Sta. Marianita para entregarnos por completo a los niños y jóvenes de la zona. Empezó la época dorada de MIES en Manta. FIMES era un grupo juvenil referente en la ciudad “.

A Conchi le siguieron un gran número de Misioneros de la Esperanza procedentes de distintas provincias de España. Unos, además del trabajo pastoral, ofrecieron sus servicios como médicos

¹²¹ Movimiento de Acción Cristiana liderado por Juan Moreno, que fue Misionero de la Esperanza durante años.

¹²² Actualmente se le llama Ad Extra.

o profesores, otros como sacerdotes, otros como ministros extraordinarios o sacristanes... El trabajo era ingente y la ilusión desbordante.

Francia López Bailón, una joven de Manta en aquellos primeros años, escribe: *“FIMES no sólo aportó valores a mi vida, era mi vida. Desde que a los diecisiete años empecé a asistir a las reuniones a la que gentilmente nos invitaron ‘las españolas’ me di cuenta que eso era lo mío, el estar en un grupo donde nos entendían, nos explicaban sobre quién era Dios y cómo, con libre albedrío, podíamos seguirlo. ¡Me sentí ya en el cielo!, pero a la vez me di cuenta del gran compromiso que debía realizar, el ser ejemplo para mis amigos; decir además: - ¡qué bien se está en mi casa porque estoy yo! - era de verdad algo de grandes proporciones”*.

En aquel entonces un joven llamado Patricio Maggi entró en el grupo. A su padre le habían destinado a Manta por motivos de trabajo. Enseguida se entusiasmó con esta propuesta de vida y cuando poco después volvieron a trasladar a su padre, ahora a Quito, la capital de la República, no dudó en llevar con él la semilla ya germinada en su interior de FIMES.

Él mismo lo cuenta con motivo del veinticinco aniversario de MIES en Quito: *“Cuando llegué a Quito me uní a un grupo de música de la Iglesia de la Villaflora, pero sentía que me faltaba algo. Echaba de menos la formación, la forma de trabajar que había conocido en Manta con los Misioneros de la Esperanza, así que contacté con Casti y quedamos en iniciar un grupo FIMES. Un mes viajaba yo a Manta y otro venía ella a Quito...”*

A Casti la sustituirá Conchi Ponce y a ésta María Luisa Martínez, misionera cordobesa, hasta que en 1991 se instalan ya un equipo fijo de misioneras en la capital.

Y como Dios va tejiendo en lo invisible, con hilos que no alcanzamos a ver, en 1990 llega a Málaga, para su periodo de vacaciones el P. Jose Luis Caravias, un sacerdote jesuita que estaba exiliado en Ecuador, procedente de Paraguay, país en el que había tenido problemas con el dictador gobernante Stroessner. Este sacerdote vivía por entonces en el pueblo de Chordeleg (provincia de Azuay)

y conoce a las misioneras a través de la casa de espiritualidad de S. Claver. Es testigo, pues, del nacimiento de FIMES en Manta, y toda la trascendencia y florecimiento que tuvo en esos años.

¡Y qué diosidencia!, Caravias va a Coín, un pueblo de la provincia de Málaga a visitar a sus familiares. Aprovechando la cercanía, las Misioneras de la Esperanza que viven en la Guardería de Torremolinos, lo invitan para saber de él y compartir noticias. Entonces el jesuita plantea que el Padre Carolo, vicario episcopal del Sur de Quito, necesita laicos para trabajar en la pastoral juvenil, y a partir de ahí, se cruzan cartas entre este vicario y el Equipo Director de MIES que decide enviar misioneros a la capital de Ecuador. Aquello también debió ser un alivio para Patricio Maggi y las misioneras que hasta la fecha viajaban en el bus nocturno desde Manta a Quito, por carreteras complicadas y tortuosas, a fin de atenderlo, alentarlos y llevar su testimonio al pequeño grupo quiteño.

El 27 de enero de 1991 parten, pues, tres Misioneras para Quito, para dar comienzo a la tarea pastoral en la Parroquia de Cristo Resucitado, en La Quito Sur y a partir de ahí se van incorporando sucesivamente más misioneros que desarrollarán distintos proyectos en el marco de la liberación integral de las personas¹²³ y el apostolado directo con niños y jóvenes. Serán también durante años casa de acogida, atención y descanso de los misioneros en su trasiego continuo, de paso hacia Manta, de visita pastoral desde España, de experiencia misionera para proyectos concretos... un lugar cálido y acogedor en el corazón serrano y austero de la República de Ecuador.

M^a Carmen Anaya recuerda con cariño y cierta nostalgia, con motivo de “los veinticinco años de presencia de MIES en Quito: *“...Contar la experiencia de esos años trae a mi memoria sentimientos de gratitud... Tantas personas que nos acompañaron en esos años: los misioneros que se van incorporando, nuestro querido Padre Ernesto, visitas de los hermanos de Manta y de Cuenca, Responsables Generales, gente que sin conocerla acogimos en nuestra casa y aprendimos mucho de ellas. [...] No quiero pasar la oportunidad de transmitir el bien que nos hizo el compartir en la Vicaría el momento fuerte de reflexión que giraba en torno a la Iglesia de*

¹²³ Cuarto Fin de MIES.

los pobres. Pasaron por nuestra Parroquia gente como Pedro Casaldáliga, Rigoberta Menchú, Gustavo Gutiérrez, José Luis Caravias...

Son tiempos en los que la llamada Teología de la Liberación plantea una reflexión profunda acerca de cuestiones de hondo calado evangélico como la opción preferencial por los pobres y de cómo la salvación cristiana no puede darse al margen de la liberación económica, política, social e ideológica, como signos visibles de la dignidad de las personas.

Digamos que hasta esos años sesenta de los que ya hemos hablado en el capítulo anterior, Latinoamérica experimentaba una dependencia importante de Europa y de América del Norte, fundamentalmente de Estados Unidos, que se había convertido en la cabeza visible del imperalismo económico de Occidente. Y es a partir de esta década cuando la Iglesia Latinoamericana empieza a procesar su propia vivencia y, fruto de esa reflexión y experiencia vital con su pueblo, elabora una Teología propia, que va a enriquecer y alimentar no sólo a su feligresía, sino a la de la vieja Europa y a la de todo el mundo cristiano. La Iglesia Latinoamericana digamos que aporta sus dones, su experiencias de vida y de fe y elabora una reflexión teológica que cuestiona las conciencias de todos los cristianos, convirtiéndose así en profeta y motor de esa renovación que zarandeó a la Iglesia en los años conciliares y postconciliares.

Y de todo ello, salvando las desviaciones, se alimenta y enriquece la Obra, como ya hemos comentado, hasta el punto de que de los dos fines primeros que se definen se desgranar dos concreciones contenidas en ellos, por su importancia y necesidad de relevancia, redactándose cuatro, tal y como aparecen en los Estatutos vigentes en la actualidad¹²⁴:

“Art. 4. Los Fines de MIES son:

- 1. Buscar la perfección cristiana mediante la vivencia radical de los consejos evangélicos para alcanzar la unión con Dios al servicio de su Reino.*
- 2. Vivir y propagar la devoción a la Virgen María.*

¹²⁴ Estatutos aprobados en 1993.

- 3. La acción apostólica con niños y jóvenes tratando de orientarlos hacia un cristianismo comprometido y comunitario. MIES se ofrece a la Iglesia para llevar a cabo cualquier tipo de apostolado infantil y juvenil.*
- 4. La liberación integral de las personas desde la no-violencia evangélica”.*

Paraguay acoge a MIES.

Los comienzos de MIES y FIMES en Paraguay, como toda la historia de la Obra, están jalonados de encuentros y desencuentros que, mirados desde la distancia, relatan una historia trascendente. Sin duda, María, como el día de la boda en Caná toma las riendas y ayuda a tejer un manto de Gracia que convierte las coincidencias en oportunidades, los errores o las intuiciones en momentos necesarios para la fundación.

Quizá el hilo se empezara a entrecruzar una noche en Argentina, cuando el Padre jesuita José Luis Caravias¹²⁵ se ve obligado a huir de lo que se llamó la Triple A¹²⁶. Cuenta el sacerdote en su Blog¹²⁷: *“A partir de una experiencia inicial de sacerdote-campesino, las nacientes ligas agrarias del Paraguay me nombraron su asesor nacional. [...] Casi por tres años tuve un nuevo compromiso con las Ligas Agrarias del noreste argentino. En el fondo del Chaco ayudé a fundar un sindicato de hacheros. En un pueblito llamado “Avia Terái”, con un calor terrible, sacudido por fuertes crisis, nacieron tres hermosos hijos: “Dios es bueno”, “Cristo nuestra esperanza” y “Consagrados a Cristo en los pobres”. A ninguno de ellos logré “bautizarlos” en Argentina. No sabía cuál persecución era peor, la del Gobierno o la de la Jerarquía... Se me comunicó oficialmente que la “Triple A” había decretado mi muerte, y tuve que escapar...”*

El padre Caravias era una persona incómoda para el dictador Stroessner y su gobierno, así como para los gobiernos totalitarios que le rodeaban e incluso para una parte de la Iglesia o de la propia Compañía de Jesús. Defender a los campesinos, trabajar en su em-

¹²⁵ Nació en Alcalá Real (Jaén) en 1935 y se crió en Coín (Málaga). A los dieciocho años entra en la Compañía de Jesús y siendo estudiante, en 1961 es enviado a Paraguay.

¹²⁶ Alianza Anticomunista Argentina.

¹²⁷ www.jlcaravias.com

poderamiento, denunciar las injusticias a las que se ven sometidos, ayudarlos a organizarse frente a los patrones y hacer todo ello desde una lectura profunda y teológica de la Palabra puede ser bastante peligroso en este tipo de contextos.

Le tocó, pues, regresarse a España, pero como ya Latinoamérica le había seducido hasta las trancas, - *“repatriado y aburrido en España, rebosando añoranzas...”- escribe en su Blog recordando esta época.*”- pidió a sus superiores que le enviaran a otro destino y en mayo de 1975 es enviado al Sur de Ecuador.

Otra vez la contrariedad y el sufrimiento dan paso a la oportunidad. Se cierra la puerta de Paraguay y Argentina para el jesuita, pero se abre la de Ecuador y, con ello, de esa forma misteriosa en que Dios hila las historias, se empieza a tejer la de MIES Paraguay.

En la ciudad de Manta las misioneras de S. Claver conocen al Padre Caravias y a través de ellas el sacerdote se encuentra con el carisma Mies. Es un encuentro providencial para la Obra, aunque en ese momento todavía no se vislumbra lo que iba a acontecer. Son los años del florecimiento de FIMES en la ciudad manabita, y Caravias es testigo de ello.

En 1989 Stroessner cae y el P. Caravias regresa a su amada Paraguay donde permanece. En un viaje de descanso que realiza a España va a visitar a su familia en Málaga y allí tiene la oportunidad de reencontrarse con Conchi Ponce quien, tras sufrir un cuadro severo de paludismo ha tenido que regresar a casa y ahora ya sabe que no podrá volver a la ciudad costeña, pues correría el peligro de una recaída. Para Conchi las puertas de Manta se han cerrado, como unos años antes se cerraron las de Asunción para José Luis Caravias, pero este reencuentro entre ambos vendrá a abrir nuevos horizontes. *“Si no puedes regresar a Manta por lo del paludismo, ¿por qué no te vas a Quito?”- Le pregunta el jesuita con ilusión. “Conozco al Padre Carolo, vicario del Sur de Quito. Está buscando laicos que trabajen la pastoral juvenil y tú podrías hacer ese trabajo muy bien...”*,

De ese día de alegre convivencia en la Guardería de Torremolinos, donde se ubicaba una fraternidad MIES que acogía a los

misioneros que se preparaban para ser enviados a Ecuador, surge otro encuentro, el de Diego Ernesto y los responsables mayores de la Obra con el jesuita. Y no sólo hablan del Proyecto de Quito sino también de Paraguay, un país joven, en crecimiento, donde la gente es profundamente espiritual y vive su fe con mucha receptividad a la Palabra y a la atención de sus pastores. Pero hay pocos sacerdotes, pocas personas que puedan dedicarse por completo al ministerio de la Palabra, a atender las miles de capillas que jalonan sus pueblos y ciudades. MIES podría ser un carisma que viniera a dar respuesta a las necesidades y anhelos de muchos jóvenes y niños paraguayos.

La invitación queda en el aire aunque Ernesto toma buena nota de ella. En 1991 realiza un viaje pastoral a Ecuador e impelido por el deseo de conocer el bello país que le ha descrito el P. Caravias, realiza una visita relámpago a Asunción y Corrientes, esta última en Argentina, acompañado por Jesús López, misionero alicantino enviado a Manta junto a su esposa.

Ernesto queda encantado con su experiencia paraguaya. Es una Gracia importante en su vida y sabe que lo será para la Obra, pero queda tanto que hacer... Lo primero, encontrar personas adecuadas para esta misión, después, preparar el camino, definir cuál será la tarea, la ubicación exacta, estudiar la financiación...y otros mil detalles que se irán determinando en los dos próximos años.

En su viaje ha conocido a un hombre que puede ayudar a la introducción del carisma. Se llama Lázaro. Francisco González lo describirá así: *“Es un hombre sencillez, acogedor, casado con Mirta, con dos hijos. Conoció MIES-FIMES a través de las charlas que dio Diego Ernesto cuando visitó Paraguay junto a Jesús López. Posteriormente alojó en su casa a Amelia Sanjuan durante más de un mes, cuando ella fue a dar a conocer nuestro carisma allí”*¹²⁸.

Paraguay ya no es un sueño, es un Proyecto, y como tal lo planifica con mimo, cuidando los detalles. Desde Ecuador se envía a Amelia Sanjuan para *“allanar el camino y ultimar detalles”* y, sobre todo, para que Lázaro pueda conocer este carisma de la Iglesia de

¹²⁸ González, F. “Rohaijú Paraguay”. Pag. 13. Boletín MIES de Octubre de 1993.

la boca y la vida de una Misionera de la Esperanza. A Ernesto no le parece suficiente que conozca la Obra a través de escritos, cartas o cassettes. Quiere que se empape de todo de primera mano. Y en 1992 y 1993 Francisco González visitará la Diócesis paraguaya para sembrar la Palabra y presentar la Obra a más personas.

La respuesta de jóvenes y adultos es abrumadora. Allá donde predica y anuncia el aforo está completo, el trato es exquisito, y el entusiasmo desbordante. Cada día de aquella visita, cada encuentro, cada conversación vienen a fortalecer la voluntad de que hay que enviar un equipo a Paraguay para que conozcan el carisma que un día en Sevilla recibió Diego Ernesto a los pies de la virgen de la Macarena.

Una parroquia paraguaya puede tener una feligresía de 200.000 almas, lo que hace imposible que un solo sacerdote o dos puedan atenderlas convenientemente. Por ello, se dividen en varias decenas de capillas, al frente de las cuales se nombra a un Coordinador de Capilla, hombre o mujer, que se encarga de todo el trabajo pastoral y de presidir y conducir, por tanto, las Celebraciones de la Palabra. La Eucaristía convoca a la comunidad una vez al mes, cuando el párroco puede celebrar, y no siempre coinciden en domingo. Aún así la respuesta del pueblo es generosa y abundante.

Refiere Juan Carlos Gutiérrez, misionero en Paraguay junto a su familia durante unos años: *“Que un sacerdote vaya a tu capilla es un privilegio y una rara oportunidad para poder acercarse al Sacramento de la Reconciliación y a la Eucaristía. Un cura cercano que te hable de tú a tú, que juegue con los niños, que dé bromas...ese se gana a la gente. Imagínate a Paco González o a Pepe Ruiz Córdoba¹²⁹ rodeado de jóvenes o de niños, hablándoles como uno más, aprendiendo palabras en guaraní, contando historias...Cuando tocaba la hora de las confesiones la fila daba la vuelta a la calle y aquello eran horas y horas...algo muy sorprendente para los misioneros europeos...”*

El primer envío de un grupo de misioneros estables para Paraguay se hizo en julio de 1994. Rafael Arjona, que integraba ese trío junto a Rosa Torres y José Antonio Zapater lo recuerda con cariño y

cierta nostalgia: *“Nos instalamos en una vivienda alquilada que Lázaro y el grupo de S. Blas de Loma Pytá nos habían buscado para los primeros tiempos [...] Unos meses más tarde nos trasladamos a Luque, ciudad cercana a Asunción, donde en la actualidad mantiene MIES su labor y su sede. Vinimos aquí porque el sacerdote Juan Lafflamme, de la Diócesis de Quebec (Canadá), que trabajaba en la parroquia de Luque hacía tiempo que contactó con nosotros y nos abrió campo apostólico, mientras que en otros lugares donde fuimos presentando nuestro carisma y oferta apostólica no se acababa de concretar nada...”*

Y a ellos les siguieron otros misioneros que dedicaron su tiempo y su vida a presentar a Cristo a los niños y jóvenes, a trabajar en su liberación integral desde la no violencia evangélica, a presentarles y hacerles amar a la María, “la ideóloga” de esta Obra, y en este compartir la vida con los hermanos paraguayos surgieron, como en el caso de Ecuador, relaciones profundas que cambiaron la vida de unos y de otros.

MIES y FIMES en Argentina.

Ernesto realizó una visita relámpago a Corrientes, al norte de Argentina, en su viaje a Paraguay de 1991. El motivo no está muy claro. Parece que había visto una película en la que de uno u otro modo aparecía esta ciudad y sintió el deseo de ir allí. Francisco González lo relata del siguiente modo: *“Ernesto viajó acompañado de Jesús López misionero de la Esperanza, en ese entonces, enviado junto a su esposa Inmaculada Serrano a la ciudad de Manta. No sabemos muy bien por qué fue a esa ciudad. Quizá fue fruto de una de sus intuiciones”*.

En cualquier caso el Señor no da puntada sin hilo y todas las piezas se van colocando en su sitio con la perspectiva del tiempo. En la visita a esta ciudad nuestro sacerdote celebra misa, predica, y mientras visita la catedral conoce a un muchacho llamado Rodolfo M. Parece que Ernesto le habla de MIES y se intercambian las direcciones postales con el fin de escribirse. En 1992 Francisco González viaja a Paraguay y recordando la visita que el padre hizo a Corrientes se siente impelido a visitar la ciudad y saber del joven Roberto, pero no es posible esta visita por lo apretado de su agenda. Un año después la inquietud sigue fuerte y ante la posibilidad de regresar a Paraguay,

¹²⁹ José Ruiz Córdoba, sacerdote Mies y Responsable Mayor durante dos legislaturas.

decide pedirle a Ernesto las señas del joven correntino. Ernesto le dice que hace como dos años que no sabe nada de él, ya que dejó de escribirle, pero aún así Paco¹³⁰ insiste.

Cuentan con todo un mes en Paraguay para intentar poner en marcha el grupo MIES que ya se venía fraguando desde hacía un año, pero reservan un fin de semana para Corrientes porque la intuición de Francisco González es ya un clamor que le empuja hacia la ciudad argentina. Le acompaña Rafa Arjona.

El P. Paco recuerda: *“Salimos a las doce de la noche, que ya era día veintitrés de julio de 1993. Prácticamente no dormí nada. Llegamos sobre las siete menos cuarto, hora de Argentina, y nos fuimos caminando hacia la casa de Paco Pino en el Barrio de las Mil Viviendas. Allí saludamos a la familia, nos aseamos y fuimos de visita por la ciudad, primero a la Catedral. Enseguida me dirigí a un sacerdote para comunicarle que quería concelebrar, pero no fue posible. Yo no quería dejar de celebrar la Eucaristía ni un solo día¹³¹. Fuimos entonces a la iglesia de María Auxiliadora. Allí delante del Sagrario yo le decía al Señor: “Bueno, Señor, no sé lo que tú quieres, pero ya llevamos como tres o cuatro horas aquí y no pasa nada...”*

Parece claro por las palabras del P. Francisco, que la intuición era fuerte. Estaba alerta, expectante. Algo poderoso le había arrastrado hacia allí pero no lograba descifrar las señales, si es que las había.

“Visitamos el centro, fuimos a ver el río Paraná y regresamos a casa. – sigue contando, como si aquella actitud de alerta le hubiera ayudado a retener el recuerdo detallado de cada momento de ese día.- “... Sobre las cuatro y media estuve conversando con Luis, padre de Paco y entonces les pedí que me llevaran a la dirección de Rodolfo M., que me había dado Ernesto”. En realidad hacía ya dos años que el muchacho no escribía al cura, pero aún así el P. Francisco le había insistido para que se la proporcionara, por si se le presentaba la ocasión de visitarlo y saber de él.

¹³⁰ Francisco González, responsable general sacerdote de MIES durante entre 1987 y 2002.

¹³¹ Es una impronta de los sacerdotes Mies heredada del fundador, tal como ya se relató en el capítulo anterior.

La visita, sin embargo, fue infructuosa, ya que la familia de Rodolfo se había mudado de barrio, según le comentaron unas vecinas, y nadie conocía las nuevas señas. Pudieron averiguar que se trataba de una familia conocida, pues tenían una radio y, dentro de su programación, emitían a diario un programa de carácter religioso.

“Un poco decepcionados nos regresamos a casa”.- sigue relatando con una chispa de esperanza en los ojos que contrasta con la contrariedad de la historia. Y es que él ya sabe el final.- *“Por la tarde fuimos a la Parroquia Virgen Reina. El párroco nos acogió muy bien. Yo le hablé de MIES y le pedí concelebrar. Él, sin embargo, me solicitó amablemente que le sustituyera pues tenía otra celebración en la Parroquia del Perpetuo Socorro que también atendía. Presidí, pues, la eucaristía de las ocho treinta, y ya desde el principio me llamó poderosamente la atención la cantidad de jóvenes que había allí, y es que, parece ser, que se habían equivocado pensando que en esa misa se celebraba la quinceañera¹³² de una conocida de todos ellos”*.

Y otra vez los hilos invisibles con los que Dios teje su Proyecto se hacen visibles para todos. El P. Francisco viene a anunciar a los jóvenes la Buena Noticia, pero no sabe cómo entrarles, cómo convocarlos en esa tierra desconocida para él. Los jóvenes, que se equivocan de día y acuden entusiasmados a la fiesta de su amiga. El párroco que tiene otro compromiso y le pide que presida él y aproveche la homilía para presentar su Asociación, y de pronto todo cuadra. Han transcurrido trece horas, desde que bajara de Omnibus en Corrientes, pero parece que por fin va a ocurrir algo.

Francisco González, conocido por todos como Paco, habla con entusiasmo de MIES y los jóvenes reciben el mensaje como una invitación gozosa. Termina la misa y los reúne en la sacristía. Se presentan mutuamente, y después de las explicaciones del misionero malagueño, muchos se apuntan para comenzar un grupo de conocimiento y profundización. Elaboran una larga lista. Son más de veinte, con sus nombres y direcciones. Uno de ellos se presenta como Rodolfo. “¿No serás tú Rodolfo M.?”- Pregunta Paco. La respuesta es negativa, pero

¹³² Celebración con motivo del décimo quinto cumpleaños de las muchachas que se celebra en muchos países de Latinoamérica y que conmemora el abandono de la niñez para pasar a formar parte del mundo adulto.

entre los presentes hay varios que conocieron al muchacho y enseguida le informan que murió, tragado por las aguas del río Paraná. A Paco la noticia le impacta en lo profundo. Siente la necesidad de ir a ver a su familia, de explicarles que viene desde España buscando su huellas, ¡quién puede entender esa inquietud que le viene quemando por dentro! Pide, pues, a los muchachos que le faciliten la dirección de la madre de Rodolfo y se decide a visitarla al día siguiente.

“Terminamos a las once de la noche” – les cuenta Paco al grupo MIES de Corrientes, para que recuerden cómo fueron sus comienzos.- “Yo estaba emocionado, porque ese sentimiento que me acompañaba desde hacía tanto tiempo, esa extraña intuición, se estaba llevando a cabo y no podía parar de dar gracias a Dios”.

Por la mañana temprano, a las ocho y media, se fueron para la casa del muchacho fallecido. Abrió la puerta un hermano y enseguida se presentó el misionero español explicándole brevemente el motivo de su visita. El joven le explicó que su madre estaba muy triste y que era mejor que le evitaran el dolor que le iba a producir volver a recordar todo aquello, pero la mujer escuchaba tras la puerta y enseguida invitó al sacerdote a entrar. Eran personas de iglesia y no concebían la descortesía con un ministro del Señor que venía desde tan lejos.

Paco le contó la relación epistolar que había existido entre su hijo y el P. Ernesto y el cariño que éste le profesaba. La mujer se emocionó visiblemente. Entonces le contó que su Rodolfo, a quien cariñosamente todos llamaban Coco, se había arrojado a la corriente del Paraná, quien sabe acosado por qué demonios. El muchacho hacía tiempo que padecía fuertes depresiones. Su madre estaba desolada, desconsolada. Perder a un hijo es una de las experiencias más desgarradoras que pueden experimentar unos padres y, en estas circunstancias, se añaden además tantas preguntas, tanta culpabilidad, tanto silencio... ¿Qué fuerza oscura lo lanzó hacia el fondo de aquellas aguas turbulentas? ¿Y si cerró la posibilidad de la salvación? Paco la oye con toda su atención y cariño y le dice en tono sereno: *“Olvida usted que entre ese puente y las aguas del río estaba Dios esperándole y para Él nada hay imposible; entre ese cuerpo que se impulsa hacia adelante y las frías aguas del Paraná habitaba la Gracia. Ese encuen-*

tro no sabemos cómo fue, ni qué palabras se cruzaron, pero, sin duda, Cristo miró a su hijo Rodolfo y supo que venía del infierno, de la gran tribulación, y no hay nada que enternezca más el corazón de un padre que el sufrimiento de su hijo...”

Ahora todo adquiriría sentido. Dios había oído el clamor de esa madre y había llevado su consuelo a través de Paco; éste había sentido la necesidad imperiosa de ir a Corrientes para hablar de MIES y sembrar una semilla entre los jóvenes de esta bella ciudad, y ellos equivocaron el día de una fiesta y se presentaron en la misa que Paco celebraba a petición del párroco que esa jornada tenía numerosos compromisos. Gracias a aquella bendita equivocación aquellos muchachos y muchachas conocieron el carisma MIES e iniciaron un grupo que creció y se fue consolidando hasta la actualidad, y Paco pudo servir de instrumento para llevar el amor de Dios a la casa del joven amigo de Ernesto.

Ese día el Señor derrochó Gracia. La madre y el hermano de Rodolfo se confesaron y le invitaron a su programa de radio; tuvo la oportunidad de administrar la unción de enfermos al abuelo de Paco Pino y por la tarde se reunió con un grupo de jóvenes en la Parroquia Virgen Reina. Por la noche toca regresar nuevamente en bus. Largas horas de oscuridad y silencio que el sacerdote aprovecha para rezar por las personas que ha conocido, deteniéndose especialmente en cada uno de los jóvenes cuyos nombres lleva anotados en su agenda. *“¿Y ahora qué?”- se pregunta preocupado. “Esto no puede quedar así. Hay que atenderlos, alimentarlos, cuidarlos...”*

Ya en Paraguay, en la casa de la señora Silvina que los acoge, descubre que tiene un equipo de sonido con doble pletina y se le ocurre grabar varias cintas de cassettes con charlas de unos quince minutos en las que va desgranando el carisma y los 20 Puntos del Ser Misioneros de la Esperanza. El grupo se reúne con entusiasmo cada quince días para escuchar las palabras del sacerdote malagueño, a pesar de que la calidad del sonido es escasa, que a menudo no entienden el mensaje, pero ellos perseveran.

A partir de 1994 serán atendidos a través de visitas programadas por el equipo de misioneros enviados a Paraguay, y ya en 2004,

cuando se va a iniciar una Comunidad MIES, el Equipo Director envía dos misioneras que se instalarán en la ciudad y formarán parte del grupo. A ellas les sucederán otros misioneros desde España durante varios años.

Otro proyecto ve la luz durante un tiempo en Buenos Aires. En este caso, las “diosidencias” se suceden unas tras otras de un modo conmovedor.

La trama se empieza a tejer a partir de una joven argentina llamada Belén Quellet que va a Calcuta a realizar una experiencia de voluntariado con las Misioneras de la Caridad, en uno de los Centros fundados por la Madre Teresa. Allí descubre que el número de voluntarios y cooperantes es desbordante en ese momento y acepta un nuevo destino, en el extremo oriente, donde puede ser más necesaria. Viaja, pues, a Filipinas y comienza su labor en otra casa de la Congregación, donde conoce a una compañera oriunda de Orense (España) con la que confraterniza. En la otra punta del mundo, en la costa ecuatoriana, unos sacerdotes procedentes de la Diócesis de Orense han conocido al Misionero de la Esperanza Jesús López Rubio, entonces enviado a la ciudad de Manta. Éste les habla de su trabajo, de la Obra, de la misión y la metodología que desarrolla MIES en Manta. Los sacerdotes toman buena nota de esta realidad eclesial y la recogen en una guía de Asociaciones Misioneras que se elabora en su Diócesis de origen, la de Orense.

En 1998 la joven argentina, desde su experiencia como voluntaria en un Programa de las Misioneras de la Caridad en Filipinas, empieza a elaborar un proceso de discernimiento personal. Sabe que la Congregación de Teresa de Calcuta no cuenta con una rama o sección que acoja laicos si no es como voluntarios por un tiempo determinado y para tareas muy concretas. Si quiere formar parte de ese Proyecto de vida de pleno derecho, tendría que solicitar su admisión como postulante o novicia. Decide entonces informarse de otras realidades misioneras pues no ve clara su vocación religiosa. Y es ahí donde puede ayudarla su compañera gallega, quien le proporciona la publicación de su diócesis, en la que aparece, entre otros, la Asociación de Misioneros de la Esperanza. La chica escribe a los entonces

Responsables Generales, Julia Gavira, Laica y Francisco González, sacerdote.

“Nos cruzamos unas cuantas cartas, - recuerda el P. Francisco- y cuando viajé a Paraguay en julio de 1999 decidí hacer una breve visita a Buenos Aires y conocer en persona a Belén. El viaje fue muy interesante y enriquecedor. Ella pertenecía a una Asociación que lanzaba campañas a nivel nacional para ayudar a financiar intervenciones quirúrgicas o tratamientos médicos a niños o personas desfavorecidas. Estaban realizando un trabajo impresionante...Enseguida me di cuenta que esta joven no tenía vocación Mies. Me invitaron a la inauguración de un comedor social en la Capilla de Maximiliano Kolbe de la Parroquia de S. Pedro y S. Pablo en la Diócesis de S. Isidro. Allí conocí a una voluntaria, de nombre Silvia Pieres, y charlamos un ratito, poca cosa, pero ella me proporcionó su dirección después de interesarse por la Obra Mies. Entonces empezamos una relación epistolar mediante la cual le fui hablando de nuestro carisma y nuestros fines. Su hija Cinthia viajó a Roma para el Jubileo de 2000 y tuvo la oportunidad de visitar Málaga y conocernos. En 2001 nuevamente viajé a Paraguay, haciendo un alto en el camino para visitar Buenos Aires. Ahí empezó a germinar el grupo que luego se concretó en la Diócesis de Zárate-Campana...”

Y como anécdota entrañable, cabe recordar que en ese cruce de hilos invisibles, de ese entramado de amor y misericordia que el Señor teje sin descanso, ocurren hechos para la historia, como recuerda Cinthia, misionera de la Esperanza de Buenos Aires, quien escribe al grupo de correos de MIES con motivo de la elección como Papa del Cardenal argentino P. Bergoglio, ahora Su Santidad Francisco: *“No podemos ocultar que nuestro júbilo es muy grande, ya que, el ayer Cardenal Bergoglio, HOY PAPA FRANCISCO, fue quien alentó, orientó, guió, nuestra presentación ante Monseñor Sarlinga en la Diócesis de Zárate-Campana (junto al Padre Juan) para desempeñar nuestra tarea pastoral¹³³”*.

Fue el Padre Bergoglio quien confió en nosotros, nos llenó de esperanzas y nos invitó una y otra vez a seguir anunciando a nuestro Señor Jesucristo y a nuestra Madre del Cielo.

¹³³ Se refiere a la presentación de MIES en esa Diócesis para empezar a trabajar pastoralmente.

Él nos motivaba constantemente a que le mostráramos a los niños y jóvenes el amor de Santa Teresita, de San Francisco de Asís, de san Francisco Javier...”

Pero no todos los grupos y fundaciones a lo largo de estos cincuenta años perseveran. Algunos descubrieron otras posibilidades y se incardinaron en otras realidades sociales o religiosas. Otros se disgregaron y cada miembro tomó un camino diferente. Algunos Centros FIMES o MIES que tuvieron gran relevancia en un momento de la historia de la Asociación dejaron de existir como tales. Todo es Gracia, aún cuando objetivamente no pueda verse, aún cuando las cifras y las temidas estadísticas indiquen un decrecimiento del grupo o cuando personas muy significativas en las distintas realidades apostólicas opten por otros caminos. La vida del Espíritu no se mide con números. Ni siquiera puede medirse.

Y es que hay un tiempo para cada cosa, como recuerda el Eclesiastés en el capítulo 3¹³⁴. Dios va actuando con su infinita delicadeza, elaborando hilos a partir de filamentos de mayor o menor calidad. Ese es el empeño del misionero, realizar el trabajo con amor para que cada hilo sea similar al de la seda, el más resistente. Y el Señor los va entrelazando misteriosamente, sin que sea visible a los ojos humanos o al entendimiento. Va elaborando una trama, que se hará visible o no. ¡Cuántas veces se terminan los proyectos apostólicos y queda la duda de si mereció la pena cuando parece que nadie perseveró! No siempre se ven los frutos y muy raramente se alcanza a vislumbrar la magnitud del bien que se siembra.

El Señor va atando cabos sueltos a un ritmo que no es el de los hombres. Y mientras pasan los días, los meses o los años, y se suceden los planes pastorales, los Concilios, las Asambleas, los Capítulos, los Proyectos...todo muy necesario para ser eficaces y propiciar el Encuentro de las personas con el Señor, Él va tejiendo un manto de misericordia, invisible pero tangible, que propicia una sólida Esperanza, no basada en una quimera o un sueño infantil, sino en una verdad de fe: “*Sé de quien me he fiado*” (2ª Tm 1, 12b).

¹³⁴ Eclesiastés 3, 1-8

MIES se instala en África.-

La misión de MIES en el Chad se produce, como viene siendo costumbre, de forma un tanto inesperada. No es la primera vez que un Misionero de la Esperanza se instala en un país del continente africano para desarrollar una labor sociosanitaria como respuesta al mandamiento de amor al que invita Jesús, pues ya Gloria Amigo, Mies de los primeros tiempos, había dedicado largos años de su vida a la tarea misionera en Zaire y Angola principalmente. Fueron años de intenso trabajo con niños, jóvenes y adultos mutilados por la guerra, afectados de enfermedades infecciosas y de todas las patologías prevalentes en esta parte del globo. Gloria, enfermera de profesión y vocación los atendió, junto a la comunidad religiosa que la había acogido, con delicadeza, ternura y paciencia, aún en las circunstancias más adversas, de guerra, hambre o falta de los recursos y servicios más básicos.

Durante todos esos años siempre tuvo tiempo para escribir y contagiar la ilusión, la profundidad y la extraordinaria experiencia de vida en su día a día. Y fue así que África se fue ganando un lugar especial en el corazón de la Obra. Como a todos los misioneros en tierra lejana, también fue visitada, atendida y animada por MIES, en la persona del Responsable General Sacerdote y Ana María Martín, misionera malagueña enviada durante varios años a la ciudad de Manta. Ambos volaron en febrero de 1995 a Angola, vía Luanda, capital del país. El P. Francisco González relata con detalle su aventura africana y expone las razones del viaje: “*El motivo fundamental de nuestra ida a este extenso país era visitar a nuestra hermana Mies Gloria Amigo, a la que no veíamos desde hacía ya casi tres años, ya que en mayo de 1992 marchó a la misión de Cubal. Además queríamos conocer in situ la realidad del país, hablar con los Obispos y agentes de pastoral y ver las posibilidades de asumir, por parte de un equipo de Misioneros de la Esperanza, un futuro proyecto misionero*”.

A pesar del interés y el empeño por iniciar un proyecto misionero en este país, las gestiones y conversaciones mantenidas no dan fruto. Angola estaba inmersa en una guerra civil y reinaba por todas partes el desorden y la desconfianza. Habría que esperar aún algunos años para que se abrieran las puertas de África para MIES.

“En el Chad el comienzo fue humilde”- relata Conchi Ponce. Y es que la oportunidad llegó casi sin esperarlo, como un susurro lanzado al viento desde miles de Kilómetros.

MIES pertenece a la Coordinadora de Laicos Misioneros (CALM) y Conchi, como responsable de misiones durante unos años, participaba de ella. Casi todas las organizaciones que forman parte de esta entidad tienen casa en África y fue en un descanso para el café cuando surge la pregunta: “¿Por qué MIES no tiene presencia en África?”. Conchi se queda pensando. “¿Y cómo podemos entrar en África?”- pregunta con la serenidad que le caracteriza. Alguien de OCASA¹³⁵ responde alegremente: “Es tan fácil como que un obispo os conozca y os pida”. Con Gloria no había ocurrido esto porque ella se fue con una Congregación Religiosa.

Aquello fue una charla de café, nada trascendente ni programado. De hecho, Conchi lo olvidó sin más, porque ya sabía que aunque esto fuera así, no es fácil “que un obispo te conozca y te pida”. Pero a los pocos días un muchacho de la organización OCASA le telefonea para preguntar si MIES está interesada en entrar en África. “Yo he trabajado en el Chad – le comenta el misionero- y tengo relación con el obispo de Lai, Miguel Ángel Sebastián, que es Comboniano. Él tiene en mente un Proyecto de casa de acogida para muchachos de la calle y quiere que la lleven laicos”.

Las palabras suenan casi como si una suave melodía las acompañara porque ese era campo para los Mies. Muchachos, necesidad de amor y acogida, casa regentada por laicos, África. Realmente estaban todos los ingredientes para lanzarse a por ello con todo el empeño y la ilusión de los primeros tiempos. Conchi, sin embargo, lo interiorizó como un proyecto lejano, una posible tarea a largo plazo. Pero el misionero, al otro lado del hilo telefónico, no habla en abstracto. “¿Te importaría si le doy la dirección web al obispo para que os conozca?”. Bendita tecnología que acerca los mundos más distantes y disminuye los tiempos y los intentos para facilitar el encuentro. A los pocos días vuelve a sonar el teléfono y otra vez es el mismo joven.

¹³⁵ Organización de la Comisión Episcopal para los laicos. De aquí salen muchos laicos para misión ad extra.

“Oye – le comenta ilusionado.- que el obispo de Lai ha visto vuestra página web y le ha gustado mucho. Dice que tiene interés en hablar con vosotros”. Era mayo de 2009.

Fue entonces cuando la perspectiva del tiempo se acortó de golpe. En septiembre D. Miguel Ángel viajaba a España e iba a pasar por Sevilla. Se acuerda, pues, una entrevista privada entre los Responsables Generales y el obispo. La cita es en la estación de tren de Santa Justa. Parece que el Espíritu Santo ha tomado el relevo y se mueve a ritmo de viento impetuoso. El Pastor comboniano pide Misioneros de la Esperanza para su Casa de Acogida y quiere una respuesta antes de Pascua. Le urge concretar el Proyecto porque si MIES dice que no, él debe buscar por otro lado. Los niños y jóvenes de su país de adopción necesitan de esa atención, de unas manos que los cuiden, de una mirada atenta que los supervise, de una palabra precisa que los guíe, de un corazón grande y cálido que los ame. Sin duda, esta tarea encaja como un guante para la Obra, pero hacen falta personas dispuestas y capacitadas para ello.

La lengua oficial de la República del Chad es el francés y el árabe. Es un país sin salida al mar, en el corazón del continente africano. Está dividido en tres grandes regiones, la zona norte, dominada por grandes extensiones de desierto; en el centro, inmensidades áridas y yermas, que constituyen lo que se llama el Sahel y el sur, una sabana fértil donde florece la vida de forma espontánea. La mayoría de los chadianos son musulmanes, pero también hay una presencia importante de cristianos, católicos romanos y protestantes, como consecuencia de la colonización francesa de los dos siglos anteriores. La ONU lo ha clasificado como el quinto país más pobre del mundo, siendo la región que ocupa parte del cinturón africano del Sahel¹³⁶ la más afectada por la hambruna y las crisis alimentarias cíclicas.

Todo ello supone una realidad dura y muy diferente de lo que hasta entonces era habitual en el trabajo apostólico de MIES. Había que buscar hermanos que hablaran francés y que tuvieran una cierta

¹³⁶ Cinturón de tierra que atraviesa África desde la costa atlántica a la índica, recorriendo Senegal, Mauritania, Malí, Argelia, Níger, Chad, Sudán y Eritrea. Sahel es una palabra árabe que significa “Borde” y que se sitúa justo en el borde sur del desierto del Sáhara. Es la franja de tierra entre el desierto y la sabana.

preparación para el trabajo que iban a desarrollar. Se veía importante que fueran personas vocacionadas a África por la diferencia principalmente cultural e idiomática, y por el estilo de vida que iban a desarrollar. Pronto surgió una pareja, Pilar y Sergio, dispuesta a asumir el reto, con ilusión y empeño para ello. Ella habla francés con soltura y él se apunta a una academia en cuanto ve claras las perspectivas del viaje. Surgen dificultades que vienen a redoblar la oración y el cuidado en la preparación. Se cruzan entrevistas en el ciberespacio con el Sr. Obispo, se intenta preparar lo mejor que se puede a los misioneros enviándoles a Bélgica unos meses para que practiquen el idioma e inicien el proceso de desarraigo.

Para julio de 2010 está todo ultimado. Su destino es Bayaka en la Diócesis de Lai, El Proyecto al que se les envía es el Centro Educativo “Charles Lwanga”. A la misión les acompaña Gloria Amigo, que acaba de perder a su madre, a quien ha cuidado durante sus largos años de enfermedad. El destino de la veterana misionera será Këlo, la quinta ciudad más importante del país, situada en el Departamento de Tandjilé.

En 2012 MIES envía a Lorenzo Laguía Almansa, un misionero manchego, de Villarrobledo, médico de familia, dispuesto a poner todos sus talentos al servicio del pueblo chadiano. El obispo le nombra inmediatamente Coordinador de tres Centros de Salud, de un hospital en Donomanga y del Consejo Diocesano de la lucha contra el SIDA, que aglutina doce parroquias, desarrollando los proyectos de “Educación a la vida y al amor, “Acompañamiento de enfermos de VIH”, “atención a huérfanos y ayuda a niños vulnerables” y otros. El trabajo es desbordante, las distancias largas, las carreteras a menudo intran-sitables y el calor sofocante. Lorenzo escribe el 27 de mayo de 2012 en su Blog: *“Las sensaciones que tienes al llegar a un sitio desconocido y tan distinto a lo que conoces son de que, o lo dejas todo en las manos del Señor, o estás arruinado, por lo que de momento lo más fuerte que he vivido en el plano interior es el abandono en las manos del Padre, es decir, la pobreza espiritual. Yo doy el 100% en todo lo que hago y el Señor ya sabrá lo que tiene que hacer para llegar al resultado que Él quiere. Creo que esto es muy importante...Cada día que pasa descubro situaciones en las que, o te dejas llevar por el Espíritu o te agobias, lo tiras todo y te vuelves.”*

La realidad que le toca es muy dura, y le obliga a templar el espíritu y descansar en la manos de Dios. *“La oración creo que ha de ser el pilar mas importante de mi vida junto con la Eucaristía. Sin su ayuda me hubiera vuelto a Albacete en, por lo menos, quince o veinte ocasiones. Así que ya sabéis: ¡A rezar se ha dicho! Que lo necesito como el agua, que por cierto aquí por el calor es importantísima...”*

El misionero ad-extra es el que sale de su país para inculturarse en otra sociedad y trabajar codo con codo con ella. Puede dedicar unos años de su vida, darse por completo y regresar, para seguir entregándose desde otra situación, o puede que la vida, las circunstancias o la respuesta a su llamada le lleve a instalarse y hacerse uno con el pueblo que le acoge. Todo es Gracia.

Quizá no sea tan trascendente la misión que le ocupa, quizá le toca desempeñar cargos de responsabilidad, o correr peligros, o esperar en una cama una mejoría que no llega. Todo es Gracia. Lo importante es ser fiel a Cristo, “hacer extraordinario lo ordinario”, dar lo mejor de sí mismo allá donde cada uno tenga que estar, y no perder la perspectiva de que sólo es instrumento para la construcción del Reino. Pero no un instrumento cualquiera. No. Un instrumento que ha elegido voluntariamente serlo, aún sabiéndose desafinado. Es tal su deseo de que la música de Dios le atraviese, que todo cobra sentido y armonía.

El trabajo del Misionero de la Esperanza es el de sembrar, sembrar sin descanso, sembrar el amor a la Madre entre los niños y los jóvenes para que se encuentren personalmente con el Señor de la Vida. Amar sin esperar nada. Repartir el Amor recibido, porque “lo que no se da se pierde”, y confiar que el Señor teje sin descanso a partir de nuestros cabos sueltos, nuestros hilos sintéticos y de mala calidad, nuestros desgarros y remiendos...

Dios oye el clamor de su Pueblo y pide al misionero que le preste sus manos para trabajar en su viña, sus ojos para ver el mundo a través de ellos, sus pies, para recorrer los caminos y llegar allá donde se le necesita, su tacto, para sentir la ternura del contacto, sus oídos, para oír cada historia, cada reclamo; su boca, para hacerse oír entre el

ruido del mundo; sus talentos para llenar de matices y belleza la vida de sus hijos. Y el misionero descubre la vida con mayúsculas en ese acuerdo con el Padre. Sale de sí mismo, de sus intereses, y va al encuentro del hermano. “Lo que no se da, se pierde...”. Ernesto lo sabía y así lo transmitió a sus muchachos, y sigue hoy transmitiéndose de boca en boca, de testimonio en testimonio.

VI

MIES MAS FIMES IGUAL A MIES

En torno a los Estatutos

La década de los setenta fue muy enriquecedora desde todos los puntos de vista para la Obra de Misioneros de la Esperanza. En primer lugar, se puede describir como tiempo de expansión, cuando la semilla que había germinado en el seno de la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa, floreció y empezó a dar frutos abundantes, convirtiéndose en un referente para todos los jóvenes cristianos de la provincia de Málaga e iniciando su presencia en otras provincias de España. Fue también tiempo para la definición clara del carisma y la espiritualidad de la Obra y de hacerse un lugar en el seno de la Iglesia, en medio de Congregaciones, Órdenes, Institutos Religiosos, Asociaciones de Laicos y todo ese largo rosario de Entidades que conforman junto con el pueblo de Dios, el misterio del cuerpo místico de Cristo. Fue, pues, tiempo de, sumándose a todas ellas, hacer Iglesia, aportando su matiz, su carisma, su misión y su visión, y conformando así, en armonía con los demás, el hermoso mosaico del Reino de Dios.

Ernesto siente que es momento de “legalizar” la Obra, de “presentarla en sociedad” para que sea aprobada y reconocida por las autoridades eclesíásticas. Tiene necesidad de someter la emergente Obra MIES a la autoridad eclesial, porque su deseo más ferviente es servir a la Iglesia, de quien quiere seguir siendo hijo fiel y corresponsable.

Precisa también sentir el respaldo de sus superiores, saber que camina sobre terreno sólido. En el plano personal, anhela desprenderse de protagonismo, de autoría. Sus constantes escrúpulos le

acechan en los ratos de silencio y, a menudo, le cuesta mantenerlos a raya. No logra desprenderse de ese continuo torpedeo, esa carga de profundidad que le amenazará toda la vida de forma más o menos intermitente: “¿Cuánto hay de Dios en este Proyecto y cuanto de ti?” “¿Eres tu el fundador o es el Señor y tú sólo su instrumento?” “¿Son tuyas las ideas y tuyo el esfuerzo, o es el resultado de las ideas, el esfuerzo y la contribución de muchos? ¿Acaso no buscas tu gloria personal, tu realización, dejar tu sello?” . Las interpelaciones son constantes y le dejan siempre un amargo regusto a tentación.

Es duro ponerse al frente de una tarea, liderar un Proyecto, orientar, animar, definir, aclarar, conducir, ayudar...siempre, en todos los momentos, sin titubear, sin dudar. Es duro y es imposible. Hay tantas ilusiones, tanto compromiso, tanto amor entre esos jóvenes que se unen cada día a la tarea de MIES, tantas miradas puestas sobre Ernesto, tantas preguntas que, a menudo, la carga es demasiado pesada. “*Cristo es el Pastor*” – se dice una y otra vez. “*Es el Señor quien mueve los hilos, es María de la Esperanza quien inspiró la Obra...yo solo soy un instrumento, un pobre instrumento al servicio de la Iglesia*”.

Es preciso que la misma Iglesia refrende la Obra, que se reconozca como un nuevo carisma al servicio de la Diócesis y a la orden del Obispo, sujeta a obediencia, porque el que obedece no se equivoca. Hay, pues, una necesidad cada vez más apremiante de situar a MIES en su lugar dentro de la Institución de Pedro y, sabiendo que se camina con el respaldo de los superiores, centrar la tarea en seguir sembrando.

Es importante también contar con un respaldo jurídico, con una documentación que sirva de pasaporte o de presentación para aquellos que quieran conocer MIES.

Son, pues, muchas las razones que empujan a Ernesto a solicitar la aprobación, primero del Obispo en la Diócesis de Málaga, después, de la Conferencia Episcopal Española. Y una vez que lo tiene claro, se pone a la tarea con todo su empeño. Habla con personas formadas en materia de Estatutos, consulta con compañeros, lee, pregunta...

Conoce de sobra la experiencia de S. Francisco de Asís, que en 1209 escribió la primera Regla de la Orden Franciscana para presentársela a su Santidad Inocencio III. El *Pobre de Asís* elabora entonces un documento doctrinal, rico en textos evangélicos y referencias bíblicas, en comparaciones y recursos literarios, más propio de un poeta o un juglar, que de un entendido en textos legales. Es una Regla sencilla, un ideario a la medida de aquellos sencillos hermanos desposados con la Dama pobreza. Pero con los años, conforme la Orden va creciendo y las nuevas incorporaciones ya no conocen de primera mano el Proyecto de Francisco, ese texto resulta insuficiente, confuso, según comentan algunos. Se hizo preciso, entonces, elaborar una Regla más concreta, más normativa y estructurada, según el modelo vigente en la época.

En mayo de 1970 Ernesto, al igual que hiciera setecientos años antes su admirado S. Francisco de Asís, visita la curia romana. Poco se conoce de este viaje, aunque simbólicamente representa ese primer paso de “reverencia y sumisión” a la Madre Iglesia. Pocas semanas más tarde presenta los primeros Estatutos de Mies a la aprobación de Señor Obispo de la Diócesis de Málaga, D. Angel Suquía, quien los aprueba en diciembre con la siguiente nota: “*Esta aprobación se concede “ad experimentum” por un tiempo no inferior a un año, ni superior a tres, pasado el cual, haremos lo que en conciencia juzguemos más oportuno. Málaga, a 18 de diciembre de 1970*”. Sin duda, la fecha elegida es un guiño de la Madre, Esperanza Macarena¹³⁷, y la aprobación un regalo y un reto para todos los Misioneros de la Esperanza.

El modelo jurídico que se le reconoce a MIES entonces es el de Pía Unión. Esta fórmula agrupa a las asociaciones de fieles laicos que viviendo en medio del mundo buscan la perfección cristiana por el trabajo ordinario santificado. Aunque sus miembros no son religiosos en el sentido canónico, sí que llevan una vida de entrega a Cristo similar a éstos. Esa es la propuesta de Ernesto para sus muchachos, una vida radicalmente evangélica, a imitación de Jesús y de su madre, María.

La Pía Unión es un reconocimiento que, en numerosas ocasiones, supone un paso intermedio antes de convertirse en alguna otra figura de las pertenecientes al estado de perfección como órdenes re-

¹³⁷ 18 de diciembre festividad de la Virgen de la Esperanza.

ligiosas, sociedades de vida en común sin votos, institutos seculares, etc. El Opus Dei, por ejemplo, fue en un principio Pía Unión, antes de convertirse en Instituto Secular. Flota, pues, en el ambiente esta idea de encontrarse en una primera aprobación mientras se estudia el modelo que más se ajuste a las características de la Obra.

El texto que se presenta tiene sus similitudes con aquella primera Regla de S. Francisco, porque es eminentemente catequético, rico en referencias a documentos de la Iglesia postconciliar, y en aseveraciones con las que se pretende presentar un diagnóstico de la situación eclesial de ese momento que fundamente el sentido de este nuevo carisma que se ofrece. En la introducción se recoge toda una declaración de intenciones que se desgrana en nueve puntos y que ocupan cinco hojas del documento. En el punto seis se declara: *“Queremos salvar a los jóvenes de todos los males enumerados que aquejan al mundo actual; y hacerlo por medio de los mismos jóvenes, para que ellos, con su “prontitud, entrega, apasionamiento por la verdad, caridad, heroísmo y sacrificio”, según dice el papa en el citado discurso, salven también a la sociedad mundial entera, consagrándola plenamente a Dios del cual salió”*.

La intención es ambiciosa y osada, propia de la visión apasionada de la juventud, a la que se le atribuye todo un listado de actitudes que se enumeran, de las que Ernesto ha sido testigo de primera mano entre sus muchachos y muchachas. Ellos le han mostrado la fuerza que tiene un joven enamorado de Cristo y cómo se convierte en una ola de Gracia cuando se unen para construir el Reino.

Los fines, como ya se ha mencionado, son dos. El primero es el de *“extender y fomentar la devoción a la Madre de Dios y Madre de la Iglesia entre la juventud”*, aclarando que *“seremos con santo orgullo, una Congregación Eclesial, mariana por excelencia”*, y el segundo queda definido en un largo párrafo que se aclara en ocho apartados, designados con letras desde la a a la h. Empieza así. *“Ofrecer sacerdotes y seglares preparados a la Iglesia, directamente a los obispos o mediante los Párrocos o Consiliarios, para trabajar en cualquier clase de apostolado juvenil, siempre que se nos permita seguir y cumplir nuestros Fines, espiritualidad y enfoques apostólicos esenciales. Especialmente ofreceremos a nuestros Obispos y sacerdotes nuestra Obra Filial de MIES”*¹³⁸...

¹³⁸ FIMES.

En los siguientes párrafos se recoge la consagración de los Misioneros de la Esperanza, quienes emitirán votos de castidad, pobreza y obediencia, según su estado de vida, y que serán renovados todos los años, aclarando que los jóvenes que pertenezcan a FIMES no tienen que emitir los votos.

En cuanto a la Espiritualidad de la Obra, que se expone a lo largo de cuatro páginas, se parte de la siguiente premisa: *“Este Reglamento se redacta después de haber sido vivido por algunos centenares de jóvenes durante una decena de años”*¹³⁹... y de las siguientes convicciones:

- “1º. Que sin salir del mundo debemos y podemos convertirlo de pagano en cristiano...[...]*”
- “2º. Que sin unión vital profunda con Cristo no cristianizaremos el mundo...”*
- “3º. Que no haremos nada sin traer a nuestra vida privada y apostólica a la Virgen María, Esperanza del Mundo [...]*

Y a continuación enumeran los medios esenciales para conseguir la unión vital con Cristo, como son: una postura humilde y sencilla, la lectura asidua de la Palabra de Dios, la recepción de los Sacramentos, la oración privada diaria, los Retiros, los Ejercicios Espirituales, la dirección espiritual tradicional, el servicio cristiano al prójimo, el servicio de cruz penitencial, la vida de pobreza y la obediencia a la jerarquía de la Iglesia y superiores de la Obra. Termina el apartado con una serie de *firmes resoluciones* que completan la espiritualidad y que se resumen en:

- Vivir en lucha alegre y constante.
- Santificación en el mundo y por el mundo.
- Tener una intensa vida interior, cristocéntrica y mariana y acudir asiduamente a la Eucaristía.
- Propagar la devoción a María.
- Insertarse en el mundo y la realidad concreta de los jóvenes, participando de sus actividades, tareas, ocio, proyectos y sueños, para propiciar el Encuentro con Cristo y que Él impregne y transforme, si es preciso, todos los ambientes y tareas.
- Formarse intensamente en lo sobrenatural y lo humano.

¹³⁹ Página 12 de Estatutos de Misioneros de la Esperanza año 1970.

En referencia al enfoque apostólico, se explican las diferentes etapas que se han de contemplar, de las que ya se ha hablado anteriormente, y que son la Amistad, la Palabra y los Sacramentos, y el estilo y metodología que se viene practicando desde el principio, para interpelar acerca de la vocación a Misionero de la Esperanza o profundizar más íntimamente en la espiritualidad o el seguimiento de Cristo:

“Comenzamos tomando contacto con los grupos juveniles por medio de Clubs, Círculos, peñas, charlas, conferencias, etc. Y de los mismos Centros Juveniles de nuestra Obra Filial. Procuraremos prontamente, por medio de otros contactos más personales, sacar minorías entre esas mismas masas o de nuestros ambientes de trabajo. Con estas minorías formaremos lo antes posible equipos de trabajo, aunque al principio fueran solamente para tratar problemas temporales o humanos [...]”

Hasta la página diecinueve no se aborda la normativa general, en relación a requisitos para la pertenencia a la Obra, la organización o el funcionamiento, porque aunque son aspectos importantes, no son en absoluto esenciales para aquellos primeros Misioneros de la Esperanza que soñaban con transformar el mundo y se empeñaban a diario en conseguirlo.

A finales de 1975 Diego Ernesto viaja por segunda vez a Roma, en el intento de abrir la puerta a la aprobación vaticana. Mantiene numerosas entrevistas que previamente había concertado el sacerdote jesuita Padre Martínez Facio, colaborador y buen amigo de Ernesto. A través de él habla con el jesuita belga, P. Beller, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Gregoriana y Consultor de Derecho canónico del Papa. Acuerdan que se redactarán unos nuevos estatutos, más centrados en los contenidos que se esperan de este tipo de documentos, es decir, más normativos. Deben recoger los Fines de la Obra, la entidad jurídica de la misma, los requisitos para su pertenencia, la organización interna y el funcionamiento, de forma general, los procedimientos para la elección de cargos, ceses y otras cuestiones que son de obligada redacción.

El jesuita se compromete a leer el borrador que se le remita desde Málaga y a corregirlo, a fin de que se presente un texto defini-

tivo acorde con la normativa vigente y que refleje lo que MIES es y pone a disposición de la Iglesia.

¿Cuál es el problema? Que la naturaleza consagrada de la Obra, en la que laicos que viven en medio del mundo realizan Promesas y Votos, es decir, Consagración Canónica, es una figura o un modelo que no recoge el Código de Derecho Canónico vigente en ese momento, lo cual plantea una dificultad que aún sigue sin encontrar solución.

Buscando luz y consejo, Diego Ernesto se entrevista con numerosos expertos como el P. Claudol, Decano de la Facultad de Teología, quien le anima a seguir fiel a su inspiración; el Doctor Trisalti, experto en los temas de Instituto Seculares, el cardenal Tabera, Prefecto de la Congregación para los Religiosos, que estudia el tema en profundidad y lo atiende con suma atención, Monseñor Romero de Lema, Obispo español, Secretario de la Congregación para el Clero, que abarca a los obispos, sacerdotes y movimientos apostólicos y el Cardenal Bran, Prefecto de la Congregación para el Clero.

Ernesto es muy consciente de la dificultad que supone la aprobación de unos Estatutos para una Obra de laicos consagrados canónicamente, porque la propuesta plantea, desde el punto de vista legal, una contradicción de base, ya que este tipo de consagración queda limitada al ámbito de los religiosos, célibes que viven en comunidades de vida apartados del mundo, y MIES, no sólo propone que sean consagrados canónicos personas que viven en su medio, insertos por completo en la sociedad, sino que la mayoría de ellos son casados o solteros, es decir, que no aspiran al celibato como opción de vida.

Los Misioneros saben que el planteamiento es revolucionario, pero no mucho más de lo que fue en su tiempo la Orden Franciscana, con su opción radical por la pobreza y su renuncia a las propiedades o la de tantas Congregaciones o Movimientos que propusieron Proyectos y estilos de vida que fueron novedosos o rompedores con la visión y usos de su época. Así ha evolucionado la Iglesia y ha ido respondiendo a los retos de cada tiempo y cada sociedad.

Ernesto, por su parte, reflexiona profundamente sobre toda la información recibida, reza, medita, y a su regreso, convoca a los Responsables de la Obra y les expone sus conclusiones y experiencia. Sus primeras palabras son contundentes: *“Aunque tardemos mucho tiempo en obtener la aprobación pontificia, tenemos que esperar, con tal de no perder ningún matiz propio. [...] Si quisiéramos ser Instituto Secular ya podemos ser aprobados; pero esto no puede ser ya que tenemos otra riqueza de matices que se perderían.”*

Los Institutos de vida secular son asociaciones de personas laicas que profesan los tres votos evangélicos obligatorios, que son obediencia, pobreza y castidad y que entregan su vida al seguimiento de Cristo en medio del mundo. Asimismo, las Sociedades Apostólicas también la componen laicos consagrados. En ambas instituciones los hombres y mujeres están separados. Pueden vivir en comunidad o entre su familia, pero todos hacen voto de castidad.

Parece claro que MIES, tal y como se concibe desde casi los comienzos, no se adapta a este modelo ya que los matrimonios quedarían fuera. Ernesto lo medita concienzudamente: *“Pudiera ser interesante- comenta a todos los Responsables – la aprobación del grupo de célibes como Instituto Secular, pues al tener una aprobación pontificia se daría fuerza a todo el Movimiento, pero se podría perder la unidad”.*

Por otro lado, aunque todos laicos, también hay matices, pues en ese momento que todos estaban llamados a la consagración, no estaba permitido, por ejemplo, pertenecer a partido político o manifestar adhesión incondicional a ninguna ideología que no fuera el evangelio. Luego viviendo en el mundo y participando plenamente de él, también tienen sus limitaciones o características propias.

Tampoco MIES puede ser una Congregación Religiosa porque los misioneros no son frailes y los sacerdotes son diocesanos. Ernesto sabe que la iglesia va a consolidar y potenciar este tipo de organizaciones, como así ha sido en los años siguientes. Pero aún siendo del todo consciente de que una Obra como MIES no se ajusta a las categorías o modelos de entidades de ese momento, y que por lo tanto, conviene esperar y estudiar las posibilidades de aprobación pontificia más ad-

elante, sí considera que hay una serie de ajustes o aclaraciones que hacer para un mayor orden y definición.

En este sentido defiende la pertenencia a las Comunidades, que todavía no se han implantado en el seno de MIES, aunque cada vez se habla más de la conveniencia de organizarse según este modelo de vida. Hay incipientes experiencias en la Sección Obrera y alguna otra iniciativa concreta, pero no es una generalidad. Los MIES pertenecen a grupos pequeños que se reúnen semanalmente para tratar temas de formación y revisión de vida, fundamentalmente, pero no conocen la experiencia comunitaria tal y como se está fraguando en el seno de la Iglesia. No será hasta 1979 cuando se acuerde que todo Misionero de la Esperanza ha de pertenecer a una Comunidad de referencia.

Otro aspecto que Ernesto entiende que conviene aclarar son *“los distintos grupos que existen: célibes, casados y sacerdotes y con dos ramas de hombres y mujeres. Son distintos, aunque unidos por los vínculos de amor, vocación ,etc. Y su apostolado es distinto; todo ha de quedar concreto.”*

Finalmente, como conclusión a todo lo expuesto, Diego Ernesto les explica que el Padre Beller va a ir, mediante el Cardenal Benelli, Secretario particular del Papa, directamente a éste para promover la aprobación y que, por lo tanto, todo queda en sus manos por el momento.

En 1991, con motivo de una charla sobre la Vida Consagrada en MIES, Ernesto explica: *“...Por eso, no busquéis leyes del Código de derecho canónico actual, que es relativamente nuevo, que digan donde encaja nuestra Asociación, porque no va a encajar en ningún sitio. No entramos en ningún sitio. Eso mismo le pasó a la Compañía de Jesús, fundada por S. Ignacio de Loyola, porque no se parecía en nada a las órdenes religiosas. Era una cosa nueva que había salido. Y también le pasó al primer Instituto Secular que fue el Opus Dei, que tampoco encajaba con ninguna de las cosas que había en su época. No encajaban gente con votos que estuvieran en la calle trabajando en un mercado. Pues lo mismo nosotros. Ahora mismo nos tendremos que conformar con esto. Puede ser que alguno lo vea en la tierra, pero otros lo veremos desde el cielo¹⁴⁰...”*

¹⁴⁰ Reunión FICE sobre la vida Consagrada del día 3 de abril de 1991.

Crónica de la audiencia con el Papa Pablo VI.-

Su viaje a la Curia Romana concluye con una audiencia con el mismo Papa Pablo VI. Parece ser que Diego Ernesto grabó una cinta en la que explicaba esa experiencia, tal y como le cuenta al grupo Spes el 23 de enero de 1991. En esa ocasión él relata a su audiencia: “...He cogido otro papel que me dio Nico¹⁴¹ que va sobre lo que hemos podido traducir de la charla del Papa conmigo, de Pablo VI. Está grabada en una cinta, parte de ella en italiano, por lo que se escucha bastante mal. Pues ahí hemos podido captar lo siguiente: “Yo, Diego Ernesto Wilson estoy con Pepe Navarro en Roma y creo que tengo la posibilidad de hablar con el Papa Pablo VI, gracias al Padre Martínez Facio que me ha facilitado un rápido encuentro en un vestíbulo. Pepe Navarro se ha quedado abajo”. – hace un inciso y se dirige a la concurrencia primero y directamente a Pepe después, pues se encontraba entre sus oyentes.

“¡Pobre hombre ¡ Pasó un susto...¿Verdad? Le echaron mano así – refiere burlonamente mientras señala como lo agarran de la chaqueta – un soldado de aquellos¹⁴²... ¡Cuéntalo tú Pepe- le pide entre risas.- ¿Qué te pasó?

Es muy largo .- Contesta Pepe evadiendo la pregunta mientras sonríe también.

Pues abrévialo – Le pide Ernesto sin dejar de sonreír.

Los oyentes estallan en risas mientras animan a Pepe para que cuente la anécdota con frases como : “No seas tímido” y bromas parecidas. Viendo el alboroto y la reticencias de Pepe, Ernesto se decide a contarle en tono de humor, del siguiente modo:

Bueno pues yo ahora ya lo capto con mi cámara televisiva. Él iba a mi vera. Era una escalera muy ancha – explica abriendo los brazos hasta casi ponerlos en cruz.- En aquellos tiempos ya había peligro de terrorismo por lo que tenían que tener medidas de seguridad. En

¹⁴¹ Se refiere a Nicolás Cordero, Misionero de los primeros tiempos, como ya se ha citado, con quien trabajó codo con codo, primero en lo que se llamó el grupo Spes, y luego FICE, ambos para ahondar y conocer detalladamente el carisma MIES.

¹⁴² Se refiere a la Guardia suiza.

una avalancha de curas que muchos iban vestidos de particular pues se podía meter cualquiera. Luego nos íbamos a encontrar con el Papa en una sala de audiencias y había que tener cuidado para que no se colara cualquiera. Por eso nos habían dado una tarjeta con nuestros nombres que teníamos que llevar en la mano, a la vista de los Guardias Suizos. Yo quería que Pepe entrara y le di una tarjeta igual. Cuando íbamos a entrar, de pronto, una mano muy grande lo agarra... Total que lo echaron para afuera.

Ernesto sigue bromeando sobre lo ocurrido y los Misioneros se desternillan de risa.

El creía que lo cogieron porque tenía cara de seglar pero yo le vi una cara descompuesta...- comenta riendo abiertamente.- Bueno, los planes del Señor son incomprensibles...

Se produce una explosión de risas y comentarios divertidos acerca de la anécdota y Pepe los encaja con humildad y mueca burlesca.

Cuando Ernesto se encuentra con el Santo Padre quiere decirle tantas cosas que su discurso resulta atropellado y un tanto incoherente. Él explica que le habla en italiano, y pronuncia para todos las primeras palabras en este idioma, traduciéndolas a continuación. Lo que viene a decirle más o menos es lo siguiente, según cuenta al grupo Spes: “Me llamo Ernesto Wilson, sacerdote de la Diócesis malacitana. Quiero hablar con vos para alcanzar de su Santidad una gracia muy grande. Llevo trabajando con la juventud y los niños mediante una Obra que inicié en la Diócesis de Málaga, con la ayuda de María. Quisiera fundar un Instituto Secular con votos canónicos para las mujeres y los hombres, en igualdad de condiciones, que trabajen para la infancia y la juventud, con los más pobres, especialmente en los barrios donde los niños son más pobres. Una Obra nueva, en la que mujeres y hombres, matrimonios y sacerdotes, estén en igualdad de condiciones. Así, consagrados canónicos, todos dedicados con amor a la juventud y la infancia, ofreciéndonos a los obispos y los párrocos. Una obra muy religiosa en el sentido de relacionarnos con Dios, no en cuanto a frailes. En el sentido religioso, espiritual, contemplativos en el mundo; con los

muchachos y las muchachas bajo la protección de la Virgen María, Nuestra Señora de la Divina Esperanza, con la vida entera dedicada a la propagación de la devoción a la Virgen y a la liberación integral de las personas y a la consagración a Dios en el mundo.

Mi petición a Su Santidad es alcanzar el permiso para ser un Instituto o lo que sea en la misma Iglesia”

Diego Ernesto refiere que el Papa lo escuchó con atención y después le contestó lo siguiente:

Mi querido hijo, exulto gozosamente al oír estas palabras. No sólo te concedo el permiso que me pides¹⁴³ sino que te mando continuar con esta Obra, tan necesaria hoy, para alcanzar la salvación de la infancia abandonada en el mundo.

El Santo Padre le anima a seguir adelante, trabajando con los niños y niñas mas desfavorecidos y a que implique a los sacerdotes en esta labor.

Para Ernesto este encuentro supone una inyección de energía y de ilusión, aún sabiendo que el camino que queda por recorrer no se presenta fácil ni llano. Hay que seguir estudiando por dónde puede ir la aprobación y qué figura jurídica debe adquirir la Obra, pero sabe que está bien encauzado, que los Misioneros de la esperanza son necesarios en la Iglesia y en el mundo.

MIES y su Obra Filial.

A partir de 1973 y 1974, como ya hemos visto, FIMES se extiende como una mancha de aceite allí donde va un Misionero de la Esperanza, e incluso, es convocada desde diferentes lugares en los que han tenido conocimiento de esta experiencia apostólica y saben de su buen funcionamiento y aceptación entre los jóvenes que se acercan a la Iglesia o quieren comprometerse en el seguimiento de Cristo desde la base. Tal es el caso de Córdoba, como ya se ha comentado en el

¹⁴³ Obviamente este tipo de trámites tienen que ir por la vía legal, a través de la presentación de estatutos fundacionales, el estudio profundo por parte de la autoridad competente y la aprobación, si procede.

capítulo anterior, o el de Villarrobledo, una década más tarde.

El modelo de expansión se repite, pues, de un lugar a otro, y FIMES, a lo largo de la década de los setenta y los ochenta se va consolidando con fuerza y personalidad. En 1979, recogiendo la experiencia de su andadura como Obra Filial de MIES, edita un Libro Guía para orientar a las nuevas incorporaciones y ofrecer una somera formación sobre el qué, el para qué y el cómo funcionaba, tanto para sus miembros como para las personas que quisieran conocerlo.

El Libro Guía se convierte en un instrumento muy importante para la formación de los Responsables en FIMES ya que recoge todos los aspectos de organización, metodología, estilos de apostolado, fines y espiritualidad de una forma sencilla y directa. Es el resultado del trabajo y la reflexión de Misioneros de la Esperanza que desarrollan su labor apostólica en la Obra Filial y de hermanos que sienten su vocación como FIMES, es decir, que no aspiran a la Consagración ni a formar parte de la Obra MIES. Ambas entidades comparten la misma metodología, visión y gran parte de la misión, además del fundador. En muchos lugares no se entiende la una sin la otra, pero en Málaga, donde el número de FIMES ha crecido exponencialmente, empiezan a aparecer signos distintivos, sobre todo, entre aquellos niños que ya se han hecho adultos y forman parte de la Sección de Comunidades, como se explicará más adelante.

La Metodología de FIMES, que se explica en el apartado II del Libro Guía es, como se verá, la misma que Ernesto desarrolló en los años de la Congregación y sus muchachos perfeccionaron en la década siguiente, y que se basa en el llamado Método Preventivo de S. Juan Bosco.

“FIMES utiliza el método preventivo de S. Juan Bosco, que se resume en:

- a) Ser amigo de los niños.*
- b) Presencia del Responsable en los juegos y actividades.*
- c) Hacer más llevadera la disciplina, el orden y la corrección por el clima de amistad que existe con los responsables¹⁴⁴.”*

¹⁴⁴ Libro Guía. Pág. 26

Pero esto es sólo un detalle de cómo tiene que ser la relación y la interacción con los niños y jóvenes. Se parte de unos presupuestos básicos, vigentes para los tiempos actuales. Y es que la evangelización idónea de un niño no puede hacerse en encuentros esporádicos, en lugares donde el menor se encuentra forzado por la disciplina, como puede ocurrir en un colegio o en unas catequesis formales. El educador no puede aparecer ante el menor como “un guardia” o un “aguafiestas”, sino que debe ser amigo del niño, preocuparse por sus problemas, conocer sus intereses, sus gustos, sus deseos, porque este asimila lo que se le transmite, a veces, como si fuera una esponja que se empapa de agua, cuando el clima es distendido y considera amiga a la persona que le habla. Si esta persona, además, es cercana en edad y prolonga su presencia y participación en los juegos y las actividades, su testimonio se convierte en un modelo, en un referente muy importante para sus vidas.

“El niño no entiende de conceptos abstractos o ideas abstractas. Se mueve por cosas y personas concretas. Sus ideales suelen ser niños mayores que él o los Responsables, a los que tiende a imitar, porque su capacidad de admiración es innata¹⁴⁵.”

Se ha demostrado que la capacidad de atención y asimilación de las personas aumenta significativamente cuando la información que recibe se transmite en un ambiente cálido, agradable para él, por eso es tan importante que se cuiden los detalles en el Salón de juegos o de reuniones. Los niños y jóvenes han de sentirse familiarizados con ese lugar, e identificados con muchos de sus elementos, como puede ser la decoración de las paredes en la que han podido participar, los juegos de mesa, las consignas o mensajes que aparecen en paneles o murales, la actitud cálida, acogedora y cercana de los Responsables, la alegría que debe brotar de todos y que se traduce en canciones, bromas, sonrisas, cariño...En un grupo infantil o juvenil en el que, de vez en cuando, no brote la risa franca, algo está fallando. El salón lo deben sentir como suyo.

“Puesto que el niño tiende a imitar, los Responsables, individualmente y como grupo, han de ser y aparecer practicando cuanto predi-

can, dando testimonio, sobre todo, de caridad, de responsabilidad y entrega, amor a Jesús, frecuencia y vivencia de Sacramentos, oración y testimonio cristiano fuera del centro, celo apostólico y compromiso con los problemas de los hombres¹⁴⁶”.

El mejor animador para un niño es, sin duda, un joven, que juega con él, que es su amigo, que conoce sus gustos, sus personajes favoritos o series, que entra en su mundo y aporta luz y amor en él, que es capaz de bromear, de cantar, saltar o correr...El mejor animador de un joven es otro joven, mayor quizá, pero que pueda empalmar y compartir su vida, que teniendo una realidad semejante, se convierta en modelo y le interpele. El joven ve en ese animador una visión de lo que significa seguir a Cristo desde esa realidad concreta. Se puede vivir el Evangelio; no es una utopía, ni una idea desfasada, ni un proyecto “para los buenos”, sino un reto, un estilo de vida que les seduce e ilusiona, una opción que merece el empeño y el esfuerzo. Y todo eso lo perciben a través de la vida y el testimonio de los Animadores o Responsables, que le dedican su tiempo y atención sin otra contrapartida que esa relación de amistad que se inicia, que se preocupan por ellos, que les escuchan y apoyan, que forman parte de su vida, no en momentos concretos, sino en toda ella.

Cuando los niños y jóvenes ya están en la etapa de la Palabra o de los Sacramentos, es importante que sus Responsables participen con ellos de la misa dominical, y que les animen y acompañen a recibir el Sacramento de la Penitencia, sin obligar ni coaccionar, sino partiendo del testimonio personal. El Responsable invita, contagia su propia experiencia, acompaña, anima, pero nunca obliga.

¿Y qué se espera de los Responsables adultos? Ellos también tienen una misión muy importante que desarrollar de forma directa ,con los niños y jóvenes, a quienes presta formación, cuidados y atención, y con los animadores y Responsables adolescentes o jóvenes, a quienes orienta, enseña, corrige, apoya y da testimonio. Los misioneros adultos son el referente para el animador joven. Y además, asumen la tarea de organización, formación, relaciones con los familiares de los menores y supervisión de las programaciones y actividades que se

¹⁴⁵ Libro Guía de FIMES. Pág. 24

¹⁴⁶ Libro Guía de FIMES. Pág. 26.

desarrollan. Son la columna en el funcionamiento del centro, las personas que aportan experiencia y conocimientos para la buena marcha del grupo, siempre encauzando toda la tarea hacia el centro neurálgico que es Cristo, y propagando la devoción a María, su madre.

En estos años setenta aún hay muy pocos adultos en FIMES y MIES. Es una Obra eminentemente joven, aunque ya empiezan a casarse muchos de ellos y a tener familia, lo que les obliga a reajustar sus vidas y aportar nuevos modelos de matrimonios y familias comprometidas en la Obra.

A menudo la tarea les desborda, porque la vocación recibida es heroica y les interpela y compromete en todos los órdenes de su vida. Quieren ser buenos educadores, padres amantes, trabajadores ejemplares, tener las casas disponibles a los hermanos, hacer apostolado directo, atender a la familia en lo que es preciso, tener asiduidad en los Sacramentos, orar personalmente todos los días, preferiblemente ante el sagrario, participar de la Asociación de Vecinos, o del Sindicato o de las Asociaciones de Padres y Madres del Colegio de sus hijos... A menudo se ven desbordados. Las nuevas situaciones requieren introducir cambios en la vida de cada uno, y muchos de ellos acuden a sus Responsables en busca de luz porque quieren seguir siendo fieles a la vocación recibida y llevar una vida mas o menos equilibrada en el plano espiritual, apostólico, profesional, familiar y personal.

Salvador Luna escribe un artículo en el Boletín Mies en el año 1977 que refleja esta situación: “... *Esta mañana al sonar el despertador lo apagué maquinalmente y me pareció que había trabajado toda la noche en vez de dormir [...]*”.

Después de un día agotador en el trabajo, con numerosas incidencias, regresa a casa por la tarde y aún le quedan numerosas tareas que atender: “*Vuelta a recoger a los niños, ir a casa, darles de cenar...-sigue relatando- Mi mujer y yo acostamos a cada uno; el chico queda para más tarde. Casi no me acuerdo, con todo este trajín, que a las nueve hay reunión de la Asociación de vecinos. Allí saludo a muchos conocidos [...]. Ya estamos en la cama cuando medio dormido me asaltan pensamientos: ¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Por qué tanto correr? ¿A*

donde vamos con nuestro continuo ir de un lado para otro? No me entretengo demasiado en ello, hay que dormir, pues mañana me puede pasar con el despertador lo mismo que hoy”.

Es sólo un ejemplo, un testimonio de la realidad que viven muchos matrimonios que quieren compaginar todas sus responsabilidades sin caer en el activismo o el caos. Ernesto lo deja claro en sus escritos y, muy concretamente, en una charla que da a FICE el 3 de abril de 1991, en la que trata el tema de la vida consagrada. En esta ocasión afirma rotundo: “*Lo que caracteriza a nuestra Asociación y la diferencia de la vida corriente cristiana es precisamente que el que entra en MIES¹⁴⁷ sabe que se le va a pedir una vida radicalizada, bien sea por los votos o por un compromiso fuerte ante la Comunidad [...] Todos estáis llamados a la santidad, hagan votos o no.[...] La mediocridad de vida en MIES es una contradicción total, hagan votos o no hagan votos. Entonces lo esencial es la radicalidad de vida*”.

Efectivamente, cada situación nueva, como se ha comentado, plantea nuevos retos. A finales de los setenta, la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo en España se convierte en un nuevo desafío, porque muchas misioneras y fimes empiezan a trabajar fuera de casa y ya no pueden desarrollar ellas solas todas las tareas del hogar que antes realizaban. Disponen de menos tiempo para el apostolado o para cuidar “la retaguardia”, mientras sus maridos se entregan a la vida apostólica. Otro tanto ocurre en países como Ecuador, Paraguay o Argentina, en los que para proveer a la familia y cubrir las necesidades básicas, hay que dedicar mucho tiempo al trabajo y, normalmente, son ambos los que contribuyen a las cargas económicas.

Cada tiempo y cada lugar plantea situaciones que requieren de una buena dosis de creatividad y buena voluntad por parte de los Responsables y hermanos, en general. Sobre todo exige esfuerzo, constancia y empeño obstinado para no “bajar la guardia” en el desempeño de la tarea y la fidelidad a la vocación.

El 17 de octubre de 1979 se aprueban unos nuevos Estatutos por el entonces Obispo de Málaga D. Ramón Buxarrais Ventura. En

¹⁴⁷ Se refiere a MIES y a lo que era FIMES, pues se refiere a un MIES fusionado, que agrupa a todos.

este nuevo documento MIES es reconocida como “Asociación Pública de Fieles, cuyos miembros, formando Comunidades de vida cristiana “radicalizadas por medio de votos privados”, intentan promover entre ellos una vida cristiana más perfecta y realizar obras de caridad y apostolado, especialmente entre los niños y los jóvenes¹⁴⁸” y ya se definen cuatro fines, tal y como se reconocen en la actualidad:

- a) “Conseguir la propia perfección mediante la vivencia de los consejos evangélicos, emitiendo Votos privados o Promesas. Con esto realizan su “consagración a Dios y a la Iglesia”.
- b) Una especial dedicación a la devoción y al apostolado marianos.
- c) La acción apostólica con jóvenes y niños, tratando de orientar los hacia un cristianismo comprometido y comunitario.
- d) La acción no-violenta a favor de la liberación integral de los hombres¹⁴⁹”.

Al final del primer capítulo se añade una nota en la que se aclara que MIES no es una congregación Religiosa, ni un Instituto Secular, pero tampoco es una comunidad cristiana o conjunto de comunidades, sino que se trata de una “vocación especial”, que no es para cualquier cristiano comprometido que no tenga este carisma, que no se sienta llamado a ello.

Por lo demás hay que señalar que estos estatutos responden a la estructura, lenguaje y redacción de este tipo de documentos, a diferencia de los anteriores que eran mucho más catequéticos y extensos.

El 21 de noviembre de 1987 llega la aprobación por parte de la Conferencia Episcopal Española. En esos Estatutos se introducen algunos cambios en el capítulo del Régimen de la Asociación, y se destacan como especiales mentores de la espiritualidad de la Asociación a Theresa de Lisieux, S. Francisco de Asís, S. Juan Bosco y el P. Carlos de Foucauld¹⁵⁰, hoy Beato C. de Foucauld.

Es importante señalar que a partir de 1979 empezaron las ordenaciones sacerdotales de los primeros Misioneros de la Esperanza,

abriendo el camino Francisco Gonzalez Gómez, quien siendo un niño de apenas siete u ocho años se inició en los Cruzados Eucarísticos, para pasar, a continuación a formar parte de la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa, y seguidamente a MIES.

A él le siguen otros, también enamorados de la vocación y dispuestos a llevar el carisma a sus pueblos, parroquias y destinos. Así, en 1981 se ordenó Enrique Rubio Picó, actualmente sacerdote en la Diócesis de Manabí, en Ecuador; en 1983 le tocó el turno a Agustín Zambrana, que seguidamente marchó de Misionero a Venezuela con la Diócesis de Málaga, tal y como un día soñó Ernesto que él mismo haría, aunque en su caso no pudo ser. En 1986 Joaquín Pérez, de Córdoba; al año siguiente Manuel Marquez, y así, un número creciente de jóvenes que fueron llamados a este Ministerio desde su ser MIES. Algunos se incorporaron a la Obra siendo ya sacerdotes, como fue el caso de el P. Jose Antonio Romero y el P. Atanasio Martínez, y otros que se han ido mencionando en uno u otro capítulo de este libro.

Mies y su Obra filial tienen, pues, en su seno jóvenes con vocación de casados, de célibes y de sacerdotes, y cada uno de ellos atienden a su misión desde su estado.

En el caso de los sacerdotes, Diego Ernesto, en las Charlas con motivo del XXV Aniversario de MIES les recuerda algunos aspectos que han de considerar y vivir muy especialmente, como es la primacía del amor en sus vidas, desde la perspectiva de la sencillez, la humildad, la fidelidad a lo pequeño, la santificación en la vida cotidiana y en su ministerio concreto. En realidad este punto es aplicable a todo Mies, independientemente de su estado de vida. Asimismo, el Espíritu Misionero es común para todos, así como la eclesialidad y la atención a los niños y jóvenes. ¿Qué sería pues específico de seminaristas y sacerdotes? Su vínculo de unión con el presbiterio diocesano, su permanencia para toda la vida, como los otros misioneros, a una Comunidad Mies y su obediencia al obispo a la vez que a los Responsables de la Obra, porque son obediencias compatibles y complementarias.

“La eucaristía ha de ser el centro de la vida del sacerdote Mies. Por ninguna razón – a no ser por enfermedad o algo parecido- debe

¹⁴⁸ Art. 1 del Estatutos MIES de 1979. Pág. 3

¹⁴⁹ Art.3 de Estatutos de 1979. Pág. 3

¹⁵⁰ Capítulo III. “Espiritualidad de MIES”. Capítulo 28 de los Estatutos MIES de 1987. Pág. 7

dejar la celebración diariamente...[...] El cura Mies debe ser un hombre de oración; es un Misionero de la Esperanza, un contemplativo; por consiguiente será un contemplativo profundo...". Y siempre ser signo de unidad, considerándose un servidor en el desempeño de su responsabilidad como párroco, trabajando en equipo, con todos los agentes pastorales y personas que asuman alguna responsabilidad en la Parroquia. Digamos que el sacerdote Mies tiene un talante dialogante, tolerante, buscando siempre la unidad, muy atento y comprometido en la Pastoral de niños y jóvenes, pero sin descuidar todas las realidades de su feligresía.

En cuanto a los célibes, tan importantes en la Obra, hacen una opción de vida de entrega radical al Reino realizando su “eros” plenamente en Jesucristo. Se configuran con Cristo, libre su corazón por completo para que el Amor de Dios los posea y sean solo para Él. *“Y también para conseguir una mayor libertad y disponibilidad para la construcción del Reino y para la liberación integral de todos los hombres¹⁵¹”*. Para ello renuncian no sólo a esposo o a esposa, sino a todo tipo de apego a criaturas o actitudes, entregándose con libertad total del corazón al servicio de Dios.

Las Comunidades, esperanza de la Iglesia Universal.

Tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia profundiza sobre su identidad comunitaria tras un replanteamiento de la catequesis. En el Sínodo de 1977 dedicado a la catequesis en nuestro tiempo se reafirma la idea de que el ámbito normal de la catequesis es la comunidad cristiana y simultáneamente subraya la importancia de las nuevas formas de comunidad: pequeñas comunidades eclesiales, asociaciones, grupos juveniles, etc.

Juan Pablo II afirma en su exhortación *Catechesi Tradendae* de 16 de octubre de 1979 que *“Todo el que se ha adherido a Jesucristo por la fe, y se esfuerza por consolidar esta fe mediante la catequesis, tiene necesidad de vivirla en comunión con aquellos que han dado el mismo paso. La catequesis corre el riesgo de esterilizarse, si una comunidad de fe y de vida cristiana no acoge al catecúmeno en cierta fase de su catequesis”*.

¹⁵¹ E. Wilson Plata. Sacerdotes y Seminaristas. Charlas XXV Aniversario de MIES. Pág.116.

Diez años antes, la Conferencia Episcopal Latinoamericana reunida en Medellín (1968) había proclamado su opción por la catequesis, entendida como un proceso comunitario de crecimiento en la fe. Pero ellos no fueron los primeros en reflexionar y profundizar sobre esta experiencia de fe y de vida, sino que los orígenes del resurgimiento de las comunidades, que en los primeros tiempos de la Iglesia fueron esenciales, se sitúa entre 1950 y 1953 en Francia, apoyadas por la Facultad de Teología de Lyon.

Estas experiencias aportan luz y riqueza para toda la Iglesia, la cual, con el Concilio Vaticano II abre una etapa de renovación y esperanza. A partir de este momento numerosos religiosos, sacerdotes y seglares se ilusionan por recuperar el espíritu de los primeros tiempos, de las comunidades descritas en los Hechos de los Apóstoles, ahora en el contexto de una segunda evangelización, o de una segunda catequesis postbautismal, ya que el catecumenado, en sentido estricto, es el proceso de evangelización de los adultos que se preparan para el bautismo. Surgen con fuerza las Comunidades Cristianas de Base, las Parroquiales, el Camino Neocatecumenal, impulsado por Kiko Argüello y Carmen Hernández a partir de 1960 y otras muchas experiencias que cuestionan y llenan de vida en el Espíritu a la Iglesia.

Los pastoralistas toman conciencia de que en los países cristianos se encuentra un auténtico campo de misión, porque habiendo muchos bautizados, lo cierto es que hay pocos evangelizados que reconozcan a Jesús como el Señor de sus vidas. *“Para muchos cristianos la práctica religiosa se reduce a la recepción del Bautismo, Primera Comunión y Matrimonio, simplemente como acontecimientos sociales. [...] La fe es asimilada como un tú a tú con Dios, sin ninguna dimensión comunitaria [...] La evangelización ha de hacerse desde la Comunidad y para la Comunidad. En una macro-comunidad (parroquia) el cristianismo queda demasiado diluido. Hay que crear grupos de creyentes reducidos donde el compartir la fe en todas sus dimensiones sea posible. Esta comunidad servirá de apoyo testimonial y de meta para el apostolado¹⁵²”*

Se hace urgente entre los cristianos, despertar el sentido comunitario de la fe. Por eso recobra sentido y se actualiza el texto de

¹⁵² Libro Guía de FIMES pág. 50.

Hechos de los Apóstoles: *“En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas...”* (Hch 4, 32)

En MIES, en abril de 1979 se inicia la experiencia comunitaria tras un profundo estudio realizado por Francisco González y Amelia S. Juan acerca de la conveniencia de adoptar la fórmula de vida comunitaria al estilo de los itinerarios de maduración en la fe para adultos que estaban floreciendo en la Iglesia a la luz del Concilio Vaticano II y la reflexiones y profundizaciones posteriores. Fue una decisión madurada en el Equipo Director que se ofreció, de un modo más o menos directivo a toda la Obra.

Y como cabe esperar cuando se produce una innovación de tan hondo calado, hubo bastantes resistencias por parte de algunos y expectación por parte de otros. Hasta ese momento, los Misioneros se habían organizado en equipos, pequeños grupos donde compartían formación e intercambiaban sus experiencias. Los Sacramentos, Oraciones, Retiros, Ejercicios y actividades lúdicas o de convivencia eran de tipo general, es decir, para toda la Obra o una sección concreta, como podían ser casados, célibes o solteros. Muchos estaban satisfechos con esta organización y no sentían la necesidad de iniciar una experiencia de vida comunitaria que le era tan ajena. Fue necesario, pues, abrir el corazón y la mente a la propuesta del Equipo Director. En el Boletín MIES de abril de 1979 Francisco González escribe: *“Tras un largo y, ¿por qué no?, en ocasiones, doloroso “parto”, acaban de nacer las Comunidades MIES. Atrás han quedado horas de reflexión, de estudio, de oración, de trabajo...Lo que parecía “una bonita idea” hoy se ha convertido en realidad. [...]*

Ha llegado la hora de la verdad, la hora de dejar de teorizar y hacer realidad el acontecimiento de Iglesia. Alegrémonos, pues, hermanos porque la obra de salvación se hace historia en nosotros”.

En el caso de FIMES las Comunidades llegan de forma natural, sin imposiciones ni necesidad de romper esquemas de organización. Los jóvenes de los Centros se van haciendo mayores. Muchos de ellos no sienten la llamada a la vida consagrada, por lo que no se vinculan

a MIES, pero quieren seguir siendo fieles a la llamada recibida para comprometerse en la Iglesia en el apostolado con niños y jóvenes viviendo la espiritualidad que les propone FIMES.

Son, en su mayoría, jóvenes que han superado los veinte años y que sienten que la dinámica de Centro juvenil es ya insuficiente para su maduración en la fe y su experiencia de vida. Quieren dar el paso a formar Comunidades.

En algunas parroquias el Camino Neocatecumenal se convierte en la respuesta para muchos de estos muchachos y muchachas que acuden a las convocatorias públicas en la que se les invitan a iniciarse en una comunidad, pero al hacerlo, han de dejar FIMES, por el propio proceso que plantea el Camino. ¿Qué ocurre entonces con los Fimes que quieren seguir siéndolo ya en su vida de adultos?

Se hace necesario dar respuesta madura y eclesial, mediante una estructura y dinámica de vida en la fe que propicie y ayude en su vivencia de opción evangélica.

Atanasio Martínez Botía, sacerdote de la diócesis de Málaga, por entonces enviado a la Parroquia de S. Pablo, conoce la Obra Filial de MIES y conoce también el itinerario o proceso que desarrollan las Comunidades Neocatecumenales desde la etapa de convocatoria pública hasta el último paso.

Como ya se ha comentado, el Camino Neocatecumenal es, y así se define, un itinerario de iniciación cristiana posterior al Bautismo, una maduración en la fe, que se vive en comunidades de entre veinticinco a cuarenta miembros aproximadamente, con los que se llega a establecer una relación muy estrecha e íntima, a menudo, más intensa que con la propia familia extensa. La formación del grupo, a cargo de unos catequistas supervisados o acompañados por un sacerdote, pasa por diferentes etapas o pasos, que marcan momentos de maduración, discernimiento y compromiso de los participantes.

De ellos se toman algunos ritos, que a su vez los hermanos neocatecumenales toman de las tradiciones litúrgicas hispano-mozár-

abes y Ambrosiana, y que vienen a favorecer la vivencia de la Eucaristía cuando se celebra en grupos reducidos. Así, los participantes reciben la comunión en sus lugares, y se comulga bajo las dos especies. También el rito de la paz se adelanta al momento anterior de la presentación de las ofrendas y se ofrece la oportunidad de que los participantes comenten la Palabra recibida en voz alta y para todos los hermanos tras la proclamación del Evangelio, en una práctica que se ha llamado “eco de la Palabra”.

FIMES toma como base para su modelo comunitario el “Ritual de la iniciación cristiana de adultos” y las experiencias que venían desarrollándose en distintas parroquias y grupos, con una influencia importante del Camino Neocatecumenal, pero adaptándolo y ajustándolo a la realidad y exigencias del propio carisma.

Define las características de las Comunidades FIMES como:

- Comunidad de Fe.
- Comunidad de Culto.

La fe se celebra y se expresa en el culto comunitario, tal y como se recoge en Hch 2.42: “*Vivían unidos y participaban en la fracción del pan y en las oraciones...*”. Buscan el alimento en la Palabra de Dios y no se dejan polarizar por la políticas o las ideologías tan presentes en ese momento.

- Comunidad de Amor.
- Comunidad de Misión.

Y todo ello concebido como un proceso de maduración, es decir, un camino jalonado de etapas con contenidos, vivencias y compromisos concretos, en el que se diferencian los siguientes momentos:

1. Etapa de Convocatoria, en la que se hace una invitación a todos aquellos que quieran formar parte de la nueva comunidad, si es que no se comienza con un grupo de jóvenes FIMES ya suficientemente numeroso.

En esta etapa se pretende despertar a la fe, se explica la propuesta de comunidad y la espiritualidad FIMES.

Tras un rito llamado “entrega de Biblias”, que se suele hacer en una Eucaristía, se pasa a la siguiente etapa.

- 2 Iniciación: Da comienzo un periodo de conversión mediante el acercamiento sincero a la persona de Jesús, o un “volver al amor primero”, si el joven ya hace tiempo que es discípulo, y un “volver a las fuentes” para reavivar o actualizar la fe recibida, todo ello dependiendo del momento espiritual y de conversión de cada uno.
- 3 Precatecumenado: en el que se pretende sentar las bases de una alianza personal con el Señor, viviendo la presencia del Espíritu Santo y fortaleciendo lazos con los hermanos.
- 4 Catecumenado: en el que se profundiza sobre la vivencia de la espiritualidad, la figura de María, la eclesialidad, el apostolado y otros aspectos relacionados con el servicio a la Iglesia y la identificación con ella.
- 5 Comunidad: en la que se pretende que los hermanos vivan en plenitud el amor de Dios y a los demás, y que se sientan enviados del Padre en la comunicación de la fe, con una actitud esencialmente misionera.

El Libro Guía de FIMES recoge cada paso, cada momento, con sus fines, ritos, contenidos, dinámicas, metodología y organización desde el punto de vista de la estructura. Digamos que prevé todo el proyecto minuciosamente, creando una especie de sistema que da coherencia y soporte a todo este proceso de maduración personal y comunitaria.

Las Comunidades MIES, por su propia naturaleza, son diferentes, en tanto que no hacen convocatoria pública, ya que se desarrollan en el seno de una Obra de Misioneros que han pasado por una Probación o noviciado y, por lo tanto, ya han experimentado una conversión primera, aunque en la vida se den diferentes momentos fuertes de encuentro con el Señor o de conversión. Luego todo el proceso catequético se ha dado ya, en una medida u otra, y lo que se propicia es la vivencia de la vocación, la consagración, la formación eclesial, sobre todo de documentos del Magisterio, la misión, la espiritualidad y el carisma de la Obra. No hay etapas y los misioneros se van incorporando conforme se vinculan. Cuando las comunidades llegan a treinta o treinta y cinco miembros, se inician otras nuevas. No están adscritas a ninguna parroquia, porque no son parroquiales,

aunque, en esencia, se vive la misma familiaridad y ambiente que en las FIMES. También MIES elabora su Guía de Funcionamiento según la cual se determina que en estas no hay animadores ni catequistas, sino que existe un responsable, investido de autoridad, al que todos los miembros deben obediencia. En cuanto a los contenidos, destaca la importancia de que todos los miembros realicen un escrutinio personal de cara a las renovaciones de vinculaciones, promesas o votos revisando la asiduidad en la Dirección Espiritual, los criterios, la obediencia, el testimonio de vida, la asistencia a los actos Mies y la relación efectiva y afectiva con los responsables¹⁵³.

Con todo, queda claro que hubo una diferencia significativa entre unas Comunidades y otras en cuanto a contenidos, proceso, visión, organización y objetivos. Se podría decir que mientras las Comunidades FIMES eran catecumenales, las MIES eran vocacionales.

Un viento del Espíritu irrumpe en el alma de Ernesto Wilson y sacude MIES...

Según cuentan testigos, conocidos, y el propio Ernesto, en octubre de 1988 el P. José Antonio Romero le aconseja al padre que lea el libro de “Núcleos del Mensaje Cristiano” de Javier Garrido, y como consecuencia de la meditación y la oración en torno a esta obra, se inicia un proceso de renovación interior y de descubrimiento personal y espiritual que marca un antes y un después en la vida de nuestro sacerdote, y por extensión de MIES, porque es tan grande la impresión, tan profunda la revelación que no puede dejar de predicar y hablar a todos de lo que se ha llamado *El Evangelio de la Gracia*.

Aún hoy, veinticinco años después, es difícil saber qué fue lo que ocurrió realmente en el alma de Ernesto y en su mente, qué procesos se desataron en ese otoño que vinieron a abrir de par en par todas las puertas, ventanas y resquicios de su ser, permitiéndole al Espíritu penetrar en cada esquina, hueco, u oquedad, iluminando todas las zonas de penumbra o de oscuridad que aún podían habitarlo.

Ernesto, agobiado, a veces, por los escrúpulos, por la preocupación, a menudo, obsesiva hacia la Obra o los misioneros, a quienes

consideraba sus hijos; una persona sujeta a normas muy estrictas y detalladas de vida y de culto, por su propia opción de vida evangélica radicalizada; un hombre con dificultad para flexibilizar sus pequeños rituales cotidianos o de organización, con una marcada pedagogía basada en el autocontrol y la revisión de vida...ese sacerdote que ha defendido hasta la saciedad la necesidad casi imperiosa de la Dirección Espiritual, los planes de vida pormenorizados, las fórmulas de vinculación o consagración detalladas, acaba de liberarse de todas sus ataduras y quiere que todos sus misioneros le sigan en este camino sin retorno. Y es que ha descubierto que su enfoque, hasta ese momento, no era el más evangélico. Él siente una liberación interior que hace saltar todas las ataduras que le impedían volar como un pájaro, elevarse sobre la mediocridad de la vida y disfrutar de la calidez y la luz del Altísimo.

Es una experiencia mística, pero que se traduce en todo un nuevo planteamiento de la fe, de la oración, de la acción y de la vida. Ernesto deja atrás la orilla y se adentra en el mar de la Gracia. Mira su condición, observa cuáles son sus limitaciones, identifica sus ataduras y se siente amado hasta el infinito por el Padre del Cielo.

Él mismo comenta a los ejercitantes de aquel verano de 1989: *“En estos años que he pasado tan terribles, en dos ocasiones en el año pasado, estuve en situación límite: sin embargo, hubo un momento en que recibí una gracia grande: el darme cuenta que era más afortunado que nadie porque me veía con cruces espantosas. Ahí veía yo la felicidad más grande: en la cruz más terrible, en el valor de la cruz”*¹⁵⁴.

No se trata de que haya descubierto nuevos textos o revelaciones. Todo estaba ahí desde siempre, pero todo le resulta renovado y rico en nuevos significados. Él ya sabía que Dios, nuestro Señor, era un Dios-Papaíto (Abba), pero ahora lo experimenta en el corazón, siente cómo el Señor lo mira con ternura y conociendo todas sus limitaciones y oscuridades, o precisamente por conocerlas, lo eleva del suelo tomándolo en sus brazos. Ernesto sabe que es vasija de barro, pero que por esa extraordinaria misericordia de Dios, transporta el más preciado tesoro. Él no ha hecho nada, ni siquiera lo ha comprendido hasta ese momento, porque todo es Gracia gratuita y desbordante de Dios-Amor.

¹⁵³ Guía de Funcionamiento de las Comunidades MIES de 2 de noviembre de 1985.

¹⁵⁴ Evangelio de la Gracia (Desde ahora EG) pág. 372.

Es consciente de que todos los cuadros y los planes de vida que cumplimentaba rigurosamente no han acelerado un minuto ni un segundo este Encuentro maravilloso con el Altísimo, ni toda su lucha, ni sus reflexiones o meditaciones.

En los Ejercicios de 1989 dice a sus misioneros: *“De ahí que tengamos que huir tanto de los cuadros a que tan amigos éramos antes, porque yo mismo os obligaba a haceros unos cuadros”*¹⁵⁵. *La forma de la vida cristiana es no tener forma, no estar metidos en cuadrículamientos*: “Yo soy bueno si hago esto, esto, esto; mis compromisitos, y como me saquen de los cuadros soy hombre perdido”¹⁵⁶.

Desde niño había soñado con crear algo para ayudar a otros niños heridos por la guerra. Después, siendo joven y participando de la Acción Católica, va tomando responsabilidades hasta que decide entrar en el Seminario para ser sacerdote. Luego vinieron los años de apostolado incesante, de dejar su salud y su vida al servicio de aquellos niños y niñas del barrio de Hazas de Cuevas. A ellos le siguieron los jóvenes, la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa. A continuación los Spes Juniores que pronto se llamarían Misioneros de la Esperanza, y tras ellos FIMES, las fundaciones, los viajes, los estatutos y reglamentos, las definiciones y aclaraciones. Escribe el Hermano Carreto: *“Había caminado, corrido, hablado, organizado, creyendo que sostenía algo; y en realidad no había sostenido nada. Todo el peso del mundo descansaba sobre Jesús Crucificado”*¹⁵⁷. Ernesto sabe que es un siervo inútil, y que sólo ha hecho lo que creía que debía hacer.

Este planteamiento tan simple es completamente rompedor, porque acaba con sus escrúpulos en relación a cuánto había de él en su obra y cuánto del Señor, hasta donde han entrado sus deseos o su visión y hasta donde la de Cristo. Eso ya no importa, porque nada le pertenece. MIES no es suyo, no es su Obra. Él sólo ha hecho lo que tenía que hacer.

¹⁵⁵ Se refiere a planillas para revisar aspectos de la vida como la oración, los sacramentos, la participación en charlas, la caridad, etc. que persona revisaba valorando un “sí”, “no” o una categoría como “bien”, “mal” o “regular”. Cada uno lo hacía a su modo.

¹⁵⁶ E. Wilson. Evangelio de la Gracia. Málaga-1992.

¹⁵⁷ C. Carretto. Cartas del Desierto. Ediciones Paulinas. Madrid-1974. Pág. 39.

Diego Ernesto, conmovido primero y seducido después, con la osadía propia del enamorado, se lanza como D. Quijote contra los molinos de viento, dispuesto a contarle a todos su descubrimiento y a rectificar los errores que ahora ve.

“Yo siempre os he hablado del camino de la Infancia Espiritual, del camino de la fe – comenta con vehemencia- de S. Juan de la Cruz, de San Pablo, de Theresita, pero he dicho algunas cosas que ya no las diré nunca. Hay algunas cosas, aunque no demasiadas, que son nuevas. Hay que empezar con una doble actitud, ahora mismo, si no la tenéis ya: de humilde actitud de apertura al cambio y de total sinceridad ante Dios y ante uno mismo...”

Y efectivamente dice algunas cosas nuevas, no en relación a la Palabra, sino a los compromisos y a la vida de los misioneros. Por ejemplo, hasta entonces se había aconsejado una determinada frecuencia en los sacramentos y la oración: confesar cada quince días o cada mes, participar diariamente en la Eucaristía, hacer, al menos, media hora de oración expresa y personal, rezar el rosario, etc. Ahora Ernesto se pregunta: *“¿Con qué frecuencia se debe acudir al Sacramento de la Penitencia? Con la que uno vea que le viene bien. No pongáis otra vez cosas estrictas: “Cada quince días, cada diez”. No, no, no te amarres a un tiempo fijo. [...] Recuerdo que antes, a todos, casi a la fuerza, se les decía: “Tienes que comulgar diariamente”...No, puede ser bueno la comunión diaria o puede ser que no”*¹⁵⁸...

*“¿Podéis no tener un acompañamiento espiritual y estar tranquilos? Sí. ¿Por qué? Porque la Dirección Espiritual no es obligatoria para nadie y en MIES mucho menos. No es obligatoria ni puede serlo nunca, luego si alguno de vosotros lo que quiere es no llevar nada, que no lleve nada, porque no es obligatorio, ni siquiera el acompañamiento espiritual. Es, sin embargo, muy aconsejable”*¹⁵⁹

Digamos que el culto, la oración, los medios para iniciar o mantener un camino de Encuentro con el Señor, no pueden ser obligatorios, no tienen sentido que lo sean. Se puede aconsejar, se puede acompañar,

¹⁵⁸ EG Págs 108-109.

¹⁵⁹ EG Pág. 422.

dirigir, si así lo desea la persona, pero no imponer, porque si no hay una verdadera conversión del corazón, antes o después viene la crisis y, posiblemente, el abandono. No se trata de que la persona se vea buena, o se vea avanzar en virtudes y buenas actitudes, sino de que tenga confianza en que Dios transforma los corazones, sana la más profunda herida, reviste a la persona de Gracia y Amor, y lo hace cuando quiere y como quiere. No se trata de hacer cosas, de rezar tres rosarios, las Horas, la Lectio Divina, visitar el sagrario, hacer tal o cual lectura o devoción, sino tener muy claro que Dios salva al hombre con total gratuidad, no por lo que ellos sean o hagan, sino porque los ama infinitamente.

No se trata de cumplir con el perfil de misionero ideal, de responder a lo que los demás esperan de uno o quieren ver en uno, sino de que Dios ama a cada ser humano tal y como es, y que va a actuar para transformarlo cuando quiera y como quiera; no se trata de conquistar la santidad, sino de experimentar la gratuidad de Dios. La santidad llegará cuando el Señor quiera, pero esta santidad nunca la va a ver uno, porque si la viera, se estaría muy lejos de ella. En definitiva, no se trata de que uno se plantee o prometa ser fiel a Dios hasta la muerte, sino de asumir y ser consecuente con que Dios es fiel hasta la muerte y así lo ha demostrado.

Cambia el punto de vista, cambia el enfoque, y al hacerlo aparece ante los ojos todo un caleidoscopio de nuevos matices que conforman un universo por descubrir.

¿Se ha vivido, pues, en el error hasta ese momento? No, en realidad no se trata de errores, sino de pedagogía, de formas de aproximarse a la Gracia. Los planes de vida, los cuadros de control que miden una serie de elementos como la piedad, la oración, la misa, el cumplimiento del deber, la entrega a los demás, etc. ayudan a intentar enmendar lo que no funciona, pero si no se ha descubierto el sentido profundo de todo ello, que es el Amor, el saber que uno no puede nada si no es con la Gracia de Dios, antes o después termina fallando. Ocurre que, cuando la persona pasa por una situación que la descoloca y empieza a ver que “no cumple” se desanima, porque necesita verse buena, necesita sentir que está bien situada en el camino. Pero lo cierto es que no hay camino como tal. El único camino es Cristo.

Igual ocurre con la oración, ¿cómo orar? “No tengo métodos y además no creo mucho en ellos [...] Y es que Dios nos toma donde quiere, cuando quiere y como quiere. Vas por la calle y de pronto...pierdes la noción de la vida y del tiempo, y de todo lo que te rodea, y de lo que pasa, y pareces un idiota. Y es que estás metido en Dios. Por eso espera que Dios te meta en Él. Eso es la oración¹⁶⁰”.

Ernesto sigue incidiendo en la necesidad de la oración privada, pero sin amarrarse a tiempo o lugar. Insiste en que la contemplación del Misionero de la Esperanza es contemplar a Dios en los montes, en los campos, en la naturaleza, en los niños y los bichos...al estilo de S. Francisco de Asís, a quien nombra mentor de MIES. Les dice a sus ejercitantes: “Intentar, con una determinada determinación, orar siempre, de todas las formas, con el ofrecimiento de obras, de alabanza, de acción de gracias, de petición, oración litúrgica, el breviario si puedes; la Eucaristía, diaria, si te viene bien, y si no una, dos o tres veces por semana; la oración expresa, privada, la lectura de la Biblia, pero prefiriendo la oración del pobre a todas las otras oraciones¹⁶¹”.

El cristiano que se inicia en el camino de la oración tiende a creer que para que sea efectiva, uno debe sentirlo, debe experimentar como el corazón se caldea y desear ardientemente el momento del Encuentro con el Señor. En los primeros tiempos de la conversión, el alma suele hablar mucho. Dice C. Carretto que es el momento más fácil para el alma porque hay novedad, sentimiento, imaginación, pasión, y el Señor pone su parte de consolación. Pero en la medida que va pasando el tiempo, que se combinan la meditación, la Lectio Divina, la “oración letanía” en la que se repite una y otra vez la misma palabra o frase, porque uno siente que sobran las palabras, la imaginación y las lecturas, el alma va entrando poco a poco en la oración contemplativa. Es entonces cuando Dios hace morada en el alma del orante y el Encuentro adquiere dimensiones indescriptibles para el lenguaje humano.

En medio de ese proceso hay muchas horas de sequedad y hasta de oscuridad y silencio. ¿Es una prueba? No, más bien una preparación del alma, para que ese amor que habita en el hombre sea santo y se purifique. Dice el hermano C. Carretto: “¿Qué significa purificar

¹⁶⁰ EG págs. 49-50.

¹⁶¹ EG pág. 542.

el amor? Significa purificarlo de la sensibilidad, de la viscosidad del gusto, en otros términos, significa hacerlo “gratuito”¹⁶².

Y esto es lo que experimenta y predica Diego Ernesto hasta la saciedad. Si en la oración no encuentras consuelo, si no te concentras, si tienes que hacer un esfuerzo titánico por mantenerte quieto mirando a Jesús, no desistas. Si sólo se te ocurre rezar una y otra vez una oración vocal, si no logras imaginar el pasaje bíblico que tienes delante de tus ojos y tu mente vuela a otro lugar una y otra vez, no te desanimes. Si parece que el mismo Dios guarda silencio y no se te ocurre qué decir, persevera. Esa es la oración del pobre, la que más se identifica con la espiritualidad de MIES, la del Padre Carlos de Foucauld, hermanito de Jesús, y mentor de la Obra. *“La oración sin ganas, cansado, distrayéndote, durmiéndote, aburrido, la de estar seco... Esa es la que tienes que preferir; si el Señor te da otra ¡Bendito sea Dios!”* – Les explica Ernesto a sus oyentes en los Ejercicios sobre el Evangelio de la Gracia. Y es que en esa oración uno no busca ni halla contrapartida. No se hace porque sea agradable a los sentidos o se alcance una contraprestación. Es pura, es sencilla, es de fe. Y si el Señor quiere llevar al misionero por otros derroteros espirituales, Bendito sea.

Ernesto les explica que es el Señor el que actúa en cada uno, el que ora a través de cada persona en ese misterio maravilloso que es la Trinidad. El misionero es impotente, a menudo ve que le fallan las fuerzas, e incluso la fe, por eso hace suya la oración de la Beata Sor Teresa de la Trinidad: *“Veo mi impotencia, pero te suplico que te dignes revestirme de Ti mismo, que vivifiques mi alma con todos los movimientos de la tuya, que me sumerjas en Ti, que te dignes invadir todo mi ser, que me suplantes a fin de que mi vida no sea si no una irradiación de tu vida. Estate en mí como adorador, como reparador, como salvador”¹⁶³...*

Nuestro sacerdote ha entrado en otra dimensión espiritual, ha dado un salto cualitativo en su camino de configuración con Cristo. Sabe que no tiene que elegir nada, sino saber que Dios lo ha elegido. Que no tiene que prometer nada, sino tomar clara conciencia de que el Señor cumple siempre su promesa de fidelidad. Que puede o no puede sentir

sensiblemente como el Señor lo ama con locura infinita, pero él ya sabe que es así. Y no es una teoría que ha interiorizado por leer la Palabra una y otra vez, sino que lo siente en su alma, lo experimenta en el devenir de su vida, lo ve en cada cruz y cada momento de oscuridad insoportable, lo intuye, lo adivina... Es un estado de liberación que le mueve a proclamarlo a los cuatro vientos. Del mismo modo que Francisco de Asís gritaba por los campos y las calles de su ciudad como un loco: “El Amor no es amado”, Ernesto proclama sin descanso que el “Amor ama a cada persona de un modo infinito e insondable, con locura de Padre”. Se acabaron los métodos, las mediciones, las comparaciones. Lo único que Dios le pide es que esté ahí y que se deje tomar por Él.

¿Y qué ocurre entonces? Las reacciones de los Misioneros y los Fimes son muy diversas. Algunos ya vivían en clave de Evangelio de la Gracia y se alegran al ver a un cura tan feliz, tan liberado, tan agradecido. A otros les cuesta un poco cambiar el punto de vista, el enfoque, pero en seguida comprenden que ha sido una gracia enorme para la Obra este giro en la visión de la espiritualidad. Todo es igual en esencia, pero el punto de partida es diferente, ahora se parte de la Gratuidad infinita de Dios.

Y, por último, hay algunos que se escandalizan, no porque no tengan fe o crean que el padre se equivoca, sino porque ven un peligro emergente en que los Misioneros interpreten todo esto como si “se bajara el listón de la exigencia”. Si se parte de que Dios perdona siempre, de que la persona es infiel e inconstante y sólo Dios es siempre fiel e incondicional, entonces ¿Para qué el esfuerzo? ¿Para qué tanto sacrificio y abnegación? Si van a cobrar lo mismo los obreros que trabajaron toda la jornada que aquellos que sólo lo hicieron una hora, ¿a qué tanto correr y luchar por ser santos?

En definitiva, algunos no entienden esa gratuidad de Dios, no saben cómo manejarse con ella. Les desestabiliza, les deja como indefensos, y en seguida surgen las críticas. Al principio son murmullos, susurros entre pasillos. “A Ernesto se le ha ido esto de las manos” – piensan temerosos. – “Debería medir las consecuencias antes de predicar tanta Gracia y tanta Gratuidad”. Y poco a poco va subiendo el tono de descontento. “¿Será que se ha hecho mayor y le fallan las neuronas?” – Se preguntan algunos sin rastro de pudor.

¹⁶² C. Carreto. “Cartas del desierto”. Ediciones paulinas. Madrid-1979

¹⁶³ EG pág 343.

Lo cierto es que Diego Ernesto acaba de cumplir sesenta años, y se encuentra en plenas facultades mentales y, a la vista de los hechos, espirituales. Es un hombre abierto al Espíritu, como lo ha sido siempre, que camina con los tiempos, que oye, medita, ora sin descanso...

Las quejas y críticas obligan al entonces Responsable General Sacerdote, P. Francisco González, a poner un poco de cordura y templanza, por lo que en noviembre de 1989 dedica la editorial del Boletín MIES a este tema: *“...Algunos se sienten un poco desconcertados – escribe con cariño- sin saber cómo encajar estas ideas, que quizá puedan aparecer como nuevas en la forma de presentarlas, pero que, si las analizamos en profundidad, en su esencia, son las misma que siempre hemos recibido.*

A otros, acostumbrados a funcionar mediante compromisos muy estrictos, que tienen el peligro de quedarse en mero cumplimientos vacío del espíritu, les asusta este camino de libertad responsable.

Un tercer grupo tiene el temor de que la falta de “sacar propósitos en lo concreto” y este sano espíritu de meternos en la gratuidad de Dios, puede llevar a muchos a relajarse. Si esto es así, es decir, si hay personas que han sido educadas para caminar sólo cuando se les controla, se está muy encima de ellas, se les exige, etc. y no son capaces de hacerlo desde la libertad y por puro amor de Dios, creo que ha sido mala la formación que se les ha dado, y es posible que este sea el momento de replantearse su vida desde la fe y la madurez de la fe”.

Poco a poco esa Gracia va empapando toda la Obra y va interiorizándose respetando los ritmos y momentos de cada uno. Con la perspectiva de los años transcurridos se puede vislumbrar también la tierna pedagogía de Dios que preparó los corazones de los Misioneros de la Esperanza, los Fimes y a Diego Ernesto para los fuertes vientos de cambio que se avecinaban.

FIMES se hace mayor y reclama su independencia.

La Obra Filial de MIES no tenía entidad jurídica propia sino que era -y así había sido concebida desde el comienzo- un instrumento pastoral del que se valía MIES para el apostolado con niños y jóvenes.

En los XX puntos de “Ser MIES” quedaba recogido: *“El Mies sea soltero, célibe o casado debe estar siempre disponible, “sin pegas”, para llevar apostolado directo con niños y jóvenes y, especialmente, en FIMES, en cuyo Movimiento Filial de Mies tiene sus preferencias de elección y no quiere protagonismos en apostolados individualistas. Si se negara a hacer FIMES no podría ser Mies, pues si todos hicieran lo mismo, La Obra traicionaría su vocación y la misión confiada por la Iglesia”*

Por supuesto un Mies no tiene que hacer sólo FIMES, sino estar al servicio del párroco y la Diócesis para lo que le pida, insertándose en los movimientos existentes o en otros, pero queda claro que la identificación con FIMES y su nivel de compromiso con esta Obra es muy importante y ocupa a la mayoría de los Misioneros.

¿Qué ocurre con el paso de los años? Pues, por un lado, que FIMES crece exponencialmente, de tal forma que sobrepasa en número, de forma considerable, a los Mies. Esto, como ya se ha comentado, es una consecuencia normal, porque MIES era concebida como una obra sólo de consagrados y, por lo tanto, no era una entidad de mayorías.

Por otro lado, en FIMES hay ya adultos que reclaman su cuota de corresponsabilidad y que no sienten la llamada de MIES, es decir, a consagrarse canónicamente, aunque en cuanto a espiritualidad y estilo de vida es igual.

FIMES contaba con una estructura eminentemente participativa en la que la Asamblea tenía una fuerza determinante, a diferencia de MIES que, como se ha indicado era más vertical, más sujeta a la autoridad del superior, aunque ésta se ejerciera siempre como un servicio a los demás.

A mediados de los años ochenta la realidad de FIMES era notoria en cuanto a número de miembros, actividades, presupuestos económicos, presencia en las distintas provincias... Muchos jóvenes habían madurado y reclamaban su cuota de autonomía y responsabilidad. Había muchas cuestiones de orden civil y jurídico difíciles de abordar sin tener reconocimiento jurídico y eclesiástico, pues se

realizaban actividades masivas que requerían de seguros de responsabilidad civil, médicos, etc. y no se contaba con una documentación acreditativa que facilitara todas las gestiones que se tenían que realizar. Para muchos era una necesidad práctica el que FIMES contara con reconocimiento propio para poder acceder a todos los estamentos civiles y eclesiásticos en los que los jóvenes pudieran participar y fuera provechoso para el Movimiento.

Desde el principio hubo opiniones opuestas, ya que muchos Mies veían en esa aprobación un peligro de escisión, de que FIMES iniciara un camino de independencia y que finalmente una y otra Obra fueran realidades distintas e incluso enfrentadas en algunos aspectos. Y todas estas tensiones internas, dudas y desacuerdos llegaban a oídos de Ernesto, abordado por partidarios y detractores de que la Obra filial tuviera un reconocimiento independiente.

Ernesto no terminaba de decidirse pero, finalmente, ante las limitaciones jurídicas de FIMES y la reclamación cada vez mas fundamentada de los responsables que, coincidía que también eran MIES, accedió. Algunos vieron esta decisión como una debilidad del padre, que siempre cedía ante las reclamaciones de sus hijos, sobre todo si esos hijos eran personas de su confianza y Mies de lealtad y fidelidad probada.

Se elaboran, pues unos Estatutos para FIMES, que recogen, esencialmente, los contenidos del Libro Guía, por lo que no varía en nada su organización, funcionamiento, fines ni metodología, aunque se presenta como una Asociación Privada, a diferencia de MIES que en 1987 fue aprobada por la Conferencia Episcopal Española como Asociación Pública de Fieles, y ya antes había sido reconocida con esta naturaleza en los de 1979. La diferencia marca matices, sutiles, si se quiere, pero diferentes.

Una Asociación Pública de Fieles es erigida por la autoridad eclesiástica para fines que, por su propia naturaleza le son reservados a ésta. Digamos que se reconoce como una delegación de la autoridad eclesiástica a MIES para que realice los fines para los que ha sido concebida. Al tener personalidad jurídica pública, sus bienes tienen la consideración de bienes eclesiásticos y otra serie de características

relacionadas con esa “naturaleza delegada”. En el caso de las Asociaciones privadas de fieles de la Iglesia católica, se entienden que son entidades constituidas por iniciativa de los propios fieles para fines congruentes con la misión de la Iglesia. Luego hay una eclesialidad en ambas, clara y definitoria, pero una es erigida por Iglesia y la otra, aprobada a petición de los católicos interesados.

En el artículo 2 se deja clara su filialidad de MIES en los siguientes términos: *“Es Filial de MIES (Misioneros de la Esperanza), Asociación erigida por la Conferencia Episcopal Española y reúne las condiciones que tal afiliación comporta según el artículo 63 de los Estatutos MIES. De tal Asociación toma espiritualidad y estilo de apostolado. De una forma segura, clara y manifiesta, la espiritualidad y mística apostólica de FIMES estará siempre conectada con MIES”*.

Pero esta declaración de voluntad no parece convencer a todos. Algunos Misioneros temen que sea el principio de la división o de la segregación. La aprobación rápida, inmediata y sin correcciones por parte de la Conferencia Episcopal, levanta cierta polvareda entre algunos Misioneros que ven el peligro de escisión cada vez más evidente. Y no les tranquiliza demasiado que el órgano supremo de gobierno de la nueva Asociación sea la Asamblea General. En realidad es una exigencia del ordenamiento jurídico español para las entidades de esta naturaleza, es decir, para las Asociaciones, pero cuesta pensar que contenidos, organización, dirección y misión queden en manos de los participantes a las Asambleas, que pueden ser indistintamente FIMES que acaban de unirse a la Obra o hermanos con largos años de experiencia y conocimiento profundo del carisma.

Es una novedad con la que muchos no están aún familiarizados que imprime una dinámica diferente en la marcha de la Obra. Por otro lado, algunos piensan que FIMES es una versión menos exigente de MIES y lo manifiestan con mayor o menor prudencia, y que muchos Fimes podrían ser Mies pero no quieren mayor compromiso.

Todas estas dudas y disquisiciones llegan a oídos del fundador. El Padre Ernesto sufre. No sabe si se ha equivocado. ¿Y si finalmente se separan los hermanos Fimes y Mies y se rompe la unidad que des-

de el comienzo ha reinado entre todos? ¿Y si triunfa el desentendimiento, la división e, incluso, el desencuentro entre unos y otros?

Que todos sean uno.

El 23 de febrero de 1990 se aprobaron los Estatutos de FIMES aunque la obra Filial de MIES ya funcionaba como Asociación Privada en los años anteriores. Digamos que esa aprobación por parte de la Conferencia Episcopal vino a autentificar, desde el punto de vista legal, una realidad eclesial que ya tenía unos años de andadura y que funcionaba según la organización y Régimen que luego se explicitó en esos Estatutos.

Lo cierto es que el P. Diego Ernesto nunca lo vio claro, ni aún antes de la rúbrica de D. Ángel Suquía Goicoechea, antes Obispo de Málaga y ahora Cardenal y Presidente de la Conferencia Episcopal Española. Tanto es así que en diciembre de 1989, cuando el equipo Coordinador General de FIMES se reúne en Málaga para tratar los asuntos corrientes, el tema de la fusión surge de modo espontáneo. Parece ser que Ernesto le dirige unas palabras a los Responsables allí reunidos y les habla de la necesaria unidad entre los Mies y los Fimes. No tiene sentido que hayan rivalidades ni malentendidos porque son la misma cosa, la misma vocación. Lo único que los diferencia es la consagración por promesas y votos. Por otro lado, ve muy claro que hay que simplificar estructuras, como ocurre en las provincias en las que el número de Misioneros de la Esperanza es tan reducido que no se organizan actividades por separado, e incluso, se comparte la vida comunitaria.

Es entonces cuando Vicente Esquedo, Responsable Provincial de Alicante, le pregunta a Ernesto con toda sencillez: “Y si FIMES y MIES son lo mismo ¿Por qué estamos separados?”

La pregunta es sencilla, casi ingenua, pero Ernesto la recibe como una carga de profundidad directa a su corazón. Queda suspendida en su cabeza emitiendo un eco que, en vez de menguar en intensidad, aumenta con cada réplica de la onda. ¿Por qué estar separados? ¿Por qué no ser la misma cosa? ¿Por qué correr el riesgo de que se creen, con el tiempo, dos familias distintas y quizás distantes? Y fiel a su carácter

impulsivo, en la siguiente reunión del Equipo Director de MIES les comunica sus dudas. Los oyentes se quedan, cuanto menos, perplejos. Todos han conocido a MIES como una Obra de consagrados y a FIMES como su filial, una Asociación que es el instrumento apostólico de los Misioneros de la Esperanza y donde se agrupan aquellos hermanos que no han descubierto o no se sienten llamados a esa consagración por promesas y votos. ¿Por qué cambiar esto ahora que justamente FIMES está tramitando su aprobación en la Conferencia Episcopal?

Y la reacción del Equipo Coordinador de FIMES es más negativa si cabe, ¿qué imagen de seriedad se puede ofrecer a la Iglesia si antes de conseguir la aprobación ya se está pensando en su disolución? Por otro lado surgen las dudas y las sospechas en torno a cuáles van a ser los términos de esa fusión. ¿Y si no es una fusión sino una absorción de MIES hacia FIMES?

Juan Chaves, el Responsable Mayor Laico de MIES en ese momento escribe en abril de 1990: “*El día 24 de marzo nos reunimos el Equipo Director de Mies con el de Fimes. Estuvimos dialogando sobre las relaciones entre ambas Asociaciones y los actos comunes que tenemos, todo ello en un clima muy constructivo. Pero lo más importante de todo fue la presencia de Diego Ernesto...[...] La idea es que “es más carismático que MIES y FIMES sean una sola cosa”. Las reflexiones a que esto dio lugar nos ocuparon toda la mañana. Esto que a priori parece fácil, no lo es en la práctica, para lo cual se acordó nombrar una Comisión que estudie el tema*¹⁶⁴”.

Al hilo de ello, el P. Diego Ernesto escribe: “*No pretendo, ni mucho menos, obligaros a hacer lo que yo diga. Pero sí que hay algunos, o muchos, que realmente me aceptan como “iniciador” del Carisma Mies-Fimes...*”. Tiene claro que es importante que todos se planteen esa posible fusión, que no tiene que ser inmediata, sino el fruto de la reflexión y el consenso. “*Entonces, ¿Qué se quiere conseguir con esto?- explica Ernesto.- Pues que Mies, sin dejar de ser OBRA de VIDA CONSAGRADA CANÓNICA, admita entre sus miembros a hombres y mujeres, que con igualdad de derechos y obligaciones, no se sientan llamados a emitir VOTOS CANÓNICOS, pero sí a ser Misioneros de la Esperanza*¹⁶⁵”.

¹⁶⁴ Juan Guerrero Chaves. Editorial del Boletín MIES de abril de 1990.

¹⁶⁵ Transcrito tal y como lo escribe el P. Ernesto en la Editorial del Boletín de abril de 1990.

Así y todo, ambas Asociaciones siguen funcionando, tratando cada vez más este tema que se convierte en monográfico a medida que transcurren los meses. Ernesto, por su parte, va cambiando también de actitud. En abril deja claro que si la fusión no se produce nunca él lo acepta con paz, pero cree que esa Comisión debe trabajar y estudiar en la línea de la fusión, como algo más carismático. Y tal y como ya pronosticó Juan Chaves, el asunto se hace cada día más complejo. Unos ven peligro en la posibilidad de que los otros los anulen como tal, que si los Fimes se integran en MIES pierdan su autonomía, su modo de funcionar, sus estructuras democráticas, sus Comunidades al estilo catecumenal, en definitiva, su identidad; y otros tienen miedo de que las exigencias de la vocación se relajen, que la Consagración deje de ser importante, que todo se diluya en una especie de movimiento para todos, sin identidad definida.

Ernesto delibera, ora, medita, pide al Señor luz, pero cada vez siente una necesidad más imperiosa de que esa fusión se lleve a cabo. Lo que al principio ofrece como una posibilidad, una oportunidad de simplificar estructuras y de enriquecimiento espiritual para todos, se va iluminando en su cabeza como una certeza de por dónde hay que caminar. Y mientras más claro lo va viendo él, más oscura e impenetrable se va haciendo la duda y el temor entre muchos, Misioneros y Fimes. Surgen las quejas, unas veces mesuradas por el cariño y el respeto que sienten por Ernesto, otras menos medidas, incluso, a veces, caústicas e hirientes. Nuestro sacerdote se repliega sobre sí mismo. No quiere ver a sus hijos divididos ni enfrentados con él. No quiere ver en sus ojos las dudas ni el sufrimiento que este tema les genera a algunos.

La Comisión no avanza. Cuando se llega a un acuerdo surgen tres desacuerdos y vuelta a empezar. Ernesto se empieza a impacientar. Acude con más y más frecuencia a la oración: *“Señor, en tus manos deposito estos hijos que me has confiado. Si es tu voluntad que sean una misma familia, haz que lo vean también, como lo veo yo. Si quieres que caminen juntos y sean una sola cosa, ábreles los ojos y el corazón, para que puedan construir un camino juntos, una casa para todos...”*

Siente que él no es el fundador, sino el iniciador, y que los Misioneros de la Esperanza y los hermanos Fimes son tan importantes en

este proceso y tienen tanto que decir, como él mismo. No quiere imponer su voluntad. Necesita convencer, explicar, invitar, consensuar...

Sus fuerzas empiezan a flaquear. Frente a algunas opiniones, críticas o dudas no sabe cómo actuar. ¿Y si su empeño propicia que algunos se queden en el camino? ¿Y si por querer unir a todos, algunos se separan para siempre? Él, que ya había renunciado a la dirección de la Obra, ¿Hasta dónde podía tensar la cuerda?

Toda esta tensión la somatiza aún queriendo ser fuerte. Su corazón se resiente, sus nervios se tensan y finalmente decide que no puede recibir a nadie que venga a pedirle explicaciones o aclaraciones sobre sus intuiciones acerca de la fusión; ni siquiera que venga a participarle de sus dudas o sufrimientos. No puede hablar más de ello. Lo ha repetido en todos los foros, ha escrito numerosas cartas y artículos, ha defendido la unión y se ha defendido ante la desafección que ha sentido por parte de algunos, sabiendo, en el fondo, que sus quejas no provienen de una falta de cariño o de respeto hacia él, sino de sentir que caminan sobre tierra movediza. Pero ¿quién dijo que MIES ya estaba hecho y definido y era inamovible tal y como se había concebido? ¿Quién habló de que pudieran los Misioneros instalarse en su organización y concepción para siempre? ¿Por qué no podían fiarse de su visión si nada esencial cambiaba para ellos?

“Nadie me ha presionado – explica Ernesto a los Misioneros de la Esperanza – aunque sí he escuchado vuestras opiniones. Admito que he evolucionado en algunas cosas con lo de la Fusión, pero todo carisma, como la Iglesia misma, tiene necesariamente que evolucionar. No creo que sea legítimo el decir que este no es el MIES o el FIMES que uno conoció y al que se vinculó, pues al vincularse se debía aceptar la legítima evolución del carisma...”

Ernesto apela con todos los argumentos que cree razonables para convencer a sus hijos mientras va recogiendo en sus notas personales aspectos que han de ser tenidos en cuenta en ese MIES fusionado. Entiende que hay que democratizar más la Obra, y en eso FIMES puede aportar su estructura y funcionamiento asambleario. Anota en su cuaderno: *“Hay que educar a todos en la libertad responsable. Poco*

a poco, pero sin dilaciones innecesarias el Equipo Director ha de ser totalmente representativo de los Mies y de los Fimes, de VERDAD...”

Escribe a todos en enero de 1991: *“Pero ahora llega la realización de esta Fusión y ahí es donde yo no tengo poder ejecutivo ninguno. [...] Así es que sois vosotros los Responsables Mayores, los Coordinadores de Fimes y las Asambleas necesarias para esto quienes tenéis que decidir y hacer la Fusión. Yo me conformaré con lo que salga...”*

Y no se duerme en los laureles mientras tanto, sino que imagina y sueña ese MIES fusionado en todos sus detalles, sin dejar de hacer un ejercicio de responsabilidad y discernimiento profundo de cada aportación, cada cambio, cada matiz. Deja todo en manos de la providencia, pero trabaja incansablemente por aportar cordura y coherencia a todo el proceso.

“Para muchos soy muy lento. Debería ir mas aprisa, para “reparar el tiempo perdido”. Otros, los más prudentes, quizás, o según dicen los otros, los más “conservadores”, me intentan frenar, pues dicen que lo estoy haciendo todo muy deprisa, atolondradamente, ¿A quién hago caso? – Se pregunta el padre en diciembre de 1990.- ¿Qué sería si me muriera, cosa totalmente posible, y quedara todo esto embrollado y queriendo hacer cada uno lo que le parezca mejor?”¹⁶⁶

Poco a poco, de forma tímida primero, y clamorosa, después, va contagiando de su entusiasmo a sus más íntimos y desde ahí a todos los demás. Es él quien lidera el proceso, quien anima, convence, aporta soluciones, desbloquea los atascos y, como algunos comentan, “lleva la fusión a cabo a pesar de los Mies y de los Fimes”, que terminan aprobándola y haciéndola realidad tras un proceso de implantación que se inicia en octubre de 1991 y, se prevé, en principio que terminaría en 1995, aunque lo cierto es que, una vez que todos están convencidos y se ponen a la tarea, concluye legalmente con los Estatutos de 1993, que fueron llamados, los de la Fusión.

Otra cosa diferente fue el proceso real de creación de esa nueva familia unida en la que todos, con igualdad de derechos y obliga-

ciones, consagrados canónicos y no canónicos, asumen una misma visión y misión, una misma identidad. Ese otro proceso cotidiano, afectivo, de reflexión, de sentirse una misma cosa y proyectarse hacia fuera, tardó más tiempo, quizá los siguientes veinticinco años; obligó a todos a entrar en un camino de discernimiento personal y comunitario y puso en evidencia la necesidad de volver inevitablemente a las fuentes, fijar la mirada en Cristo como centro de la vida de todos y a través de Él regresar al amor primero, aquel que partió de María, en su advocación de Esperanza Macarena, aquella tarde del 12 de octubre de 1956.

Desde ese punto de partida, desde esa postura de reverencia y devoción a los pies de la Madre se inicia un itinerario espiritual que llevará a los Misioneros de la Esperanza a Lisieux, primero, para actualizar y revitalizar el Camino de la Infancia Espiritual; a Turín, para conocer in situ el medio en que vivió S. Juan Bosco y nació la Obra Salesiana; a Asís, en busca de las huellas de S. Francisco, a Roma, donde tienen casa Madre las Hermanitas de Jesús, herederas del carisma de Carlos de Foucauld, para concluir todos unidos, como una sola familia, en S. Pedro del Vaticano. Allí, al fondo de la nave central, en la capilla situada en el Presbiterio dominado por la Cátedra de S. Pedro, bajo la hermosísima vidriera del Espíritu Santo, el 24 de agosto de 2009 resonó con fuerza y emoción un himno a la Virgen, cantado en español, que se elevó sobre ese brillante sol de alabastro hacia la cúpula como una plegaria agradecida y tierna:

“Dios te salve, Virgen soberana,
de todos los Misioneros,
de los que buscan refugio,
en el calor de tu pecho,
de los que en tu dolor hayan
cobijo a su desconsuelo,
de los que ven en tus ojos
el agua de su desierto.
Madre y Esperanza eres,
aurora que precede al día,
arcoiris de bonanza,
luz es tu nombre, oh, María.

¹⁶⁶ E. Wilson. Boletín MIES de diciembre de 1990. Estatutos Mies. Pág. 15.

Del corazón de tus hijos,
brota ardiente la plegaria,
por un mundo que afligido
pone en ti su confianza.
Vuelve a nosotros tus ojos
que eres tu nuestra Esperanza¹⁶⁷...”

¹⁶⁷ Himno de MIES a la Virgen de la Esperanza, escrito por Ernesto Wilson y musicalizado por Miguel Angel Garrido.

VII

EL CUARTO FIN DE MIES

Escribe Ernesto el 10 de abril de 1983 a todos los Misioneros acerca de este Cuarto Fin: *“Lo primero que hay que dejar bien claro es que este Cuarto Fin de MIES no ha sido algo de última hora puesto por el fundador influido por presiones de fuera. Es verdad que en las primeras redacciones de nuestros Estatutos no aparecía ese cuarto Fin, pero tampoco aparecía la Vida Consagrada. Y es que este primer Fin como el Cuarto estaban después reflejados o incluidos en los enfoques de nuestra espiritualidad y Misión apostólica. El Fundador siempre vio este cuarto Fin como algo que no se podía olvidar en una vida Mies auténticamente vivida...[...] El cuarto Fin de MIES es “la liberación integral de los hombres mediante la acción no violenta”.*

Esta liberación integral, este ir a trabajar no sólo por la evangelización y salvación espiritual, sino por la promoción y la mejora de las condiciones de vida de las personas, especialmente de las más vulnerables, la realiza el Misionero desde la no-violencia evangélica.

Pero todo esto suena muy escolástico, digamos que las palabras no reflejan la profundidad del mensaje. Por eso es fundamental ir a las fuentes, comprender de dónde se parte y sobre esa base, descubrir hasta dónde alcanza esta llamada de los Misioneros de la Esperanza enunciada en el Cuarto Fin.

Primero, es importante aclarar que cuando Diego Ernesto explica que ese Fin no “es algo de última hora”, no se refiere a que fuera una novedad para sus Misioneros, sino que nunca se redactó por escrito como tal, hasta los Estatutos de 1979.

¿Y por qué este Fin si esa liberación integral es casi un tema transversal en la acción apostólica con niños y jóvenes? Pues porque

parece claro que lo que se plantea va más allá del apostolado infantil y juvenil, abriendo el campo de acción a todos los hombres y mujeres, a todos los hijos de Dios.

El Mies es un enamorado de Cristo, y ese amor le lleva a imitarlo en todos los detalles de que es capaz. Cristo es el modelo, Cristo es el centro de la vida. Y si algo destaca en sus últimos años, lo que se ha llamado la Vida Pública, es esa actitud constante de acercarse a las personas que sufren y tratar de sanarlas interior y físicamente, si ello es preciso. Sus gestos sanadores son abrumadores: *“los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los pecadores perdonados...”*

Pero aún podrían remontarse más allá, al modelo que representa el Padre Dios, que es esencialmente Amor: *“Yo he visto la opresión de mi pueblo, he sentido su grito en mis venas, me he fijado en su sufrimiento y he bajado a liberarlos”¹⁶⁸...* El Dios-Amor no puede permanecer sordo al clamor de sus hijos, y manda a Moisés para que los lidere y los saque de la esclavitud de Egipto, que es en sí símbolo de todas las liberaciones para los hermanos hebreos. Siglos después vendrá Jesucristo, el mismo Dios-Amor encarnado en hombre para traer la salvación a todo el mundo.

Parece claro que, si uno se adentra y profundiza en el evangelio, llega a la conclusión de que la única manera de ser cristianos es la de sentir y actuar con misericordia ante los hombres y mujeres crucificados, como lo hizo Jesús y así queda reflejado en todos los pasajes evangélicos. Y es que cuando el amor de Dios impregna el corazón y las entrañas de una persona ya no puede ignorar al prójimo, porque ese amor es esencialmente oblativo.

Es imposible amar a Dios sobre todas las cosas o querer amarlo, y no mirar cara a cara al hermano que sufre, a los pueblos que sufren, tal y como el Padre los mira. Y no es suficiente una limosna, un gesto, un deseo... No lo es. El amor misericordioso es otra cosa mucho más profunda y vital, como el mismo Jesucristo. Él nos invita a completar el primer mandamiento de la Ley que Dios dio a Moisés en el desierto, porque sabe que es imposible Amar a Dios sobre todas

las cosas y no amar al hermano, y no se cansa de hablar y dar testimonio de ese amor, a través de relatos tan hermosos como la parábola del Buen Samaritano.

¿Quién es mi prójimo preguntan a Jesús? Ese Samaritano representa a la persona que viendo el sufrimiento ante sí, se conmueve y no pasa de largo. Y ese hombre tirado en el camino, herido de gravedad por unos asaltantes, puede ser cualquiera. No es el familiar directo del samaritano, no es de su pueblo ni de su país. Es un hombre genérico, cualquiera. Es una persona, un hijo de Dios. Ese es el prójimo.

La raíz de la solidaridad, más aún, de la entrega a los empobrecidos y crucificados está en el amor radical a Dios que habita en uno mismo, que le atrapa, que le llena y le seduce. Pero no nos engañemos, no es frecuente desarrollar tal sensibilidad por los más vulnerables de forma espontánea y por milagro instantáneo de Dios. La tendencia general, es que el instinto lleva al hombre más bien a huir de lo que le causa malestar, de lo que le confronta y le exige un salir de sí mismo y de sus esquemas para ir al encuentro del hermano caído, empobrecido, excluido, máxime si ese hermano es un desconocido, o si trae sufrimiento y cruces a nuestra vida.

Luego volvemos a situarnos en un camino incierto; a menudo, difícil, que conlleva luces y sombras, que exige de cada Misionero apertura de mente y de corazón, flexibilidad, paciencia, desapego, constancia, tolerancia... y un no apartar la vista en ningún momento de Jesús, el Maestro y Modelo del Cuarto Fin de MIES.

Diego Ernesto les dice a sus Misioneros que en la construcción del Reino lo primero es la transformación de los corazones, es la sanación interior, la adecuación del espíritu para recibir la Gracia. *“Esto es lo primero en la liberación integral. Por esto se llama integral”, pero no es posible si no se atiende a lo temporal. “MIES como tal obra apostólica debe dar, como testimonio, una imagen auténticamente liberadora en toda la amplitud de la liberación de Cristo. MIES debe estar presente en todos los campos de la liberación cristiana, aunque sin perder nuestro estilo de sencillez y confianza plena en lo sobrenatural.*

¹⁶⁸ Ex 3, 7-8.

*Si MIES se esconde en algún aspecto de la liberación integral no cumple su misión*¹⁶⁹”.

Y si partimos de que la única manera de ser humanos y de ser cristianos es la de sentir y actuar con misericordia ante los hombres y mujeres crucificados, entonces también estaremos de acuerdo que no basta con compadecerse, ni siquiera con desarrollar una actitud activa por mejorar las condiciones de vida de quien lo necesita, sino que es necesario llegar a las causas de ese sufrimiento y trabajar para transformarlas. Unas veces será la denuncia de situaciones injustas, otras la movilización, otras la orientación del voto, si el entorno vital es democrático...cada uno según sus circunstancias.

*“Cada uno se concretará en una de ellas, según su vocación específica, sus posibilidades y la obediencia y envío de sus responsables. Aunque no podrá eludir ninguna acción o actitud liberadora si los exigen las circunstancias de su ambiente laboral, social, universitario, familiar, etc., ya que su inhibición en estos problemas o en esta lucha podría ser un antitestimonio cristiano*¹⁷⁰”, o lo que es o mismo, una infidelidad a Jesús, que con su vida y sus acciones testimonia como hay que amar, como es el Amor de Dios.

El Amor que Dios tiene a la Creación entera es esencialmente Misericordia, y en el camino de la Misericordia hay tres momentos, que pueden ser sucesivos o simultáneos. El primero es cuando uno interioriza el sufrimiento de los demás, deja que entre en la propia vida, en lo profundo de las entrañas. Pero eso no es posible si no se sale al encuentro del hermano o si, las circunstancias de la vida no le colocan en medio del hermano sufriente.

No es fácil sentir esa misericordia por el otro, aún cuando uno lo tiene delante, y mucho menos, cuando se vive en un entorno mas o menos cómodo, donde las necesidades básicas, y aún las de segundo nivel, están cubiertas. Aunque lo cierto es que la vida trae consigo sus posibilidades de encontrarse con la cruz, y con los hermanos crucificados de una u otra forma.

Recuerdo que en mi infancia desarrollé una cierta aversión hacia los adictos a drogas. Me daban miedo, me causaban un rechazo cada vez más visceral. Su falta de control, sus vidas erráticas, girando siempre en torno a conseguir una dosis, me repelían de un modo casi patológico. Y quiso Dios, o permitió, que una persona muy cercana a mi se iniciara en el consumo y seguidamente quedara completamente atrapada por él. Ella no era un prójimo desconocido, no era alguien a quien yo pudiera ignorar, desde un punto de vista humano. Era tan próxima que no me quedó más remedio que asomarme a ese mundo, acompañarla a sus terapias y comprometerme. Pero no me engañó, no me movió la misericordia de Dios, sino mi propia necesidad de solucionar el problema en tanto que suponía un infierno para toda la familia. Y allí estaba yo, en medio de varias decenas de toxicómanos que intentaban salir de ese oscuro mundo. Cada vez que uno tomaba la palabra para hablar de su experiencia y hasta donde había llegado para satisfacer su necesidad de heroína o cocaína, o lo que fuera, sentía como si las tripas se me hicieran nudos. No había misericordia en mis entrañas, sino rechazo, repulsión y dolor. Pero Dios me había puesto ahí o lo había permitido.

Ciertamente los crucificados también fabrican cruces, y yo me arrastraba penosamente con la que me había tocado. Es la misma historia de S. Francisco con los leprosos, pero él pudo abrazar a ese hombre descarnado y desfigurado porque había desarrollado entrañas de misericordia, y yo desaprovechaba aquella oportunidad que me ponía la vida para desprenderme de mis prejuicios y mi prepotencia e ir al encuentro de todos aquellos hermanos crucificados en la droga y aprender de ellos, ser hermana de ellos.

Con los años, el Señor me fue regalando otra mirada, a pesar de mi dureza de corazón, y hoy los recuerdo a todos, y siento su dolor y su lucha. Algunos no lo consiguieron y siguen su descenso impareable hacia las cloacas de la humanidad; otros entran y salen, alternan periodos de abstinencia y crecimiento, con otros de recaídas y descendimiento; y luego están los que se quedaron en el camino, para los que sé que Jesús tuvo una mirada profunda y misericordiosa que limpió todo el dolor y la indignidad que tuvieron en vida.

Ahora, cuando en mi labor cotidiana de Trabajadora Social, entra en mi despacho una persona adicta a las drogas, siento que el

¹⁶⁹ P. Diego Ernesto Wilson. 10/04/1983.

¹⁷⁰ P. Diego Ernesto Wilson 10/04/1983.

corazón se me acelera, que el cuerpo me pide pasar al otro lado de la mesa escritorio, mirarla cara a cara y decirle: “No me eres indiferente en absoluto. Sé que angustia te acosa cuando no tienes una dosis que acalle esa jauría asesina y atroz que te convierte en un despojo humano. Sé que lo mejor de ti está ahí, oculto bajo capas de sufrimiento. Reconozco tu dignidad, aún sabiendo que posiblemente me la vas a jugar en cuanto se presente la ocasión, que posiblemente no colabores, que no me consideres más allá de conseguir lo que la droga te dicta...”

Sí, la primera fase del camino de la misericordia empieza por reconocer que ese otro está crucificado, oír sus gemidos, sentir su dificultad para respirar, para desclavarse, y experimentar compasión, compartir su padecimiento.

Y de ahí surge casi naturalmente una actitud activa, un compromiso personal. Este compromiso puede ser mayor o menor, puede llevar a la persona a involucrarse como un buen cirujano o a comprometerse hasta dar la vida. Cada uno llega hasta donde llega, según su capacidad, sus posibilidades, su generosidad... Para entender la diferencia de un modo gráfico, podríamos citar ese ejemplo que circula por ahí y que dice que en un plato de huevos con bacon¹⁷¹, mientras que la gallina se ha involucrado, el cerdo se ha comprometido.

Pues eso, uno puede poner de sí mismo parte de sus talentos, y eso sirve y es bueno, o puede poner toda su vida en juego, hasta darla por el hermano, o moverse en todos los grados o experiencias de entrega que hay entre un extremo y otro. Este es ese segundo momento, cuando uno, movido por el Amor-Misericordia, por la solidaridad y la necesidad de colaborar, se pone en marcha para compartir la cruz de ese prójimo, que empieza a ser próximo de verdad.

El Puente de los Morenos.

Ya se ha comentado en varios momentos que desde el principio, en MIES, hubo experiencias y Proyectos muy enmarcados en este cuarto fin, estuviera o no definido como tal.

A principio de los setenta, un Misionero del Centro de Dos Hermanas, situado en un barrio obrero de Málaga, toma la determi-

¹⁷¹ Chorizo o cualquier otro producto derivado del cerdo o chanco.

nación de instalarse y compartir su vida con unas familias gitanas que vivían en un enclave de chabolas¹⁷² en el extrarradio, en una zona sin urbanizar, donde carecían de fluido eléctrico en las viviendas, canalizaciones de alcantarillado o agua corriente, pavimentación, ni ningún otro servicio público básico. Era un barrio ilegal, levantada durante la noche, habitado por personas sin recursos económicos, ni trabajo regularizado.

Juan Chinchilla, desde hace veintidós años, sacerdote de la Diócesis de Málaga, fue su protagonista, acompañado de otros Misioneros en uno u otro momento. Él lo recuerda con nostalgia y cariño: *“De joven conocí MIES en la Parroquia de la Amargura. Entonces era la Congregación. Un domingo por la mañana entré en aquella Iglesia enorme y me la encontré abarrotada de jóvenes que escuchaban con atención las palabras de Don Ernesto. Me enteré que se reunían todos los domingos antes de salir en pandilla. Aquello me gustó y empecé a frecuentar la Congre. Un día Diego Ernesto me preguntó: ¿Tú qué haces aquí? Y me invitó a formar parte de ellos. Yo apenas sabía rezar, pero participaba en los Retiros. El cura me decía: “No te preocupes por nada, tú rezas lo que sepas y eso basta”. Cuando nos fuimos de la Amargura, me enviaron a Dos Hermanas y allí estaba yo reunido con otros jóvenes cuando llegó el párroco y nos dijo que necesitaba a alguien que hiciera de padrino para un niño que iba a bautizarse. Yo pregunté:*

Y eso, ¿a qué compromete?

A acompañarlo en la ceremonia y nada más. Es una cuestión administrativa. Dije que sí, pero no me quedé en ese momento del Sacramento, sino que quise conocer al bebé y a su familia. Eran gitanos del Puente de los Morenos. Y una cosa llevó a la otra. Tenían muchas necesidades, muchos problemas y yo me fui enganchando con ellos, tratando de ayudarlos en lo que podía, atraído por su cultura, su modo de vida, sus costumbres... Fue algo progresivo, pero cada vez más importante en mi vida.

Yo trabajaba como mecánico en una empresa de Autobuses y allí se me presentaban en el taller todos los días un grupo de gitanos para

¹⁷² Casas autoconstruidas con chapas, maderas, ladrillos y productos de baja calidad, normalmente ubicada en los suburbios de las ciudades.

hablar de esto o de aquello, para pedirme consejo o visitarme...Mi jefe estaba fuera de sí. Por otro lado, siempre que podía intentaba reivindicar lo que me parecía que era justo para los trabajadores y entre una cosa y la otra, me había convertido en una pesadilla para mis superiores.

Cada vez veía más clara la necesidad de ir a vivir con los gitanos, de compartir su vida desde su realidad. Así se lo dije a Don Ernesto. Él era mi Director Espiritual, y enseguida tomó cartas en el asunto y me apoyó sin reservas. Dejé mi trabajo en Portillo¹⁷³, para alivio y celebración de mis jefes, y se lo dije a mis padres, que se llevaron un disgusto impresionante. Entonces ellos no entendían mi opción, pero más tarde, con los años, lo vieron de otra forma. Mi madre lloraba mucho, aunque creo que, en el fondo llegaron a comprender y, sobre todo, a respetar mi opción de vida.

MIES compró a los gitanos una de aquellas chabolas, y allí me instalé, en una pequeña habitación que hacía las veces de cocina, salón, dormitorio y oratorio. Me había lanzado al vacío y me sentía en caída libre, con esa tremenda libertad que da el desprenderse de todo y quedarse solo en las manos de Dios.

En diferentes momentos algunos hermanos Mies vivieron conmigo, como Miguel Doblas, Juan Moreno o Elías Ruiz y trabajamos juntos por mejorar el entorno...Montamos una Escuela para niños porque aquellos chiquillos no estaban escolarizados. Muy pocos adultos sabían leer y escribir y, en general, el nivel escolar era muy bajo o nulo. También metimos tubos para canalizar el agua, porque las mujeres tenía que andar una distancia considerable para conseguir agua potable para las casas y, poco a poco, fui haciendo de aquella casa mi hogar y mi sitio.

Sufrí mucho, eso es verdad. Había continuas peleas y reyertas entre los distintos clanes¹⁷⁴ y yo intentaba mediar entre ellos para que no fuera a más o para que se reconciliaran.

Para sobrevivir hacía trabajos de mecánico de coches o motos, pero muchas veces me fui con ellos y un burro que tenían para coger chatarra y luego venderla. Se hacía de todo lo que salía. Yo entendía

bastante bien el caló¹⁷⁵ aunque no lo hablaba. Creo que me aceptaban como parte de su barrio y de sus vidas. No me veían como “payo¹⁷⁶”, con las connotaciones peyorativas que puede tener esa palabra para ellos. Yo había cambiado mi aspecto. Me dejé largas patillas, vestía igual a cualquier vecino, y no me diferenciaba mucho en la estética. Me había convertido en gitano y me sentía a gusto, en mi sitio.

Realmente aquello fue una experiencia muy fuerte e intensa, en la que la fe era mi único asidero en muchos momentos. Tuve que agarrarme a Dios con todas mis fuerzas. Recuerdo que una noche hubo una tormenta brutal, llovía a mares. Muy cerca del barrio había unas torres con cables de alta tensión; uno se soltó y quedó así suspendido en el aire con tan mala fortuna que fue a darle a un burro que estaba por allí. Entonces su dueño, sin pensarlo, fue en rescate del animal y al entrar en contacto con la corriente quedó completamente atrapado por ella. Con todo aquel agua que estaba cayendo, el hombre se electrificó por completo. Los demás, al ver semejante horror, querían acercarse para separarlo de la corriente, pero yo sabía que nada se podía hacer. Parecía que seguía vivo porque se movía como con espasmos, pero era la fuerza de la tensión eléctrica, porque aquel hombre había muerto desde el primer momento. Ni siquiera sé cómo pude contenerlos para que no lo tocaran. Recuerdo que le di unas monedas a un niño que miraba horrorizado y le pedí con urgencia que corriera a una cabina de teléfonos que había relativamente cerca y pidiera ayuda...Fue una tragedia.

Sí, realmente tengo muchos recuerdos porque fueron ocho años muy intensos. Alguna vez también estuve en peligro de muerte por problemas con alguna familia. Ellos eran muy rápidos para recurrir a la violencia en su modo de administrar justicia. Una noche que me buscaban para ajustar cuentas conmigo mandé a Elías que se fuera y él avisó a D. Ernesto de mi situación de peligro. El padre, con otros Misioneros, pasaron toda la noche en vela rezando por mí, acompañándome en mi vigilia. Al día siguiente fui al encuentro del ofendido porque sabía que tenía que arreglarlo o siempre me iba a sentir amenazado, y gracias a Dios se aclaró todo. Ellos valoran mucho los gestos de valentía y les pareció muy valiente por mi parte el que diera la cara en

¹⁷³ Empresa de Transportes para la que trabajaba.

¹⁷⁴ Clan: Familia, en este caso gitana, muy extensa, que abarca tres o cuatro generaciones.

¹⁷⁵ Caló: Lengua variante del romaní que se habla entre el pueblo gitano. Hay también variantes, como el caló catalán, vasco, portugués, brasileño, etc.

¹⁷⁶ Para los gitanos, personas que no pertenecen a su raza.

vez de salir huyendo. Me regalaron un perro como “fin de la hostilidad” que yo cuidé como a la niña de mis ojos, por si acaso...

Muchas veces me dijeron en MIES que por qué no me planteaba ser sacerdote, pero yo entonces no lo veía. Cuando empezaron a dismantelar el barrio por el Plan de erradicación del Chabolismo en Málaga, y la gente se instaló en casas de verdad en el Barrio de Portada Alta, me lo replanteé. Me di cuenta entonces que los gitanos necesitaban un sacerdote. Muchas veces precisaron de confesión o de comunión y yo no pude administrar esos sacramentos... Me ordené sacerdote a los cuarenta y seis años y hasta hoy...”

Sembrando Esperanza en la Huerta del Correo.

Otros proyectos de vida, como el del P. Juan Chinchilla, se inician en ese segundo momento del camino de la Misericordia. El Señor actúa en el corazón de sus hijos en base a una lógica que se nos escapa, que no alcanzamos a hilar, como ocurrió con Juan Carlos Gutiérrez en su experiencia de Huerta de Correos.

En 1990 o 1991 había un grupo de jóvenes Mies y Fimes de Málaga que sentían la inquietud por crear una fraternidad, una comunidad de vida en la que compartirlo todo; oración, convivencia, proyecto apostólico, bienes...y querían hacerlo en un barrio pobre, significativamente poblado por familias muy vulnerables socialmente. Y surgió la oportunidad, como vienen, a veces, las cosas a la vida, sin esperarlo. En noviembre de 1989 se produjeron unas inundaciones en Málaga muy graves, que dejaron sin vivienda a un número considerable de familias, casi todas ellas pobres, gentes que habitaban casas muy deterioradas, en situación casi de ruina, y que no soportaron la presión de aquellas lluvias torrenciales que asolaron la capital desde el 14 de noviembre al ocho de diciembre¹⁷⁷.

Para doscientas de aquellas familias, las que no tuvieron oportunidad de ir a vivir a casa de otros amigos o familiares, el Ayuntamiento construyó un Barrio de Transición, que le llamaron, pues se trataba de casas prefabricadas, de madera y latón, que instalaron en

¹⁷⁷ A. Escalera. El diluvio universal llegó a Málaga en 1989. Publicado en el Diario Sur el 29/09/2012.

una zona periurbana llamada Huerta del Correo, en una especie de meseta, rodeada por una autovía¹⁷⁸. Era como un campo de refugiados en el extrarradio de la ciudad, pero con viviendas dignas, aunque de escasa calidad.

Las casas eran módulos idénticos unos a otros, sencillas, pequeñas, aunque bastantes funcionales. Aparte de ellas, en esa Huerta no había mas que un Colegio, para los niños residentes, y alguna que otra tienda de productos básicos que algún vecino avisgado abrió en el salón de su casa, a fin de avituallar a los habitantes y de paso ganarse un dinerillo.

Fue así como aquellos jóvenes pudieron ver cómo se fraguaba su sueño de fraternidad. A través de MIES solicitaron una vivienda al Área de Bienestar Social y un local para abrir un centro infantil y juvenil en vistas a trabajar directamente con los menores de aquellas familias y ofertarles una oportunidad de ocio y de educación extraescolar de la que el proyecto municipal carecía. Enseguida se vio conveniente que una familia Mies se instalara en la vivienda y que los jóvenes durmieran en el salón juvenil, formando todos juntos una fraternidad de vida. La familia que se ofreció para ello desde el principio fue la de Pepe Navarro, su esposa Mari Pepa Pendón y sus cuatro hijas, Esther, Victoria, Lourdes y Maria José.

Dios tenía entonces otro proyecto entre sus manos y Mari Pepa enfermó de gravedad a finales de 1991 y falleció en mayo de 1992, cuando empezaron a montar las viviendas en la nueva Barriada. Pepe Navarro, conmovido y destrozado por la pérdida de su esposa, se replanteó su marcha a este Proyecto, no tanto por el duelo personal y familiar que estaban elaborando entre todos, sino por la conveniencia o no de que sus hijas, todas ellas jóvenes, puedan encajar allí, vivir en fraternidad con otros jóvenes, sin la presencia, guía y consejo de su madre.

Mari Pepa era un referente no sólo en su entorno más inmediato sino para toda la Obra de Misioneros de la Esperanza. Responsable de Casados junto a su marido, durante años, eran para muchos un matrimonio modelo para MIES, un icono y un referente de lo que podía ser la concreción de la vocación en una familia.

¹⁷⁸ Parecido a una Autopista pero por la que no se paga peaje.

Bien, de pronto la familia Navarro ya no se iba, y uno de los jóvenes ve claro que sin estos hermanos el proyecto se tambalea, de forma que decide retirarse. Se cierran puertas y se abren ventanas. Finalmente, los Responsables Mayores deciden que si surgen dos personas que quieran iniciar esta experiencia, MIES da luz verde al Proyecto y enseguida surgen esos dos muchachos que faltan: Juan Carlos Gutiérrez y Enrique Porras.

“Nos fuimos a vivir allí en septiembre de 1993. Se suponía que sería una experiencia corta, de unos escasos tres meses, pero aquella barriada de Transición estuvo allí durante tres largos años, mientras se construían las definitivas en diferentes zonas de Málaga. La población que llegó allí provenía de lugares muy deprimidos socialmente. Muchos de ellos estaban desempleados. Algunos tenían problemas de adicciones, y se dedicaban al menudeo de venta de drogas para su propio consumo. Allí no había nadie rico. Los únicos vehículos que se veían aparcados eran los nuestros. Por eso, muchas noches nos tocó llevar a urgencias a niños que padecían de asma o problemas bronquiales para que le pusieran los aerosoles o atender otras eventualidades que surgían a cada poco.

Al principio yo fui con miedo – cuenta J. Gutiérrez.- porque nunca había vivido en un medio tan deprimido social y económicamente. Había mucha gente que tenía familiares cercanos en la cárcel, que se relacionaban con mucha violencia y agresividad y yo tenía sólo veinte años. Era la primera vez que vivía fuera de mi casa.

Alguna vez nos robaron en la casa y siempre hubo una cierta curiosidad por quiénes éramos y por qué estábamos allí. Lo cierto es que nuestras expectativas eran un tanto negativas, porque algunos, ya antes de empezar, habían augurado que no se conseguiría nada, que era un proyecto ineficaz, casi una pérdida de tiempo. Así que contábamos con que poco íbamos a poder hacer, pero para nuestra sorpresa, enseguida empezamos a entablar lazos de amistad y cariño. Al principio de llegar fuimos al Colegio y convocamos a los niños en los salones para jugar y hacer actividades. Aquello fue un éxito rotundo porque no tenían nada que hacer en sus horas libres y se vinieron todos.

En cuanto vieron que no éramos trabajadores del Ayuntamiento, que vivíamos allí por opción personal, empezaron a mirarnos como vecinos, como si “estuviéramos de su lado”. Yo sentía que aquella era mi casa, mi sitio. Y el Señor se desbordó con nosotros. No sólo hicimos un trabajo social interesante y necesario, sino que se creó un centro MIES (ya se había producido la Fusión) y nuestros niños se integraron perfectamente en la Asociación y sus actividades.

Pasaron varios jóvenes por la Fraternidad, cada uno movido por una u otra causa, pero a todos les dejó huella. Las hijas de Pepe Navarro se integraron de igual modo en el Centro Infantil y Juvenil y todos crecimos muchísimos en lo humano y en lo espiritual.

Nosotros dimos a esos niños la posibilidad de sano ocio, de relacionarse con otros muchos niños y jóvenes de la ciudad de igual a igual. Entre todos convertimos un barrio de tránsito, en un lugar donde la vida en todos los sentidos, se abría camino, era agradable para los niños, en la medida de lo posible.

Y ellos nos dieron su alegría, su ilusión, sus buenos y malos momentos...Fue una experiencia vital muy fuerte que me cambió bastante. Si no hubiera vivido aquello, quizá nunca me hubiera planteado ir a Paraguay con mi familia, con todo lo bueno que me trajo aquello.

Hace unos meses me encontré con un hombre que de niño pasó por uno de nuestros Salones. Me dijo con añoranza: “He sido el niño más feliz del mundo gracias a ti, al Salón, a los campamentos de verano y las ligas de deporte...”

Algunos de aquellos niños y jóvenes salieron por completo de ese ambiente de exclusión y hoy viven en barrios integrados y llevan una vida alejada de los problemas de su infancia. Otros repitieron los modelos de su entorno y van sobreviviendo en zonas deprimidas, o han pasado por la cárcel. No es posible contabilizar el bien que se genera. No es cristiano pensar en términos de eficacia. Sólo cabe echar una mirada con las gafas de la misericordia y descubrir cuánto amor fluyó entre todos, cuántas risas, cuántos momentos entrañables, cuánto dolor compartido...

El amor que mueve al cristiano al compromiso y la compasión (padecer con, compartir los padecimientos y la cruz) tiene una finalidad más allá de aliviar el sufrimiento y es el de luchar por erradicarlo en la medida de lo posible. Entramos así en ese tercer momento del camino de la Misericordia. En las sencillas palabras de Gema Juan, priora del Monasterio de Carmelitas Descalzas de Puçol (Valencia, España) se sintetiza esta experiencia: *“Tendemos la mano a nuestro alrededor de mil pequeñas maneras, pero nuestros gestos de solidaridad son casi siempre insignificantes ante la magnitud de la necesidad. A veces no pasan de dar gratuitamente nuestro tiempo escuchando, acompañando a alguien que lo pide, escribiendo o echando una mano ocasionalmente, compartiendo nuestros bienes, colaborando con las propuestas y posibilidades de nuestro entorno, a veces, con iniciativas propias. Son imprescindibles cambios a gran escala en los sistemas económicos y tenemos que trabajar directamente por ellos o apoyarlos, pero hay además un cambio imprescindible: el cambio de nuestro corazón y de nuestra propia vida”*¹⁷⁹.

Al final, lo que la mayoría de los Misioneros pueden hacer es vivir con los ojos muy abiertos, como el Buen Samaritano, reconociendo el dolor del hermano, que es todo hombre o mujer, niño o niña con carencias, con heridas, sean de la índole que sean; dejándose conmover hasta que no se puede ignorar su dolor o su clamor, y ahí se hace lo que se pueda.

La Iglesia es Madre misericordiosa y ha dado y sigue dando testimonio de ello en la atención a los enfermos, prostitutas, empobrecidos, sin techo, inmigrantes, desahuciados, huérfanos, abandonados, abusados, encarcelados... pero como a cada uno de sus miembros, le cuesta llegar hasta el final, dar el salto a la denuncia y la lucha abierta y decidida por cambiar las estructuras de pecado.

Ernesto indica: *“Esta denuncia hay que hacerla siempre con humildad y sencillez, sin agresividad, conociendo bien de lo que se trata [...] La denuncia hay que hacerla siempre con prudencia, no humana, pero sí cristiana, pidiendo al Espíritu Santo el Don de Consejo. La de-*

¹⁷⁹ Javier Pagola. Contemplar es sentir latidos humanos en los titulares de prensa. Alander nº298. Miércoles 1/05/2013.

nuncia hay que hacerla siempre cuando veamos que es conveniente y con casi garantía de que surtirá algún efecto por lo menos...”

En esta nueva dimensión de ir a las causas de la injusticia y el sufrimiento y trabajar en la promoción y la mejora de la vida de las personas o las comunidades, se sitúa la experiencia que relata Esther Navarro¹⁸⁰, Misionera de la Esperanza en Paraguay y su compañera Martha Perrotta en un pequeño libro que publicaron en 2003, y al que titularon: “Un Camino hacia la Libertad”.

Una experiencia de Salud Comunitaria en el Bañado Sur de Asunción.

Los Bañados de Asunción se sitúan en el área ribereña del Río Paraguay a su paso por Asunción. Allí se fueron asentando la población más vulnerable y desposeída de cada época: mulatos, mestizos, negros que habitaban los barrancos de la Asunción Colonial, campesinos, que agobiados por el hambre y la falta de oportunidades acudieron a la capital y, en general, contingentes de desarraigados que las cíclicas crisis económicas han ido generando.

Son tierras inundables, muy próximas al caudal del río, que se han convertido en una oportunidad para la supervivencia de muchos de sus habitantes, en tanto que los provee de pesca, posibilidades de intercambios con la otra orilla, y tierra firme donde criar animales de granja y algunos de carga para el transporte de las mercancías que se obtienen del reciclaje de la basura y otros productos. Pero también tiene su cara menos amable, incluso dramática, la que presenta cuando las crecidas superan los cinco metros, y arrasan con todo lo que se encuentren en su camino.

Los vecinos de allá se dedican a las actividades más creativas que uno pueda pensar a fin de sobrevivir y proveer a las familias del sustento cotidiano. Venden frutas, caramelos y otros productos en los semáforos, lavan los vehículos, guardan los autos¹⁸¹, mendigan, realizan transacciones entre una orilla y la otra de todo tipo de productos, pescan, reciclan productos del vertedero próximo...

¹⁸⁰ Hija de Pepe Navarro y Mari Pepa Pendón, que vivió durante un breve periodo en Huer-ta del Correo junto a su padre y hermanas.

¹⁸¹ En España reciben el apelativo de “aparcacoches”.

cualquier cosa que les permita ganar unos guaraníes para conseguir lo más básico.

Y cuando el río crece toca improvisar campamentos en zonas más altas, aumentando la vulnerabilidad en su estado habitual de pobreza: fabrican casas con plástico negro, cartón, madera y planchas de cinc, de dimensiones tan reducidas y precarias que todos los problemas que les aquejan a diario, como la agresividad, el consumo de drogas y alcohol, la promiscuidad sexual, los abusos, la falta de alimentos o de otros productos básicos, las enfermedades...todo se multiplica de forma exponencial. Y a todo esa pesadilla se suma el rechazo de los residentes de “arriba”, los de los barrios altos, para los que esta gente son delincuentes, personas de baja condición, vagos, desarrapados y otros desagradables calificativos que no favorecen en nada la coexistencia en un mismo espacio público.

El Bañado Sur tiene sus barrios, algunos de ellos junto al vertedero municipal, por lo que gran parte de sus habitantes se dedican al reciclado y acopio de materiales susceptibles de ser comercializados posteriormente. Con los desperdicios que encuentran alimentan a sus chanchos¹⁸², gallinas, vacas, burros, gatos y perros, gallos de pelea...si es que los tienen.

Y muy cerquita está el río Ferreira que recoge los desagües de las cloacas de la ciudad, contaminado, pues, por las aguas fecales y los desechos.

Este es muy a *grosso modo* el entorno vital en el que se desarrolla la vida de estas familias y es aquí donde se planteó un Programa de Salud Comunitaria en el que trabajó Esther durante algunos años como pediatra, integrada en un equipo con una médica clínica, una obstetra, una psicóloga y un grupo de salud formado por señoras del Barrio que se encargaron del funcionamiento de la clínica, a la vez que se convertían en agentes activos para la detección de los problemas de salud, y posteriormente para la introducción de buenas prácticas que contribuyeron a mejorar la calidad de vida de los habitantes del Bañado Sur.

¹⁸² Cerdos en el español de España.

Cuando empieza el Proyecto, en cada barrio hay un dispensario regentado por una u otra organización. Estaban los jesuitas, las “Hermanas canadienses¹⁸³”, la primera dama del país que luego traspasa su proyecto al Ministerio de Salud, los hermanos focolares, etc., todo un mosaico de iniciativas para atender los problemas de salud de estos vecinos, sin conexión ni coordinación. El trabajo era ingente, las posibilidades inciertas, pero se inició la tarea con ilusión y, sobre todo, con mucha creatividad, apertura e ingenio.

Era importante que el equipo de salud integrado por las mujeres seleccionadas entre las vecinas del barrio realizara un árbol de problemas, es decir, que profundizaran sobre las causas y las consecuencias directas de determinados problemas que previamente se habían definido. Y aquellas mujeres, sencillas, pero inteligentes, emprendedoras y serviciales, iniciaron su tarea, aún sin comprender verdaderamente la eficacia o la necesidad de ese estudio que se les pedía. Los resultados fueron sorprendentes y conmovedores.

Una agente comunitaria concluye en ese lenguaje rico en matices y directo de la gente que no se mueve en el campo de la ciencia: *“Estas son las cosas que nosotras descubrimos recorriendo nuestros barrios, cuadra por cuadra, casa por casa. Fue como un lavado de cerebro porque mediante que salimos y vimos, es que sabemos¹⁸⁴...”*

¡Qué sabias palabras! Porque encierran mucho más significado del que ella incluso pretende comunicar. Una experiencia de estas características implica, en primer lugar, salir de sí mismo, de los propios puntos de vista, incluso de la ciencia adquirida; implica repartir el poder a través de la formación del otro. Hay un dicho conocido: “el saber es poder”. El que más sabe tiene siempre una posición privilegiada respecto al que más ignora. El equipo enseguida comprendió que su labor tenía que ir más allá del trabajo asistencial. Era preciso empoderar¹⁸⁵ a los grupos de cada comunidad y crear capacidades nuevas.

¹⁸³ Hermanas Agustinas de la Divina Misericordia.

¹⁸⁴ M. Perrotta, E Navarro. Un camino hacia la libertad. Salud Comunitaria. Asunción 2003.

¹⁸⁵ Proceso mediante el cual se adquieren capacidades, mejoras en el conocimiento, las habilidades, las situaciones socioeconómicas y políticas de los grupos o comunidades. Es crecer en la idea de “que se puede” cambiar, se puede mejorar, se puede progresar a pesar de persistir las dificultades de siempre.

Esther escribe: “Sentimos claramente en cada una de nosotras el impacto de lo que significa distribuir el poder que tiene el saber entre más...”

Y para ver, en estos contextos, hay que desprenderse de las gafas habituales, las que sólo nos marcan la distancia de nuestro propio entorno vital, para colocarse unas de mayor alcance, que ayuden a comprender y visualizar las razones que hay detrás de cada gesto, de cada circunstancia, por muy adversa que sea. Martha y Esther lo refieren con sencillez: “Para nadie es nuevo que la mayor prevalencia del alcoholismo, drogodependencia y delincuencia se da en poblaciones socialmente más vulnerables”.

La realidad de estos grupos sociales conlleva tanta desesperanza y frustración, tanto daño enterrado, a menudo, en capas superpuestas de indiferencia y dureza, que la droga y el alcohol son eficaces anestésicos.

Ciertamente Los Bañados no es un destino turístico, ni siquiera el envío apostólico con el que el Misionero soñaría si no le mueve la vocación de formar parte del grupo de los más vulnerables, de los excluidos. Pero sí es el lugar donde uno puede tener la oportunidad de encontrarse consigo mismo y con el hermano en otro nivel, más profundo, más humano, más trascendente, aunque para ello hay que realizar un ejercicio constante de desprendimiento, no tanto de lo material, que también, sino de los propios criterios, la visión personal, los deseos, las aspiraciones, las expectativas...

Conforme el proyecto se iba desarrollando, se constató que había un gran problema de violencia doméstica en las familias de la zona, pero era un tema tabú para las mujeres. Jamás hubieran acudido a una convocatoria para trabajar este aspecto de sus relaciones y su dinámica familiar de forma abierta, así es que realizaron un taller de planificación familiar, que abarcaba este área de forma muy específica, y pronto surgió un grupo de entre las participantes al que llamaron *La Aromita*, y lo explican así: “Nosotras somos como la aromita que crece en nuestros patios; ella soporta el calor, el frío, las inundaciones; desaparece de tanto en tanto, parece que se muere, el agua le tapa totalmente, pero cuando baja y se retira brota nuevamente, da frutos y flores de muy intenso olor, es muy resistente¹⁸⁶...”

¹⁸⁶ Pág. 115 de Un camino hacia la libertad. Salud Comunitaria.

Lo primero que se priorizó en el grupo fue proveer de leche a sus hijos y para ello se organizaron distintas actividades. Como no estaban educadas en el trabajo de grupo, la solidaridad y el esfuerzo, más allá de la supervivencia de la propia familia, los enfrentamientos eran corrientes, las agresiones verbales una constante y las dificultades ponían a prueba la paciencia de todos. Esther y Martha describen que: “La tendencia era no cumplir la tarea. Algunas de las que manejaban dinero desaparecían con él y dejaban el grupo sin recursos. La desconfianza era tanta que permanentemente obstaculizaba la tarea y en cada reunión había que mostrar el dinero que el grupo tenía en caja...”

Se establecían reglas consensuadas por todas e inmediatamente eran transgredidas, en cualquier actividad o reunión surgían conflictos que las llevaban al borde de la agresión física, ya fuera por intolerancias, celos o rivalidades. Pero todo aquello se fue trabajando y superando a base de conversar, ponerle nombre a los problemas y actitudes, reconocerlas y asumirlas. No fue tarea fácil porque las personas que sufren abuso, injusticia, falta de límites en su educación infantil, arbitrariedad en los correctivos, y todo ese rosario de despropósitos que padecen muchos niños de familias desestructuradas en medios muy vulnerables, desarrollan una baja tolerancia a la frustración, es decir, que ante una situación que les frustra, que no saben cómo manejar ni resolver, inmediatamente surge la respuesta agresiva, a veces, violenta, que no ayuda a solventar el problema, sino que suele empeorarlo.

Aquellas mujeres tenían miedo a enfrentarse de cara, poniéndole nombres, a los problemas, los propios y los de sus vecinas. Nombrar algo es reconocerlo, con todas las consecuencias que trae consigo. Algunas abandonaron, otras “*hacían crisis de pánico, de llanto, de conversión, de gran angustia cuando se veían involucradas en algún problema*”¹⁸⁷. Pero muchas perseveraron, crecieron y aprendieron a autogestionarse.

Sin duda, este proyecto como tantos otros que se podrían citar, son fruto del Amor- Misericordia. Armando De Negri, que prologa este trabajo explica: “*Por Amor me involucré en este trabajo, por un Amor que luego se extendió a todas estas compañeras trabajadoras y pobladores ...*”

¹⁸⁷ Pág. 117. Idem.

En la misma línea Esther Navarro, que ya había adquirido un cierto “bautizo” en el trabajo con los más desfavorecidos durante unos meses en Huerta de Correo, junto a su familia, aclara: “Llegué allí porque realmente tenía deseos de trabajar en un barrio popular; por eso cuando llegué al Paraguay busqué trabajo por esos sitios y no por otros. Pero respecto a lo que sería mi tarea concreta no tenía ni idea de cómo se iba a desarrollar. Sabía que trabajar con pobres en barrios populares implicaba algo más que una mera tarea asistencial, y que pedía del personal una tarea más personal y más profunda...”

Trabajar en clave de Amor –Misericordia es una forma de ser, una forma de vivir y de actuar, que lleva al Misionero a abrirse por completo a la vida que le sale al encuentro en cada esquina, en cada calle. Unas veces será uno mismo quien salga en busca del hermano que sufre, de los grupos o las comunidades; otras veces, es el hermano o los hermanos los que llaman a la puerta y uno no puede ignorar sus golpes y timbrazos. Pero a poco que se entre en esa corriente de Misericordia que recorre el mundo a través de miles de arterias interconectadas, a poco que uno mire a Cristo crucificado, contemple con un cierto detenimiento sus llagas y heridas, su rostro desfigurado, y oiga en el silencio de la oración su lamento conmovedor de: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?¹⁸⁸”, comprende que no puede pasar de largo e ignorar a los que hoy están crucificados por la injusticia, la enfermedad, la falta de oportunidades, el abuso, la impunidad...en definitiva, el sufrimiento y el dolor en todas sus manifestaciones.

Mediante que salimos y vimos es que sabemos.

Las obras de misericordia son casi siempre bien vistas, y las personas que las llevan a cabo son consideradas, muy a menudo, como buenas, positivas y dignas de admiración. Pero otra cosa distinta ocurre cuando se trabaja por ir a las causas, por denunciar las situaciones injustas y señalar qué cambios hay que hacer. Cuando Monseñor Romero desde su púlpito señalaba el sufrimiento del pueblo campesino y el pecado de sus opresores, de los poderes que lo reducían a su situación o que, teniendo capacidad para mejorarla no lo hacían, causaba incomodidad e indignación. Cuando el P. Ig-

¹⁸⁸ Mateo 27, 46.

nacio Ellacuría y sus compañeros de la Universidad Católica del El Salvador ponían en evidencia la injusticia de ese país, el abuso, el sufrimiento que causaba el gobierno, o el ejército a su servicio o los paramilitares, sobre el pueblo empobrecido y ninguneado del Salvador, su denuncia causaba rabia e ira. Todos ellos murieron a causa de llevar su opción por los pobres hasta las últimas consecuencias.

El P. Ellacuría lo tenía claro y en alguna ocasión expresó: “Si me matan de día serán los paramilitares, y si lo hacen de noche, será el ejército...” No se equivocó. Fue de madrugada y lo perpetró un escuadrón del ejército salvadoreño. Su hermano y compañero de fraternidad dirá a los medios, conmovido por el dolor lacerante de la injusta pérdida: “Tengo que darles una mala noticia: han asesinado a toda mi familia. Y tengo que darles una buena noticia: he tenido la suerte de vivir con hombres que en este mundo de mentira han dicho la verdad y que, en este mundo de crueldad, han amado a los pobres¹⁸⁹...”

Jesús fue su Maestro y precursor. También él denunció la situación de opresión en la que se encontraban muchos de sus hermanos, sobre todo, como fruto de la inflexibilidad religiosa, la hipocresía, la dureza de corazón... Y ese mensaje era acogido por muchos como un ataque frontal a su situación, como una declaración de guerra. Y como consecuencia de todo ello, urdieron su muerte, porque era molesto, incómodo, e incluso, peligroso.

En el mundo es necesaria la entrega total de Sta. Teresa de Calcuta a los moribundos, a los desahuciados de la Tierra, en la total abyección y oscuridad. Ella es una guía, un testimonio que conmueve a todos, pero también es necesaria la denuncia de S. Maximiliano Kolbe, la de Monseñor Romero, la del P. Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas, la de Helder Cámara y tantos otros menos conocidos o anónimos que entregan la vida, a veces hasta la última consecuencia, luchando contra las causas del sufrimiento, visibilizando la injusticia y a quiénes o qué la provocan.

*“Sin embargo, hay una tónica general para todos los MIES. “Pas-
ar en zapatillas” por el mundo. Huir del triunfalismo, del liderazgo ex-*

¹⁸⁹ D. Lozano. El día que Satanás mató a los jesuitas de Ignacio Ellacuría. Publicado en Público.es, en la sección Internacional el 15/11/2009.

*agerado e innecesario, del ruido, de lo aparatoso, de lo multitudinario. Nuestro espíritu, en esto como en todo, es lo sencillo, lo normal en una vida de amor al estilo de nuestros patronos e inspiradores, Sta. Teresita, Carlos de Foucauld, S. Francisco de Asís, San Juan de Dios, S. Juan Bosco, Sor Ángela de la Cruz...*¹⁹⁰

Pero ser silenciosos y discretos, “pasar en zapatillas” no significa no visibilizar el sufrimiento o la injusticia que vive el hermano; al contrario, implica necesariamente actuar en la línea de conseguir su empoderamiento, la superación de sus límites y dificultades, el desarrollo integral de las personas. El Misionero de la Esperanza no puede conformarse con vivir solo atento a su familia, a su entorno mas inmediato; quizás a su catequesis o su Comunidad. Tiene que salir de sí mismo, ver, sentir y saber del sufrimiento de los demás, de sus problemas y dificultades, en definitiva, de sus necesidades, aunque sus circunstancias de vida sólo le permitan orar, interceder, contemplar “el pulso de los latidos humanos en los titulares de prensa”.

Lo cierto es que los Proyectos y experiencia en el marco del cuarto fin de Mies siempre se han venido desarrollando, desde los comienzos de la Obra, quizá en mayor número y especialización, en la medida que se ha llegado a países en los que los Misioneros se han encontrado con realidades de mayor vulnerabilidad social y económica. Así, son muy comunes los centros de promoción social en los grupos Mies de América latina, Proyectos como “Dios le pague”, “La Cuchara”, los PAI¹⁹¹ o CAI¹⁹², La Casa de Acogida de Menores “La Esperanza” en Ecuador, Los Centros de Promoción Infantil y Juvenil de Paraguay o Argentina, “La casa de acogida para niños de la calle” en el Chad...y tantas y tantas iniciativas, sean de MIES directamente o en la que colaboran y se involucran Misioneros de la Esperanza. Todas ellas son fruto de ese Amor-Misericordia, de esa mirada contemplativa desde el Crucificado- Resucitado desde la no-violencia evangélica.

La no-violencia evangélica

Y es que en el cuarto Fin, Amor Misericordioso y No-violencia es un binomio indisoluble. Van juntos, no se pueden separar. MIES

¹⁹⁰ P. Diego Ernesto Wilson. 10/04/83.

¹⁹¹ PAI: Proyectos de atención integral.

¹⁹² CAI: Centro de Atención integral.

entiende y asume que el modo concreto en que quiere vivir el Amor, lleva indefectiblemente a la vivencia de esa no-violencia.

Y al igual que toda esta conceptualización no estaba en los primeros Estatutos de la Obra, ni siquiera se hablaba de ello en estos términos, en los primeros tiempos de la Congregación, sí que hubo siempre en el corazón de Diego Ernesto y en su modo de actuar, esa semilla que luego fue creciendo y tomando cuerpo, durante los años setenta y principio de los ochenta, aunque el camino de la no-violencia, como el de la Misericordia, en un proceso de aprendizaje, experiencia de vida y descubrimiento que no termina nunca.

Ernesto comenta a su audiencia del 8 de noviembre de 1991, los integrantes del grupo FICE: “... *Me eduqué en una época que se atendía más lo espiritual que otras necesidades de las personas. Estaba yo en el Seminario y hablando con otro seminarista, muy amigo mío, el P. Pulido, comentábamos acerca de un cura que había fallecido recientemente. Veréis el despiste que teníamos los dos: recuerdo que era el año de 1950 más o menos. Este cura, al que me he referido, era famoso porque nadie se moría en su pueblo sin haber confesado y comulgado, o sin haber recibido la unción de los enfermos. Pero aparte de eso, ya no se preocupaba de ningún otro problema vital de sus parroquianos. En aquella época estábamos en ese duro periodo de postguerra. Había hambre, caciquismo, pobreza, abusos de los terratenientes respecto a sus jornaleros...Este señor nunca se involucró en mejorar la vida terrenal de sus feligreses, sino que le preocupaba, sobre todo, que tuvieran la opción de salvarse mediante la administración de los Sacramentos. Su planteamiento era bautizar a cuantos más mejor, sin propiciar que se diera un verdadero encuentro con el Señor...y esta era la idea predominante entre una parte importante del clero de mi época. Luego esto ha ido evolucionando. La HOAC¹⁹³ criticó mucho esto y otros grupos de corte progresista.*

Por todo ello, era importante especificar este Cuarto Fin de Mies. La acción No-violenta vino más tarde. Estaba el espíritu, pero no la formulación explícita. ¿Y por qué? Porque muchos católicos, sacerdotes y pastores, en general, aún bendecían la Guerra Civil Española, pero

¹⁹³ Hermandad Obrera de Acción Católica.

yo nunca concebí esa idea... Me maravillaba la vida de Ghandi. Este hombre me llamó la atención desde mi juventud, pero no llegué a calar en su mensaje hasta 1964 o un año después. Comenté con otro sacerdote que también conocía su obra acerca del cristianismo de Ghandi, sin ser cristiano, y vi que eso era lo que queríamos o debíamos vivir en MIES”.

La inquietud acerca del camino de la no-violencia surgió con fuerza en la Sección Obrera, en ese contexto histórico de los años inmediatamente posteriores a la caída de la dictadura del General Franco, cuando ya se intuía y fraguaba un cambio político en España.

Fue una época en la que proliferaron algunos grupos de corte, si no directamente violento, sí bastante agresivos, de uno y otro extremo del panorama ideológico, además de bandas armadas que reivindicaban reconocimiento de derechos históricos, políticos o de identidad, desarrollando una actividad política de concienciación en su medio y acciones terroristas, como es el caso de ETA, el GRAPO y otros.

Y en medio de ese ambiente de confrontación, surgen grupos que reflexionan y profundizan sobre la no-violencia como actitud de vida y como forma de afrontar el reto de cambiar todo un sistema socio-político.

En el seno de MIES también se fragua un grupo al que denominaron “Aprendices de la No-violencia”. Antonio Cabello, integrante y miembro activo de esta iniciativa a finales de los setenta y durante la década de los ochenta recuerda con cariño: *“Estábamos en una reunión en mi casa. Ya habíamos iniciado las acciones de Semana Santa y sonó el teléfono. Era nuestro obispo, D. Ramón Buxarrais. Me habló con mucha amabilidad, explicándome que acababa de ver la película de Ghandi, la del británico Sir Richard Attenborough, y estaba gratamente impresionado, pero tenía dudas sobre los conceptos y me pedía que le aclarara la diferencia que hay entre ser pacifista y ser no-violento. Yo le expliqué, lo mejor que supe, que efectivamente son dos conceptos distintos. Creo que le dije algo así: “Pues mire usted, D. Ramón, hay personas que no usan jamás de la violencia por diversos motivos. Unos porque su carácter o su forma de ser se lo impiden, o no lo hacen por motivos religiosos, morales o éticos. Algunas de estas personas están*

en contra de resolver los conflictos recurriendo a la violencia, pero la no-violencia es otra cosa, porque es mucho más que no hacer uso de la violencia; es buscar alternativas, resolver los conflictos, luchar por la justicia de una forma activa y comprometida, luchar contra la propia violencia sin hacer uso de ella.

El pacífico no se alista a la guerra, no toma un arma, no quiere que haya conflictos violentos. El no-violento se opone a ella abiertamente y lucha con los métodos no-violentos contra ese conflicto, poniendo de manifiesto que hay otros modos de resolver las diferencias y de luchar por lo que es legítimo de cada pueblo, de cada persona.

Hay muchos que no practican personalmente la violencia, pero apoyan opciones políticas o morales que no las excluyen de su repertorio, si llega el caso...”

Fue en esos años ochenta cuando el grupo de Aprendices de MIES decide dar el paso a una acción de denuncia pública desde esos métodos concretos. Eligieron entonces un icono de la Semana Santa de Málaga, que para entenderlo, es importante situarse en el contexto y los valores que sustentan esta experiencia.

En la ciudad de Málaga, durante la Semana Santa, desde el Domingo de Ramos hasta el Viernes Santo¹⁹⁴, salen a la calle una serie de desfiles procesionales en torno a sagradas imágenes de Jesús y de su Madre, María, cada uno de los cuales está promovido por una Cofradía. Es un poco complejo de explicar y de entender fuera de la cultura e identidad española, aunque también en algunos lugares de Latinoamérica se producen este tipo de manifestaciones culturales y religiosas.

Algunas Cofradías o Hermandades existen en esta ciudad desde tiempos inmemoriales, siempre organizadas en torno a unas imágenes o tallas concretas que representan a Jesús, en algún momento de la Pasión o a su Madre, en las diferentes advocaciones. Este culto a las imágenes, se fue organizando, por llamarlo de alguna manera,

¹⁹⁴ El Domingo de Resurrección todas las Hermandades y Cofradías procesionan a Jesús resucitado.

a lo largo de la Historia, y permitió, entre otras cosas, ofrecer una catequesis visual, cuando no existía ni siquiera la fotografía, para las personas que participaban de los desfiles o que se acercaban a contemplarlos mientras recorrían las calles de pueblos y ciudades. Es una tradición antigua, que se remonta al siglo XV o XVI, es decir, que hablamos de una forma de expresión religiosa y popular de hondo calado en la cultura y en la vida de las personas de estas tierras.

La forma en que se procesiona a los sagrados titulares¹⁹⁵ ha ido variando, la formulación estética ha cambiado, pero en los últimos años, digamos que casi todas las procesiones tienen un contenido más o menos similar. Todas llevan a la cabeza una Cruz Guía que abre el desfile, seguida de nazarenos, todos ellos con la cara cubierta bajo una especie de capucha cónica, a la que llaman capirote; visten una túnica ceñida por la cintura y portan velas, estandartes, bastones u otros objetos propios de este fin. Hay también “monaguillos” que inciensan las calles al paso de las imágenes de los Sagrados Titulares, y cada una de estas tallas, bien solas o formando un grupo que representa una escena evangélica, descansan sobre unas enormes andas, a las que llaman trono. Estos pueden llegar a pesar unos cinco mil kilos. Ya se pueden imaginar la envergadura de semejante puesta en escena. Los Tronos son portados por cientos de hombres que, ordenados en hileras, bajo los varales o columnas horizontales, meten el hombro sobre el que se descarga el enorme peso de todo el conjunto. En otros lugares de la geografía española a estos se les llama “Pasos”, pero en todos los casos son tarimas elevadas, ricamente talladas y adornadas, sobre las que se muestra la escena concreta.

Bien, aunque resulte extraño describir todo esto, es necesario, para que puedan captar la enorme trascendencia y arraigo cultural, religioso y de identidad que tiene esta fiesta en muchas provincias y pueblos de España. Todos los niños, desde pequeños, saben distinguir un nazareno de un portador¹⁹⁶, un capataz, un penitente o una mujer de mantilla. Todo tienen nombres concretos, todo tiene un

¹⁹⁵ Talla de Jesús y de María, que suelen representar una escena de la Pasión: Jesús con la Cruz a cuestas, atado a la columna, coronado de espinas, flagelado, ayudado por el Cireneo, crucificado, etc. O María, su Madre, en las diferentes advocaciones como María de la Esperanza, de la Salud, del Amor, de la O, del Rocío, etc.

¹⁹⁶ En Málaga se les conoce como hombres de trono.

sentido y guarda relación con una tradición. Existe un universo de términos en torno a esta celebración que no le es ajeno a casi nadie de estos lugares. Niños y mayores hablan de varales¹⁹⁷, hombres de trono, palio, saetas, encierros... manejando unos conceptos que parecen muy universales, pero que están completamente circunscritos a esta realidad local o regional.

El fenómeno de la Semana Santa en Málaga adquiere mayor relevancia, si se quiere, por el interés turístico que despierta. Son miles y miles los visitantes que recibe en esas fechas, ávidos de contemplar el paso de nazarenos, bandas de música y tronos, mecidos con maestría a un mismo paso por los portadores que con delicadeza y devoción avanzan al paso que les marcan los tambores y la campana del capataz. Ahora toca parar, ahora mecer sobre los hombros a Jesús o a su Madre, ahora avanzar como un solo hombre... es un espectáculo que despierta pasiones y mueve lo más profundo de la sensibilidad de miles y miles de personas.

Hay en Málaga un recorrido que se llama oficial, es decir, que todas las Hermandades, salgan desde donde salgan, han de recorrer necesariamente, y que coincide con calles más o menos anchas y emblemáticas del centro histórico, alamedas amplias, circundadas de enormes árboles centenarios que cubren los pasos y embellecen la estampa, ya de por sí hermosa, de ese avanzar constante de la procesión.

Pero como toda expresión religiosa de larga tradición, tiene sus connotaciones culturales e incluso políticas, en determinadas épocas. Después de la Guerra Civil, con el advenimiento del Nacionalcatolicismo, del que ya hemos hablado, se incorporan algunos estamentos militares a los desfiles procesionales, siendo el más famoso y exitoso en Málaga el de la Legión.

La Legión es una fuerza militar española encuadrada dentro de la infantería ligera. Son un cuerpo muy popular, que en sus desfiles, realizan maniobras, cruces, juegos de manos con banderines, cambios de posición de sus fusiles y otras filigranas, al son de su himno pegadizo y muy conocido por todos, entonado por los mismos sol-

¹⁹⁷

dados, cuyo estribillo corean niños y mayores al paso de su representación casi teatral: “Soy un hombre a quien la suerte hirió con zarpa de fiera; – cantan con gesto serio y mirada al frente .- soy un novio de la muerte, que va a unirse en lazo fuerte con tan leal compañera...”

Bien, pues en este contexto, que es mucho más denso y profundo de lo que he sido capaz de describir, por abarcar aspectos emocionales, culturales, religiosos, políticos, ideológicos, económicos, e incluso, de evasión o diversión, digo, en este entorno, el Grupo de Aprendices de la NoViolencia de MIES reflexiona sobre la incongruencia profunda que supone integrar en una misma Procesión a Cristo, en esta crucificado, y todo este espectáculo de corte populista que acompaña al Sagrado Titular, en el que las armas custodian el trono, y Jesús, en su momento de mayor abyección y dolor, va precedido y custodiado por “los novios de la muerte”, es decir, por el símbolo de el enfrentamiento armado y la muerte violenta.

La reflexión culmina en una sencilla pregunta: “Desfiles militares en Semana Santa, ¿por qué?”. Y deciden encartelarse y entrar en ese recorrido oficial, para denunciar esta situación e invitar a la reflexión. Se sitúan, pues, delante de la Cruz Guía de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Buena Muerte¹⁹⁸. La Alameda por la que transcurren es una vía o calle que, con motivo de la celebración, se encuentra flanqueada por el público sentado en sillas o tribunas a ambos lados de la calle. Los asientos ocupan las orillas de la calle, de tal modo que la única forma de abandonar el “recorrido oficial” es atravesar unos pasos estrechos que se abren cada doscientos o trescientos metros, que siempre suelen estar colapsados de público.

En este contexto esta acción adquiere un significado profundo y de una valentía innegable. Cabello lo recuerda esbozando una sonrisa: “Para nosotros fue fuerte. Antes de entrar sentíamos muchos nervios porque el panorama que se percibía era completamente hostil. No sabíamos qué podía pasar, si nos podían detener por escándalo público o si la gente, el público, se nos echaría encima. Habíamos decidido que si venía la policía tendrían que echarnos, es decir, sujetarnos del

brazo o algo así y sacarnos del recorrido, pero que no nos opondríamos ni nos mostraríamos hostiles. Antes de la acción nos reunimos para hacer juntos un rato de oración... Recuerdo que para Mies fue aquello una especie de terremoto. La mayoría estaba de acuerdo con nosotros en que los desfiles militares en ese contexto no tenían ningún sentido, pero no entendían que tuviéramos que meternos en eso.

Los Responsables Mayores no lo apoyaron como tal, pero tampoco nos lo impidieron. Nosotros les habíamos explicado previamente lo que queríamos hacer y hubo como un acuerdo tácito”.

En los años siguientes la acción se va completando y, finalmente, ya no se trataba de salir encartelados delante de la Legión, porque el factor sorpresa se había perdido y la policía estaba muy alerta, así que se optó por una cadena humana en la plaza más emblemática de Málaga, justo detrás de una enorme tribuna que se monta ex profeso para las autoridades que acuden a ver el paso de las distintas Hermandades.

Cada vez se fueron uniendo más Misioneros que con un cartel colgado sobre el pecho, cogidos de la mano y en absoluto silencio, durante una hora, en la tarde-noche del Jueves santo, intentaban crear conciencia sobre este aspecto concreto de la religiosidad malagueña.

Y no fue una acción fácil para ninguno. Había críticas; a veces, insultos o amenazas veladas por parte de la gente que pasaba. Otros leían los mensajes, o las octavillas que se repartían y quizá pensaban algo en relación al tema. En una ocasión se recibió una llamada de un periodista local para advertir o informar que había un grupo de personas muy enfadadas por estas protestas y que podrían ser poco tolerantes y llegar a agredir a alguno de los Misioneros que lideraban las acciones.

Dentro de la Obra también hubo su controversia, porque no todos los Misioneros de la Esperanza compartían este tipo de acciones o su finalidad. Algunos hermanos que pertenecían a Hermandades o Cofradías se sentían agredidos, de algún modo, aunque en las suyas no hubiera militares, pues también se denunciaba la riqueza, la os-

¹⁹⁸ En realidad esa Cofradía recibe el nombre de Pontificia y Real Congregación del Cristo de la Buena Muerte y Animas y Nuestra Señora de la Soledad.

tentación y otra serie de aspectos de esta forma de manifestación religiosa.

Sea como sea, fue un aldabonazo, un gong resonante cuyo eco llegó al fondo de las conciencias. A favor o en contra, no era posible ignorar tal acción. Al contrario, posicionarse requirió un discernimiento personal, un esfuerzo por confrontar la propia fe con aspectos culturales e ideológicos interiorizados como evangélicos, pero que bien podrían no serlo. Se abrió un debate, una reflexión que ayudó a definir mejor la identidad y carisma de la Obra.

Vinieron otros gestos, como Semana de ayuno y oración, acciones de denuncia contra la práctica del aborto, también con concentraciones y carteles en calles transitadas de la ciudad, llamada a la reflexión en torno a la división de los sindicatos mayoritarios del país en las manifestaciones públicas del primero de mayo, día de los trabajadores, y Encuentros o Jornadas de profundización y creación de conciencia.

Pero es importante no perder la perspectiva de que esta opción por la no-violencia está total y absolutamente integrada dentro de este Cuarto Fin. Escribe Ernesto: *“El apostolado, que es esencialmente la liberación integral del hombre por medios no-violentos, incluye la opción clara y manifiesta por los pobres, lo que conlleva la vida de pobreza según el Evangelio y la acción no-violenta para liberar a los pobres de la pobreza injusta y sus consecuencias opresoras, sin dejar de tener ese espíritu de pobres del Señor que nosotros hemos de mantener los primeros. Debemos conseguir el cambio del corazón y el cambio de las estructuras, aunque sea desde nuestro modesto puesto de los “pequeñitos” de la Iglesia”*.

La no-violencia no es sólo una actitud del Misionero de la Esperanza, es su forma de ser, su manera de situarse en el mundo y actuar, en una simbiosis perfecta y complementaria del corazón misericordioso, el de Cristo, el no-violento por excelencia, tal y como lo describe el profeta Isaías: *“...Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador y ni siquiera abrió su boca. Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte; nadie se preocupó de su descendencia. Fue arrancado de la tierra de los vivientes, y golpeado por*

*la trasgresión de mi pueblo. Se le asignó un sepulcro con los malvados y murió entre los malhechores, aunque nunca cometió violencia alguna, ni hubo engaño en su boca*¹⁹⁹...”

Diego Ernesto, profundo admirador de Gandhi, hizo suya una frase de éste y la repetía en toda ocasión y circunstancia propicia: *“Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado. Un esfuerzo total es una victoria completa...”*. Él nunca deja de repetir una y otra vez que el Misionero de la Esperanza tiene a Cristo como el centro de su vida. Es el Maestro, el amigo, el amado, la inspiración de la vida...Y por tanto, no puede ignorar en ninguna circunstancia el único mandamiento que da a sus seguidores: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado”. Es aquí donde se fundamenta la no-violencia tal y como la entiende el Mies, porque quien ama devuelve el bien por el mal, perdona siempre, comprende, acoge, sirve, cree, tolera, tiene esperanza, bondad, ternura, paciencia...y tantas otras actitudes fruto del amor. La no-violencia es fruto del Amor-Misericordia.

Ahí está Jesús, que es delicado con Judas, aún sabiendo que le traicionará, misericordioso con Pedro, paciente con todos...les lava los pies, les sirve, les ama, en definitiva. Y dice a los suyos: *“Si uno te abofetea en la mejilla derecha, muéstrale también la otra, al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también el manto, si alguien te fuerza a caminar con él una milla, anda con él dos [...] Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen*²⁰⁰...”

Diego Ernesto, aceptando que la Iglesia admite la legítima defensa y considerándolo, por lo tanto, lícita para todos los cristianos y para los Misioneros que así lo consideren, manifiesta con rotundidad: *“Yo opto por lo que creo que es mejor, por la no-violencia, lo mas radical para MIES en general, y no para todos los Misioneros de la Esperanza en particular*²⁰¹...”

Pero invita a trabajar en el seno de la Iglesia por ir profundizando en el camino de la no-violencia, siguiendo el modelo de Jesús, el Maestro.

¹⁹⁹ Isaías 53, 7-9.

²⁰⁰ Mt 5, 39-48.

²⁰¹ E. Wilson Plata. Charlas del XXV Aniversario. 1988. Pág 90 y ss.

VIII

DE VIAJE HACIA LAS FUENTES

Hasta aquí hemos realizado un recorrido más o menos intenso a lo largo de la pequeña historia de la Asociación de Misioneros de la Esperanza y paralelamente, de su fundador o de su iniciador, como Ernesto prefería ser llamado.

Es difícil asimilar el carisma de una Obra y su evolución si éste se desvincula de las personas que lo iniciaron y lo intentaron vivir en esos primeros tiempos. ¿Qué son cincuenta años en la historia de la Iglesia? Apenas un comienzo.

Podemos explorar en profundidad el carisma franciscano a través de los hermanos actuales, y a toda la familia que reconoce sus orígenes en S. Francisco y aquella primera regla, pero ¡qué riqueza aporta a esta forma de vivir el evangelio el aproximarse a aquel muchacho de Asís, aquel hijo de comerciante que deseó ser un caballero y probar la gloria de la guerra y el reconocimiento social, para después descubrir, a través de diversas experiencias, que todo aquello carecía de sentido y valor comparado con sentirse reconocido y amado por Cristo!

Podemos descubrir la belleza y la paz que encierra el buscar a Dios en la naturaleza, el bendecir y dar gracias por su obra maravillosa, incomparable, majestuosa. Podemos recitar desde lo más profundo del alma la oración de Francisco: *“Loado seas mi Señor por todas tus criaturas, y en especial por el hermano sol, que alumbra y abre el día, y es bello en su esplendor, y lleva por los cielos noticias de tu amor...”* Pero resulta aún más conmovedor, si cabe, recitar esa oración cuando el sol se eleva sobre el cielo en una fría mañana sobre la Perugia italiana, mientras se desciende con cuidado por el sendero que

lleva desde el viejo casco urbano de Asís hasta S. Damiano, mientras el vaho que se forma al salir el aire caliente de la boca se arremolina como una nubecilla juguetona y cuesta inspirar porque el gélido viento se cuela por todos los orificios. Allí las temperaturas en enero y febrero oscilan entre los 8 y 14 grados, la nieve es una constante durante el invierno, y el terreno donde se asienta la villa medieval es tan elevado que cualquier desplazamiento implica un esfuerzo añadido. El aire trae aromas de pinos, madreselvas, primulas, lirios, enebro, mirtos, y más arriba, ascendiendo hacia las montañas en las que el Porevello gustaba de perderse para orar a solas con el buen Dios, puede aspirarse a pleno pulmón el aroma de las maderas de roble, de encinas y castaños, envuelto en un aire increíblemente puro que trae, sin duda, noticias de su Creador.

Del mismo modo podemos aproximarnos a la oración de abandono del hermano Carlos de Foucauld, y recitar desde lo profundo: *“Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias; lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas...”*, pero qué experiencia mística debe ser rezar a solas bajo el increíble firmamento en la iluminada noche de Tamanrasset, al sur de Argelia. ¡Cómo se debe sentir el orante cuando eleva la mirada a los cielos y se encuentra con la visión de universos de estrellas brillando en el firmamento!; ¡Qué pequeño el hombre para que todo un Dios, el Creador, el Absoluto, se haga Padre para tomarlo en su regazo y amarlo con locura!

Conocer los contextos en los que surge determinada espiritualidad es una experiencia enriquecedora que puede aportar significados nuevos o, por lo menos, más completos y comprensibles para los iniciados.

Diego Ernesto no sólo impregnó a MIES de su propia espiritualidad, fruto del encuentro con todos estos hermanos, que le precedieron en el camino de la fe, sino que los regaló a la Obra como Patronos y Mentores, como guías espirituales, de tal modo que, es imposible entender y adentrarse en la espiritualidad y el carisma Mies sin aproximarse y profundizar en la forma concreta de situarse en la Iglesia, de ser Iglesia, y de caminar hacia el Padre de Santa

Therese de Lisieux, S. Juan Evangelista, S. Francisco de Asís, el Beato P. Charles de Foucauld, S. Juan Bosco y, primera que todos ellos en importancia y trascendencia, nuestra Madre María de la Esperanza.

Se hace, pues, imprescindible andar tras sus huellas, realizar un pequeño viaje en el tiempo y el espacio, al encuentro de cada uno de ellos y su mensaje nuclear para MIES. Cada itinerario ha de ser recorrido para completar el viaje hacia la espiritualidad que vivió y propuso el Padre Iniciador²⁰² de MIES, Diego Ernesto Wilson, para todos sus Misioneros.

Itinerario 1: De París a Tamanrasset.

Carlos de Foucauld nació en Estrasburgo (Francia) en septiembre de 1858, en el seno de una familia adinerada perteneciente a la nobleza, por lo que llegó a ostentar el título de Vizconde de Foucauld. Quedó huérfano siendo un niño de seis años, quedando su hermana y él bajo tutela de su abuelo. Cuentan que a los dieciséis años perdió la fe y que por su naturaleza curiosa e inquieta, falta de dirección, se entregó a una vida disoluta, sin rumbo y sin otra perspectiva que satisfacer sus propios deseos y caprichos. Cuando alcanzó la mayoría de edad heredó un rico patrimonio que fue dilapidando durante los siguientes años.

A los veinte ingresó en la Escuela Militar de Saint-Cyr trasladándose a África, continente en el que Francia había establecido numerosas colonias. El encuentro con los pueblos musulmanes del norte marcará su vida para siempre. Quería conocer las culturas árabes del sur, pero no le dieron permiso para ello, y fiel a su espíritu impulsivo y e impaciente, renunció a su carrera militar y pidió la licencia absoluta. Quería realizar su deseo por encima de todos y de todo, y con empeño obstinado se preparó concienzudamente para realizar el largo viaje que le llevaría a recorrer Marruecos disfrazado de rabino judío.

Fue aquel un viaje iniciático, un camino de descubrimiento a todos los niveles, y fue también una oportunidad para demostrar su capacidad y valía como explorador y antropólogo, recibiendo a su

²⁰² Así quería que se le considerara.

vuelta la medalla de oro de la Sociedad Geográfica. Escribió un libro en el que se recogen los relatos de su viajes y numerosos datos de interés científico.

Al regreso de ese largo viaje que le llevó a recorrer mas de tres mil kilómetros en condiciones muy precarias y, a menudo, peligrosas, su vida había cambiado diametralmente y el reconocimiento por parte de la sociedad vino a reforzar no su ego personal, sino su deseo de situarse en una actitud de inclusión, de formar parte de, en vez de evasión, huída o enfrentamiento.

Carlos busca, intuye, quiere conocer la esencia de las cosas, anhela encontrar el sentido profundo de la vida. Es un anhelo que ha ido creciendo en su interior a medida que ha contemplado la fe en los hermanos musulmanes con los que ha convivido y el ejemplo y amor de sus familiares, en especial de su prima. Quiere tener fe, descubrir si efectivamente Dios existe como todas esas personas, que son significativas para él, le han manifestado.

La vida dura de Marruecos le ha purificado, la soledad del desierto, la inmensidad del firmamento en las noches africanas, la fe de los hermanos musulmanes postrados cinco veces a lo largo del día para dirigirse a su Hacedor, recitando su contundente credo con tanta convicción como devoción: *“Allahu Akbar...Allah es el más grande...Asahhadu en la ilaha illa llah...Declaro que no hay más Dios que Allah...”*; todo lo que ha vivido a lo largo de esos tres mil kilómetros recorridos en clandestinidad, haciéndose pasar por quien no era, por miedo a la represalias de los nativos hacia sus colonizadores, le ha conducido a la intuición cada vez mas cierta de que hay un Ser Supremo que gobierna el mundo, que habita en lo invisible, que ordena y da sentido a todas las cosas.

Carlos entra en una iglesia de París y ora en silencio, aún sin saber que eso es oración: *“Señor, si existes haz que te conozca”*, y busca incansablemente, con la tenacidad y la curiosidad del explorador. *“Señor, si existes que yo te conozca...”* Y cada petición va despertando en su interior más y más la sed de Absoluto. Necesita conocer al Señor, tener un encuentro profundo. Busca en la fe racional, en el camino

del conocimiento, pero eso sólo son claves, pistas para adentrarse en el Misterio de Dios. Y él lo quiere todo, quiere conocer el Misterio, quiere dejarse atrapar por él.

Con todas esas preguntas, dudas y esperanzas, se acerca a hablar con el P. Huvelin, el párroco de S. Agustín, la iglesia que visitaba a menudo, y éste le pide, sin dar mayores explicaciones, que se arrodille y confiese sus pecados. Charles se queda conmocionado, pero es hombre de acción y sabe que si uno quiere caminar ha de avanzar un pie tras otro, hay que ponerse en marcha, y eso es lo que hace. Se abre con sinceridad de corazón al sacerdote, recibe el sacramento de la reconciliación y, a continuación, comulga.

Se produce entonces una catarsis, una purificación en todos los niveles de su persona que posibilita ese Encuentro que él anhelaba desde hacía muchos meses. Pero no nos confundamos. No experimenta un fogonazo de Gracia que hace de golpe nueva todas las cosas, sino que necesita un tiempo, un proceso para discernir su camino, como ocurre casi siempre en los procesos de conversión. Su fe recién nacida, necesita afianzarse, depurarse. Le cuesta aceptar algunos pasajes evangélicos en los que se narran milagros y prodigios. Su mente científica quiere imponerse sobre las verdades de fe. A menudo mezcla las plegarias y rezos cristianos con pasajes del Corán, con el credo islámico.

Necesita un guía, una persona que lo aliente, lo conduzca, le aclare sus dudas y le muestre la fe católica en toda su extensión. Carlos, que es vehemente e impulsivo, quiere desde el principio cambiar radicalmente de vida, entregarse a Cristo en cuerpo y alma. *“Tan pronto como comprendí que había un Dios, me di cuenta que no podía hacer otra cosa que vivir sólo para Él”*- comentará a los suyos. Y esta persona será desde el principio, y a lo largo de casi toda su vida, el P. Henri Huvelin, famoso por sus cualidades como confesor y director espiritual²⁰³.

Su profunda transformación le lleva a la Trapa, porque quiere imitar a Cristo en su vida oculta, lo más radicalmente posible. Primero ingresa en Nuestra Señora de las Nieves, un monasterio enclavado

²⁰³ Fallece en 1910, seis años antes que su dirigido Charles de Foucauld.

en los helados Montes de Vivarais, al sureste de Francia, en la Región de Ródano-Alpes, muy cerca de Ardeche, pero él quiere más pobreza, menos seguridades, y pide ir al Priorato de Akbes, una fundación muy pobre, cerca de Alejandreta, en la actual Turquía, en la que vive durante seis años.

Carlos, entonces llamado hermano María Alberic, siente una insatisfacción en el alma, una comezón que no le permite sentir que está donde tiene que estar. Escribe en una carta dirigida a su prima: *“Me han enviado a rezar un poco cerca de un pobre obrero indígena católico muerto en la aldea vecina. ¡Qué diferencia entre esta casa y nuestras habitaciones! Suspiro por Nazaret...”* Intuye que su camino va por vivir en una Comunidad que renuncie por completo a toda propiedad, y que viva sólo del trabajo de sus manos, trabajo asalariado, manual. Está poseído por la pasión de ir al último lugar, el de la abyección más absoluta, que es lo mismo que decir bajeza, humillación.

El vizconde de Foucauld quiere ser el más humilde de los obreros. Quiere imitar hasta el más ínfimo detalle a su Señor, a su Amado, porque entiende que: “No puede concebir el amor sin una “necesidad” imperiosa de conformarse (formarse con/ hacerse uno), de parecerse y, sobre todo, de compartir las penas, todas las dificultades, todas las asperezas de la vida, con el ser amado...”

El Padre Diego Ernesto conoce a Carlos de Foucauld e inmediatamente queda conmovido por su experiencia y su espiritualidad. En una carta que dirige un tal Ye-Ye a Pepe Navarro en 1965, cuando este realizaba el servicio militar, le escribe: “Ahora el cura está casi todo el día dando meditaciones sobre el P. Foucauld y su deseo es meternos de verdad en el espíritu de él²⁰⁴”.

Un mes antes, el propio Ernesto le escribe a Pepe: *“...Debes hacer por comprar, para cuando llegue tu noviciado, los siguientes libros: “Escritos Espirituales del P. Foucauld”²⁰⁵...”* En ella, además, le habla de su decisión de crear una red de “Padres Maestros” al estilo de los hermanitos de Jesús, quienes tienen dos hermanitos de los que ocuparse

y responsabilizarse. De esta forma de organización y apostolado ya se habló en capítulos anteriores, y como puede entenderse es de inspiración *foucaular*.

Podemos, pues, afirmar que Diego Ernesto “inventó” pocas cosas, pues todas ellas ya estaban en el pensamiento y en el hacer de otros hermanos que le precedieron, pero tuvo la capacidad de sintetizarlas e hilarlas, de hacerlas suyas y presentarlas a sus Misioneros para que vivieran la Buena Noticia desde esas señas de identidad, desde esa concreción que abarca la experiencia y el modo de aproximarse al Evangelio de estos santos.

Cabe, en este punto, preguntarse con humildad, ¿Qué aporta Carlos de Foucauld, un hombre que nunca se dedicó a los niños y jóvenes, que vivió como un eremita y no sintió la llamada al apostolado directo ni a la predicación del evangelio con la Palabra? ¿Qué puede decir a MIES un monje que abandona la Trapa mas pobre de la orden porque quiere vivir una mayor abyección, primero en Nazaret, como portero de un convento de monjas clarisas, y luego en medio del desierto de Argelia?

Pues parece que, aún estando llamado a una vida muy diferente de la de los Mies, tiene mucho que decir en su espiritualidad y estilo de relación con Dios, ante todo, y con la Iglesia.

Diez años después de pedirle a Dios que se manifestara en el silencio de esa iglesia parisina de S. Agustín, el hermano María Alberic se encuentra en otro momento fuerte de discernimiento. Hace cinco años que hizo los primeros votos como trapense y ahora le toca hacer los votos solemnes o abandonar la orden. Sus superiores conocen su inquietud, su deseo de ir a Nazaret a vivir la vida oculta de Jesús. *“Yo había prometido al Buen Dios hacer todo lo que me dijera mi Padre Reverendísimo después del examen de mi vocación...”*

Y lo que le pide la Orden es que deje el Monasterio de Akbes en Turquía, no para ir a Nazaret ni a ningún otro sitio más pobre, sino para ir a Roma a estudiar teología durante dos años y ser ordenado sacerdote. Él, que ya fantaseaba con la idea de otro estilo de vida, ya

²⁰⁴ Carta fechada en Málaga el 11 de agosto de 1965.

²⁰⁵ Carta fechada el 16 de julio de 1965.

le había remitido una carta con su proyecto a su director espiritual, el P. Huvelin, y éste le contesta: *“Su regla es absolutamente impracticable (...) Viva usted a las puertas de una Comunidad, en la abyección que usted desea, pero no redacte reglas, por favor...”*

¿Qué hace, entonces? Se somete a la orden de su superior trápense sin una palabra. Se desprende de sus deseos, de su visión...Obedece. Está abierto al discernimiento vocacional de sus superiores, que también conocen su deseo y sus inquietudes. Se fía de Dios. Sabe que si es su voluntad que el vaya a otro sitio, se presentará la ocasión; su superior, a quien él mismo rinde obediencia, se lo hará saber.

Y así fue. Cuando ya está convencido que tendrá que seguir estudiando en Roma un tercer año, le comunican que debe seguir esa atracción que le empuja fuera de la Trapa hacia la vida de Nazaret.

Es en esta obediencia donde cobra pleno sentido su oración de abandono, la que han hecho suya los Misioneros de la Esperanza: *“Padre mío, me pongo en tus manos; Padre mío, me abandono a ti; Padre mío haz de mí lo que te plazca; lo acepto todo, te lo agradezco todo...”*

El hermano Carlos siente en su interior una llamada a la acción, pero se desprende aún de ese deseo intenso que experimenta en su interior. Él quiere hacer la voluntad de Dios, y entiende que esa voluntad no se manifiesta en sus deseos, preferencias o gustos, sino que viene a través de sus superiores y de su director espiritual, primero el P. Henri Huvelin, como ya se ha indicado y a la muerte de éste, le sustituirá el P. Voillard, Asistente General de los Padres Blancos. Pero Carlos no sólo obedecerá a sus directores, sino que también recibe órdenes de otras personas con quienes comparte la vida como son los hermanos Trapenses, las hermanas Clarisas en Nazaret, el obispo de Argel...Obedece en las cosas pequeñas, porque se trata de “someter el juicio y la voluntad”.

La obediencia no es sólo un camino de búsqueda de lo que Dios quiere de él, sino también, un camino de desprendimiento, de pobreza voluntaria, de humildad...en definitiva, de esa abyección que quiere alcanzar para imitar a Jesús al detalle.

Ernesto dirá a sus Misioneros: Obediencia a los superiores, aún en las cosas más pequeñas. *“Se obedece aún a los deseos conocidos del Superior. Se obedece con alegría (...) Se obedece al detalle, con delicadeza y cariño²⁰⁶”*.

¿Y no será ello un acto de irresponsabilidad o de esclavitud cuando precisamente Jesús predica la libertad de los hijos de Dios? Lo cierto es que las personas que tienen experiencia en este aspecto se sienten verdaderamente libres, del mismo modo que Jesús, siendo obediente al Padre, fue la persona libre por excelencia. La obediencia es una opción personal, a la que se llega desde la libertad, que se hace por motivos de fe, buscando la verdad, por encima del propio criterio, del deseo íntimo. Se hace por amor, para alcanzar la humildad y el desapego de los propios criterios, apegos, intenciones ocultas, pasiones, impulsos, egoísmo...Se podría decir que es un ejercicio de libertad frente a uno mismo. Pero, por supuesto, implica también un importante ejercicio de responsabilidad.

En 1965 Pepe Navarro Mancebo, entonces un joven estudiante que se preparaba en el seno de la Congregación para la emisión de votos como Spes Juniores, le pide a Ernesto, su director espiritual, que le oriente en relación a su carrera universitaria. El padre le contesta en una breve carta: *“Querido Pepe, me parece que lo mejor es que no sigas estudiando para ingeniero. Lo mejor para “lo nuestro” quiero decir. Pero, a pesar de que me parece lo mejor, te dejo en libertad de que hagas lo que quieras, pues ninguna de las dos cosas me parece mal. Quizás te hubiera gustado más que te dijera lo que tienes que hacer para evitarte el tener que elegir tú mismo. Pero esto es precisamente lo que quiero, que tú, que ya eres “un tío grande” elijas por tu cuenta. Ya sabes que no me disgustarás si sigues estudiando (...) Yo no sé con certeza cuál es la voluntad de Dios...”*

En este caso también se descubre la honestidad del director, que aún prefiriendo que su dirigido no siga estudiando por el interés de la Obra, le deja en libertad porque “no tiene certeza de cuál es la voluntad de Dios”.

Volviendo al hermano María Alberic, es importante tener presente que él plantea sus deseos, su impulso interior a sus superiores, y

²⁰⁶ Punto sexto de los XX Puntos de Ser MIES.

lo hace en detalle. Escribe a su director espiritual y le remite la Regla que ya ha ideado. Defiende su postura, deja al descubierto la intensidad de su “pasión”, razona, argumenta...y, finalmente, obedece. Y no lo hace porque sea una persona pasiva, conformista o resignada. No lo hace por comodidad, por cansancio o conformidad. Es una obediencia activa.

Este ejercicio es una constante en todas las personas que se adentran en el Misterio de Dios, como fue una constante en la vida de Jesús, que llegó hasta el extremo de la Cruz.

Y en ese anhelo casi obsesivo por buscar a los más abandonados, Foucauld, tras ordenarse sacerdote en 1901, marcha a Argelia. Su deseo primero fue Marruecos, pero no es posible por motivos políticos, por lo que se tuvo que conformar con Beni-Abbés, muy cerca de la frontera sur. Más tarde, su celo y ese impulso interior que le lanza a ponerse en camino, le lleva a buscar las tribus de Tuareg del macizo de Ahaggar, cerca de Tamanrasset, en el corazón del Sahara. Allí, durante once años se entrega a ellos, no con la Palabra, sino con el ejemplo, a la vez que traduce la Biblia a la lengua nativa para preparar el camino a los futuros misioneros, pero, lo cierto, es que en vida no tuvo nunca ningún compañero. Digamos que no tuvo ni la más mínima compensación humana de ver los frutos de su entrega y sacrificio. Hasta en eso le tocó vivir la abyección a la que estaba llamado. No cosechó éxitos humanos, tampoco los buscó, aunque en aquellos años realizó varios viajes a Francia con la intención de poner en marcha una Asociación de laicos misioneros.

La hora de la muerte le llega en 1916, durante la primera guerra Mundial, en la que Francia tiene un gran protagonismo. Es una guerra fundamentalmente europea, pero que llega inevitablemente a las colonias, dividiendo a las tribus nativas entre partidarios y adversarios. Y allí en medio está Carlos, con su vocación de Hermano Universal, amigo de todos, servidor de todos pero que, a pesar de su deseo y de su actitud, no puede desprenderse de su origen francés. Es un extranjero en medio de los pueblos Tuaregs. El 1 de diciembre es apresado y maniatado, mientras una partida de senusistas saquean la zona. Un muchacho lo vigila de cerca apuntándole directamente

con su rifle. Está nervioso, alerta. Le tiembla la mano en el gatillo. Alguien avisa que vienen los soldados, o el miedo que siente le hace pensar que así es y en un momento, sin más dispara a la cabeza del hermano Carlos, que muere en silencio. Su cuerpo queda tirado en la arena, como un despojo, en la más absoluta abyección.

Ernesto no se cansa de decir a sus Misioneros que busquen el último lugar, el de los que pasan desapercibidos, no por su indiferencia o vida gris, sino por su humildad y su opción personal por renunciar al reconocimiento y la compensación humana. En muchas ocasiones les reprende, cuando se quejan de que MIES no ha sido nombrado en un encuentro de jóvenes, siendo mayoría entre los congregados, o cuando el obispo del lugar o cualquier persona responsable ha nombrado a toda una serie de grupos más minoritarios y ha olvidado involuntaria o voluntariamente nombrar a los Misioneros de la Esperanza. No cabe la queja, ni siquiera la pena. Ese es el lugar que corresponde, el último, el del olvido, porque el MIES opta voluntariamente por esa invisibilidad personal, por “pasar por el mundo en zapatillas”, por ser tierra exproyada.

El hermano Foucauld lo expresa con sencillez a un amigo a quien escribe en septiembre de 1907. *“Mi vida interior es sencilla. Veo mi camino claramente trazado. Todo el trabajo es corregirme de mis innumerables faltas y hacer mañana lo mismo que ayer, pero haciéndolo mejor”*. Ernesto lo traduciría en una frase muy conocida entre los Mies: “Hacer extraordinariamente bien lo ordinario”. “...Es la paz - sigue escribiendo el hermano Carlos - , con una cierta tristeza del orgullo y del amor propio y de la cobardía de verme al atardecer de la vida tan miserable y habiendo producido tan poco fruto”.

No es esta una postura de falsa humildad, ni de automartirio. Es la del que opta por ser pobre y asemejarse al pobre por amor. Carlos Carreto, Hermanito de Jesús, escribe; *“Dormir a la intemperie, vivir en climas extenuantes, frecuentar tribus verdaderamente pobres y soportar su hedor, es todavía poco en comparación del vaciamiento de la personalidad, de la ruptura con el pasado, de la aceptación radical de civilizaciones y patrias diversas de las nuestras”*²⁰⁷(...) El pequeño

²⁰⁷ C. Carretto. Cartas del Desierto. Págs 143-144.

hermano no puede tener obras propias. No puede dar clase, organizar hospitales, crear dispensarios, distribuir ayuda. Debe venir aquí, escoger una aldea, un bidonville, una tribu nómada, instalarse en ella y vivir como viven todos los demás, especialmente los más pobres”.

Carlos de Foucauld no elige el martirio voluntariamente, no se entrega al fuego de aquel fusil por su propio deseo de santidad, sino que elige vivir la vida de los Tuaregs en las inmediaciones de Tamanrasset, y eso conlleva soportar temperaturas extremas, que oscilan en primavera entre los -7° y los 25° centígrados, considerar el agua como el mayor de los tesoros, alimentarse frugalmente, hablar una lengua que no es la suya, salir de sus modelos de pensamiento, sus valores, para adentrarse en la visión y la cultura nativa. Carlos decide ser uno con esos hombres y mujeres, que practican otra religión, que tienen poco en común con sus orígenes y el mundo que él conoce, y esa opción la lleva hasta las últimas consecuencias. Pudo regresar a París cuando empezó la guerra en septiembre de 1914, pudo refugiarse con sus amigos militares en cualquier guarnición o cuartel, pero había optado por vivir con ese pueblo, por correr su suerte y ahí encuentra su destino, sin medallas, sin reconocimiento, sin gloria, sin honor.

Hay otro aspecto que a Ernesto le apasiona y que comparte plenamente con el hermano Carlos, y es su amor, su adoración y veneración a Cristo Sacramentado. Nuestro sacerdote lo hereda directamente de D. Manuel González, el fundador e inspirador del Seminario de Málaga, pero, sin duda, lo redescubre con Carlos. Podríamos decir, que lo completa.

De igual modo, se siente intimamente identificado por su amor a Cristo crucificado. Carlos escribe en su cuaderno: *“Cuanto más abracemos la Cruz, más nos apretamos estrechamente contra nuestro Esposo Jesús, que en ella está clavado”.*

Y, por último, siendo consciente de que todo lo que se escribe aquí es demasiado breve, demasiado pobre, en relación a lo que significa esta forma de espiritualidad para el Misionero de la Esperanza, es necesario hacer una pequeña referencia a la oración, la que Ernesto identifica como “la del pobre”, la más común y querida por los

Misioneros. En este sentido, Foucauld escribe a un amigo el 9 de abril de 1900²⁰⁸: *“Sería demasiado dulce sentir que amamos a Jesús, que somos amados por Él y que estamos dichosos de su felicidad: si nosotros sintiéramos eso, la tierra sería un cielo. Contentémosnos con querer y saber, con más mérito y menos dulzura...”*

Ernesto no se cansará de decirle a sus Misioneros: *“Que nuestra oración de Misioneros de la Esperanza se ha llamado siempre la oración del pobre precisamente porque, en su parte humana, a lo mejor no podemos poner nada, porque estamos cansados, agotados[...] Y hay que esperar que Dios te tome así, aunque creas que estás perdiendo el tiempo, porque la oración aparece como una inutilidad”*²⁰⁹.

Itinerario 2: Por los senderos de Asís.

S. Francisco de Asís es mentor de MIES, es decir, un guía espiritual, como ya hemos indicado. Y es que este santo fue realmente guía y, en muchos aspectos, acompañante espiritual del Padre Ernesto, que vio y experimentó muchas similitudes entre las circunstancias, historia y vivencias de ambos, salvando las distancias de tiempo, personalidad, entorno vital y opciones de vida.

Diego Ernesto conoce al Hermano Francisco e inmediatamente se siente atraído por su historia y su obra. Descubre similitudes, experiencias comunes y se identifica con muchos aspectos de su itinerario como fundador y orientador de una Obra para la Iglesia.

Por supuesto que también existen muchas divergencias, y que no es posible ni necesario comparar a una persona con otra. Pero sí podemos afirmar que la influencia del legado de S. Francisco sobre Ernesto Wilson y, por lo tanto, sobre MIES, es más trascendente de lo que normalmente se tiene conciencia.

Francisco fue hijo único de un matrimonio burgués, de comerciantes de tejidos, afincados en la pequeña ciudad de Asís, en la Umbría italiana, el llamado corazón verde de Italia. Su padre, Pietro Bernardone era un hombre orgulloso, forjado a sí mismo a base de

²⁰⁸ C. de Foucauld. Escritos Espirituales.

²⁰⁹ Consejo Vocacional MIES. Reflexiones Mies en Veinte Puntos. Málaga-2012. Pág. 118.

esfuerzo, trabajo y ansias de ascender en la escala social y económica. Su madre, Doña Pica, parece ser que era de origen francés, una mujer sensible, una madre tierna siempre pendiente a las necesidades de su hijo. Francisco era, en muchos aspectos, un hijo mimado y algo consentido, de carácter afable, muy amigo de sus amigos, con un magnetismo personal que lo convertía en centro de todas las andanzas del grupo o la cuadrilla de jóvenes adinerados de la ciudad.

Siguiendo los consejos y haciendo suyas las ambiciones de su padre, soñó con ser caballero, honor y privilegio al que sólo se podía llegar por medio de las armas. Y sin dudarle un instante, se caló la cota de malla y el yelmo, se ajustó la larga espada al cinto y sujetó con gallardía el amplio escudo, mientras con la mano libre tomaba las riendas de un corcel digno de un próspero comerciante de Asís, encaminándose eufórico y orgulloso a una guerra local, contra la ciudad independiente de Perugia. Y allí, lejos de encontrar la gloria y el reconocimiento que buscaba, encontró el cautiverio, el hambre, la suciedad, y los intereses de los poderosos para los que él y sus compañeros, sólo eran moneda de cambio; una oportunidad para hacerse con un rescate generoso que pagarían sus familias por liberarlos de semejante ignominia.

Fue un año de encierro y reflexión. Todas sus ilusiones habían quedado reducidas a cenizas y toda su verdad al descubierto. Tuvo muchos meses para pensar y analizar su realidad y la de sus compañeros, para comprender que los intereses que operan detrás de cada enfrentamiento armado, poco tienen que ver con el honor y la nobleza. Había visto la verdadera cara de la guerra, la capacidad de odio y destrucción del hombre contra el hombre. Y todas sus convicciones y ambiciones se van desmoronando como un castillo de naipes sometido a una corriente de aire. Todo es efímero y transitorio, todo es relativo, excepto Dios.

Este desengaño le afecta profundamente, hasta casi derribar sus cimientos. Del mismo modo que le ocurrió al niño Ernesto durante los años de la guerra civil española, que marcaron para siempre su vida y su persona. Surge entonces en Francisco una gran desconfianza hacia el género humano en cuanto a su capacidad de hacer el mal y estropear lo más hermoso por intereses políticos o de poder, de

tal modo que siente la irresistible necesidad de buscar la certeza de Dios, su mano protectora, la solidez de su fidelidad.

Pero a Francisco lo liberan en 1203 y regresa a su Asís natal. La experiencia ha sido un impacto directo a su línea de flotación, pero ha sobrevivido, y descubre con mayor ímpetu, si cabe, la cantidad de placeres que puede ofrecer la vida a un joven adinerado con ganas de disfrutar cada minuto de su tiempo. Acalla, pues, la voz que en su interior lo cuestina y se lanza en pos de esa quimera que es la felicidad entendida como la mayor suma posible de gozo, diversión, evasión y entretenimiento. Buenas comidas, canciones, bromas compartidas con los amigos, cortejos a las damas de la Villa, noches de fiesta hasta el amanecer... Siente más ansias de vivir que nunca, después de haber experimentado el sufrimiento y la frustración en el cautiverio de Perugia. Rápidamente se convierte en el alma de su grupo de amigos, fomentando la camaradería, animando las veladas, participando en los torneos ecuestres o entonando serenatas bajo el balcón de alguna bella dama.

Lo cierto es que poco tiempo le dura esta vida disipada porque otra vez el Señor le sale al encuentro de ese modo misterioso en que suele hacerlo. Francisco contrae una extraña enfermedad que lo postra en cama durante meses. No sabemos exactamente cuál fue su dolencia, ni si hubo un diagnóstico concreto, pero según cuentan, padecía de insomnios, delirio, abatimiento, cansancio...

En aquellos tiempos la enfermedad más inocua para la medicina actual, podía ser mortal. Una fiebre persistente que debilita o que no se puede neutralizar, un virus, una bacteria u otro microorganismo que ataca sin que el enfermo tenga defensas para contrarrestarlo, la carencia de determinadas vitaminas o nutrientes... vencer la enfermedad era casi un milagro para cualquiera.

Según parece, estos meses de padecimientos, lejos de ser tiempo perdido, se convirtieron en una oportunidad para la Gracia, que el joven burgués aprovecha para seguir ahondando en sus reflexiones, para discernir sobre el sentido de su vida y para encontrarse a solas con el Buen Dios. Está tocado en lo profundo y, aunque él todavía

no lo sabe, acaba de emprender un viaje que no tiene regreso. Poco a poco, muy lentamente, va dando pasos hacia la recuperación. A medida que recupera las fuerzas va atreviéndose a levantarse y a pasear, primero dentro de la casa, después, quizá por los alrededores, hasta que se aventura más allá de las puertas de Asís.

Busca ratos de soledad para recorrer la hermosa campiña que rodea la ciudad. Nada más traspasar las puertas de las murallas descubre una vida que palpita desde las mismas entrañas de la tierra. Se queda conmovido ante la hermosa visión del mosaico de colores que forman los inmensos campos empinados hacia el valle. Las espigas salpicadas de rojas amapolas; los arbustos con sus distintos matices de verde; los árboles, cuyas hojas mecidas por el viento, arrojan una suave melodía que vienen a completar los trinos de los pájaros, el agudo canto de las chicharras, el de las alas de los insectos zumbando entre las flores en busca de polen fresco, el graznido de algunas aves, con sus inflexiones características, formando todo ello la más sublime composición musical que él pueda haber oído. Francisco tiene alma de poeta, sensibilidad de artista, espíritu de trovador.

Y pronto, esa profunda melancolía que lo tiene atrapado empieza a disiparse, ocupando su lugar una serena alegría. Llega a continuación la risa franca, la suave sonrisa, la mirada profunda y limpia. Retoma la relación con sus amigos de siempre, pero algo sustancial ha cambiado dentro de él, de tal forma que las fiestas y celebraciones que hasta hace menos de un año llenaban su agenda, ya no le proporcionan la alegría y la felicidad de antes. Se ha producido una dicotomía en el centro mismo de su ser que no termina de comprender, ni sabe cómo gestionarla. Experimenta una sed cada vez más insaciable de Absoluto, pero no termina de soltar las resistencias tan poderosas que le atan a su papel de joven burgués adinerado, de hijo único mimado, sobre el que el padre pone todas las expectativas.

En 1205 surge un nuevo enfrentamiento entre los poderosos y el ejército papal recluta a la flor y nata de Asís para luchar contra el imperio germánico. Nuestro protagonista, parece ser que presionado por su ambicioso padre, se une a la Cruzada junto a sus más íntimos amigos de juergas y andanzas nocturnas. No sabemos si se cuestionó

esta nueva aventura o si, otra vez, silenció de un golpe las preguntas que brotaban desde lo profundo de su interior ante la perspectiva de hacerse hueco entre los caballeros de su época. Estaba tocado por Dios, seducido, pero aún se resistía.

Cuentan que iba camino de Apulia, cuando hizo noche en la ciudad de Spoleto. ¡Bendita noche aquella en la que Francisco se encuentra cara a cara con el Creador!. No se trata de un milagro, en el sentido estético de la palabra. No es que Dios le hablara en italiano o en francés, su lengua materna, y le pidiera que hiciera esto o aquello. No. Francisco tuvo lo que llaman una Visitación de Dios, un encuentro decisivo y místico. Ignacio Larrañaga lo describe en su libro *El Hermano de Asís* de esta manera: “*De una manera sorpresiva, desproporcionada, invasora y vivísima (estas son las características de una experiencia infusa) se apoderó de Francisco la Presencia Plena, súbitamente*²¹⁰...”

Dios toma a Francisco y penetra en él hasta el mismo núcleo de sus células. Los sitúa en un espacio atemporal, “trascendiendo y poseyendo todo tiempo”. S. Juan de la Cruz lo recreará en sus hermosos versos así: “*Estaba tan embebido, tan absorto y ajenado, que se quedó mi sentido, de todo sentir privado, y el espíritu dotado de un entender, no entendiendo, toda ciencia trascendiendo*²¹¹...”

No pierde su identidad ni es arrebatado de la realidad, sino que tiene la oportunidad de asomarse a la vida que bulle y palpita en todo lo creado. Es una experiencia mística, unitiva, que salva todo abismo y alteridad entre Dios y el muchacho, y éste toma una conciencia de totalidad con la creación, una iluminación cegadora, mejor dicho, un fogonazo de luz, que queda completamente seducido por Dios, de tal modo que todo lo demás se vuelve insustancial e insípido comparado con el Señor.

Y aquella experiencia indescriptible, aquel dejarse habitar por completo por el Creador, le marca de tal modo que, a la mañana siguiente emprende un camino que ya no tiene regreso. Se vuelve a Asís, sin gloria, sin explicación ninguna, sin plan ni proyecto, en volandas de los brazos del Padre.

²¹⁰ I. Larrañaga. *El Hermano de Asís*. Ediciones Paulinas, Santiago de Chile. 1979.

²¹¹ J. De la Cruz. *Poesías y escritos breves: avisos, cautelas y cartas*. Monte Carmelo. 2006.

Pero no nos engañemos, esta conversión ni es instantánea ni se prolonga en el tiempo sin un empeño personal posterior, como siglos después ocurriría a Carlos de Foucauld o a cualquier otra persona que experimenta una conversión más o menos “tumbativa”. Es verdad que en aquella noche saltaron todos los quicios de su alma, que se asomó al Misterio de Dios, que Dios lo agarró con fuerza por el cinto y lo sacó de aquella locura caballeresca, que todo las demás circunstancias y razones de su vida quedaron pulverizadas, desintegradas, por el golpe certero de la Gracia, pero él tuvo que realizar un trabajo posterior, un “alimentar la planta” y propiciar su crecimiento y floración.

Entre las neblinas matinales sobre el valle, desde Spoleto a Asís, ¿Qué pensaría el joven desertor? ¿Cómo explicarle a su padre que todo el dinero invertido en su atuendo de caballero y todos sus desvelos por hacerlo medrar en la sociedad de su tiempo ya no significaban nada para él? ¿Cómo encajar la mirada de desaprobación y vergüenza de Pietro Bernardone cuando tuviera que enfrentar las burlas y murmuraciones de los vecinos antes quienes se había pavoneado orgulloso con motivo de su partida a la Apulia? ¿Qué explicación podría ofrecer a sus amigos y compañeros de parrandas?

Quizá no pensó nada, sencillamente se dejó atrapar por esa maravillosa sensación de sentir a su Señor a flor de piel, y el camino se hizo demasiado corto, como esos enamorados absortos en el pensamiento de su amada o amado, que sonríen envueltos en una sensación constante de bienestar, drogados por las endorfinas que sus cerebros produce a granel.

Es esa etapa del iniciado en la vida cristiana que también experimentó Ernesto, como casi todos los que se adentran en el Misterio de Dios, del hijo pródigo que vuelve a la casa del Padre y se encuentra que antes de llegar ya ha organizado una gran fiesta de bienvenida, y le ha preparado una hermosa túnica, unas cómodas sandalias del mejor cuero de la región, un anillo de oro que lucir en el dedo, y lo acoge con tal ternura y entrañas de misericordia, con tal amor y calidez, que el hijo experimenta que no es que el Padre lo haya perdonado de corazón, es que ha decretado una amnistía total, ha disipado la ofensa desde su origen, como si nunca hubiera existido, ha

reescrito la historia borrando por completo la deserción de ese hijo querido.

Todo ello ocurre en un momento, pero Francisco ahonda y profundiza en ello a los largo de varios años. Su padre le reprocha tanta insensatez, tanta indelicateza y desconsideración por su parte. El hijo, que ya funciona en otra onda más trascendente, descubre que solo puede vivir su nueva filiación recién descubierta por su haciéndose pobre y desprendiéndose de todo lo que tiene. Lee el evangelio y el pasaje del joven rico le conmueve. Y sí, como todo enamorado, actúa movido por su pasión, poco atento a las razones, alentado por el impulso de su corazón. Decide, pues, vender el género que su padre almacena mientras éste está ausente de la ciudad por motivos del negocio. Regala nobles telas, bellísimos brocados, finos terciopelos, lienzos de las más ricas sedas. Está poseído por la necesidad urgente de desprenderse de los bienes materiales, y para el ambicioso Pietro, aquello resulta ser el colmo del disparate y el desprecio que su heredero siente por los intereses familiares.

Llega, entonces, el momento de la ruptura, y Francisco, revestido de serenidad y honestidad se desnuda delante de toda la ciudad y el mismo obispo Guido, renuncia a su filiación y, libre ya de toda atadura, emprende un camino incierto, sólo guiado por su fidelidad inquebrantable al evangelio, que le va a llevar a descender hasta el último puesto en la sociedad de su tiempo, a entregarse a los leprosos, los malditos para muchos, los hermanos cristianos para otros, apartados del medio urbano, condenados al silencio, la invisibilidad y el desprecio de todos.

Ya sólo cabe vivir para Dios. Desarrolla entrañas de Misericordia. Ha descubierto el Amor y él mismo se hace amor. Es consciente de que cada ser humano, crucificado, ya sea por la enfermedad, la pobreza, el descrédito, la caída, la cárcel, el error irreparable de un momento... todo ser humano vulnerable, excluido de su medio, es tierra sagrada y en cada uno de ellos descubre a Cristo en su camino al calvario.

Se produce una dualidad en él. Por un lado, su inclinación natural, su predisposición a captar la belleza y la armonía en todo lo que

le rodea, le llevan a sentir una profunda corriente de empatía con las personas educadas, las que se atienen a las normas de urbanidad y comportamiento de los caballeros, a los que van limpios y despiden una agradable fragancia, a los que se muestran corteses y amables. Por otro, se rodea de pobres y desahuciados de la sociedad, de enfermos comidos por las llagas, úlceras y abscesos purulentos, que se arrastran por los campos en busca de caridad y alimentos, deformadas sus facciones y miembros, carentes de toda belleza y atracción.

Como la figura del padre biológico representa para él el hombre casi siempre ausente por sus muchas obligaciones como comerciante, prepotente, engreído, y muy autoritario e inflexible, le cuesta reconocer a Dios como Padre. Para él es más aproximado hablar de Dios-Madre. Siempre que Francisco quiere destacar la actitud más oblativa, el amor más desinteresado, recurre a la figura materna. Cuando empiezan a adherirse los primeros hermanos, él mismo se hace madre para ellos, una madre completamente entregada a su prole, ocupada en proveerlos, mostrarles su amor, escucharles, enseñarles con suma delicadeza.

Esta actitud también es imitada por Ernesto. Estando de viaje pastoral por Madrid, en noviembre de 1971 escribe a sus muchachos: *“A pesar de vuestros despistes y fallos, no os cambio por nadie. Bendita sea la hora en que todos nacisteis y vinisteis a mi vera. Desde aquí me siento junto a todos personalmente. No puedo escribiros a todos, pero sabed que ni uno se escapa de mi recuerdo y amor”*²¹².

Ernesto, al que casi todos los Misioneros de la Esperanza daban el trato de padre, escribe a Pepe Navarro en 1969: *“Mi querido Pepe Navarro, aprovecho que va Jorgito para decirte unas cuantas cosas. Te recuerdo muchísimo y no paro de pedir a Dios por mi sustituto”*²¹³, *que nunca daré gracias suficientemente a Dios por el regalo que me hizo a mí y a la Obra poniéndote a ti en mi camino. Dios te pague todo el bien que nos has hechos y que nos haces. Sigue, hijo mío, ayudándome pues lo necesito mucho. La Obra te necesita. Por esta razón, Pepe, debes ser SANTO, pero de verdad...”*

²¹² Carta fechada en Madrid el 13/11/1971, dirigida al grupo de la Congregación, escrita y firmada por Ernesto Wilson, y conservada actualmente en los archivos de la familia Navarro-Pendón.

²¹³ Pepe le sustituye al frente del grupo cuando es necesario.

Es la carta de un padre afectuoso, entrañable, tierno. Un padre que alienta, que agradece, que reconoce el esfuerzo del hijo. Es la “mater carissima” de Fray Pacífico, Hermano de Francesco, que así lo llama siempre.

Ernesto tiene un don especial para hacer que cada persona se sienta única e importante en su vida. Ya se ha señalado la capacidad innata para recordar nombres, situaciones, circunstancias de cada uno. Todo ello contribuye a configurar esa relación paternal o maternal con sus Misioneros.

El primer hermano que se une a la aventura franciscana se llamaba Bernardo, y era un rico comerciante por encima del nivel socioeconómico de los Bernardone. Llevaba tiempo observando de cerca al Hermano y finalmente toma la decisión de venderlo todo y seguir a su vecino. Hizo diferentes lotes con todas sus mercancías y posesiones y los fue repartiendo entre la Leprosaría de S. Salvatore, el Hospital y los pobres que habitaban bajo la muralla. Fue también una decisión que dejó boquiabiertos a los ciudadanos de Asís. Luego llegó Egidio, un campesino de la comarca, después tres hermanos más. A todos les hizo una acogida cálida y entrañable, desbordante de cariño y agradecimiento y, así, cada uno, se sintió parte de una familia que los cuidaba, los acogía y en la que eran conducidos por una “madre” amorosa, que era el propio Francisco.

Al principio de la aventura franciscana todos los hermanos salían del horno personal y directo del santo, como en la Congregación y los primeros años de MIES ocurrió con Diego Ernesto. Ellos eran para cada uno de sus hijos espirituales el pedagogo, el padre y el hermano.

Es un retrato parecido al de aquellos primeros muchachos escogidos desde la Congregación de S. Gabriel de la Dolorosa, que forman el pequeño grupo de los primeros consagrados. Ellos también reciben la formación, la dirección y el cuidado atento de Ernesto Wilson, hasta tal punto que algunos, cuyas familias estaban desestructuradas, o tenían problemas afectivos, de tiempo y dedicación de los padres, llegaron a sentir esa Congregación como otra familia

propia tanto o más importante en sus vidas que la biológica. Ven en Ernesto al padre afectuoso, interesado y firme que no encuentran en casa, posiblemente porque eran tiempos muy duros, en los que había que trabajar largas jornadas de trabajo para traer unos ingresos muy ajustados o insuficientes a fin de cubrir las necesidades de la familia.

Y Ernesto revierte ese amor hacia la propia familia, les insta a que sean ellos esos agentes de cambio, ese corazón ardiente y afectuoso que cambie las relaciones dentro de cada casa.

Pero inevitablemente a Francisco pronto le llega la primera crisis. El señor le ha enviado ocho hermanos pero, ¿qué ocurrirá si siguen llegando más y más? ¿cómo podría él asumir la responsabilidad y el cuidado de todos, si no era más que un pobre hombre carente de dotes para conducir la fraternidad? ¿qué tenía él que ofrecerles?

El agobio empieza a crecer como el río que recibe las aguas del deshielo en primavera. ¿Cómo gestionar esta angustia? Descubre que hay un único camino, como siete siglos después lo descubre Diego Ernesto. Es necesario descentrarse de uno mismo y fijar la mirada fija en Jesús Crucificado. Toda desesperanza viene de apoyarse en sí, de “fiarse” de uno mismo, de creer que todo depende de uno. Es entonces cuando se impone saltar al vacío, donde habita Dios, y abandonarse por completo en sus manos amorosas.

Ernesto se mira interiormente y ve muchas cosas que no le gustan: su carácter obsesivo, que puede llegar a asfixiar los tiernos tallos aún no preparados para recibir responsabilidades; sus problemas de salud, que lo limitan muy a menudo; su escasa forma física y falta de habilidades para el deporte y los juegos de aventura, que tanto podrían acercarle a los chiquillos que juegan durante largas horas en las calles del barrio...en muchos aspectos le gustaría ser de otra manera, tener, quizá otras cualidades más acordes a las que se consideran ideales para la evangelización y el apostolado. A veces, alguna de esas limitaciones le hacen sufrir enormemente, porque ama a esos muchachos y quiere darles lo mejor. Sobre todo, le entristece pensar que ha podido cometer errores por su propio celo apostólico, o peor aún, se culpable, directa o indirectamente de que alguna persona se

haya apartado del grupo, o de la Iglesia...Pero no puede cambiarlo, del mismo modo que Francisco no pudo cambiar el curso que tomó la Obra franciscana cuando creció rápidamente y se extendió por varios países. No podía controlarlo.

En realidad nada se puede cambiar de lo que ha ocurrido desde este instante hacia el día del nacimiento. Pueden modificarse aspectos en el presente y en el futuro, pero no en el pasado. Lo que ha sido ya no tiene vuelta atrás. Y ante esta realidad, ¿Qué se puede hacer?

Ernesto sabe bien lo que hizo su mentor, Francesco, abandonarse en el Señor en su pasado, en su presente y en su futuro. Como dirá Carlos de Foucauld unos pocos de siglos después: “Haz de mí lo que quieras...lo acepto todo”, pero lo cierto es que para llegar a este punto, hay que pasar normalmente por una vía dolorosa que conduce hacia el calvario.

En el caso de Francesco una tremenda crisis le llega cuando ve cómo esa Fraternidad que han construido entre los Hermanos, desposados con la dama Pobreza, va creciendo y renunciando a los ideales primeros. El P. Ignacio Larrañaga, franciscano capuchino, lo explica del siguiente modo en su libro *El hermano de Asís*: “Mil veces había dicho Francesco: Nuestra vocación en la Iglesia es vivir como pobres y pequeños. Mil veces había percibido la repugnancia que los hermanos sentían a ser pobres y a aparecer como insignificantes”.

En el caso de MIES, mil veces dijo Diego Ernesto que la vocación de Misioneros de la Esperanza es la de contemplativos en el mundo, la de pasar en zapatillas y mil veces pudo percibir resistencias viscerales a no aparecer, a ser ignorados o ninguneados. En realidad es una resistencia natural porque va contra el propio instinto de la persona, pero esa lucha contra el yo que quiere enseñorearse y brillar en cualquier circunstancia, es necesaria para alcanzar la humildad, para descubrir la verdadera dimensión de criatura respecto a la Creación.

Francisco puso veneración donde aparentemente no había motivo para ellos; aprecio y cariño donde solo había rechazo y amargura.

Amó con ternura a los menos amables y atractivos, y muy especialmente, a los más repulsivos humanamente, a los más despreciados de su sociedad.

Este aspecto del Santo de Asís es conocido e interiorizado muy profundamente por Ernesto. Y es, quizá, lo más difícil de todo el Proyecto y carisma franciscano, porque supone violentar el propio instinto, vencer la repugnancia y los prejuicios, nadar contra corriente, cuando esa corriente es un caudaloso río. Nada de esto es concebible sin una talla y altura espiritual considerable.

No es posible “buscar los últimos puestos”, optar por la abyección del P. Foucauld, por la pequeñez de la espiritualidad teresiana, sin una vida de oración y sacramentos, honesta y profunda, sin una amistad y trato con Dios constante y sincero.

MIES, como la Obra franciscana también tiene su crisis en vida del fundador. Tras la Fusión MIES-FIMES, y la experiencia del *Evangélio de la Gracia* por parte del P. Diego Ernesto, hubo que abrir un espacio de debate y profundización sobre el carisma al que se llamó “Foro de Discernimiento”. Era necesario unificar criterios, clarificar aspectos confusos para unos y otros, profundizar en la riqueza del legado recibido.

Este trabajo comunitario de discernimiento y profundización, se llevó a cabo entre los años 2002 y 2005. El Padre Diego Ernesto era ya mayor y se había retirado por decisión personal de la dirección de la Obra, reapareciendo inesperadamente, mediante una carta dirigida a todos sus Misioneros que abrió un debate en el corazón de la Obra y que desembocó en ese Foro.

D. Ernesto desde que planteó el proceso de Fusión, había recibido muchas quejas y críticas, y había advertido la distancia y el sufrimiento de algunos de sus hijos espirituales. El padre había perdido fortaleza física y moral, golpe a golpe. Su silencio y su distancia aparente de ese Foro de Discernimiento fue percibida por algunos como una cierta orfandad. Estos querían de él una declaración Verbal, presencial, taxativa...sobre todas las cuestiones que se debatían.

Otros vivieron ese supuesto distanciamiento como una debilidad del fundador, ya ablandado por la edad y la enfermedad. Y unos cuantos como una oportunidad de crear un MIES de consenso entre los Misioneros de la Esperanza, de tal modo que pensaron que todo el carisma es discutible y redefinible.

Pero lo cierto es que Ernesto ya se ha liberado de todo esto. Puso la Obra en manos del Padre y confiaba plenamente que Él la cuidará como al más entrañable de sus hijos. Es la última abdicación, el último gesto de abandono y confianza. Sabe que MIES nunca le ha pertenecido, que siempre fue un Proyecto de la Madre Santísima, y que es Ella la que lo cubrirá con su manto e intercederá porque el Espíritu Santo triunfe sobre la confusión, las dudas y la falta de visión de sus hijos.

Por último, y retomando de nuevo el carisma franciscano, es necesario señalar un aspecto que MIES hace suyo y es el amor a la naturaleza, donde el Creador se manifiesta en todo su esplendor. Francesco tenía una capacidad innata para captar y vibrar con la belleza de la naturaleza y, a medida que se adentra en el Misterio de Dios, en el Amor, le va creciendo una corriente de ternura y simpatía por todas las criaturas y por todas las cosas creadas por Dios, que le llevan a vivir en armonía perfecta, sabiéndose parte de todo el sistema invisible que ordena la vida en el Universo.

Lee el relato de la Creación del Génesis y comprende que lo que es bueno para Dios es un regalo maravilloso para sus hijos. Cuando le aprieta el hambre se adentra en los campos que le rodean y se alimenta de fresas silvestres, moras de los zarzales, tiernas yemas de árboles primaverales, raíces, castañas...y si la época del año no ofrece variedades silvestres, se acerca a los cultivos de vides en busca de sabrosas uvas o trabaja como jornalero recogiendo gavillas de trigo, y cambia la harina por pan ya cocido.

La naturaleza es una fuente de vida en todos los sentidos, y en ella habitan otras muchas criaturas, todas pensadas y creadas por Dios, de tal modo que, respetar su hábitat, su supervivencia y su contribución a su entorno vital, lo que hoy conocemos por ecosistema, se convierte en un hábito, en una necesidad para el Pobre de Asís.

Descubrir las huellas de Dios en la naturaleza es una experiencia espiritual, visual, y física. Compromete a todas las esferas de las personas, porque es la Bondad de Dios en estado puro.

Francisco se emociona al percibir esa corriente de ternura que subyace a toda criatura, aún a las más desagradables o feroces para los hombres, porque al crearlas, “Dios vio que era bueno”. Y en 1225 el Santo compone su famoso cántico de las criaturas: *“Loado seas por toda criatura, mi Señor, y en especial loado por el Hermano Sol, que alumbrá y abre el día, y es bellos en su esplendor, y lleva por los cielos noticias de su autor...[...] Y por la hermana Tierra, que es toda bendición, la hermana Madre tierra, que da en toda ocasión, las hierbas y los frutos y flores de color, y nos sustenta y rige: ¡Loado mi Señor...”*

El santo de Asís llegó a sentir tal corriente de complicidad y conexión con la Madre Naturaleza que son muchos los relatos que se conservan sobre experiencias con animales, a quienes consideraba sus hermanos pequeños. Tanto se le ha reconocido este don especial que Juan Pablo II, le nombró en 1980 patrono de los animales y los ecologistas.

En FIMES y en MIES siempre se destacó este aspecto importante de la Espiritualidad. Los niños Fimes tenían un primer objetivo en su carnet de infantiles: *“El Fimes descubre a Dios en la naturaleza”*. Y esta sensibilidad pasa a MIES con la Fusión, creándose con los años, un grupo de Jóvenes y adultos, al que llaman Frasati²¹⁴ que realizan actividades, oraciones y celebraciones en torno a la naturaleza.

En todos los grupos infantiles y juveniles de MIES se realizan experiencias individuales o de grupo en plena naturaleza, ya sean campamentos, convivencias, actividades de tiempo libre, jornadas deportivas u otras.

Itinerario 4: Hacia la Colina de D. Bosco en I Becchi en el Piamonte italiano.

En agosto de 2009 unos trescientos Misioneros de la Esperanza, procedentes de todos los países y provincias en las que la Obra

²¹⁴ En honor al Beato Pier Giorgio Frassati, un joven de Acción Católica durante el primer tercio del siglo XX que fue un gran montañista. Escaló los Alpes y el Valle de Aosta.

tiene presencia, peregrinaron a Italia, empezando por Turín, donde se inició la aventura salesiana, para terminar en S. Pedro del Vaticano una semana más tarde.

El objetivo de aquel intenso viaje fue precisamente el de este capítulo: volver a las fuentes y reencontrarse con los fundamentos del carisma.

Desde la elevada colina donde se asienta el Templo Don Bosco, en I Becchi, una especie de pedanía²¹⁵ de Castelnuovo de Asti, hoy rebautizado como Castelnuovo de Bosco, se divisa un inmenso valle, que en las cálidas tardes del verano regala a la vista un mosaico impresionante de innumerables matices de verde. Allí mismo está la casa natal de S. Juan Bosco, una construcción sencilla, típica de la campiña piemontesa, construida en dos plantas de ladrillo visto, madera y tejas en la cubierta. En su tiempo, formaría parte de un diseminado, pero en la actualidad se encuentra integrada en una moderna estructura de edificios construidos para mostrar la historia y evolución de los salesianos en el mundo, y lo más importante, acogen un imponente templo dedicado al santo turinense, en cuya entrada, tras superar una elevada escalera, se descubre una escultura realista del mismo. La de su madre, Mama Margarita, la han situado delante de la casita, a unos trescientos metros del templo.

Es en este lugar donde se dieron cita la noche del 19 de agosto de 2009, todos aquellos Mies que peregrinaban desde diferentes puntos de España por diversas rutas: unos en vuelos directos a Milán, otros haciendo una o dos escalas, otros en autobuses de viajeros que salieron desde Málaga la noche del diecisiete, algunos en sus vehículos particulares... Fue un trabajo duro que exigió precisión y paciencia para conseguir que todos aquellos peregrinos confluyeran en aquella colina con diferencia de pocas horas. La mayoría habían recorrido unos dos mil kilómetros por carretera o por aire, pero algunos, aún habían llegado desde distancias mucho más largas, como los hermanos paraguayos, argentinos y ecuatorianos, y una misionera procedente de los Estados Unidos.

²¹⁵ Ellos le llaman vereda o fracción comunal.

El templo es una construcción moderna, de 1815, en forma de basílica, con un atrio en la entrada sostenido por cuatro columnas cuadrangulares, flanqueado por dos torres simétricas y una cúpula central elevada sobre la cubierta mediante una linterna de proporciones considerables, que puede ser vista desde muy lejos. Es como un enorme faro que alumbrara a los peregrinos que se acercan a Castelnuovo buscando las huellas del santo sacerdote.

En uno de los laterales del edificio, sobre la desnuda pared de sillares regulares, destaca un enorme mosaico de S. Juan Bosco, en sus años de juventud, vestido con sotana negra, en actitud exhortativa. Pero lo más hermoso de la construcción es su interior, completamente cubierto de madera noble. Parece el corazón del casco de un barco antiguo o de un edificio nipón, por su color caramelo, sobre el que se refleja el sol formando un juego de luces ambarinas que invita al recogimiento y la oración. Algunos opinan que recuerda al Arca de Noe, con sus columnas curvas y sus paneles de madera superpuestos que figuran la forma de un arcón donde todo queda recogido. Muy parco en adornos, cuadros o tallas, destaca, sin embargo, impresionante una imagen de Jesús Resucitado, tallado con el mismo material que los paneles que cubren las paredes. Esta talla, perfectamente centrada y elevada sobre el altar mayor, con sus brazos alzados hacia el cielo y su mirada clavada en los bancos, da la bienvenida a todos los fieles que se acercan a conocer el Proyecto Salesiano.

Aquí se celebró una Eucaristía para todos los recién llegados, presidida por el sacerdote Mies Gerardo Martínez y concelebrada por todos los presbíteros que peregrinaban desde España. La primera había tenido lugar en la Iglesia de María Auxiliadora de Málaga, anexa al Colegio Salesianos de la ciudad. Allí se repartieron camisetitas para los peregrinos, de un intenso rojo sobre el que se dibujaba el rostro de la Virgen en color blanco, enmarcada en el lema: “Ella lo ha hecho todo”, pañoletas verdes, y libros y cuadernos de oración y formación para ayudar a vivir en profundidad la experiencia.

El Colle D. Bosco es un lugar realmente hermoso, en medio de la abrupta naturaleza del Piamonte, en el que el canto de la chicharra durante el día y el de los grillos de noche, puede resultar ensordecedor.

Pero para conocer la Obra de Bosco es preciso acercarse a Valdocco, en Turín, donde el sacerdote inauguró el primer Oratorio para sus muchachos. Allí puso en práctica su Método Preventivo, una estrategia educativa de carácter informal que revolucionó hasta los cimientos los usos, costumbres y sistemas de su época.

Era la culminación de su encuentro con Bartolomé Garelli en la Iglesia de S. Francisco de Turín, el día de la Inmaculada de 1841, cuando Juan presencié cómo echaban al niño violentamente de la Sacristía. El sacerdote no pudo reprimir su impulso de defenderlo. Fue un gesto que abrió un universo de amor para los niños y jóvenes. Juan se interesó por él, por su pobre situación, y lo invitó para que el siguiente domingo se presentara a recibir catequesis.

El Oratorio de Bosco es un lugar por y para los niños y jóvenes, donde pueden experimentar la vida como una fiesta y la fe como una experiencia feliz, atrayente. La música, el teatro, los paseos, el deporte, los juegos en el patio... todo esto está presente en cada uno de ellos para el sano desarrollo de los menores y su crecimiento personal. Y allí, María Auxiliadora es la Madre de todos. A ella se le reza todos los días el ángelus, y a través de ella, se conoce a su hijo Jesús, al Padre Dios que la eligió y al Espíritu Santo que la habitó durante toda su vida. El Misterio de la Trinidad, el Evangelio, la Iglesia, todo visto desde la mirada limpia de María.

No fue tarea fácil conseguir un lugar para sus muchachos. Continuamente los invitaban a abandonar el lugar de reunión o los echaban sin contemplaciones, hasta que, en abril de 1846, el señor Pinardi, les cede un gran patio anexo a una sencilla construcción a la que llamaban la Casa Pinardi. El hombre sólo le puso una condición, que se habilitara una Iglesia. Para Juan Bosco aquello fue un regalo de la Virgen, pues nada deseaba más que darle a sus chicos espacio para el recreo, la educación y el crecimiento en la fe.

Enseguida habilitó un cobertizo anexo a la vivienda como Capilla, que en pocos meses se quedó pequeño, por la cantidad de jóvenes que acudían, así que enseguida tuvo que buscar fondos para construir una Iglesia que acogiera la marea creciente de muchachos

deseos de formar parte de ese novedoso proyecto. En 1956 se consagra el nuevo templo dedicado a S. Francisco de Sales, el patrono del Oratorio.

Pero Juan sabía que todo aquel fruto se lo debía enteramente a María Auxiliadora, quien lo “había hecho todo”, y no pudo resistirse a construir un Santuario para ella, a pesar de las muchas dificultades económicas que tuvo que padecer, y así, en muy pocos años se levantó una Basílica coronada por una enorme cúpula de color verde sobre la que destaca la figura de María Auxiliadora, como Reina del Cielo y Madre de todos los hombres. En este templo se conservan los restos del santo.

Junto a las construcciones descritas se levantan varios edificios que, entre otras estancias alberga las “habitaciones de D. Bosco” donde se conservan muchos de sus objetos personales y se exponen los momentos significativos de la Historia de Valdocco y los salesianos en el mundo.

Y cómo no, el Oratorio cuenta con un patio de grandes proporciones, con columpios, carruseles, toboganes...un paraíso para los niños. Y anexo a estas instalaciones un campo de fútbol con suelo de linóleo, de un verde intenso que recuerda el césped, rodeado de dos filas de graderío en los lados largos del rectángulo.

Allí, sentados y pendientes de la jugada, los Misioneros de la Esperanza animaban a voz en cuello a su equipo, que se enfrentaba al local en una calurosa tarde de agosto. El griterío era ensordecedor, la alegría contagiosa, el calor sofocante ...Era tan fácil recordar las enseñanzas de D. Bosco, allí, en su casa, en medio del oratorio que tantas veces él recorrió:

“-Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que sientan que su educador, su responsable les ama. Hay que tratarlos con verdadera ternura y cariño.”

La autoridad no puede ser autoritarismo, sino que ha de estar cimentada en lo que es razonable y afectivo.

Hablar mucho con los jóvenes y niños, tratar de comprenderlos, de preocuparse de sus cosas, de conocer su mundo...

El responsable que sea afable, dulce, porque se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre.

No se ha de obligar a los muchachos y muchachas a frecuentar los sacramentos, pero sí se les debe animar, desde el testimonio personal, invitarlos, acompañarlos, propiciarlos...

Deben enseñar a los niños y jóvenes que en la vida nada se consigue sin esfuerzo. Hoy es complicado porque vivimos en la cultura de la inmediatez, de “tengo o no tengo ganas”, de “me apetece o no me apetece”, pero es necesario romper esa conducta destructiva y entrar en la cultura del esfuerzo, la superación personal, el crecimiento, el autocontrol para que cada uno consiga lo mejor de sí mismo y descubra sus talentos...

Cuando el responsable tenga que corregir a un niño o joven, no lo haga en público, ni como fruto del enfado o el fastidio. Buscar siempre el momento propicio, hablar con serenidad, exponiendo los hechos sin animosidad, haciendo ver al otro las consecuencias de su conducta y cómo puede mejorar...Jamás castiguen en el momento que se cometió la falta. Hay que pensar, serenarse, orar...

Jueguen con ellos, disfruten de su mundo, compartan sus pasatiempos, háganse como un niño...pero sin olvidar su responsabilidad y la misión encomendada, el de ayudarlos a crecer en todas las facetas de su vida para formar personas íntegras...

Edúquenlos para que sepan asumir sus frustraciones...No se les puede dar todo porque la vida no les va a dar todo lo que quieran cuando lo quieran. La frustración llega y hay que saber afrontarla...enseñenles a asumir sus límites, sus responsabilidades²¹⁶...”

Cae la noche sobre Turín y se encienden las primeras farolas de la calle. Los turinenses se apresuran a llegar a casa después de un sofocante día de trabajo. Aún hay turistas en las inmediaciones de la Catedral, donde se guarda la Santa Sindone²¹⁷, que según la tradición lleva impreso a fuego toda la superficie del cuerpo de Jesucristo. Dicen que se trata del lienzo con el que José de Arimatea, con la ayuda

²¹⁶ Extractos y citas de J.A. San Martín. Diez criterios de D. Bosco para educar hoy a los alumnos. Madrid 2012.

²¹⁷ Sábana Santa.

de Nicodemo, cubrió el cuerpo sin vida del Señor. Esta sábana es como un imán para el mundo cristiano y son miles y miles de personas las que se acercan a este lugar para conocerla y aproximarse con respeto y veneración al misterio de Cristo.

Los Misioneros de la Esperanza, después de visitar la catedral, se dan prisa por llegar a su cita en la Basílica de María Auxiliadora. Hoy preside el P. José Ruiz Córdoba, responsable general sacerdote. Habrá nuevas vinculaciones a la Obra bajo la atenta mirada de María, auxilio de sus hijos en toda ocasión de necesidad.

Las bancadas del templo parecen un abigarrado campo de amapolas. Son cientos de camisetas rojas que anuncian al mundo que “Ella lo ha hecho todo”, una verdad aplicable por igual a Salesianos que a Misioneros de la Esperanza. Los unos bajo la advocación de la Auxiliadora, los otros de la Esperanza Macarena, pero esta noche ni siquiera los matices se distinguen porque un sentimiento de universalidad y fraternidad embarga los corazones de todos, y si se agudiza el oído y se entra en lo profundo de cada uno, casi puede oírse el susurro de las palabras de D. Bosco: *“Hasta ahora hemos caminado siempre sobre seguro; no podemos equivocarnos. Es María quien nos guía”*²¹⁸...

Itinerario 5: Desde el Lago de Galilea hasta el mismo corazón de Cristo.

El P. Diego Ernesto quiso que S. Juan Evangelista fuera patrón de MIES, es decir, un modelo inequívoco al que imitar en el seguimiento y adhesión incondicional a Jesús. ¿Por qué esta elección si se sabe tan poco de este santo más allá de las referencias evangélicas? Posiblemente porque lo poco que se sabe es exactamente aquello que un Misionero de la Esperanza debe ser. Juan es el paradigma del Mies, el “discípulo amado de Jesús”.

Históricamente se trata de un muchacho, en los tiempos de la vida pública del Maestro, un joven, que mientras remienda las redes a la orilla del Mar de Galilea, junto a su hermano Santiago, es llamado por Jesús.

Hoy existe gran controversia sobre si es autor directo de los escritos que se le atribuyen, si murió siendo muy mayor, no habiendo sido alcanzado por el martirio que sufrieron los demás apóstoles, y otra serie de informaciones que proceden más de la tradición que de hechos constatados. Pero eso realmente no es importante. ¿Qué es realmente lo que S. Juan aporta al carisma MIES?

Cada una de sus apariciones en los Evangelios son un mensaje directo y gráfico al corazón de la Obra. S. Juan es el discípulo amado, el que reclina su cabeza sobre el pecho del Maestro, en un gesto de auténtica ternura e intimidad. Él va directo al corazón de Jesús, su amigo, su confidente, su modelo, su Señor.

Está presente, junto con Pedro y Santiago, en el momento de la transfiguración, es decir, que es testigo de la Gloria y la Divinidad de Cristo, y también está ahí en su momento de mayor agonía, en el Huerto de los Olivos, y después, a los pies de la Cruz, junto a María y a las santas mujeres. Es, pues, el amigo fiel, que en primer o segundo plano, acompaña, apoya, contempla, escucha, interioriza, se interroga...y, sobre todas esas cosas, ama.

Jesús debía saberlo bien, porque le deja al cargo de su Madre. Tiene plena confianza en el muchacho, sabe que Ella queda en buenas manos.

Cuando María Magdalena trae la increíble noticia del que el sepulcro de Cristo está vacío, Pedro y Juan acuden inmediatamente, pero Juan, siendo más ágil y moviéndole, posiblemente, esa pasión irrefrenable de la juventud, se adelanta como un galgo a la carrera y llega primero. Sin embargo, al alcanzar la entrada de la cueva se espera, comido por la ansiedad y la esperanza, y junto a Pedro se acerca al sepulcro. Allí los dos, en aquella mañana de domingo, iluminada por un sol radiante, “vieron y creyeron” que su Señor había resucitado.

Juan es el joven de la fe sencilla, de la intimidad con Jesús, de la pasión por el Maestro, de la esperanza. ¿Cómo brillarían sus ojos aquella bendita mañana cuando “vio y creyó”? ¿Qué ancha y alegre sonrisa se dibujaría en su rostro cuando comprendió lo que había ocurrido!

²¹⁸ I. Mendizabal. La Virgen María. Pensamientos de S Juan Bosco. Ed. CCS. Madrid 2000.

¡Qué complicidad tan profunda sentiría con Jesús al tomar conciencia de que todo se había cumplido! Pero su camino no ha hecho más que empezar porque ese muchacho va madurando y profundizando en el Misterio de Dios como ningún otro compañero de viaje.

Según la tradición oriental de los Primeros Padres de la Iglesia, se afirma que se instaló en Éfeso, es posible que junto a María, la madre de Jesús, y ahora su Madre de Adopción. Su Madre, en definitiva, lo que le hermana directamente con Jesús. ¡Qué privilegio el de Juan de poder oír de primera mano tantas anécdotas e historias sobre Jesús! ¡Qué regalo tan delicado por parte de su Amigo el darle a su Madre! ¡Qué vínculo tan íntimo y entrañable entre el joven muchacho y la familia de José, entre el discípulo amado y el Proyecto de Salvación del Padre!

Quizá esa delicadeza que se descubre en Juan respecto al Maestro, es la que le induce a éste a pedirle que se ocupe de su Madre, que la cuide y la proteja en su lugar, y con este gesto, como se ha comentado, se universaliza la maternidad espiritual de María.

Ernesto, dirigiéndose a la audiencia de FICE, el 9 de octubre de 1991, les cuenta cuán importante era el fin de María en la Obra MIES. Refiere en esta ocasión que el Padre Betancourt, un jesuita que hizo de intermediario en Roma, cuando Diego Ernesto intentaba tramitar la aprobación del Vaticano, le dijo con toda claridad que si la única finalidad de los Misioneros de la Esperanza fuera la de vivir y extender la devoción mariana según el Concilio Vaticano II, ya tenía un papel muy importante en la Iglesia.

Y es que tras el Concilio, en ese anhelo de muchos católicos por caminar en pos del ecumenismo, en algunos sectores católicos se empezó a minimizar la figura de María, en el intento de converger con los hermanos protestantes. Ciertamente, en muchas ocasiones y lugares se habían excedido en el culto a la Virgen, convirtiéndola en una especie de diosa, incluso, a veces, con una relevancia o devoción por encima de Dios.

Esto es, sin duda, un error que había que corregir, una herejía, si se quiere. Y como tantas veces ocurre, se impone la Ley del Pén-

dulo, pasando, por parte de algunas personas, de una devoción errónea y basada en planteamientos heréticos a una desconsideración y descuido de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

El P. Ernesto lo cuenta del siguiente modo: *“Cuando a mí me viene la idea de fundar MIES, lo que principalmente considero son los niños y jóvenes abandonados y pobres, tal y como aparece en la Agenda. Pero tuve como una luz del Señor. En mi casa hubo un problema, siendo yo joven, de estos que ocurren muchas veces en las casas, y mi madre parece que quedó un poco postergada. [...] Fue poca cosa, porque en mi casa siempre se ha querido mucho a mi madre; quizá yo me lo imaginé y lo sentí así. Bueno, el caso es que me propuse hacer todo lo que estuviera de mi parte para que mi madre estuviera donde tenía que estar, en el puesto principal de mi casa, junto a mi padre. Y lo conseguí.*

Cuando salgo de sacerdote sentí con la Virgen María lo mismo, el mismo problema. Empecé a darme cuenta que la Virgen, que hasta el Concilio había sido la reina del hogar, estaba pasando a ser como una criada de servicio. Eso es lo que yo sentí. Recuerdo que me encontré en un cubo de basura de una parroquia una imagen de la Virgen que había estado en el templo puesta en una hornacina. Y sentí que se me partía el corazón de pena [...] Entonces, viendo esto, me di cuenta que si yo me iba a preocupar de los niños abandonados, ¿por qué no me preocupaba de la Madre abandonada? Ahí vi que se unían los dos fines que tuvimos al principio. Los otros estaban incluidos en ellos...”

Pues también en esta experiencia se convierte S. Juan en modelo para Diego Ernesto y para MIES. Él toma a la madre que queda sola a los pies de la Cruz, desposeída y completamente arrasada en su interior, y la lleva consigo, la reconoce como madre suya, y la cuida y acompaña hasta el final de sus días. Del mismo modo, el Misionero de la Esperanza está llamado a tener esta especial delicadeza con María, a quien no sólo ama y le dedica su devoción y atención, sino que también propaga este amor y este trato entre los niños y jóvenes.

Es creencia general, avalada por la tradición, que fue ya a avanzada edad cuando de regreso a Éfeso, después de unos años de destierro en la Isla de Patmos, escribió su Evangelio. Él mismo revela

su intención: “*Todas estas cosas las escribo para que podáis creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que, al creer, tengáis la vida en Su nombre*²¹⁹”.

Juan es el discípulo que avanza, que evoluciona y se adentra en la Mística de Dios. Es el gran contemplativo en medio del mundo, el que vive asido al corazón del Maestro, capaz de recostar su cabeza sobre el corazón de su Amigo, y ser tremendamente valiente para aguantar el tipo a los pies de la Cruz, cuando los demás habían pasado a un prudente segundo plano para no ser identificados.

La profundidad de su Evangelio, dibuja a un hombre de una sensibilidad y una altura espiritual, que inmediatamente despierta la admiración y la reverencia.

Él es el Misionero que siempre está pegado a Jesús, sin buscar protagonismo, atento, delicado, valiente, arrojado, expectante... entregado a la Misión. Así, después que Jesús ascendiera a los Cielos, Pedro y Juan suben al Templo de Jerusalén, aquella mole inmensa y bella, en cuyo Santo Santorum habita la presencia del Señor, y antes de entrar, junto a su compañero, curan a un tullido, que pedía limosna en la puerta. Es Pedro quien pronuncia las palabras de sanación, mientras el joven discípulo permanece en segundo plano. Inmediatamente se forma un revuelo increíble. ¡Aquello fue, sin duda, un milagro patente! Todo el mundo conocía al tullido, y no es que tuviera alguna dificultad en la deambulación, es que debía estar muy afectado porque en el texto se dice: “Había allí un hombre paralítico de nacimiento al que todos los días llevaban a la Puerta Hermosa²²⁰...”. Y cómo no, al momento tenían allí a los sacerdotes acompañados por el jefe de la guardia y los saduceos. Nadie podía librarlos del arresto. Al día siguiente también es Pedro, lleno del Espíritu Santo, el que habla ante el tribunal. Pero los Ancianos son conscientes de que ambos han realizado el milagro, y por eso les piden a los dos que guarden silencio y no sigan hablando en el nombre de Jesús. Entonces Pedro y Juan contestan emocionados: “...*Por nuestra parte, no podemos dejar de proclamar lo que hemos visto y oído*²²¹...”

²¹⁹ Jn 20,31.

²²⁰ Hch 3, 2.

²²¹ Hch 4, 20.

A esto se dedica Juan el resto de su larga vida, a proclamar lo que ha visto y oído, lo que ha experimentado y compartido con Jesús, y lo que Él le ha hablado al corazón, en la intimidad y la profundidad del silencio y la oración.

Itinerario 6: Adentrándonos en el Caminito que conduce a la santidad.

Mucho se ha hablado del Caminito pero no siempre se ha comprendido que es una ruta iniciática hacia la santidad, un sendero de transformación personal y espiritual profunda, que implica al iniciado de una forma total, radical, existencial.

Es la propuesta de vida, desde su propia experiencia personal, de Thérèse del Niño Jesús, una joven francesa de la zona de Normandía, que procede de una familia profundamente cristiana y católica, que va a cambiar la visión y las formas tradicionales de plantearse la vida de perfección, la fidelidad y seguimiento de Cristo y su Evangelio.

Pero, ¿qué se puede decir de una muchacha que muere a los veinticuatro años en un convento carmelita donde ha permanecido desde los quince? Esta misma pregunta se la hacen algunas hermanas de clausura que han compartido con ella los nueve años de Carmelo.

Pues lo cierto es que desde aquel 30 de septiembre de 1897, han sido ríos de tinta lo que han corrido acerca de esta joven y su “Camino de la Infancia Espiritual”, que tiene su punto de partida en el texto de Mateo 18,3: “*Si no os haceis como niños no entrareis en el Reino de los Cielos...*”

Thérèse Martin Guerin, a sus escasos veinticuatro años, deja un legado espiritual y personal que abre de par en par las puertas y ventanas al camino de penumbras que hasta entonces era la Santidad. Desvela el misterio, lo traduce a palabras sencillas, lo universaliza, lo acerca a todos los cristianos, sea cual sea su condición o estado. El camino a la santidad deja de ser “una alta escalera empinada”, sólo apta para almas escogidas, con cualidades muy determinadas, para ser una “vía accesible”, que todos pueden recorrer, si ese es su deseo.

¿Pero que es la santidad? ¿Por qué empeñarse en ser santos y no conformarse con ser un buen cristiano? El Papa Benedicto XVI explica que *“la santidad no consiste en realizar acciones extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios...”* Es vivir el misterio de Dios en primera persona, de tal modo que la Trinidad no sólo habita en el corazón de la persona, sino que es su contexto, su meta y su punto de partida. ¿Acaso no aspiran todas las personas que han tenido un encuentro profundo con Cristo a este estado, a esta actitud de vida?

Bien, pues esto, que antes era una realidad lejana para la mayoría, por identificarse con hechos extraordinarios, virtudes elevadísimas, sufrimientos insoportables, cruces pesadísimas, valentía inalcanzable y vida interior envuelta de experiencias místicas... esta santidad que era un camino misterioso con algunos tramos apenas desvelado por algunos santos, es traducida a lenguaje sencillo, comprensible para todos. Y la persona que lo consigue es esta mujer extraordinaria en su sencillez e invisibilidad, que el Señor regala a su Iglesia para acercar el Evangelio a los hombres y mujeres del siglo XX.

Diego Ernesto, hombre intuitivo y de finísima sensibilidad, lo capta aún antes de llegar a profundizar y asumir el Caminito en su vida. Digamos que emprende ese Camino a ciegas, llevado por la intuición de que es su camino, y en la medida que va avanzando lo va transmitiendo, hasta que se adentra por completo en él, se sumerge e identifica con cada paisaje, cada curva, cada elevación u hondonada; entonces se desprende de su mochila, de toda la carga innecesaria que transporta: se libera, en una palabra, de todo lo que estorba para que Dios lo tome por completo.

De forma gráfica, podríamos decir que a finales de los ochenta está cansado, los años y la enfermedad empiezan a pasar factura, el camino sigue ahí, y la meta aún queda lejos. Sólo cabe despojarse de sí mismo, asumiendo sus limitaciones e imperfecciones, reconocerse incapaz de dar un paso más y confiar que el Señor va a venir hacia él, va a salir a su encuentro, para cargarlo como un fardo sobre sus hombros y llevarlo en sus brazos.

Jean Lafrance, autor del libro *Mi vocación es el amor* expresa esta situación con gran claridad. El hombre que busca a Dios llega a un momento crucial en su vida que va a decidir si se recorre el verdadero camino de la santidad o todo queda en un sueño. Llegado este momento, puede decidir que la santidad es imposible e invertir todas sus energías en lo inmediato, o aceptar radicalmente la humildad de su condición humana, su realidad de vasija de barro, y poner toda su confianza en Dios, abandonarse a Él por entero, sin ninguna reserva, en la certeza de su infinita misericordia.

Esta es la esencia del Camino que propone Therese, que aunque suena abstracto e incluso poético, se traduce en actos muy concretos y en vivir en profundidad “la prosa” que ofrece la existencia de cada uno.

Diego Ernesto, llegado a este punto, después de profundizar en el libro que le había pasado el P. Jose Antonio Romero, teresiano convencido y militante, se da cuenta que Dios está más interesado en su pobreza que en todas las buenas obras que haya podido realizar. Es entonces cuando la parábola del Hijo Pródigo adquiere un significado nuevo, claro, directo. Es entonces cuando leyendo la parábola del Fariseo y el Publicano, se da cuenta que todas las revisiones de vida sobre el papel, todas las tristezas y desánimos sobrevenidos por no llegar a donde uno se propuso, todos los compromisos escritos en una tarjeta el último día de Ejercicios Espirituales, todos los apegos a rituales, horarios, rezos, celebraciones... carecen de significado frente al amor desbordante, ardiente y misericordioso de Nuestro Señor.

Thérèse se lo describe a su querida hermana, en una carta: *“Sabéis, Madre mía, que siempre he deseado ser santa. Pero, ¡ay! Cuantas veces me he comparado con los santos, siempre he comprobado que entre ellos y yo existe la misma diferencia que entre una montaña cuya cima se pierde en los cielos y el oscuro grano de arena que a su paso pisan los caminantes.*

Pero en vez de desanimarme, me he dicho a mí misma: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Acrecerme es imposible; he de sopor-

tarme a mí misma tal y como soy, con todas mis imperfecciones. Pero quiero hayar el modo de ir al cielo por un camino muy recto, muy corto; por un caminito del todo nuevo...”

Los Misioneros de la Esperanza en sus *Veinte Puntos* tienen enunciado el de “Ilusión²²² ardiente y mantenida por la santidad”. Pero cuantas veces la realidad de la vida se impone, y esto se queda sólo en un sueño, algo realmente irrealizable. Suena el reloj antes de que haya clareado el día, toca asearse con rapidez, tomar un desayuno ligero y salir como una bala para adentrarse en el tráfico denso de la ciudad. Mentalmente se dispone a ofrecer el día, empezar la contemplación. Se conecta el CD con música clásica o religiosa, se eleva la mirada al encampotado cielo a través del parabrisas y se inspira profundamente. ¡Oh, Señor, he olvidado programar el reloj para que despierte a mi marido y que los niños se preparen para el colegio! En cuanto llegue les llamo por teléfono. El tráfico está incapaz esta mañana. Esta retención me hará llegar tarde otra vez. La jornada de trabajo sin un respiro, la salida con retraso para compensar los minutos de descuento de la primera hora. Otra vez de regreso. Otra mirada al horizonte, ahora más despejado. La comida a las cuatro. Los niños esperando para las actividades extraescolares, los mensajes en el contestador sin atender...Cada cosa a su tiempo. Vivir el momento presente. La tarde intensa y la noche que llega con la rapidez del rayo. Cuando los pequeños duermen, se abre el Libro de las Horas para rezar, al menos, las Completas. Un examen de conciencia, un rápido vistazo a ese día que ya se ha escapado. ¡Cuántos fallos! ¡Cuántas palabras de más, cuántas omisiones, cuánta prisa...

Es casi razonable decir: “Cuando pase esta etapa y tenga una vida más organizada, podré pensar en la santidad, en unirme a Cristo profundamente, y ser toda de Él...” Pero aquí no se trata de lo que es razonable o comprensible en un nivel intelectual humano, sino de lo que Dios nos ofrece, de dejarse amar por la locura de Padre de nuestro Dios, o vivir con minúsculas, inmersos siempre en una mediocridad y una prisa, que no nos permite abrir el corazón y el alma al Espíritu Santo, a la fuerza del Amor.

²²² Quiere decir verdadero deseo, esperanza...

La propuesta es vivir la santidad en esa realidad que le toca a cada uno, porque no se trata de hacer nada extraordinario, sino de reconocermelo tal y como soy, con todas mis imperfecciones, profundamente insuficiente, y agarrarme con fuerza al Señor, como un niño pequeño en los brazos de su madre o de su padre, de quien todo lo espera.

Simone Weil escribe en *L'Attente de Dieu*; “No podemos ni siquiera dar un paso hacia el cielo. La dirección vertical nos está prohibida. Pero si miramos largo tiempo al cielo, Dios baja y nos levanta...”

Mirar largamente al cielo. Orar. Esa es una constante en el Caminito. Orar aunque me despiste, orar aunque a ratos sea una tortura, orar porque estoy ahí con el Señor, aunque sea un rato de silencio compartido...Mirar largamente al cielo y desear que Dios me envuelva en sus brazos y me acune, como lo hace la madre con su bebé. Sin decir nada ni hacer otra cosa que estar ahí, aunque ella esté hablando con otra persona. Eso no importa, yo estoy en su regazo. De vez en cuando una mirada, una palabra, un tarareo...otras veces, nada, sólo estar envuelta en su calidez y su abrazo.

Thérèse escribe a su hermana en enero de 1989: “Hoy, más que ayer, si esto es posible, he sido privada de todo consuelo. Doy gracias a Jesús que encuentra esto bueno para mi alma, y tal vez si me consolase, me detendría en esas dulzuras, pero Él quiere que sea toda para Él... Pues bien, todo será para Él, todo, aun cuando no sienta nada que poder ofrecerle; entonces, como esta tarde, le daré esa nada...”

En la medida que se “mira al cielo” se van produciendo dos efectos simultáneos: por un lado, la persona se adentra en la profundidad del amor de Dios, en descubrir cómo es el amor que Dios le tiene, y por otro, se va descubriendo más pequeña, más humilde. Y mientras más se experimenta la evidencia de la nada de criatura frente a la santidad de Dios, y se reconocen las limitaciones, la debilidad y el vacío, más espacio interior se pone a disposición de ser habitado por Dios.

Por eso es fundamental avanzar en la humildad, porque Dios, que es un torrente de misericordia y de amor desbordante no puede

resistirse ante la debilidad y la necesidad de sus hijos. Si un padre o una madre sienten verdadera ternura y especial cuidado por un hijo enfermo o discapacitado, o con cualquier carencia o handicap que lo distingue de sus hermanos, y experimentan un nudo de dolor y ternura cada vez que se enfrentan a esa desventaja del niño o de la niña de sus entrañas, ¿qué no hará Nuestro Señor cuando vea que luchamos sin descanso por vencer una debilidad que nos supera una y otra vez?

Esta es la esencia de la santidad. Reconocer nuestra condición, luchar sin descanso por mejorar, aún sabiendo que caeremos, saborear la evidencia de nuestra nada y abandonarnos con entera confianza a Dios. Este camino es el abandono del niño o la niña que duerme en los brazos de su madre o de su padre. No hay miedo porque papá todo lo soluciona. No hay preocupaciones, sólo paz y confianza. Pero no nos engañemos, no es un asunto fácil. Implica una confianza total, un despojo total de sí mismo para dejar al Señor ser el único Señor de nuestra vida. Es una confianza tal que nos hace verdaderamente audaces.

Julia Gavira, responsable general de MIES durante 1998-2002, cuenta su experiencia en este punto: *“Por mi cargo entonces, y ahora por mi responsabilidad como Misionera de la Esperanza, me surgían muchos viajes. Tenía reuniones, encuentros, retiros en cualquier sitio donde MIES estuviera presente, y no había otra que desplazarme. Mi marido tenía su trabajo y no podía llevarme siempre en el coche, y yo no estaba muy acostumbrada a conducir, menos por carretera. Pero comprendí que tenía que desprenderme de mi miedo, de mi falta de experiencia y lanzarme a ello porque no podía estar dependiendo de la disponibilidad de otros para cumplir con mi responsabilidad.*

Todavía hoy cuando me piden que vaya a otra ciudad, a otra Comunidad Autónoma, que implica un viaje largo, mi primer pensamiento es buscar a alguien que me lleve, porque desconozco las carreteras, viajar sola entraña que te tengas que enfrentar a una avería, a un pinchazo de la rueda, a una tormenta inesperada o, peor, a un accidente sin la ayuda de nadie. Mi cavilación es legítima, mi preocupación lógica. Pero “yo sé de quién me he fiado” y, si no hay otro modo

de ir, sé que Él me llevará. Yo sé sacar el coche de mi aparcamiento, pues a partir de ahí el Señor se convierte en mi GPS²²³. Si me pierdo, ya encontraré el camino y lo aprenderé. Si tengo una avería, tendré que llamar a auxilio en carretera...el Señor va conmigo y yo me fio de Él...”. La confianza en Dios nos hace, sin duda, audaces.

Esto quiere decir que no puede haber quietismo ni comodidad, muy por el contrario, la colaboración personal es continua. El niño levanta los brazos a su padre y éste le alza al vuelo. Avanza el pie para bajar las escaleras y el padre lo toma inmediatamente de la mano para que no se tambalee y caiga...

Hay que alzar el pie, o las manos o lo que sea. Hay que dar ese primer paso, sin dejar de avanzar. La hermana de Thérèse se expresa así. *“Aunque caminaba por esta vía de confianza ciega y total que llamaba “su caminito”, nunca descuidó la cooperación personal, dándole una importancia que llena toda su vida de estos gestos generosos y constantes...”*

¿Y cuáles pueden ser esos gestos? Lo cierto es que los hay de todo tipo, porque se trata de estar muy atentos a vivir en clave de Evangelio: sonreír y ser amable con la persona que es fría o desagradable, hacer todo tipo de servicios a los hermanos, sin que sean conscientes de ello, como si fuera lo que más nos agrada en el mundo, estar siempre alerta a las necesidades del otro y a servirles en lo que sea posible, transformar cada situación negativa o difícil de nuestra vida en una oportunidad para crecer en el amor...

El camino de la Infancia Espiritual no es una actitud ingenua, o de personas descuidadas y cómodas. En absoluto. Exige un movimiento de abandono real, no sólo intelectual, en medio de lo cotidiano de una vida común.

Este abandono no es una manera de hacer la vida más fácil, sino de ayudarnos en lo difícil con medios muy pequeños. Jesús nos dice: *“Ama al hermano como yo te amo”*. *¿Acaso es esto fácil? No lo es, porque*

²²³ Se refiere a un aparato que se instala en el vehículo para la navegación y localización, en el que un operador va indicando detalladamente cada una de las rutas, desvío o carretera para llegar al destino programado.

“ese amor no es sólo el que nuestra generosidad produce o nuestra voluntad ejerce – escribe J. Lafrance - sino también y sobre todo, el que viene de Arriba, del corazón de los Tres, y se precipita en nuestra nada”.

Pero esa nada hay que descubrirla, hay que despejarla y ofrecerla a Dios continuamente para que Él pueda llenarla. Y no sólo se trata de descubrir y constatar esa debilidad personal sino que también hay que amarla y alegrarse en ella, porque gracias a ella puede Dios hacer morada en nosotros. Se trata de hacerse hueco, cavidad, vacío, para que Dios irrumpa como un torrente en ese espacio.

En definitiva, el camino hacia Dios es posible, la santidad es apta para todos, y de hecho, es la aventura más maravillosa y totalizante que una persona puede emprender, ¿pero como ser santos, como andar el camino hacia Dios si no tengo las cualidades ni las capacidades para ello? Permitiendo a Dios que ande el camino hacia nosotros. ¿Y cuál es nuestra tarea entonces? Desbloquear ese camino, vaciarlo de mi yo, para que Dios irrumpa en él como un torrente, como un aluvión de Gracia y de Amor.

¿Cómo lo desbloqueo o lo vacío? Reconociéndome en lo que soy, en mi barro, en mi incapacidad; confiando en lo más profundo que Dios me ama con locura de Padre así, en mi pequeñez; abandonándome por completo a su voluntad, consciente de todo esto, luchando con toda mi capacidad para seguir confiando y siempre orando sin cesar.

Esta es la espiritualidad de MIES, este es el camino que debe recorrer todo Misionero de la Espeñanza.

En el verano de 2006, la Obra peregrinó a Lisieux, en busca de las huellas de Thérèse. Fue una experiencia profunda y conmovedora, en la que el Señor se desbordó en Gracias, difícil de describir para un escritor amateur. El bello paisaje de Normandía, el aire limpio y ligeramente fresco del Departamento de Calvados, donde se localiza la pequeña localidad de veintisiete mil habitantes, y la paz que reina en todos los lugares que la santa conoció y recorrió en vida, fueron el contexto perfecto para dejarse atrapar por el deseo urgente de profundizar en el Caminito.

Los peregrinos entonaban continuamente un himno en forma de canon, cuya letra, de labios de Thérèse, fue empapando como la fina lluvia normanda el espíritu de todos:

*“Prendada mi alma está de tu hermosura,
se postrará ante tí, Jesús, mi amor,
con flores y perfúmenes que a la altura,
en alas de la brisa suave y pura,
te mandará tu flor...”*

Fue una lluvia de rosas la que cayó sobre los peregrinos, una vivencia entrañable para caldear el alma y agradecer tanto bien como Jesús directamente o a través de su Madre ha realizado en estos cincuenta años de camino. Fue ese viaje un regalo de Santa Thérèse del Niño Jesús, suave y poética en su lenguaje, fuerte y constante en su actitud, confiada y humilde en su espíritu.

Su camino se sintentiza en el lema de MIES: Ora, lucha y confía. Oración constante, en el consuelo o en la aridez de las horas muertas a ritmo del tedioso compás de las manecillas del reloj; lucha permanente, a pesar de las continuas caídas y derrotas; confianza absoluta en que Dios recorre el camino hacia nosotros.

Hay otro aspecto muy determinante en la elección de esta santa francesa como patrona de MIES y es su carácter eminentemente misionero, hasta tal punto que el 14 de diciembre de 1927 es declarada por Pío XI Patrona de las Misiones.

Thérèse vivió el espíritu misionero desde su infancia, en el seno de su familia profundamente cristiana. La santidad no es un gen que se pueda heredar por consanguineidad, pero sí es cierto que las circunstancias y el ambiente en el que se desarrolla un niño desde su nacimiento moldean de un modo significativo su carácter y desarrollan unas potencialidades concretas. Thérèse escribe, haciendo referencia a sus padres: *“Ellos pidieron al Señor que les diese muchos hijos y que los tomara para sí. Fue escuchado este deseo. Cuatro angelitos volaron para el cielo y las cinco hijas que quedaron en la arena escogieron a Jesús por Esposo. Mi padre, con un ánimo heróico, como un nuevo Abraham, subió tres veces a la montaña del Carmelo para*

inmolar a Dios lo que tenía de más querido. Primero fueron sus dos hijas mayores...Después la tercera de sus hijas...en el convento de la Visitación...Al escogido de Dios no le quedaban más que dos hijas: la una de dieciocho años, la otra de catorce. Ésta, Teresita, le pidió volar al Carmelo, lo cual obtuvo sin dificultad de su padre; cuando la hubo conducido al puerto, dijo a la única hija que le quedaba: 'Si quieres seguir el ejemplo de tus hermanas, consiento en ello, no te preocupes por mí'.

Era norma habitual en su casa hacer obras de caridad, y siempre rezaban y ofrecían todos sus esfuerzos y pequeños sufrimientos por la conversión de los pecadores. En realidad, esto era una corriente de pensamiento y de concepción de la fe muy extendida en la Francia del XIX. Y Thérèse, muchacha de su tiempo, educada en este ambiente profundamente evangélico y eclesial, se empeña con verdadera convicción en la salvación de los alejados, los hijos pródigos que no ven el momento de regresar a la casa del padre.

“¡Qué violento deseo siento de ser misionera!- aparece escrito en el “Cuaderno de Consejos y recuerdos” - ¿Qué sucedería si lo reavivase aún más con la visión directa de ese apostolado? Me haré Carmelita... para sufrir más y con esto salvar más almas...”

Ser misionera es un deseo constante a lo largo de toda su vida. En 1861 tres religiosas carmelitas de Lisieux parten a Indochina²²⁴, la actual Vietnam, para abrir el primer carmelo en esa area del planeta, concretamente en la ciudad de Saigón. Las cartas y noticias que llegan desde oriente caldean aún más si cabe, ese anhelo misionero de la Santa, que refiere en sus últimas conversaciones: *“Desearía ser enviada al Carmelo de Hanoi para sufrir mucho por Dios. Si me curo, quisiera ir allí para vivir enteramente sola, sin alegría ni consuelo alguno en la tierra. Yo sé que Dios no necesita de nuestras obras, y aún estoy segura de que allí no prestaría yo servicio alguno, pero sufriría y amaría. Esto es lo que cuenta a los ojos de Dios...”*

La misión no le era, pues, en nada ajena. Mantenía correspondencia con sacerdotes misioneros, y a través de ellos, vivía la expe-

riencia de la evangelización de esos pueblos, lejanos en la distancia, pero siempre presentes en la vida del Carmelo, y muy especialmente, en la capilla, donde ella pasaba horas rezando por ellos.

Un día que caminaba por el jardín con mucha dificultad, ya muy debilitada por la enfermedad, una hermana la invita a sentarse en un banco para descansar. Ella le dice²²⁵: *“¿Sabe lo que me da fuerzas? Pues ando por un misionero. Pienso que allí, muy lejos, puede haber alguno casi al cabo de sus fuerzas en sus excursiones apostólicas, y para disminuir sus fatigas, ofrezco las mías a Dios”.*

²²⁴ Indochina, de la que formaba parte la actual Vietnam, junto con Laos, Tailandia, Birmania y Camboya, fue colonia francesa desde 1859 hasta 1954.

²²⁵ Obras Misionales Pontificias. Revista Illuminare nº 340. Abril-1997.

IX

TODO LO QUE SOMOS EN ELLA Y POR ELLA LO VI

¿Cómo es que la Madre del Señor viene a mí? Con esta pregunta recibe Isabel a su pariente María cuando ambas se encuentran en Ain Karem. La joven muchacha ha conocido a través del Ángel la gravidez de “su prima”, y, descubriéndose ella misma embarazada, tras decir sí al enviado del Altísimo, va en su busca, quizá para tratar de buscar luz sobre el impenetrable misterio que se cierne sobre su alma.

María ha contestado a Dios: “Hágase”, que es lo mismo que decir: “Sí, lo que Tu quieras, cuando Tu quieras, como Tu quieras”, pero eso no significa que pudiera entender o asimilar la profundidad y la amplitud de la situación. En realidad, necesitó toda una vida para asomarse, apenas, a ese abismo insondable del Absoluto. No entendía, pero amaba, y con eso era suficiente.

Y porque amaba a Dios sobre todas las cosas, se pone en camino, cuando conoce el milagro que se ha producido en la casa de Zacarías, el esposo de Isabel. Ellos eran ya mayores para concebir, pero Dios, que a menudo desbarata los planes y hace que tiemble la tierra bajo los pies de quien se pone a su servicio, irrumpe contra toda esperanza en este matrimonio y les permite concebir un varón, que más tarde será un profeta y una persona muy importante en la vida de Jesús.

Posiblemente no fue una sola la razón que llevó a la joven María a visitar a sus parientes. Puede que la guiara la expectación y la sorpresa de todo lo que había acontecido en los últimos días o semanas, que necesitara encontrar luz y comprensión entre quienes estaban viviendo también un acontecimiento trascendente y milagroso

en sus vidas, puede ser también que su familia quisiera quitarla de en medio de las habladurías y la maledicencia de los vecinos y familiares cercanos, o que Isabel, ya mayor y en avanzado estado de gestación, precisara ayuda... ¡Qué sabemos!

Pero hay un aspecto que destaca en este acontecimiento vital y completamente clave de la vida de nuestra protagonista, y es el hecho de que no se queda inmóvil, abismada en su “experiencia espiritual”, ajena a la realidad que la rodea, sino que, desde el primer momento, aún habiendo sido visitada por el Ángel, y a continuación habitada por el Espíritu de Dios, no se evade del mundo, de las necesidades de los demás; no se queda bloqueada, ni se convierte en un ser distinto de quien es, una criatura humana. María no es una persona pasiva. Eso queda claro en todos los pasajes evangélicos en los que aparece.

Es, pues, la mujer contemplativa en el mundo por excelencia. Y, por lo tanto, el modelo perfecto en el que fijan la mirada los Misioneros de la Esperanza.

Diego Ernesto, un hombre profundamente mariano, no se cansó de hablar de ella y propiciar el amor y la devoción a su amada Madre del Cielo. Ella fue la inspiradora de todo, y por ella se hizo todo. María, en su advocación de Esperanza Macarena, porque fue a los pies de esta imagen concreta, en la Basílica de la Macarena, ubicada en el barrio sevillano de S. Gil, donde el joven sacerdote recién ordenado, recibe una gracia especial, una idea que se hace proyecto de vida.

En las charlas del XXV aniversario el P. Ernesto explica a los Misioneros de la Esperanza: “...Y lo que más nos importa a nosotros: aunque para mí esta imagen no es de mi mayor devoción particular, porque yo, en realidad, únicamente le tengo devoción a la verdadera madre de Dios y de la Iglesia, a la que está en el cielo. Sin embargo, no cabe duda de que esta imagen ha ido escalonando mi vida de fe y de compromiso durante toda mi vida.

Y lo entendáis como se os ocurra, esta imagen fue la inspiradora de MIES y de FIMES. Todo lo que somos, en Ella y por Ella lo vi...[...] Por eso la puse y la pusimos como Patrona de MIES y de FIMES...”

Pero ¿en qué se concreta que María sea madre y modelo para los Misioneros de la Esperanza?

Lo primero ya se ha mencionado. Ella es esencialmente contemplativa en medio del mundo que le toca vivir, gozar o padecer, según el momento. María guarda todos los momentos de la vida de su hijo en el corazón. Unas veces, alcanza a hilar por donde puede ir la historia de su Hijo, pero casi siempre le toca habitar en tierra de penumbras, ese espacio entre la luz de la fe y la oscuridad del Misterio.

Ignacio Larrañaga regala a los lectores una hermosa poesía en su libro *El silencio de María* entre cuyas estrofas se puede leer:

*“Estas dentro de Dios, y Dios dentro de ti.
El misterio total te envuelve y te penetra,
Te posee, ocupa e integra todo tu ser...”*

Pero es un Misterio que Ella no puede comprender, sencillamente porque nuestra capacidad humana no alcanza a aprehender a Dios, el Absoluto, el Insondable, el Inabarcable, el Santo de los Santos...

Sería como enfrentar a la mínima parte de un electrón con el Universo conocido. No. Ni siquiera eso. No es posible la comparación. Son magnitudes tan distantes, que sólo pueden encontrarse en las latitudes del alma, donde no se limita el espacio, donde el hombre es realmente creado a imagen y semejanza de su Creador. Y esas latitudes son inciertas, difíciles de interpretar, de describir o definir. Esa dimensión sólo se intuye en el silencio y la contemplación.

María vive en tierra de penumbras y ahí reside su grandeza. Porque la falta de claridad no la detiene, sino que la lanza al abismo de la fe. Es una fe activa, que la moviliza frente a la realidad que le rodea. Por eso, cuando el Ángel le anuncia que va a concebir, ella se extraña y no se queda callada, sino que le pregunta: “¿Y cómo es eso si no conozco varón?”. Una sencilla pregunta de una mujer sencilla. Cuando se entera que su pariente a su vejez, quizá ya con los trastornos de la menopausia, se ha quedado embarazada, ella sale a su encuentro. Cuando en la boda de Canaán se da cuenta que falta vino, se

dirige directamente a su hijo y le informa de la situación: “No tienen vino”. Ella sabe que Él pondrá remedio.

Y es curioso, porque la forma en que se desarrolla el diálogo madre e hijo denota la gran complicidad que María debía tener con Jesús. Ella le explica con una sola frase lo que ocurre, sin pedir nada, sin ni siquiera insinuar con palabras que Él tenga que hacer algo. Se nos escapan las miradas, eso sí. Pero sea como sea, el Hijo ha entendido qué se espera de Él, y le responde: “Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? Todavía no ha llegado mi hora...”, y otra vez se nos escapa el lenguaje no verbal, porque allí debieron de cruzarse miradas de complicidad, significados ocultos que sólo ellos conocían, y que concluyen con otra sucinta frase de la madre: “Haced lo que Él os diga”. ¿Qué ha pasado en medio? Una corriente de confianza, un reconocimiento de la autoridad de la madre, una intercesión silenciosa... No lo sabemos, pero Jesús obedece.

Es realmente uno de los pasajes más bellos en los que se pone de manifiesto la relación de María con su hijo Jesús. Ella cree que Él puede solucionarlo, aún cuando Jesús todavía no ha realizado ningún milagro, e incluso, ante su respuesta evasiva y aparentemente fría. La madre tiene fe y se mantiene a la espera.

Y cuando las habladurías y las murmuraciones de sus vecinos y familiares apuntan a que el hijo “ha perdido el norte” o que “está trastornado²²⁶” sale en su busca; es una mujer con autoridad, con decisión.

Sólo en el Calvario, a los pies de la Cruz, María aparece quieta, traspasada, sin duda, por el dolor y la total oscuridad.

La madre de Jesús es una criatura como cualquier otro ser humano, en tanto que vive sobresaltos, angustias, alegrías, ternura, perplejidad... Su vida es una existencia corriente, la de una mujer judía del siglo I, pero ¡cuánto de extraordinario se esconde en esa historia aparentemente ordinaria!

A ella, como a las madres de familias humildes de su tiempo, le toca enseñar a su hijo a comer, a asearse, a tratar con las personas, a

hablar correctamente, a rezar sus primeras oraciones... Jesús tendría grabada en su retina la imagen de su madre cuando todos los viernes, al caer la noche, encendía las lamparillas de aceite de Shabat²²⁷, mientras pronunciaba la bendición: “*Bendito seas, oh Señor, Dios nuestro, Rey del Universo, que nos has santificado con tus preceptos y nos ordenaste encender las velas el día de Shabat...*”

Y cuando siendo niño lo sostenía en su regazo en el lugar reservado a las mujeres en la Sinagoga, mientras el salmista, clavando sus ojos sobre el rollo extendido, se balanceaba suavemente hacia atrás y hacia delante salmodiando en hebreo. Quizá María estuvo presente en esa galería de mujeres²²⁸ aquel Shabath en el que a Jesús “*le entregaron el volumen del Profeta Isaías y desenrollándolo halló el pasaje donde estaba escrito: “El Espíritu de Dios está sobre mi, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva²²⁹...”* ¿Qué sentiría la madre al ver a su querido hijo, con la cabeza cubierta por un manto, desenrollar el volumen y buscar con rapidez el texto elegido! ¿Qué expectación! ¿Cuántas cosas para guardar en el corazón y meditarlas en el silencio!

Muy probablemente sería ella quien le enseñara la primera oración que todo niño judío aprende²³⁰, recitándosela una y otra vez, con auténtica veneración: “*Shemá Yisrael, Adonai Eloinu, Adonai Ejad... Escucha Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Y amarás a Yahveh tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que hoy te entrego, repíteselo a tus hijos, habla de ello cuando estés en casa o cuando vayas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes. Grábalos en tu mano como una señal, y pónelos en la frente como tu distintivo; ponlos en las jambas de tus puertas y a la entrada de la ciudad...*”

Del mismo modo que le enseñaría los preceptos sobre los alimentos, la santidad del sábado, la pureza y la impureza, y tantas otras

²²⁷ Festividad del Sábado, similar a la del Domingo para los cristianos.

²²⁸ En las sinagogas tradicionalmente hombres y mujeres están separados dentro del mismo edificio o local. Las mujeres suelen ocupar un lugar elevado separado de la sala principal por una barandilla o pared con celosías que les permite seguir el oficio.

²²⁹ Lc 4, 17-18

²³⁰ Dt 6, 4-9

normas que se respetan en la Ley judía. ¿Y los cuentos? ¡Cuántas historias se pueden narrar sobre los textos del Antiguo Testamento, la historia del pueblo elegido. Es probable que también ellos tuvieran una Mezuzah²³¹ en la entrada de su vivienda, en la jamba derecha, y que Jesús aprendiera de su madre y de su padre, a pasar la mano sobre ese receptáculo, cada vez que entrara y saliera de su casa, porque esta es una costumbre judía que arranca desde hace casi tres mil años. Ellos le enseñaron a cubrirse la cabeza para disponerse a orar con devoción y a amar la historia del pueblo, su propia historia, relatándole una y otra vez, a solas y en compañía de la Comunidad y la familia, el relato de la liberación de Egipto, que todo niño judío conoce al detalle.

Una madre es una figura determinante en la infancia de un niño, sobre todo, en sus primeros años. Es una fuente inagotable de sabiduría, una ventana al mundo que se abre ante sus ojos infantiles. ¡Cuántas cosas aprendería Jesús de su madre! ¡Cuánto parecido podría detectar un observador atento!

María es la Señora del Hágase, del abandono total en las manos del Padre. Ella no sólo se hace hueco o cauce despejado para que irrumpa el torrente de Gracia, sino que se hace seno, morada del Espíritu Santo.

Es la primera criatura conocida que vive el camino de la infancia espiritual, porque es tan humilde que conmueve. Parte de un total abajamiento, de un despojamiento completo, y despeja tanto los cauces de su alma, que Dios irrumpe como nunca antes lo había hecho en criatura humana. Se fija en la belleza de su humildad y hace maravillas.

Y este abandono y confianza, como no podía ser de otro modo, es completamente activo, porque se pone voluntariamente en el punto de mira, se ofrece como instrumento si es eso lo que Dios quiere de ella, si Él lo considera conveniente.

“Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador, porque ha mirado la humillación de su sierva.

²³¹ Pequeño receptáculo adherido a la jamba derecha de las puertas de las casas judías en el que se guarda un trocito de pergamino con el texto de Dt 6, 4ss, el Shemá Israel...

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el poderoso ha hecho obras grandes a través de mí²³²...”

Y si miramos el drama de Jesús desde el punto de vista de una madre, tendremos que convenir en que a ella le toca la peor parte. No hay nada más doloroso para unos padres que la muerte prematura de un hijo y ¡qué muerte más ignominiosa y brutal! ¿Cómo se puede encajar la tortura salvaje, la ejecución sádica, la sentencia injusta y la conflagración de todos los poderes del momento para aniquilar al Hijo de sus entrañas? ¿Dónde estaba el Ángel aquella mañana de viernes cuando Jesús se arrastraba por la vía dolorosa con el cuerpo ya casi irreconocible por la feroz flagelación a la que había sido sometido?

María recorre la noche más oscura de todas las noches. La Shoah, que le llaman los hermanos judíos. La aniquilación total. Y allí estaba, a los pies de la Cruz, acompañando a su hijo hacia la consumación de su destino. Y ella lo guarda todo en el corazón, aunque no puede entenderlo. Está rota, desgarrada, devastada. Una espada afilada le ha atravesado. Aún si supiera con certeza que el hijo va a resucitar, nadie puede quitarle el dolor insoportable de verlo en este estado de lacerante dolor y deterioro mortal. Porque cada latigazo, cada desgarramiento de piel y tejido, cada espina que se ha clavado en el cráneo de Jesús, la ha herido a ella más profundamente. Es algo que los padres no pueden evitar. Y hace tuyas las palabras del rey David, cuando se entera de la muerte de su hijo Absalón: *“Entonces el rey se sintió abrumado por la emoción. Subió a la habitación que estaba sobre la entrada y se echó a llorar. Y mientras subía, clamaba “¡Oh, mi hijo, Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Si tan solo yo hubiera muerto en tu lugar! ¡Oh Absalón, mi hijo, mi hijo!”²³³...”*

¿Cómo puede una madre sobreponerse a semejante catástrofe en su vida? María es la mujer de esperanza. Ese es una de sus grandes virtudes. Esperanza en la oscuridad de Belén, en el silencio de una vida ordinaria, en el dolor más insoportable, en la Iglesia que nace ante sus ojos.

Cuando Cristo, clavado en la Cruz, pide a Juan que se ocupe de María, a la que no llama madre, sino Mujer, de algún modo se

²³² Canto del Magnificat. Lc 1, 46-55

²³³ II Samuel 18,33

produce una transformación no sólo filial de Juan respecto a María, pasando a ser hijo adoptivo, sino de María respecto a la Iglesia, pasando a ser Madre de todos los hombres. Digamos que se trasciende la maternidad biológica de María respecto a Jesús, para convertirse en una maternidad universal, espiritual, de todos los cristianos.

Jesús, en su momento de mayor agonía, antes de morir, regala a la Iglesia, a su madre, que hasta ese día lo ha cuidado a Él, para que sea la mediadora e intercesora de todos los que acudan en su busca.

Y así, la Virgen está muy presente en el nacimiento de la Iglesia. Al quedar al cuidado y protección de Juan, el discípulo amado, acude con él a las oraciones, a la fracción del pan. Está presente en Pentecostés, cuando el Espíritu Santo irrumpe en el corazón de los allí reunidos y los abraza con su fuego de amor.

Pero en todos los casos, esta presencia de la Madre, es discreta, en un segundo plano. María no es la protagonista, aunque tiene un papel importante, que engrandece, si eso es posible, al de su hijo Jesús.

Todo esto lo ve Diego Ernesto en la imagen de la Virgen Esperanza Macarena. Y por eso quiere ofrecerlo a los jóvenes. *“Todos los jóvenes de hoy y de siempre son amiguísimos de los signos o símbolos: los pantalones vaqueros, la guitarras eléctricas, las barbas o el pelo largo o corto, etc. Y todos sabemos que una imagen vale más que mil palabras. Las imágenes sagradas son, para muchos jóvenes, signo de lo sobrenatural; quizá para algunos los únicos signos que le quedan y en los que creen²³⁴....”* Ernesto, con su mirada delicada y atenta de artista, ve en esta talla de la Virgen todo lo que quiere transmitir a sus Misioneros, y a los niños y jóvenes que se acerquen a los Centros. *“Todo esto, estudiándola detalladamente, como tantas veces lo he hecho yo, se refleja en ella: la Esperanza, alegre esperanza, consuelo de los que lloran; dolor, inmenso dolor por su Hijo Crucificado, pero dolor glorioso, pues de él brota la salvación: acogida a los pobres: por eso la visitan y la quieren tanto los más pobres de ayer y de hoy, en el barrio más pobre...”*

En el Libro Reflexiones Mies en XX Puntos se recoge que “El Misionero de la Esperanza tiene a María como Madre, como imi-

table en sus actitudes cristianas y como esperanza de los que quieren alcanzar esta felicidad personal otorgada por Jesús en su mediación. En su vida el Misionero de la Esperanza puede llegar a decir: “María lo es todo en mi vida”. Así lo hacía y vivía Diego Ernesto, parafraseando a D. Bosco.

María está presente en todas las áreas de la vida de un Mies, es como su carta de presentación ante la Iglesia, esencial en la vivencia del carisma, característico, definitorio... María la Madre y el Modelo para todos en su camino de configuración con Jesús, de encuentro profundo e íntimo con el Padre, de vivencia del Amor ardiente del Espíritu Santo. Ella ha recorrido el camino antes, desde su sencillez y su humildad, y de algún modo, lo ha hecho más accesible, lo ha acercado a todos los que, siguiendo su ejemplo, quieren hacer de Jesús el único Señor de sus vidas.

Y como todo lo que se vive intensamente se irradia, se proclama y defiende, el Mies propaga esa devoción, primero entre los suyos, los hijos, la familia; después, o al mismo tiempo, entre los jóvenes y niños con los que se trabaja apostólicamente y, por último, en todo momento y ocasión, de forma prudente, sin idolatrías ni populismos. Porque, ¿qué significa tener devoción a María?

Ernesto contesta a ello en el Ideario Mies: *“Consiste en aceptarle como Madre y en procurar imitarle en sus virtudes de amor, servicio, pobreza, preocupación por los hombres, pureza, esperanza, etc. Por esto la devoción mariana auténtica nos empuja a trabajar a favor de la justicia, la paz, el amor y el progreso...”*

Diego Ernesto y todos los Misioneros de la Esperanza recomiendan especialmente el rezo del Rosario, que es una oración muy sencilla, al estilo de las oraciones de los pobres, de los Mies, y al mismo tiempo profundamente evangélica, además de tener una larga tradición en la Iglesia. Parece ser que sus orígenes se remontan a la época en que empiezan a entrar hermanos legos en la vida monástica.

Cuando en la alta edad media se empieza a consolidar la vida monástica, los monjes recitan diariamente los ciento cincuenta

²³⁴ Charlas del XXV aniversario.

salmos del salterio, pero empiezan a proliferar los legos, es decir, aquellos que no reciben las órdenes sagradas y se dedican, fundamentalmente, al oficio doméstico, al cuidado de la tierra, de los animales y todas aquellas faenas manuales que se requieren en los cenobios. Solían ser personas analfabetas en su mayoría, que no podían leer los salmos, aunque aprendieran muchos de memoria. Y así, poco a poco, lo fueron sustituyendo por oraciones sencillas como el padre nuestro y el ave maría, o alguna otra oración mariana más antigua.

Este puede ser el origen del rosario. Su nombre, según cuentan, se debe a la corona de rosas que griegos y romanos solían poner alrededor del cuello de sus dioses como símbolo del ofrecimiento de sus corazones. Esta tradición se cristianiza y se transforma. Hacia el siglo VIII ya se puede hablar de un comienzo de rosario, aunque no es hasta finales del siglo XV cuando se reza prácticamente como hoy lo conocemos, con la corona de cuentas a la que también se llama con este nombre.

Hablamos de una tradición muy antigua, de una oración que se ha rezado quizá ininterrumpidamente a lo largo de los últimos trece siglos. Es una joya, un tesoro espiritual y cultural que nos identifica con todo el mundo católico a lo largo y ancho del planeta, en el presente y en el pasado.

La oración del pobre, vocal, repetitiva, cadenciosa...como un mantra cuyas vibraciones resuenan en el alma, sosegando la mente, enfocando la mirada en lo alto. Es, pues, un lenguaje para trascender, para comunicarse directamente con Dios a través de María Santísima.

A menudo pienso que es la oración del vaciamiento, porque la repetición una y otra vez del mismo rezo propicia que, desenfocándose la atención de las palabras concretas que se pronuncian, se enfoque directamente en María, en alguna de sus cualidades, o incluso, hay quienes llegan más allá, adentrándose en el Misterio de Dios. Y digo vaciamiento porque no comporta ningún esfuerzo intelectual. No siempre se medita, no siempre se piensa o se pronuncia cada palabra desde el discernimiento. No. Sobre todo, la persona asidua a este modo de oración, sencillamente se adentra en la Presencia, y el rezo es como

la música que contextualiza esa contemplación del Misterio. Uno se vacía de sí mismo, de sus ideas, su imaginación o sus necesidades para ir al encuentro de la Madre, como Maestra y Mediadora ante Dios.

Todo rosario tiene su riqueza. Da igual si cuesta concentrarse, si se lían las cuentas entre los dedos, si se piensa cada palabra o se contempla profundamente...cada uno tiene su Gracia y su razón.

Ernesto era un enamorado de esa oración y así lo propagaba a todas horas, siempre que podía. En su lecho de muerte, cuando ya le habían administrado una medicación sedante y no parecía estar consciente, su hermana pidió a Mari Carmen Martell que rezara el rosario porque era la oración más querida de su hermano, e inmediatamente, las seis o siete personas presentes fueron desgranando los misterios gloriosos uno tras otro. Fueron, quizás, las últimas palabras que oyó el P. Diego Ernesto... *"Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén..."*

Hay rosarios que son cotidianos, totalmente enraizados en la vida ordinaria de cada uno. El que se reza discretamente mientras se va por la calle camino del trabajo o de la universidad, o el del viaje en coche, mientras se recorren los kilómetros sin que nos demos cuenta, el del los Retiros, Ejercicios o rezos comunitarios...Y luego están éstos, en los que se pone el corazón, la mente y el alma, y se convierten en una súplica silenciosa por alguna intención concreta: el rosario junto a la cama del enfermo, en el funeral de algún ser querido, en momento de peligro o de necesidad...Todos son Gracia, todos esconden una gran riqueza espiritual que va conformando con Cristo, a través de María, a quienes se aproximan al Misterio a través de tan sencilla oración.

En 2010 viajé con mi familia a Vietnam. Partimos desde Madrid en un avión de una compañía tailandesa rumbo a Bangkok y desde allí, haciendo una escala de unas pocas horas, salimos hacia Hanoi. Llevábamos media hora en este vuelo, después de haber viajado once en el trayecto anterior, cuando oímos por megafonía un aviso del comandante de la nave. Anunciaron en inglés y tailandés que por una avería teníamos que regresar a la base. No sé si explic-

aron el origen del problema o dieron más datos. Yo no lo entendí. De hecho, un pasajero cercano me tradujo a grosso modo el contenido del comunicado. Recuerdo que miré a mi hija pequeña, entonces de cinco años, que dormía plácidamente con la cabeza apoyada en mi pierna y traté de no alarmarme. Después me levanté nerviosa y pregunté a un azafato que había en la cola del avión acerca del regreso y me dijo que habían intentado solucionar esa avería pero no era posible, que volviera a mi sitio y me pusiera el cinturón de seguridad. Me volví y avisé a mi marido y a mis dos hijas mayores que estaban sentadas en otra fila unos cuantos asientos distantes del mío. De pronto volvió a sonar la voz por megafonía, ahora un poco más aguda, y todo el personal de vuelo con una rapidez que asustaba, empezaron a retirar las bandejas de la comida, a atropellarse por los pasillos y a indicarnos con movimientos nerviosos que nos pusiéramos derechos en nuestros asientos y nos ajustáramos el cinturón de seguridad. Yo no podía saber hasta dónde estábamos en peligro, pero lo sentí muy dentro de mí, como si me atrapara desde el centro de mi estómago y se irradiara a todo el cuerpo. Miraba a mi familia y pensaba si podría ser posible que estuviéramos en peligro de estrellarnos. Se hizo un tenso silencio entre los pasajeros y los sentidos se agudizaron, como si con ese gesto pudiéramos centrar toda la energía en el motor del aparato que se oía con fuerza. Los auxiliares de vuelo se sentaron en sus asientos y se pusieron el cinturón, todos ellos con cara de preocupación y sin pronunciar una sola palabra. Rompí a llorar. Miraba desde mi sitio las puertas de emergencia y me visualizaba cogiendo con fuerza a mi hija en los brazos para salir a toda prisa si se me daba el caso. Entonces oí a Toñi, mi hermana de Comunidad que nos acompañaba en este viaje de encuentro con nuestra hija más pequeña, nuestro bebé que estaba esperando en un Centro Infantil de Hanoi. Me dijo: *"Inma, no te apures, tranquilízate, que ya vas a ver que no nos va a pasar nada. Vamos a rezar un rosario entre las dos"*. Vi las cuentas entre sus dedos, y empezamos a recitar el Padre Nuestro... Fue una oración intensa aquella, un alivio, un regalo... No recuerdo si nos dio tiempo a terminarlo, pero aterrizamos nuevamente en Bangkok. Y al día siguiente pudimos abrazar a nuestra pequeña. Yo siempre sentí a María en medio de este proyecto de amor. Ella lo posibilitó, lo cuidó con mimo, lo acompañó todo el tiempo.

Muchas personas me han contado historias similares, en cuanto a experiencias intensas, a detalles de generosidad y delicadeza de la Madre. Ella se hace presente en todos los lugares, aún en los más abyectos y oscuros.

Recuerdo que en una visita que tuve la oportunidad de hacer al Campo de Exterminio de Birkenau, perteneciente al complejo de Auswitch en Polonia, me sorprendió y conmovió profundamente descubrir un rosario que colgaba de un saliente de una chimenea en un extremo de un barracón de prisioneros.

Auswitch, propiamente dicho, está situado a un kilómetro. Era campo de trabajo en su época, aunque miles de prisioneros morían cada día por el hambre, el esfuerzo inhumano, las enfermedades y el frío, además de los castigos y disciplinas a los que eran sometidos. Allí se descubren muchos signos de la fe cristiana por ser Polonia un país profundamente católico, en su mayoría.

A Auswitch fueron deportados muchos religiosos a los que los nazis percibían como una amenaza por una u otra razón. Allí, el 14 de agosto de 1941 fue asesinado, Maximiliano Kolbe, corriendo la misma suerte que otras miles de personas, la mayoría pertenecientes al pueblo judío. También engrosaron las listas de la muerte gitanos, homosexuales, disidentes políticos y todas aquellas personas que fueron consideradas indeseables para el sistema totalitario e inhumano de Hitler.

S. Maximiliano, canonizado por Juan Pablo II en 1982, era un franciscano propagador de la devoción al Inmaculado corazón de María. Todavía hoy conservan la celda en la que pasó sus últimos días el hermano Kolbe, al que se le negó todo alimento para provocarle la muerte por inanición ocupando el lugar de un padre de familia por el cual se cambió voluntariamente. Finalmente, como pasaban los días y tres de los condenados por hambre no fallecían, entre ellos el sacerdote franciscano, les administraron unas inyecciones de fenol.

Birkenau, a un Kilómetro más o menos de este lugar tristemente conocido, era, pues, el emplazamiento ideado para el exterminio de

millones de personas en las cámaras de gas. Allí llegaban los trenes abarrotados de seres humanos, muchos de los cuales encontraban la muerte unas pocas horas después, gaseados sistemáticamente. A este lugar llegó Edith Stein²³⁵ acompañada de su hermana Rosa y otros miles de deportados el 9 de agosto de 1942. En este caso, no quedan huellas de su presencia física, pues tras su muerte en las cámaras, su cuerpo fue incinerado y sus cenizas arrojadas a las fosas adyacentes a este lugar.

Birkenau es hoy como un espectro, un campo vacío, rodeado de alambradas de espinos y altas torres de vigilancia, que circundan un amplio terreno sobre el que se levantan, a un lado de la vía férrea, barracones de ladrillo, y al otro, de madera. En uno de ellos, que en otro tiempo había sido una cuadra para los caballos de la SS²³⁶, ahora repleto de literas en las que se superponían tres tableros de madera, descubrí, como he contado, ese rosario. Junto a él, una stampa de S. Juan Bosco, otra de Teresa de Lisieux y algunas de S. Maximiliano Kolbe. Fue una visión que me conmovió, porque todo en aquel lugar hace referencia a la Shoah, al exterminio. Encontrar señales de identidad tan íntimamente relacionadas con nuestro carisma en medio de aquella abyección, fue para mí la constatación de que no hay infierno ni cavidad, no hay oscuridad ni situación, a la que Dios, Nuestro Señor, no se abaje, si sus hijos, sean del credo que sean, lo necesitan.

No es fácil elevar la mirada al cielo en este lugar, porque las cenizas que cubren la tierra parecen ejercer una fuerza invisible sobre el visitante que contempla el panorama. Hoy el entorno es paradójicamente hermoso. El suelo durante el otoño oscila entre zonas de lodazal y otras de tierra apisonada cubierta por una alfombra de hojas marrones, ocres, rojizas, pardas...una variedad de tonalidades otoñales, que forman remolinos con el viento y crujen bajo los pies. Isletas de bosquecillos de altos árboles de hoja perenne se descubren más allá de las alambradas, y reina una paz infinita, la misma de los cementerios. La gente se comunica con frases cortas y entre murmullos. Pero a pesar de todo el dolor que se percibe en lo invisible, a pesar de los millones de gritos silenciados que pueden presentirse a poco que uno interiorice la realidad de ese lugar de martirio, quizá, si se

²³⁵ Santa Teresa Benedicta de la Cruz, monja carmelita de origen judío.

²³⁶ Schutzstaffel: Organización militar, policial, penitenciaria y de seguridad de la Alemania nazi.

agudizan los sentidos del alma, también se distinguen, los avemarías de los rosarios que se elevaron durante todos estos años, mezclados y confundidos, con los salmos en lengua hebrea y las plegarias pronunciadas en todos los idiomas de Europa. Todas esas oraciones se funden en un único clamor, un único ruego que se eleva al cielo como el humo del incienso, convirtiendo a todos en hermanos del mismo Padre, a través de la mediación de otra judía, santa y Madre, María.

¿Qué se puede rezar cuando faltan las palabras, cuando nos embarga la confusión y la frustración o el dolor? ¿Qué palabras elevar a Dios cuando nos aplasta el cansancio, el sueño, la fatiga del trabajo o la enfermedad? ¿Cómo dirigirse a la Madre cuando no se sabe qué decir o se pierde la mente en pensamientos y distracciones vanas? ¿Qué decir a Nuestro Señor, cómo pedir por una intención a través de la Virgen María, cómo aproximarme a los misterios evangélicos de una forma sencilla, humilde, sin ninguna pretensión? Muchas son las razones que pueden invitar a tomar entre los dedos un rosario y desgranar sus cuentas con devoción, sin esperar otra cosa que agradar a María, la Madre que nos regaló el mismo Jesús en sus últimos momentos de Cruz, y ¡cómo no! a Dios, quien la escogió entre todas las criaturas para que, recibiendo el Espíritu Santo, brotara de Ella la Esperanza y la Salvación para el mundo.

Llegamos ahora al final de este capítulo y de este libro. Si sólo un mensaje de su contenido puede quedar en nuestra memoria que este sea recordar que la Historia de Mies empieza a los pies de la Virgen Esperanza Macarena. Diego Ernesto escribió que “Todo en Ella y por Ella lo vi”, y los Misioneros de la Esperanza, haciendo suyas las palabras de S. Juan Bosco, son conscientes de que “Ella lo ha hecho todo”.

En la Agenda sobre la que Diego Ernesto escribe el Proyecto de la Obra, a los pies de la Virgen escribe: “...*Amadme como este pueblo macareno y todos los demás pueblos según su forma de ser. Pero no separéis mi culto del compromiso cristiano. Llevadme en vuestro apostolado. Vuestra Obra, mi Obra, para hacerme amar y para salvar a los niños y jóvenes...*”²³⁷

²³⁷ Pag. 14 de la Agenda de 1956.